This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

600033782T

2228 d. 540

ENSAYO

SOBRE EL GOBIERNO

EN EUROPA

ENSAYO

SOBRE EL GOBIERNO

EN EUROPA

POR A. MONTT

PARIS

IMPRENTA D'AUBUSSON Y KUGELMANN

13, CALLE DE LA GRANGE-BATELIÈRE, 13

—

1859

BODLEIAN
2 - DEC 1974
LIBRARY

Octubre/1899.

PROLOGO.

Mucho falta todavia para que los Estados Europeos constituyan sus relaciones mútuas bajo un sistema general; pero se ha adelantado no poco á este respecto desde que al antiguo estado de naturaleza se sustituyó el órden actual, imperfecto, informe, instable, insuficiente á mas no poder, pero en que siquiera imperan otra cosa que el capricho ó la coaccion brutal del mas fuerte. ¿Cuál es ese órden? ¿Sobre qué principios está basado? ¿Hasta dónde se extiende y á qué se dirije? ¿Cómo se sostiene? Esta constitucion social de la Europa moderna, embrionaria en todas sus partes, depende para el autor de este *Ensayo* de tres entidades, la fuerza, la fé y la opinion, y con relacion á estos tres poderes y como determinada por ellos ha tratado de analizar y apreciar la unidad política, religiosa y moral ó intelectual del viejo mundo.—No sabríamos decir hasta qué punto es exacta y justa esta apreciacion del Sr. Montt, ni si efectivamente son los que él señala los verdaderos y únicos elementos de la constitucion social europea. Desde luego es muy

lificil que en la diseccion, digámoslo así, de una obra, presentando el esqueleto de su plan ó sus ideas capitales, no resalten demasiado algunas aparentes incompatibilidades ó inexactitudes. Y digo aparentes, no tanto porque se las perciba á primera vista, cuanto porque pueden no serlo en realidad y parecer tales solo en fuerza de la elimínacion que se hace de las ideas secundarias y del razonamiento mismo del autor. Siguiéndolo paso á paso se encontrarán sin duda corregidos ó justificados juicios que de otro modo se habria creido erróneos ó temerarios. ¿Cómo, por ejemplo, no hallar de pronto chocante y contradictorio que coexistan y concurran á sostener de consuno la organizacion de la sociedad europea tres elementos de tan distinta naturaleza, y que al parecer se repelen uno á otro, como son la fuerza, la fé y la opinion? Y sin embargo, acceptando el criterio del Sr. Montt, nada mas natural y conciliable: porque para el señor Montt la fuerza es la autoridad, mas ó menos legítima, pero ejercida siempre en nombre de un principio, y no por la sola voluntad del que manda; la fé es el catolicismo con su unidad, sus dogmas, su disciplina y su tradicion inviolables y eternas, pero sin esclusion ¿qué digo? con plena tolerancia de las demas religiones y hasta del libre exámen. Y la opinion es la voz pública, el sentimiento general, la conciencia del género humano. ¿Qué hay asi de absurdo ó de incompatible en la coexistencia y concurso de estos tres reguladores de la sociedad europea?

Por otra parte, en la accion de estos tres poderes hay algo de tan vago, de tan indefinido y tan incierto, y ademas esta accion está sujeta á tantas alternativas y vicisitudes, que en verdad cuesta trabajo convencerse de que exista de firme un órden cualquiera, que gobierne las relaciones recíprocas de todos los miembros de la gran familia europea, y de que este órden lo constituyan y reglen aquellos tres elementos. En vista de la multiplicidad y variedad de los abusos llega á dudarse del imperio de regla alguna, y toda vez que esta se aplíca modifican tantas y tan diversas circunstancias su aplicacion, que mas bien que por un principio inmutable y cierto podria considerarse regida por la mera casualidad. No obstante, en todas esas contravenciones y anomalías hay mas regularidad y consecuencia que lo que parece á primera vista; y lo que ellas arguyen despues de todo es no lo completa falta de un derecho público europeo, de una autoridad superior á la particular de cada estado, sino la deficiencia é instabilidad de ese derecho, la ineficacia de esa autoridad.

¿Qué ha de ser una asociacion en que unos pocos de sus miembros se atribuyen el ejercicio de las facultades que debieran ser de todos, en que este ejercicio no está subordinado á otras condiciones ó preceptos, que al privativo arbitrio de los investidos de esta omnímoda jurisdiccion, con que cada cual trata de procurar su propio provecho ó el desmedro de su rival, no siendo posible una colusion en daño de los pueblos cuya tu-

tela se arrogan, únicamente porque el antagonismo de su política, de su religion ó de sus intereses hace imposible todo acuerdo con semejante fin? Por eso es que la accion de este sistema tutelar ó de equilibrio, como lo llama el Sr. Montt, tiene que ser, en la mayor parte de los casos, negativa, dirigida á mantener el *statu quo*; por eso es que las grandes potencias, erigidas en árbitros de las diferencias de las otras, tienen que ser á su pesar, perdónesenos la vulgaridad de la espresion, el perro del hortelano, y si alguna puede de vez en cuando utilizar para si una extorsion ó injusticia, es porque su poca importancia no compensa para las otras los azares ó el costo de una oposicion.

Y lo mismo que la unidad del órden político resulta, por así decirlo, de la fuerza de las cosas, así tambien la unidad del órden religioso. No pueden ser mas, ni mas varias y opuestas entre si, las sectas disidentes del catolicismo, pero las une la mútua tolerancia, y quieran que no tienen que sufrir el contraste de su pequeñez y su movilidad con la grandeza y la invariabilidad de aquel. No es ya la Europa como en otro tiempo un campo de combate entre el racionalismo y la fé; es un concilio pacífico en que tienen vòz y voto los sectarios de todas las religiones, pero en que cada dia se aumenta y fortifica la prepotencia de la fé católica, y por consiguiente el desprestigio de sus adversarios.

La unidad moral es la que tiene caracteres de una

existencia ménos ostensible y cierta; pero aunque latente é indecisa, no deja de ser su influencia la mas poderosa. Si no hubiese algo de comun entre los instintos y los sentimientos de los diversos pueblos de Europa, si lo que es para los unos virtud ó crimen no lo fuese tambien para los otros, y si este fallo de la conciencia universal no se pronunciase y oyese do quier en todo grave conflicto; ¿cómo es qué los gobiernos mas fuertes, las voluntades mas imperiosas, se estrellan en sus abusos contra ese sentimiento general como contra una roca? ¿Cómo es que cuando se hace sentir esa fuerza, invisible, impersonal, es superior á todo?

Habrá quien leyendo la obra del Sr. Montt considere qus se ha dado en ella demasiado cabida à antecedentes históricos; que, por ejemplo, no habia para que demorarse tanto en demostrar cómo el poder real se elevó sobre las ruinas del feudalismo, y cómo la religion católica ha triunfado de sus disidentes ó enemigos en toda época. Pero eran muy del caso para el propósito del autor estas excursiones al pasado, para hacer ver el principio y gradual desarrollo y consolidacion de lo presente, y tambien para que sus inducciones sobre lo futuro tuviesen premisas de qué partir. Y luego, era muy natural que el Sr. Montt, que acepta la autoridad del hecho, para quien, por solo existir desde algun tiempo una institucion cualquiera, es por eso solo necesaria ó conveniente y tiene en sí misma su razon, que mas que por ideólogo peca tal vez por dema-

siado práctico ó empírico en su razonamiento, fúndase todos sus asertos remitiéndose al testimonio de la historia, á la esperiencia de los tiempos anteriores.

Hemos dicho que el autor de este Ensayo reconoce la autoridad del hecho; y en efecto, en sus juicios sobre las instituciones y condicion política de la Inglaterra, Francia y España, y sobre la soberanía temporal de la Santa Sede, no es tanto la absoluta justicia, la perfeccion ideal, la excelencia teórica lo que el Sr. Montt indaga y discute, sino, digámoslo así, la vitalidad de lo existente, atendida su duracion anterior y su conformidad ó desconformidad con las exigencias actuales. El libro del Sr. Montt es nada ménos que un curso de derecho constitucional, representativo ó despótico; no han de buscarse en él doctrinas, sistemas, teorías: es por el contrario un largo alegato contra la ideología política. Mas que de principios, de derechos, de garantías individuales, de libertades públicas, habla de hechos, de cosas, de situaciones: la paz, el órden, el bienestar general son para el Sr. Montt los primeros atributos de toda sociedad bien gobernada; la forma de gobierno, su organizacion mas ó ménos perfecta, la mayor ó menor suma de franquicias y seguridades otorgadas al ciudadano, no le importan sino en cuanto contribuyen á promover ó á contrariar aquellos fines primordiales.

Bajo semejante punto de vista, concretado el análisis á los resultados positivos, á los efectos prácticos de las instituciones y á su filiacion histórica mas ó ménos

consistente, no era sino muy propio que en un paralelo entre la Inglaterra y la Francia se diese la preferencia á la primera. La Inglaterra es de todas las naciones modernas no solo la que tiene un gobierno mejor constituido, mas tambien la que lo ha constituido de un modo mas lógico y tradicional. La innovacion, la reforma no se aceptan allí sino cuando ya han pasado por el tamiz de la controversia y la discusion mas escrupulosas; y aun despues de esto permanecerian todavía en estado de verdades puramente especulativas y la mayoría del pais no demandaria nunca su efectiva aplicacion, sino se hallan atemperadas tanto como á las necesidades que están destinadas á satisfacer, al espíritu de apego y veneracion que todos profesan á los antiguos usos, á las prácticas inveteradas. Nunca se declara querer derogarlas de plano, por abusivas y perniciosas que hayan llegado á ser, sino que al destruirlas muchas veces totalmente por una reforma radical, se finje creer, y se cree al fin, que no han sido mas que corregidas y perfeccionadas. Y de este modo no se rompe la tradicion, no hay solucion de continuidad en el sistema vigente, y la innovacion mas osada se presenta al espíritu nacional como consagrada en su mayor parte por la esperiencia de los siglos y la aceptacion general.

Con todo, ha podido tal vez el Sr. Montt comparar la condicion social de la Inglaterra y de la Francia, sin negar á esta bajo muchos respectos una superioridad incontestable. Cierto que no hay en Francia la liber-

tad política que en Inglaterra, que su gobierno actual es nada ménos que representativo, y que no tiene tampoco la consagracion de la lonjevidad y de un consentimiento enteramente espontáneo. Pero en fin existe, y nadie osará negarle ni su estabilidad y fuerza presentes, ni la incomparable administracion, el buen órden y progresos que asegura á la sociedad. Concediendo que no tuviese ni fundamento durable ni razon de ser semejante gobierno, y que en vez de la grandeza y prosperidad de la Francia fuese causa de su debilidad y de su atraso; ¿dejaria de ser por esto la nacion francesa lo que ha sido, es decir, una grande y gloriosa nacion, cuyo menor quebranto, cuyo suceso mas insignificante, no han sido nunca indiferentes á la civilizacion europea; para quien los grandes intereses de la humanidad, de la justicia, de la religion, han sido en todo tiempo muy superiores á todo interes particular; que, cuando no con su sangre y los esfuerzos mas heróicos, ha defendido con las simpatías mas ardientes la causa del débil contra el fuerte, del oprimido contra el tirano, de los instintos nobles y generosos contra los del egoismo y del sórdido interes, y del buen sentido, sana filosofía enfin contra las preocupaciones y absurdos mas irracionales? Es una nacion *fósil*, dice el Sr. Montt, no ha sabido reproducirse, no tiene fuerza de expansion. ¡Desgraciado del mundo, decimos nosotros, si alguna vez dejase de ejercer la Francia intervencion alguna en los destinos de otros pueblos, si soltase de sus manos la antorcha á cuya luz la justicia, la verdad, el honor,

el decoro, la moralidad pública, el cristianismo, han brillado siempre en todas partes, si abdicase la distincion y supremacia con que por tantos títulos y de tantos modos ha figurado en la historia moderna! La admirable constitucion política de la Inglaterra, su inmenso poderío material, su sabia política, ¿le darán nunca ese carácter comunicativo y simpático, esa vivacidad natural, esa energía irresistible en sus primeros ímpetus, esa facilidad de asimilacion, esos rasgos de desprendimiento sublimes, y tantas dotes á que la Francia debe la fuerza de espansion y de influencia moral que parece negarle el Sr. Monti?

¿Y cuál seria la suerte de la pobre raza latina si la influencia francesa, su alma, su vida, su sosten, toda su esperanza, debiese arriar pabellon delante de la influencia anglo-sajona? No, el porvenir del mundo, el progreso de la civilizacion no está librado solo á una de las dos razas que se han disputado hasta aquí el predominio; ni la Europa, ni la América están condenadas á recibir la ley del Inglés, y ménos del Yankee. ¿Ni como ha de persistir siempre este divorcio entre las dos razas? ¿No llegará un dia en que fraternizen, en qué, á ejemplo de la alianza celebrada ayer para un objeto momentáneo y que ha dejado de existir junto con la necesidad que le dió el ser, sellen un pacto de concordia, de íntima union, y no ya solo en la Francia y la Inglaterra, sino en todas las nacionalidades mas ó ménos relacionadas hoy con las dos, y no tampoco para un objeto secundario ó efímero, sino para

protegerse mútuamente contra los bárbaros del Norte en Europa, y los Cartagineses modernos en América? El Sr. Montt dista mucho de convenir en su capítulo sobre la alianza anglo-francesa, en la posibilidad y ni en la importancia de semejante union de las dos razas: muy al contrario, mas que afinidades observa entre ellas antipatías profundas y propensiones opuestas; y tan léjos de creer que pueda acordarse ó identificarse jamás su política y producir grandes resultados cualquiera combinacion, juzga su divergencia actual perdurable y como inherente al organismo de las dos.

Sea de ello lo que fuere, la predileccion del Sr. Montt por los anglo-sajones no llega hasta desesperar de que cuente por mucho en la civilizacion de los tiempos venideros el contingente de las naciones neo-latinas. La mas desgraciada hoy, y la mas poderosa un tiempo, la España, tiene, en concepto del Sr. Montt, «todas las cualidades que llevan á la grandeza, todos los preservativos que evitan la ruina y la conquista; el valor, la perseverancia, el sentimiento de la gloria, el entusiasmo por la religion... Si esta raza guarda su territorio y se propaga en proporcion de sus recursos y de los bienes que le ha dispensado la Providencia; si alcanza á fundar un gobierno, mas ó menos libre, mas ó ménos imperfecto, pero al ménos un gobierno que asegure la paz y permita cierta actividad y movimiento á los pueblos; si las artes y las letras, que cultivó en un tiempo con tanta gloria, vuelven otra vez á florecer con la grandeza y la paz, sus

inspiradoras; la familia española reaparecerá con esplendor en el mundo.... »

Al hablar de la soberanía temporal de la Santa Sede, permítanos decirle el Sr. MONTT, pensamos que se ha excedido un poco en el respeto que tributa al hecho, en la autoridad inviolable y suprema que concede al Santo Padre como gefe político de sus estados, y que hace derivar como de un principio religioso, no de la sancion popular ó de la conveniencia pública. En varias partes de su obra dilucida el Sr. MONTT ideas las mas sensatas sobre la necesidad de combinar en el órden civil y religioso la libertad, la tolerancia, la accion individual, el derecho de cada uno, con la institucion de una autoridad fuerte y estable. La Opinion Pública, este poder «que sin ser fuerza puede mas que la fuerza, que sin ser religion purifica y corrige los abusos de una manera mas eficaz que la religion misma; » este poder no puede existir para el Sr. MONTT y obrar sus buenos efectos sin la publicidad y la libertad mas ámplias. Empero, el gobierno pontificio, á toda luz malo, vetusto, depresivo, contrario de todo punto á su fin, que no deja al ciudadano romano la menor intervencion en la cosa pública, que no reconoce derechos individuales, que embarga toda libertad, que sofoca ó rechaza toda opinion, este gobierno, por no sé que estraña mistificacion, está para el Sr. MONTT fuera de la ley comun, y en su esencia y su principio es un modelo de la mas sabia organizacion. ¿La integridad de la Iglesia Católica y la independencia de

su gefe espiritual están interesados por ventura en todo lo que se refiere á la soberanía temporal de la Santa Sede? Si, pero en nuestro humilde juicio de un modo muy distinto al que imagina el Sr. MONTT. Los verdaderos intereses de la religion católica, las prerogativas augustas y la excelsa autoridad de su Vicario, y tambien la justicia, la moral, el decoro público, reclaman que como gefe político no esté colocado el Papa en la situacion precaria, indigna y odiosa en que hoy se encuentra, á la merced del Austria y de la Francia, equiparado por el Congreso de Paris al Sultan de Constantinopla, y abominado por su pueblo.

Si el Papa ha de tener un poder temporal y corte y fausto y honores mundanos, téngalos enhorabuena; pero que al ménos ese poder sea ejercido como debe serlo, y que esos honores no cuesten la miseria y la esclavitud de sus súbditos. Si el Papa ha de acumular la doble investidura de Supremo Pontífice de todo el orbe y de jefe político de un pobre estado, que siquiera sea en este último carácter lo que es hoy el rey de Cerdeña, es decir, el jefe de un gobierno paternal y justo, con instituciones regulares que franqueen al pueblo alguna injerencia en el manejo de sus propios intereses, que lo morijeren y eleven poco á poco, y hagan de Roma otra escuela normal para la Italia, otro ejemplo de una nacionalidad libre y próspera que desacredite por el contraste el secuestro y la opresion de las otras, y aliente y segunde pacificamente su anhelada rejeneracion.

Baste lo dicho para dar una lijera idea de la obra del Sr. MONTT; no hemos querido entrar en detalles y hacer siquiera una indicacion sumaria del contenido de cada capítulo, porque no habría ofrecido interes la exposicion rápida y descolorida de pensamientos cuyo mérito ó novedad son inseparables de la diccion, del encadenamiento lójico, de la mente jeneral, de los infinitos accidentes de lenguaje ó de concepto con que el autor los presenta, ni, la verdad sea dicha, habríamos acertado á compendiar lo que no admite esta forma de expresion.

Aun mas que por el fondo, esto es, por la importancia de las cuestiones que ajita y la filosofía y exactitud de las conclusiones propuestas, se recomienda el Ensayo del Sr. MONTT por la vivacidad, la fluidez, la enerjía, la constante cultura de su elocucion: Se conoce que el autor, aunque tan jóven, ha hecho ya sus armas en la prensa periódica, que en esa arena, de diarios y encarnizados combates, ha adquirido la admirable versacion, la soltura, el ahinco, á veces incisivo, punzante, epigramático con que maneja su bien cortada pluma. Se conoce tambien que el estudio de la historia y de sus mas ilustres intérpretes antiguos y contemporáneos, y la propia observacion, aplicada constantemente en cinco años de viajes por Europa y de frecuente trato con buena sociedad, le han dado el caudal de juicio y discernimiento, de instruccion y de experiencia práctica que distinguen su argumentacion.

Concluiremos deseando con toda sinceridad que este Ensayo, de un compatriota y amigo nuestro muy de corazon, tenga el éxito mas feliz.—

Da placidam fesso, lector amice, manum.

(Ovid.)

J. BELLO.

Paris, enero de 1859.

LIBRO PRIMERO

UNIDAD DE LA EUROPA

I

DE LA UNIDAD POLITICA.—EL EQUILIBRIO.

Lucha de la unidad política con las fuerzas locales.—El baron y su superior feudal.—Rivalidad de los grandes vasallos con el rey ó poder central.—Victoria del Estado.—Resultados políticos del feudalismo.—Facilitó las conquistas sarracenas.—El feudalismo perdió á la Francia en el siglo XIV.—La centralizacion del poder militar y del poder político es la causa principal del engrandecimiento de la España.—El feudalismo perdió á la Polonia.—Debilita hoy la Alemania.—Del equilibrio europeo: su orígen.—Es anterior al tratado de Westfalia.—En cuatro siglos la Europa ha sufrido la preponderancia de cuatro distintas naciones.—Opiniones acerca del Equilibrio.—Es una garantía de paz y de progreso. — Ejércitos permanentes. — Carácter histórico de los ejércitos permanentes.— Sus servicios á la causa del pueblo.—Han destruido el feudalismo.—Hipótesis sobre su desaparicion.—Volveria la tiranía local.—Otro argumento contra el Equilibrio: la sujecion de las nacionalidades. — Falsas apreciaciones. — El Equilibrio es la mejor garantía de las nacionalidades débiles y amenazadas.—Tercer argumento: la intervencion. — La intervencion es una necesidad independiente del Equilibrio.—Lo que fué en otro tiempo: intervenciones dinásticas. — Lo que es hoy: intervenciones de ideas y de grandes intereses europeos.—Reflexiones generales.

En el número de las causas que han contribuido a formar, tal como hoy existe, la unidad europea, ha de notarse como muy importante la debilidad del poder político local, sea de la provincia ó de la nacion,

en favor del poder político colectivo. Se ha verificado esta absorcion lentamente, grado por grado, trayendo su punto de partida del castillo feudal ó del municipio plebeyo, pasando despues á los grandes señores ó á los centros políticos, en seguida á los reyes, quedando, en definitiva, en mano de las primeras potencias europeas. La historia de la formacion del poder militar y político en Europa puede asemejarse al nacimiento y curso de los grandes rios: una roca destila la primera gota, auméntala el arroyo del bosque vecino, vienen despues á darle incremento innumerables vertientes que se precipitan de las colinas ó corren tranquilas por los campos; unas y otras se confunden, se impulsan, arrastran á las corrientes mas débiles; y esa gota, lágrima que vertió la grieta de una peña, entra en el Océano agregada á un raudal inmenso y magestuoso. Así la banda de 25 ó 50 hombres del baron feudal, núcleo de los ejércitos de Europa, se halla hoy absorbida en la milicia colosal que tienen en pié las naciones preponderantes, y que viene á ser como la espada de ese tribunal que componen las cinco grandes potencias.

Pero esta absorcion no ha sido, al modo de la corriente de los rios, el efecto natural, fácil é irresistible de una ley de gravedad, sino el resultado de un trabajo largo y penoso del tiempo, de las generaciones, del progreso lento de la civilizacion. Entre ambos fenómenos hay la diferencia que entre las leyes físicas y las leyes morales, unas y otras absolutas y

necesarias en su esencia; pero unas, las leyes físicas, sujetas á un mecanismo material en que cada elemento toma su puesto, y las otras, las leyes morales, entorpecidas por las pasiones, los intereses ó la ignorancia de los hombres. Gobernado el arroyo por la ley de gravedad, naturalmente huye de la altura, busca el llano y se precipita en el declive: hace pronto su carrera y la hace sin obstáculo ni lucha. Mientras que la ley moral encuentra un tropiezo á cada paso, un abismo abierto de trecho en trecho, una altísima muralla al fin de cada jornada de su carrera; de aquí la lucha, la victoria ó la derrota; de aqui el progreso ó el retroceso de las ideas. La lucha es la condicion necesaria de toda ley moral, aun cuando sea esa ley la mas santa, la mas benéfica, la sola salvadora de la sociedad. Luchó el cristianismo con el paganismo durante cinco siglos, la civilizacion y la barbarie durante toda la edad media; lucha hoy la libertad con el poder absoluto, la religion con la incredulidad, lòs preciosos intereses europeos, generales, absolutos, con las preocupaciones y los mezquinos intereses de localidad.

Debió, pues, la unidad del poder politico trabar una larga y terrible lucha con las fuerzas feudales, municipales, nacionales, con todos los elementos que entorpecian su carrera, antes de alcanzar la victoria y llegar á ser, lo que es ahora, una ley de la sociedad cristiana y civilizada. Fué su primer batalla la de la provincia con el castillo. El gran señor feudal no podia consentir dentro de sus dominios innumerables frag-

mentos de poder político y militar, soberanos incompletos y por esto inquietos, aspirantes á engrandecerse, opresivos con sus súbditos, insolentes en presencia de un superior nominal y de ordinario impotente. Sin destruir y absorber al baron, el duque no disponia de una verdadera fuerza ni reinaba jamás en su territorio la concordia y la paz. Tal estado de cosas era el último grado de la desorganizacion política, de la miseria social. Cada tiranuelo hacia de su castillo una cárcel, de su heredad un terreno de esplotacion, de sus pobladores un rebaño de esclavos. Era rey, juez y verdugo. Despojaba como amo, y justificaba como juez la legitimidad del robo; asesinaba como bandido, y se absolvia como supremo tribunal; aborrecia como hombre y se vengaba como verdugo. Contenerlo era casi imposible. Aislado, el superior feudal nada podia; auxiliado de los otros barones, no era de esperarse que infligiesen penas en defensa de una causa que aborrecian en comun y en castigo de crímenes que ellos consideraban meras prerogativas señoriales. La religion predicaba en vano moralidad, los reyes promulgaban inútiles ordenanzas en favor de los siervos. En tanto que existiese el castillo, y con el castillo el fraccionamiento del poder militar y político, el órden, la moral, la paz, todos los bienes, todos los adelantos eran imaginarios. El vicio radical del feudalismo consistia en dar ó en permitir la soberania como un patrimonio personal y no como la mision mas noble y mas santa que puede asumir un hombre.

El castillo sucumbió al fin y fué absorbido por el gran señor feudal, pero ese progreso luchó, antes de alcanzar la victoria, durante los diez siglos de la edad media. Pereció el baron, el último grado del fraccionamiento territorial, jurisdiccional, militar y político. De sus cenizas surgió poderoso el gran vasallo, duque ó príncipe. Segunda época.

Fué el príncipe al rey lo que el baron al príncipe, súbdito en el nombre, enemigo y rival en el hecho. Ejercia el príncipe los derechos de paz y guerra, administraba la justicia, dictaba las leyes civiles y comerciales, decretaba los impuestos, reunia en suma todas las prerogativas de la soberania mas ámplia. Existian rey y barones, pero éstos habian dejado de ser fuertes y aquel no habia dejado de ser débil. Rodeaban al gran señor feudal dos sombras, una, la del inferior local, que era la sombra del que se aleja; otra, la del rey, que era la sombra del que se acerca. Esta es la segunda faz del feudalismo, la menos odiosa, tambien la menos duradera en la historia. Subiendo la tirania á una escala mas alta, naturalmente se mostró menos vejatoria con el súbdito, menos fuerte en presencia del rey. La monarquia supo interesar en favor de su causa al baron despojado, á las clases medias, al pueblo; y cuando hubo contado sus fuerzas y medido el poder del gran señor, hízole guerra tenaz, indecisa durante dos ó tres siglos, XIII, XIV, XV, victoriosa en el XVI. Tuvo lugar esta lucha en todos los paises de Europa, cual mas, cual ménos inficionado de feudalismo, y

en casi todos venció el pueblo ó la monarquia.

En Inglaterra los Tudores se adjudicaron el mérito y el provecho de la victoria, lo legaron á los Estuardos en tanto que la revolucion y Cromwell, su gefe plebeyo, vinieron á dar al pueblo y á la libertad lo que se habia atribuido el rey y el absolutismo. En Francia Luis XI dió el último golpe al poder independiente del gran vasallo, legando á otro génio político superior al suyo, á Richelieu, la mision de hacer servir al poder real y á la unidad política, social y militar de la monarquia, los despojos del feudalismo. En España, pais en que la soberania señorial fué mas débil que en el resto de Europa, y en donde siempre estuvo atemperada por los privilegios municipales, en España la corona se apoderó de todo, así de prerogativas feudales como de franquicias populares. En Alemania duró mas largo tiempo el feudalismo; aun existe, si bien muy debilitado, en nuestros dias; y esa es la causa principal de la falta de unidad y de preponderancia de esta nacion. En Italia, nacion repartida por el estrangero, el feudalismo existió solo donde se mantuvo el conquistador bárbaro; floreció la república en los pueblos independientes, siendo así una parte de la península tierra de señores y siervos, otra parte tierra libre y de ciudadanos.

La destruccion del feudalismo concentró en el estado, llámese monarquia, aristocracia ó república, las fuerzas que antes andaban desparramadas y como en átomos, en ese caos denominado edad media.

De los derechos jurisdiccionales del baron nació una

justicia nacional, una ley comun, un tribunal que la administraba, una autoridad que aseguraba su sancion.

De la milicia feudal vino la milicia nacional: el baron, antes gefe, fué convertido en soldado. Por la supresion de la soberania señorial, el baron perdió el derecho de acaudillar una banda; y los progresos del arte de la guerra, contemporáneos del progreso político, acabaron de consumar su ruina. En las antiguas batallas el valor personal y la destreza en el manejo de las armas decidian el resultado: así, haciendo el baron incesante ejercicio de la guerra, era el mas esforzado y tambien el mas hábil combatiente. En la milicia moderna el individuo desaparece en la masa, la combinacion de una sola cabeza, la del general en gefe, reemplaza el arte y destreza de los antiguos capitanes feudales.

La desaparicion del feudalismo soberano fundó en Europa el poder de la monarquia: la ruina del feudalismo aristocrático, todavia en pié, fundará en el porvenir el poder de la democracia. El primer hecho niveló los elementos políticos, el segundo nivelará, en cuanto es dable, los elementos sociales. Hasta ahora está consumada una de estas revoluciones, dando por resultado, en las naciones, la unidad de las fuerzas militares y políticas; en la Europa, el sistema llamado del Equilibrio. Estos progresos han reformado en su base los pueblos del viejo mundo y esplican, mas que ninguna otra razon, su desarrollo, sus adelantos internos, su preponderancia en el conjunto. Sin ese

bien supremo la Europa seria hoy tan débil y oscura, tan atrasada como en los tiempos de la edad media. El feudalismo la perdió: la reconquistó la unidad del poder político y del poder militar.

En efecto, el feudalismo fué en nuestra opinion la causa de la debilidad que puso á la Europa y al cristianismo al borde de un abismo. Si los bárbaros no hubiesen fundado ese funesto sistema, es seguro que los sarracenos no habrian invadido, ó por lo ménos no habrian conservado un palmo de tierra europea. ¿Cuál es el origen de la dominacion árabe en España, es decir, en la primera nacion de Europa que conquistaron? ¿no fué una sorpresa favorecida por las rivalidades de soberanos y grandes vasallos? ¿hubieran los africanos hecho una conquista tan rápida y fácil, hallándose concentradas en el estado las fuerzas entonces diseminadas entre muchos y muy enemigos señores feudales? Es mas que dudoso. En España así como en Francia, Italia y demás paises invadidos por los musulmanes, el feudalismo fué el peor enemigo de la cristiandad, y el mejor auxiliar del conquistador. Es bien sabido que los mahometanos aventajaban inmensamente á los cristianos en la organizacion del poder político y del poder militár, sujetos ambos á una disciplina de hierro y representados por un caudillo único: tenian ejércitos regulares, sometidos en realidad, no solo en principio, al gefe del estado, mientras que los cristianos hacian la guerra sin órden ni sistema, al acaso, y segun los caprichos, las pasiones y los inte-

reses de una aristocracia aventurera y turbulenta. Por un momento Cárlos Martel y su nieto Cárlo-Magno lograron reunir bajo su cetro las fuerzas de la Europa feudal y dieron á los mahometanos un duro golpe, y tanto, que paralizó su marcha y los hizo zozobrar en su mas firme conquista, la España. Sin la dictadura de Carlo-Magno la suerte de la cristiandad no habria sido mas venturosa que la suerte de la península. La salvó la concentracion del poder en una mano fuerte, audaz y absoluta.

En la historia interna de la Europa vemos repetido á cada paso el ejemplo del antagonismo musulman y cristiano. El secreto de la preponderancia y victorias de tal ó tal nacion no es otro que el de la unidad de su poder político y la organizacion de sus fuerzas militares. En el siglo XIV vemos á la Inglaterra, entonces pobre y poco poblada, luchar con ventaja y vencer á la Francia, muy superior en civilizacion, habitantes y riquezas. Pero la Inglaterra se hallaba gobernada por un rey en el hecho tan bien como en el nombre, y la Francia se encontraba desmembrada entre innumerables vasallos independientes. En Inglaterra no hubo jamás verdadero feudalismo: hubo solamente aristocracia, es decir, una clase del estado, opulenta, privilegiada, inquieta, no una muchedumbre de estados rivales entre sí, todos enemigos del gobierno real. Felipe de Commines nos dice que en su tiempo, el siglo XV, la Inglaterra «era el señorio mejor gobernado de toda la cristiandad, siendo allí bien tratado el

pueblo, menos violentos los señores feudales, mas poderoso el rey. » Esto esplica las victorias de Azincourt y de Crecy, la prision del rey Juan, la coronacion de Enrique VI de Inglaterra como rey de Francia. El feudalismo perdió entonces á la Francia, la unidad la ha hecho despues tan fuerte y victoriosa.

¿Cuál es el secreto de la preponderancia y conquistas de los españoles? Helo aquí. En los siglos XV y XVI era España la nacion de Europa menos inficionada de feudalismo : los grandes señores la vendieron, el pueblo supo recobrarla. Hácia los tiempos de Fernando y de Isabel era la nacion española la república de la cristiandad, pueblo libre que el rey gobernaba como magistrado, no como tirano, y la aristocracia apenas pasaba de ser una clase del estado, distinguida, privilegiada, pero no omnipotente. Gonzalo de Córdoba fué el primer general que ha habido en Europa tal como fueron en otro tiempo los caudillos romanos, tal como son hoy los generales en gefe. Su ejército fué el primer ejército ordenado, regular, sujeto á ley y disciplina. Gonzalo hizo de ese cuerpo informe de las tropas feudales una legion combinada con arte, una especie de república militar con un pueblo de soldados y una magistratura de generales, comandantes, tenientes. Los historiadores militares atribuyen al Gran Capitan el honor de esa reforma, planteada despues en todos los ejércitos de Europa; pero el historiador político, examinando á fondo las causas del progreso, dará principalmente el honor á la nacion española cuya

excelencia de gobierno y unidad del poder político la habian hecho posible. Supóngase que Gonzalo hubiese sido caudillo del enemigo, el francés invasor de Nápoles: ¿habria podido llevar á cabo su sábia combinacion militar? ¿habrian tolerado los señores feudales un órden de cosas que los reducia y casi anulaba? ¿habria consentido el duque en servir bajo el baron, el baron en obedecer al simple caballero, el caballero al plebeyo? Es evidente que no. La gerarquía feudal hacia imposible la gerarquía militar. En tanto que hubiese una categoria séria de duques, marqueses, condes, barones y caballeros, cada cual dueño de cierto puesto en el ejército, de cierto valor en el estado, no era dable plantear la escala democrática de generales, coroneles, capitanes y tenientes, títulos todos derivados del mérito, valor, antigüedad, todos sujetos á una ley de promocion. La reforma militar fué en España el reflejo de la revolucion política y social: cuando Gonzalo organizó la milicia, ya el poder político estaba concentrado en el rey y asambleas populares. Y á este inmenso progreso es deudora la España de sus conquistas de Europa y de América, de sus victorias contra el feudalismo francés é italiano, incapaz de resistir á la accion vigorosa de un gobierno que sabia mandar y hacerse obedecer.

Se puede sentar como una verdad incuestionable, muchas veces comprobada por la historia, que la mayor ó menor concentracion del poder militar ó político ha decidido de la suerte, próspera ó desdichada, de los estados de la Europa moderna. Los que han resistido

á esta ley de progreso, ó han sucumbido, como la Polonia, ó se hallan débiles y relativamente impotentes, como la Alemania. La Polonia fué á la Rusia lo que la España á los moros: perdióla menos el poder del invasor que la falta de organizacion en el invadido. En el siglo XVIII el feudalismo habia desaparecido de casi toda la Europa quedando tan solo su sombra, la aristocracia titulada. En Polonia estaba aun vivo. Los príncipes palatinos, rivales de poder, rivales de ambicion, introdujeron en el estado la doble confusion que resulta del escesivo poder de un súbdito y de la escesiva debilidad del gobierno. Tuvo aquella desgraciada nacion los vicios de todos los sistemas de gobierno, lo peor del feudalismo, lo peor de la república, y ciertamente que no lo mejor de la monarquía. Luchaban en ella las ambiciones locales asi como las rivalidades de los nobles, de donde resultaba la desunion del pueblo y el desquiciamiento del estado. ¿Cómo habia pues de resistir los embates de un poder absoluto, enérgico, que acumulaba todas las fuerzas militares y políticas? La Polonia feudal debió sucumbir en presencia de la poderosa unidad ruso-eslava.

Si el feudalismo ha perdido á la Polonia en el siglo XVIII, debilita, ya que no compromete, la influencia de la Alemania de nuestro tiempo. La familia germánica es acaso la primera del mundo en inteligencia y cultura, en poder militar y en nobles y entusiastas pasiones: y ¿qué relacion hay entre esa grandeza de elementos y su mezquina preponderancia en la política universal?

¿tiene la Alemania en la diplomacia el puesto que corresponde á una familia de 50 millones de hombres y un millon de soldados? Lejos de eso. Si la Alemania tuviese la unidad de la Francia; si esos 50 millones de hombres industriosos, ilustrados, excelentes soldados, mejores ciudadanos, alcanzasen á reunir sus fuerzas bajo un gobierno nacional, germánico, único, la Alemania dictaria la paz y la guerra, haria, por decirlo así, la historia de Europa. El feudàlismo desvirtúa y aniquila su inmenso poderio. La Alemania es un gran tablero de militares y de políticos jugadores: todo está reducido á trozos, divisiones y fragmentos. El territorio, los rios, las costas, la legislacion civil, política y comercial; el sistema de gobierno, la fuerza militar, toda la sociedad en suma, asi hombres como cosas, se halla fraccionada en infinitas porciones rivales, enemigas. Voltaire decia: hay anarquía y no monarquia germánica; y esta espresion, al contrario de las de su especie, casi siempre pueriles, es exacta y verdadera. La gran figura imperial, mas ó menos poderosa en otro tiempo, ha desaparecido en favor de innumerables figuras mediocres que giran al rededor del Austria ó de la Prusia, cuyo antagonismo divide la familia germánica en dos campos y debilita su influencia en la política de Europa. Esto esplica las victorias militares de la Francia, las victorias diplomáticas de la Rusia. La Alemania cuya fuerza guerrera es dos veces mayor que la de los franceses, ha sido vencida por la Revolucion, conquistada por Napoleon.

La Alemania, incomparablemente mas ilustrada y rica que la Rusia, ha debido en cierto modo ponerse bajo su proteccion y nombrar al Czar por su tutor. Napoleon la dominó con el sable, Nicolás con la intriga: el uno favorecido por la division de las fuerzas militares, el otro gracias á la rivalidad de los gabinetes. El fraccionamiento de su espada la puso á merced de la unidad francesa; el fraccionamiento de su cetro la postró ante la unidad rusa.

Hemos visto que el poder militar y político se ha ido dilatando poco á poco, hasta concretar en el estado las fuerzas repartidas entre innumerables vasallos titulares, soberanos en el hecho.

El castillo del baron fué absorbido en el castillo ducal.

Despues, si es permitido espresarse así, el palacio del gran señor feudal quedó reducido á pabellon del palacio real: de soberano descendió á cortesano.

La espada del baron se fundió en la espada del príncipe, y ambas dieron el material con que se fabricó la espada del estado.

El baron fué primero caudillo, mas tarde teniente del duque, al fin soldado del rey.

La banda ó partido militar del señor feudal obedeció al baron independiente, pasó en seguida á las órdenes del príncipe, quedó definitivamente reducida á una compañia en el ejército del estado.

La guerra se hizo primero al rededor del castillo y debió ser tan estéril como dura, tan de poca conse-

cuencia como de mucho costo. Esta es la guerra de la caballeria, trajedia muy lastimosa para los que la sufrieron, trajedia fantástica y entretenida en los romances.

Abatido el baron, la guerra se hizo ya fuera de su residencia y al rededor del príncipe ó gran señor feudal, en las ciudades. Los escombros del castillo derribado sirvieron para fortificar el nuevo terreno de la lucha. De aqui las ciudadelas, murallas de circunvalacion, fosos y demàs aparatos bélicos con que fueron fortificadas casi todas las ciudades de Europa. Como consecuencia natural, el sitio fué entonces la sola combinacion de la guerra.

Confundido el príncipe ó gran vasallo en el rey y en el estado, la guerra, tomando mayores dimensiones, dejó de ser local y se ausentó del castillo y de las ciudades. Los ejércitos se batian caminando, y las batallas, mas que tales, eran encuentros de duelistas que escogen terreno y armas. Fueron los ejércitos, y lo son hoy, castillos ambulantes que se hostilizan de jornada en jornada, avanzando hácia la capital del enemigo si victoriosos, retrocediendo hácia su propio centro cuando vencidos. En llegando al corazon del estado, el ejército vencedor dicta la paz, y el ejército vencido depone sus armas. Tal es la guerra moderna. La concentracion del poder militar en el estado la ha dado un carácter mas político, mas humano y de mayor consecuencia. Este es un inmenso adelanto en la civilizacion europea. La combinacion ha tomado

el lugar de la fuerza, y si la espada existe siempre y por desgracia tiene el primer papel en la escena del mundo, á lo menos hay principios politicos que saben dirijirla con acierto y contenerla á tiempo. La furia sanguinaria y asoladora, en otro tiempo la esencia misma de la guerra, no tiene mérito ni justificacion en nuestra época.

Tales son las preciosas consecuencias de la concentracion de las fuerzas locales en mano del estado. El progreso inmediato es la reunion del poder militar de las diferentes naciones en el consejo de las grandes potencias, ó sea lo que se ha convenido en llamar Equilibrio europeo. Este es el mas alto grado de la unidad militar y de la unidad política de Europa.

Generalmente se cree que el tratado de Westfalia es el principio del Equilibrio europeo. Pensamos que es mucho mas antiguo. Hechos de esta importancia no tienen fecha precisa, fé de bautismo, por decirlo así, en la cronologia de la historia. Vienen al mundo poco á poco, en estado latente, y toman cuerpo y forma largo tiempo despues de su nacimiento. Existia el Equilibrio europeo antes del tratado de Westfalia, puesto que la Europa habia visto hacer guerras de alianza sistemáticas, ya para contener la ambicion de tal ó tal príncipe, ó con la mira de amparar esta ó aquella nacion amagada. Inclinándose Enrique VIII á Francisco I despues de la batalla de Pavia, á pesar de sus compromisos con el emperador Cárlos V, practicaba tan bien como lo hace hoy lord Palmerston,

la política del contrapeso y balanza de las potencias europeas. La liga de Enrique IV y de Isabel, uno católico, la otra protestante, ambos soberanos de naciones rivales, fué una necesidad del Equilibrio, gravemente amenazado por la alianza austro-española. Y Cárlos V abdicó en 1556, Enrique IV murió asesinado en 1610, abdicacion y muerte que precedieron, una 92 años, 38 la otra, al tratado de Westfalia, firmado en 1648.

Dió origen al Equilibrio el grande hecho que acabamos de apuntar, á saber, la unidad política y militar de los estados: pues consecuencia de esa unidad fué la espansion de los pueblos poderosos y aspirantes á ensanchar sus dominios. En la edad-media tenia cada pais sobrada ocupacion en sus incesantes conflictos internos, los del noble chico con el noble grande, de uno y otro con las ciudades, de todos con el rey. No hubo ni era posible que hubiese guerras europeas, ni combinaciones que las hiciesen difíciles ó pusiesen obstáculos al desmedido crecimiento del vencedor. La ciencia política de los reyes consistia entónces en saber casarse con la heredera del feudo vecino, engastar éste en la corona y defenderlo de los pretendientes. Era en esa época la política un arte de mañas de que se valian los nobles, aspirantes á mantener ó aumentar sus prerogativas y territorio, ó una acechanza perpétua de los reyes para confundir en el estado al vasallo independiente y fastidioso. La victoria de la monarquia dilató la ambicion de los soberanos, y ya comenzaron á

trazar planes en un horizonte mas vasto. Luis XI dejó á sus herederos tan bien cimentados en el trono, que no temieron aventurar fuerzas y tesoros en el tapete de los jugadores de la Europa, la Italia. Cárlos V recibió de sus abuelos Fernando é Isabel los reinos unidos de Castilla y de Aragon, las conquistas de Granada y Nápoles; de su padre los Paises Bajos, de Colon un nuevo mundo; y al miedo que inspiraba el turco debió el cetro imperial de Alemania. Este inmenso poderío dió alas á su ambicion, que no era menor; y ambos pusieron en gran conflicto lo que en el lenguaje de ahora se habria entónces denominado el Equilibrio europeo. Las empresas guerreras de Cárlos V y de Francisco I llamaron naturalmente la atencion de todos los pueblos, así de los invadidos como de los meros espectadores, unos y otros interesados en oponer atajos á pretensiones que ó conmovian ó amenazaban á toda la cristiandad. De aquella época data el sistema del Equilibrio, si bien la palabra viene de mas reciente tiempo.

Bien sabemos que el Equilibrio de ahora no es el de entónces: los intereses, las ideas, el progreso de toda clase, militar, político, religioso, lo han ido modificando y como poniéndole el sello de cada época. En el siglo XVI el Equilibrio se espresaba bajo esta fórmula: ¿el catolicismo vencerá ó será vencido por la Reforma? ¿la casa de Austria dominará ó no dominará la Europa entera? Si bien distintas, estas dos cuestiones ordinariamente se confundian, pues los intereses del

catolicismo y los de la casa de Austria eran en las ideas del siglo XVI idénticos y solidarios.

En la primera mitad del siglo XVII subsistieron intactos los temores y las cuestiones del XVI. Todo cambió sin embargo en la segunda mitad. La emancipacion de los Paises Bajos y del Portugal, y lo que es peor, las fuerzas malgastadas en recobrarlos, habian enflaquecido á la España; la guerra de Treinta años y los triunfos de Gustavo Adolfo habian dejado trémula y sangrienta al Austria. El Equilibrio mudó de forma, y se produjo así: ¿Luis XIV y la casa de Borbon dictarán leyes á la Europa? ¿será la Francia la heredera de la España? En estas cuestiones los intereses religiosos, ya en decadencia, no tomaron sino muy débil parte al principio, ninguna mas tarde. El Austria se uuió á la Inglaterra, el católico Eugenio al protestante Marlborough: la lucha era solamente política, de preponderancia, de Equilibrio.

En el siglo XVIII el contrapeso político, antes destruido por las casas de Austria y de Francia, empieza á ser perturbado por la Inglaterra, engrandecida por sus conquistas asiáticas y sus colonias americanas, por su industria, por su libertad. Cambia pues de aspecto el Equilibrio y se manifiesta de este modo: ¿serán los ingleses los señores absolutos del océano? ¿han de obedecer los otros pueblos á su legislacion comercial y marítima? Como estas son cuestiones de preponderancia naval y colonial, interesaron y decidieron á tomar las armas á la Francia, la España, la Holanda y las po-

tencias del Báltico. La Inglaterra nunca amenazó el Equilibro continental, y á esto debe tal vez el haber destruido en su favor el Equilibrio marítimo.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX la balanza política se trastorna de nuevo, y se presenta así: ¿será la Europa anarquizada por la revolucion francesa? ¿será conquistada por Napoleon? Todos los gobiernos, todos los pueblos aceptan por suya la cuestion; y despues de innumerables reveses, llegan á resolverla definitivamente en Waterloo.

Pero la caida de un coloso habia alzado otro, y en 1853 el Equilibrio, amenazado por el Czar Nicolás, el heredero de Napoleon, toma su última forma: ¿será la Turquía presa de la Rusia? Y como inevitable consecuencia, ¿serán amenazadas en su poder y porvenir las grandes naciones de occidente?

En cuatro siglos el Equilibrio ha sido perturbado por cuatro potencias: la España, la Francia dos veces, la Inglaterra y la Rusia. El cetro de Europa ha corrido de sur á norte, de occidente á oriente, como un fantasma seductor que la Providencia pasea para tentar la ambicion de los fuertes y castigar mas tarde las violencias de los conquistadores.

Sin embargo, esta rotacion del poder ha tenido una profunda significacion, hallándose sometida en cierta manera á una ley providencial de adelanto.

La preponderancia española, la mas vasta, la mas grandiosa, tambien la mas duradera, tuvo la triple mision de descubrir y poblar un nuevo mundo, abatir

el coloso otomano y defender la causa del catolicismo. Dió á la Europa unidad y espansion: unidad, rechazando al conquistador asiático y purificando, por decirlo así, el elemento europeo; espansion, agregando al viejo mundo un mundo nuevo, vírgen, dispuesto á recibir la semilla de la fé y de la civilizacion cristianas. Cumplió la España su noble mision: se despobló en beneficio de la América, perdió su industria y tesoros en beneficio de la Europa, esfuerzos ambos inmensos, sacrificios que la dieron el primer puesto en la historia, pero que la quitaron el primer puesto en la política europea.

Harto menos fecunda y trascendental ha sido sin duda la mision de la Francia, heredera del predominio español. Así en la época de Luis XIV como en la tanto mas gloriosa de Napoleon, el poderío de la Francia fué deslumbrador mas que útil: sacudió la Europa sin reformarla, sin dar nuevo horizonte á los pueblos, mayor ensanche á las ideas, otros destinos á la humanidad. Pero en una y otra ocasion la hizo el gran bien de poner en contacto los intereses y las pasiones, agitar las inteligencias, acercar las regiones y los pobladores mas distantes del continente. El predominio francés hermoseó pues la obra del predominio español. ¡Parece que la Providencia ha dotado á la Francia de todas las cualidades que sirven á la ornamentacion mas bien que á la reforma fundamental de las sociedades!

Llega su turno á la Inglaterra. Ya la integridad de la Europa estaba asegurada, y los ingleses no tuvieron

que luchar con el invasor asiático. A principios del siglo XVIII, época en que empieza la preponderancia de la Gran Bretaña, las pasiones y los intereses habian cambiado de rumbo y de fines. El mundo europeo, dado antes á las querellas religiosas, se entrega ahora de preferencia al desarrollo de las industrias, al fomento de las artes útiles, de la navegacion, de la fábrica, á la conquista colonial, al estudio de las cuestiones practicas de sociedad y de gobierno. La lucha de la Inglaterra debió ser marítima, comercial, de supremacía industrial tanto como de supremacía militar. Su triunfo abrió un nuevo horizonte á las sociedades europeas. Desde entónces data esa faz de la civilizacion cuyos elementos principales son la industria, el trabajo, el crédito; desde entónces datan esas instituciones llamadas Bancos, compañías comerciales conquistadoras; el desenvolvimiento del comercio, favorecido por una legislacion liberal; desde esa época data tambien cierta nivelacion en las clases de la sociedad, las mas avanzadas teorías de gobierno, el progreso mas ámplio de las instituciones libres.

Sin ser tan gloriosa como la mision de la España ni haberse llevado á cabo con el esplendor de las victorias francesas, la mision de la Inglaterra ha sido tal vez la mas benéfica á la Europa y al mundo.

La España dió unidad al viejo continente: la Inglaterra sembró en él la preciosa semilla de la libertad y de las industrias.

La España descubrió y conquistó un mundo; la

Inglaterra hizo de ese mundo la heredad de la democracia.

La Francia asombró á la Europa con sus dos Iliadas, la de Luis XIV, noble poema de héroes de espada y de pluma; la de Napoleon, ménos grande en la literatura, muy superior en gloria militar: la Inglaterra ha sabido componer una Iliada todavía mas hermosa, cual es la existencia de un gran pueblo libre, próspero, siempre en órden.

El predominio de la Rusia no prometia á la Europa adelanto alguno; ni la integridad ni espansion que ya le habia asegurado la España, ni la cultura de la Francia, ni las reformas políticas y sociales de la Inglaterra. Delante de la Providencia y de la historia no tenia la Rusia títulos que justificasen sus pretensiones al cetro de Europa: su ambicion contrariaba la ley del progreso. Fué y debió ser vencida.

En tanto que cada una de esas naciones mantuvo su preponderancia guerrera y política, las demas se agruparon, formaron alianzas á fin de oponer á la potencia invasora las fuerzas reunidas de los pueblos invadidos. De aquí el Equilibrio europeo. Durante la paz aparece bajo la forma de negociaciones, de intrigas, de combinaciones mas ó ménos sólidas y trascendentales. En la guerra, toma cuerpo y se produce en la alianza ofensiva y defensiva. Tal es la condicion necesaria del Equilibrio. El tiempo ha cambiado las cuestiones debatidas y el nombre de los combatientes, sin alterar por eso su esencia y naturaleza. Al fin de

cuatro siglos, acaso los mas fecundos, los mas variados de la historia, hallamos que el Equilibrio europeo, tantas veces alterado, se halla hoy, como en el momento de su origen, en poder de cinco grandes potencias. En el siglo XVI se hallaba compuesto de la España, la Turquía, el Austria, la Francia y la Inglaterra, naciones fuertes y celosas unas de otras, enemigas naturales de la preponderante, aliadas seguras de las amenazadas. Hoy la fuerza política y militar de Europa se encuentra en poder de Inglaterra, heredera de la España colonial y marítima; de la Francia, heredera de la España continental; de la Rusia, engrandecida á espensas de la Turquía; del Austria, cazadora de nacionalidades errantes; de la Prusia, formada á costa del feudalismo germánico.

Y ya que se ha tratado de la formacion histórica del Equilibrio, conviene examinar sus consecuencias en la sociedad y en la política de la Europa actual. Ningun hecho se presenta tan confuso, ninguno encierra tan graves males en opinion de sus enemigos, ni bienes tan importantes á juicio de sus partidarios. El Equilibrio es hoy el *alma mater* de los gobiernos y de los publicistas, el centro del sistema europeo. Todos los partidos lo examinan, lo aceptan como un bien ó una necesidad, ó lo odian como una suprema calamidad. Hé aquí las fórmulas de esas diversas opiniones.

1ª Concentrando el Equilibrio la fuerza militar y política de las naciones, ha sido el mas eficaz operario de la unidad europea; ha hecho la guerra ménos tre-

cuente, mas humana en los medios, mas trascendental en sus fines. El Equilibrio es pues un bien inmenso, una ley de la Providencia, una condicion del progreso.

2ª El Equilibrio, entregando á cinco grandes potencias las fuerzas de toda la Europa, ha establecido en favor de ellas una dictadura funesta á los pueblos oprimidos y á los pueblos débiles, á los unos porque mantiene su sujecion, á los otros porque aniquila su importancia. El Equilibrio es en consecuencia un mal, gravísimo mal.

3ª El Equilibrio, segun se dice, ha hecho ménos frecuente la guerra. Es posible. Pero, ¿bajo qué condiciones? ¿no está la Europa entera armada para mantenerse en paz? ¿no hay tres millones de soldados en pié á fin de impedir la guerra? Aun siendo el Equilibrio un bien, lo que es cuestionable, es un bien muy caro y casi tan funesto como el mal mismo que remedia. Es un inmenso derroche de capitales dirigido á minorar en algo el derramamiento de sangre. Por no sufrir el dolor de la herida, la Europa sufre el dolor, tanto mas duro á veces, del hambre. Muerte por muerte, tanto vale morir de consuncion como sangrado.

4ª El Equilibrió, por el hecho de concentrar en cinco potencias de primer órden el poder de toda la Europa, hace inevitable la intervencion, abuso odioso en un sentido absoluto, de ordinario funesto en sus aplicaciones prácticas.

Hállanse en estas cuatro proposiciones condensadas las ideas de todos los partidos acerca del Equilibrio:

las opiniones del filósofo, que lo considera como una garantía de la unidad; del economista, que le atribuye el mal de los ejércitos permanentes; de los amigos de las nacionalidades, que lo aborrecen como el mas sólido obstáculo de su triunfo; del hombre de estado, en fin, cuya accion individual y pública se halla limitada por la accion colectiva de las grandes potencias. ¿Cuál de estas apreciaciones es la verdadera? ¿lo son todas? ¿no lo es ninguna? ¿son esos bienes consecuencia del Equilibrio? ¿son esos males su resultado inevitable?

No se puede negar que el Equilibrio ha hecho á la Europa el bien inestimable de afianzar la paz. Antes de que hubiese una fuerza colectiva, administrada por las potencias de primer órden, era la guerra el estado normal y permanente de la sociedad europea. Rompíanse lanzas por cuestiones de territorio, de preponderancia, y tambien por miserables querellas de príncipes, venganzas personales, antipatías de pueblos, y tantos otros motivos pueriles comparados á la gravedad tan solemne y terrible de la guerra. En la edad media un simple desmentido era *casus belli*. El rey agraviado invadia el territorio del rey ofensor, lo talaba, diezmaba las poblaciones y reducia á cenizas las mas hermosas ciudades. Era ese el derecho de gentes de las hordas bárbaras y salvages. Los pueblos aceptaban el reto de sus caudillos lanzándose á la lucha á impulsos de una pasion agena, de un interés que no era interés: lucha naturalmente mezquina, sin gloria, sin trascendencia.

La concentracion del poder y el Equilibrio, su necesaria consecuencia, pusieron término á tan odioso sistema de guerra. Engrandeciéronse los elementos del combate, y se dilató al mismo tiempo el horizonte de los beligerantes. Si á un señor feudal le era fácil asolar las tierras de su vecino y rival, á un gran soberano, gefe de poderosos ejércitos, no le era dado emprender sino guerras nacionales, de estado, superiores á las pequeñas pasiones del soberano mismo. La guerra no es hoy una fantasía de príncipes, ni aventura de torneo; no la hacen paladines, ni la provocan los odios ni las afecciones. Luis XIV fué el último caballero andante en Europa. Cediendo à los ruegos de una reina sin trono, la viuda de Jacobo II, sin mirar al interés de sus pueblos, ni siquiera calcular las fuerzas del enemigo, Luis XIV reconoció al pretendiente y lanzó el guante á Guillermo III. Fué esa la lucha mas injustificable y mereció ser la mas desdichada de cuantas emprendió aquel rey absoluto y fantástico. Ahora seria imposible repetir tamaños desaciertos. La guerra es una combinacion en que el odio entra como elemento, no como causa ni justificativo. Odianse en efecto mucho Inglaterra y Francia; mas todavía, si es posible, Inglaterra y Estados-Unidos; harto mal se quieren austriacos y prusianos, rusos y austriacos, sardos y napolitanos, griegos y turcos; y no por eso rompen las hostilidades. Y en tanto que estos pueblos se mantienen en paz, se declaran la guerra los rusos con los ingleses y los franceses, que les fueron siempre simpáticos. Lo

cierto es que la grandeza de los intereses de la paz y de los sacrificios de la guerra, ha hecho de ésta un mero cálculo político quitándole la índole bárbara y furiosa que tuvo en otro tiempo.

El Equilibrio ha sentado como base de la política el axioma siguiente: ó no habrá guerra, ó la habrá europea. Inmensas son las consecuencias de este principio. En el estado actual de la Europa una lucha universal es casi imposible, y solo tiene lugar cuando hay verdaderos y grandes problemas sin solucion pacífica. Hoy viven los pueblos en tal comunicacion de ideas y en una amistad tan estrecha de relaciones y de intereses, que el mas ligero conflicto pone en alarma á los gobiernos y siembra el pánico en las poblaciones. Si el poder es grande en los gabinetes, mayores son las exigencias de la opinion y la responsabilidad que pesa sobre los árbitros de la paz y de la guerra. El consejo de las cinco potencias asumió con los honores las cargas de su situacion: cada cual ha perdido en independencia tanto como ha ganado en fuerza. El Equilibrio aumenta sin duda el valer de la Francia, de la Rusia, de la Inglaterra, y de las dos potencias germánicas, consideradas en su fuerza colectiva; y reduce su influjo siempre que se aislan y aspiran á turbar en su provecho la paz de Europa. Ayer no mas la Rusia, colocada en el primer rango, y como presidiendo el tribunal de los Cinco, se creyó bastante fuerte para rebelarse contra el Equilibrio, lo perturbó un momento, cayendo luego oprimida por la espada de la Inglaterra y de la Francia

y la desaprobacion moral, ya que no material, del Austria y de la Prusia. Si mañana el emperador Luis Napoleon, seducido por el rango honorífico que ejerce en los negocios europeos, amaga á la Bélgica, Italia ó cualquiera otra nacion débil, el consejo de las grandes potencias sabrá oponer atajos á su marcha, y dar amparo al pueblo invadido. El Equilibrio es á la política general lo que el contrapeso de los poderes al régimen constitucional: distribuye las fuerzas sociales en diferentes estamentos, no enemigos pero muy celosos de su influencia, siempre en armonía para servir al pais, siempre alerta para evitar el predominio de uno solo á espensas de la ruina de los demás. Las asambleas son aliadas de la opinion y del poder judicial contra el ejecutivo aspirante á engrandecer su autoridad: ó bien el gobierno, la opinion y los tribunales se unen en defensa de sus prerogativas, cuando las amenaza un despotismo parlamentario. Unos y otros se protegen mútuamente y todos sirven á la causa de la nacion. Así son las grandes potencias europeas. Se observan, se vigilan entre sí, y á la vez que cuidan de su preponderancia individual trabajan en favor de la paz y de todos los intereses de la sociedad.

Se puede asegurar que los progresos asombrosos que ha hecho la Europa en los últimos cuarenta años, época que media entre la paz de Viena y la guerra de Oriente, son debidos al influjo omnipotente y bien equilibrado del tribunal de los Cinco. La Revolucion y el Imperio hicieron imposible la paz, porque aspira-

ron á dominar sin rival en el teatro de la política. En 1815 la Francia, inmensamente reducida, quedó sin embargo al nivel de la Inglaterra y de la Rusia, muy superior al Austria y á la Prusia. Hubo contrapeso posible y lo hubo provechoso. Durante cuarenta años pudo la Europa consagrarse al desarrollo de los intereses de la paz, al mejoramiento de sus sistemas de gobierno, al fomento de las industrias, y á poner en planta los descubrimientos de la fábrica y de la mecánica. En ese corto espacio de tiempo el viejo mundo ha hecho tantos progresos como en dos de los siglos anteriores. Duplicó cada estado su riqueza, su poblacion; tuvo tiempo y reposo para corregir los vicios de su sistema interior y adelantar ó reformar su sistema político. La Europa, como república, en su conjunto, dió un gran paso hácia el ensanche y movimiento de las ideas, hácia el mútuo conocimiento y amistad de sus diferentes pueblos.

Estos grandes bienes no son ciertamente el fruto de la sensatez ni del amor extraordinario de la paz; ni provienen de la menor ambicion de los gobiernos ó de mas tibias pasiones en los pueblos. Hubo en esa época lo que en todas las épocas del mundo: aspiraciones de príncipes, rivalidades nacionales, ódios, entusiasmo belicoso. Pero el Equilibrio supo contener al fuerte, proteger al amenazado: armado de inmensa fuerza militar, pudo el tribunal de los Cinco hacer entrar en razon á los apasionados y poner grave tropiezo al cálculo frio y ambicioso. En 1829 la Rusia

quiso hacer la tentativa de 1853; pero el consejo de las potencias, el Equilibrio, la forzó á firmar el tratado de Andrinópolis, y á contentarse con una parte ínfima de ese todo á que aspiraba. En 1830 el Equilibrio impidió á la Francia echarse sobre la Bélgica, provincia de la República y del Imperio; y ya que no era justo someter cuatro millones de belgas á dos millones de holandeses, la diplomacia supo hallar una combinacion que diera independencia á la Bélgica y contuviera la inquieta ambicion francesa. En 1840 la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia impusieron, por el tratado de la cuádruple alianza, al génio belicoso y entusiasta que entónces dominaba en los consejos de Luis Felipe, Mr. Thiers. La guerra europea estuvo á punto de estallar en cada una de las épocas citadas: habria sido asoladora, terrible, duradera, á no haberla impedido el concierto de las potencias moderadoras. Y hablamos ahora únicamente de los conflictos entre las naciones de primer órden. Si el Equilibrio impide ó hace difícil la guerra europea, trascendental, grandiosa, aniquila las mezquinas querellas de los estados secundarios. En nuestro tiempo no es posible que dos pueblos pequeños se destrozen en presencia de la Europa indiferente. La opinion se rebela contra el escándalo, y la fuerza da armas á la opinion. Las grandes potencias imponen hoy la paz como en otro tiempo imponian la guerra. Así el Equilibrio obligó á deponer sus armas al Sultan y virey de Egipto, al rey de Holanda y rey de Bélgica; forzó despues á la Prusia á

mostrarse menos exijente con la Suiza, al mismo tiempo que llamó á esta república á la modestia que la convenia. El Equilibrio no consiente hoy la guerra entre el Austria y la Cerdeña, una tan fuerte, la otra tan audaz; entre Nápoles y esa misma Cerdeña; y en el momento en que escribimos, las grandes potencias hacen cesar el fuego entre los otomanos y sus rebeldes súbditos rayás del Montenegro. Si el Equilibrio no ha desarmado á la Europa, al ménos ha impedido que los ejércitos la ensangrienten y la asolen, como en otro tiempo.

« Esa ventaja, se dice, es mal tan grande como el daño que evita. No se comprende el mérito de una concordia que tiene en armas á toda la Europa.» ¡Exageracion de socialista ó de humanitario! La guerra destruye en un mes mas de lo que en un año consumen los ejércitos permanentes. En una sola ciudad tomada por asalto, asolada y puesta á saco, hay riquezas para mantener un poderoso ejército. La guerra hace dos males inmensos, consumir y destruir; mientras que los ejércitos permanentes hacen uno solo, consumir. El soldado vive en los campamentos y en las batallas como el salvage se alimenta en los bosques, segun la hermosa comparacion de Montesquieu aplicada al despotismo: derriba el árbol para coger el fruto. El soldado destruye la ciudad por adquirir un mezquino tesoro, devasta los campos por ganar un pedazo de pan: mantiene un dia su caballo en el sembrado que prometia un año de alimento á una familia entera. Esto es bien sabido y bien trivial, y

solo las estravagancias de los socialistas, que han puesto en duda hasta las verdades mas vulgares, han podido dar novedad á las mas viejas y populares nociones de sentido comun. Recuerden los socialistas que en la edad media habia en toda la Europa un ejército muy inferior al que hoy sostiene una sola potencia, y la Europa no tenia bastante alimento para saciar su hambre, dinero bastante para saciar su codicia. La organizacion, el órden, la disciplina, á que ahora se hallan sometidos los ejércitos, parecian entónces vanos é irrealizables deseos. Aun en tiempo de Roma, la Roma administrativa y guerrera, el suelo entero de Europa no alcanzaba á la alimentacion de legiones muy grandes sin duda, pero pequeñas al lado de los ejércitos de nuestra época. Nunca tuvo Roma mas de 500 á 600 mil soldados, la dotacion hoy de una de sus provincias, la Francia.

Los enemigos de los ejércitos permanentes ó desconocen ó afectan desconocer la historia política y militar de la Europa. Porque existe del otro lado del Atlántico un gran pueblo libre, en órden, en paz profunda, sin tener por eso considerable tropa en pié, se imaginan que las naciones del viejo mundo pueden vivir no ménos quietas y no mas armadas. Reflexiónese un poco sobre la situacion y antecedentes de la América y de la Europa, y se verá que es imposible acá lo que es hacedero y fácil allá. En los Estados Unidos hay una sola clase en la sociedad, toda ella idéntica, libre, toda ella compuesta de ciudadanos que hacen la ley y tienen

interés en asegurar su respeto y su ejecucion. Salvo los esclavos, sujetos, como es bien sabido, á un derecho doméstico mas bien que político, los demas habitantes de la república son juntamente autores y ejecutores de la ley, príncipes y súbditos, todos armados si los amaga el extranjero, todos inermes delante de la autoridad. En Europa el ejército tiene, sin contar con la defensa nacional, caso que no existiria en un desarmamiento general, dos motivos muy sérios de existencia: la defensa del gobierno, minado por una poblacion descontenta, oprimida, furiosa; la defensa de las clases superiores, cuyo enemigo natural es el pueblo destituido é ignorante. En América no hay vecino poderoso, ni poblacion desesperada, ni clases envilecidas: es un pueblo fuera de todo paralelo.

Todas las naciones de Europa se hallan compuestas de dos familias distintas y enemigas, la conquistadora y la conquistada. Ahora, bien lo sabemos, no se llaman así. Han cambiado de nombre sin cambiar por eso de naturaleza. Llámanse aristocracia la una, pueblo la otra, como en la edad media, época de mayor desnudez en el lenguaje, se decian amos los conquistadores, siervos los conquistados. Examinando á fondo los instintos y pretensiones de la nobleza europea, se hallará, bien que muy borrada por los siglos, la fisonomía del primitivo invasor. En Inglaterra, la nacion libre é independiente por excelencia, vese que el aristócrata recuerda en sus armas y genealogía su orígen normando, y esta reminiscencia, tan agraviante al pueblo, pasa

allí desapercibida y aun aceptada por el pueblo mismo. Agrada, en efecto, á un Talbot mostrar que su verdadero nombre es *Talebot*, normando; á los Seymour, que el suyo es *Saint-Maur*, tambien extraño. Otros grandes nobles, los Molineux, de Vère, Courtenay, mantienen hasta el dia la genuina escritura franco-normanda. En Francia, la dinastía de Borbon, ayer soberana, tal vez mañana, pretende descender ó hallarse por lo ménos emparentada con la familia de *Karl* Martel y de *Karl* el Grande, nombres sajones, extranjeros, de conquistadores, suavizados ahora tanto por la cultura del lenguaje cuanto por las exigencias del patriotismo. La vieja aristocracia de Francia conserva vivos sus recuerdos de conquista, y su heráldica, así como algunos de sus títulos, tienen mucho de sajon. En España, la grandeza antigua, los La Cerda, Guzman, Tellez Giron, Alvarez de Toledo, etc., recuerdan en sus pergaminos y en sus escudos su genealogla goda ó neo-goda, extraña, conquistadora. Es bien sabido que las familias mas ilustres de Italia son normandas, españolas, tudescas, todas de afuera. En Alemania y Rusia la aristocracia conserva en mucha parte no solo los nombres y los recuerdos del poder feudal, sino el poder feudal mismo. En Hungría y Rusia casi todos los campesinos son siervos de los nobles ó del soberano.

Hace un siglo, ayer no mas, estos aristócratas dominaban todavía como amos á la clase plebeya de toda la Europa. Ejercian en las aldeas derechos de señorío,

en los caminos derechos de peaje y de pontazgo, en los campos el privilegio esclusivo de cazar. En cuanto á la clase media, especie de duende que pendia entre el cielo aristocrático y el infierno plebeyo, la clase media, decimos, era tal vez la mas humillada por la nobleza. La historieta de Voltaire, un pobre diablo de génio, es la historia muy séria y muy triste de la clase media en los pasados tiempos. El blason, lote de la casualidad, daba de palos al génio, hijo predilecto de la Providencia. Tres siglos atrás esos odiosos privilegios eran harto mas vejatorios y humillantes al pueblo. Hubo entónces derechos nobiliarios á espensas del pudor, del deber, de la vida, de cuanto hay de sagrado y de precioso. Júzguese de la intensidad de aquellos males, del horror de aquellos abusos, por el solo hecho de haber hoy mas escrúpulo en decirlos que no hubiera entónces en hacerlos. ¿Se puede tratar ahora, sin faltar á la decencia, de doncellez y otros derechos semejantes?... Se dice que aquel derecho es una indecorosa fábula. ¡Ojalá lo fuera toda la edad media, doncellez inclusive!

¿Quién ha modificado en sus bases un estado de cosas tan deplorable? — Muchos operarios sin duda, pero acaso ninguno tan eficaz como el ejército, es decir, una inmensa poblacion plebeya con sable en mano, dirigida por mariscales, generales y oficiales elevados por su propio mérito y bravura, todos sometidos al deber, así como al derecho de la promocion. El ejército permanente anuló el castillo, derribó al noble de su sólio,

emancipó al pueblo. Hizo mas: lo ennobleció colocándolo al lado del aristócrata y á veces mandando al aristócrata. El ejército, junto con el oficinismo moderno, son las instituciones mas democráticas de Europa, tal vez son las solas; y es de maravillarse que ambas sean hoy defendidas por los gobiernos, que ellas han reformado, y por los nobles, que tanto han abatido; y sean atacadas por los plebeyos liberales, sus amigos, sus socios naturales.

Como la clase conquistadora domina y ha dominado siempre en los gobiernos de Europa, de tal suerte que el plebeyo de gran talento, sea estadista ó guerrero, ha menester de ordinario un bautizo nobiliario para ejercer las altas funciones del poder, no es de extrañar que la aristocracia lo haya hecho todo en favor suyo y en contra del pueblo. En la edad media no tuvo freno alguno, y abusó á su antojo: tiene hoy un correctivo, y se modera. Consiste ese correctivo en la presencia de un inmenso ejército plebeyo, que no es dable intimidar, pues es muy fuerte, ni es fácil de séducir, pues es muy numeroso. Si se ve á la aristocracia inglesa dividir con las otras clases los puestos de gobierno y del ejército, ¿es acaso por amor de la humanidad y á impulsos de la filosofía y de la religion? Ciertamente que no. Esa y toda otra aristocracia no hicieron jamás profesion de filantropía ni pecaron por desinteresadas. Si en otro tiempo redujo en favor del plebeyo los privilegios del noble; si hoy, aconsejada por los reveses de Crimea,

se dispone á reformar en sus fundamentos el estado militar, es por temor al ejército, descontento de verse dirigido en mucha parte por lores é hijos de lores, no por oficiales que hayan sabido ganar, espada en mano, su posicion y su mando. Igual cosa sucede en Rusia, en Austria, en Prusia. En cuanto á la Francia, el ejército es su institucion mas democrática y por eso la mas popular.

Fórmese por un momento la hipótesis de la desaparicion de los ejércitos permanentes; dése este placer abstracto á los socialistas, ya que no les es dado disfrutar de gustos mas positivos. ¿Qué resultaria?— El fraccionamiento del póder en beneficio del príncipe, del noble, del municipio, en contra del pueblo. No volveria la edad media, pues los siglos nunca retroceden: vendria empero una situacion harto peor que la actual. El pueblo de Europa no está preparado para la libertad civil y política; no hallamos lo que pueda preservarlo de las violencias del fuerte ni, lo que es peor, de sus propias violencias. La emancipacion de la fuerza militar produciria resultados muy semejantes á los que produciria la emancipacion repentina de los negros del Brasil ó de los Estados Unidos, la confusion, el caos social. Durante algun tiempo el pueblo, así como los libertos, abusaria de su libertad, romperia las antiguas y odiosas muestras de su servidumbre: vendria al fin el desmayo, el reconocimiento de su impotencia, la triste conviccion de su inhabilidad, y volvería á entrar en una nueva y acaso mas pesada esclavitud.

Esto se ha visto mas de una vez. En tiempo del emperador Antonino Pio, Roma vió vagar por sus calles una inmensa muchedumbre de libertos, al principio alegres y rebozando sus corazones de júbilo, luego desconsolados, mendigos, como echando ménos su antigua condicion. La revolucion francesa fué al pueblo lo que la filantropía de Antonino á los esclavos, un arranque honesto del corazon al principio, mas tarde un error deplorable. Sucederá siempre en la Europa moderna con la abolicion de la fuerza militar lo mismo que se ha visto en la Europa antigua con la inmoderada manumision de los esclavos. No sabria el pueblo sacar partido de su libertad, hallaríala estéril cuando no incómoda y la daria á cambio de algun reposo y seguridad. La destruccion de los ejércitos permanentes haria necesariamente surgir la tiranía local, ya fuese la de un señor feudal, como en las monarquías fundadas por los bárbaros, ya fuese la de una oligarquía municipal, semejante, por ejemplo, á la de algunas ciudades republicanas, pero no libres, de la Italia de la edad media.

Si los pueblos de Europa se hallasen en una situacion tal, como para hacer innecesaria la existencia de los ejércitos permanentes, ¿no aspirarian por ventura á darse bienes mas fáciles y tanto mas preciosos? ¿Qué es la carga de las tropas al lado de la gravísima carga del poder absoluto? ¿qué es la ganancia de algunos millones comparada á la ganancia inestimable de la libertad individual y política? ¿quién titubearia en recobrar sus derechos, su existencia misma, inteligen-

cia, corazon, palabra, ahora embargados por el absolutismo, á cambio tan solo de un óbolo? Si se cree de buena fé que hay en el pueblo discernimiento bastante, virtudes públicas y hábitos de órden para respetar una ley mala y tiránica, con mayor fundamento se habia de creer que tendria las dotes que reclama la obediencia de una ley hecha por la nacion y en beneficio de todos. Señálese el dia en que serán inútiles los ejércitos permanentes, no en el sentido de la guerra exterior, pues ese dia nunca llegará, sino bajo el aspecto del órden doméstico, y se habrá señalado la época de todos los bienes sociales y políticos, de la libertad, de la democracia, del predominio de la razon y del derecho. En ese dia la vieja Europa arrojaria sus harapos, su vetusto ropaje, sus muletas; borraria sus arrugas, volveria el color á sus mejillas, la frescura á su tez, el fuego á sus apagados ojos; y seria del todo igual á esa hermosa vírgen, jóven, lozana, que se llama democracia americana.

Increpase tambien al Equilibrio, en opinion de sus enemigos, la sujecion de las nacionalidades, ó sea el sacrificio de los pequeños pueblos en favor de las grandes potencias. Si se pregunta: ¿por qué no se emancipa la Italia? el inmenso vulgo de los políticos responden: por culpa del Equilibrio. ¿Por qué no renace la Polonia? Por las necesidades del Equilibrio. ¿Por qué, en fin, no desaparece de Europa la barbárie otomana? ¡Siempre por las exigencias del Equilibrio! De suerte que, continúan, el Equilibrio sofoca por una

parte las nacionalidades vivas, ansiosas de independencia, y por otra mantiene en pié los estados viejos, moribundos, y á los cuales ha llegado el dia de su fin. Luego, concluyen, el Equilibrio es un mal, una iniquidad en derecho, una flagrante contradiccion en sus fines, una violacion de las leyes naturales y providenciales; puesto que da muerte á los vivos y pretende comunicar aliento y vida á los cadáveres.

— Convenido: todas esas contradicciones, todos esos males son verdaderos, y harto deplorables. ¿Deben acaso su orígen al solo Equilibrio? ¿no habia en Europa, antes de ese grande hecho, nacionalidades oprimidas? ¿data su esclavitud de la época en que surgiera la dictadura de las grandes potencias? La cronología responde á esas cuestiones. Hay en Europa cuatro principales nacionalidades sometidas: la Italia, la Polonia, la Hungría, la Irlanda. Búsquese la fecha de su esclavitud política, y se hallará que es muy anterior al tratado de Westfalia, punto de partida del Equilibrio á juicio de algunos; anterior aun al reinado de Cárlos V, en nuestra opinion la verdadera época del nacimiento de esa gran combinacion. Enrique II conquistó la Irlanda en el siglo XIII; alemanes, franses y españoles poseyeron juntos ó alternativamente la Italia durante toda la edad media; la Hungría pasó de los Huníades y Corvinos á la casa de Austria, á tiempo precisamente que los otomanos la poseian casi por entero. La Polonia, la sola Polonia ha caido en desgracia á la sazon que existia el Equilibrio europeo.

Y no fué ciertamente el Equilibrio quien la ató al poste de sus poderosos vecinos: fué, por el contrario, la perturbacion del Equilibrio. Luis XV habia envilecido la Francia y reducidola al grado de potencia subalterna. La debilidad del gabinete de Versalles, gobernado entónces por sofistas y por mancebas, dió lugar á que la Rusia, el Austria y la Prusia consumasen esa grande iniquidad que se llama repartimiento de la Polonia. Supóngase que Luis XV en vez de vivir entregado á sus placeres y sometido á los caprichos de sus odaliscas, hubiese sido un príncipe digno de la Francia, digno de sus antepasados, un Enrique IV, un Luis XIV; y que su gobierno, en lugar de ocuparse de querellas de jesuitas é incrédulos, se hubiese ocupado, como debia, de los verdaderos intereses de la Francia y de la Europa: ¿se habria llevado á cabo la destruccion de la Polonia? ¿Carecia la Francia de fuerzas para defender la noble víctima, esa misma Francia que protegia al Austria, su rival, porque María Teresa, la hija de los Césares, se habia dignado llamar su amiga á la cortesana Pompadour? Si por las intrigas de una vanidosa Lais pudo Luis XV dar un ejército á la enemiga de la Polonia, ¿no habria podido concederlo á los clamores de un ilustre pueblo, á la causa de la justicia y de los intereses franceses y europeos? La nulidad del gabinete de Versalles perturbó, en favor de las potencias del Norte, el antiguo Equilibrio: la destruccion de ese Equilibrio arrastró consigo la ruina de la Polonia. Esta es la verdad, esta es la historia.

Tan léjos de ser el Equilibrio causa del envilecimiento y sujecion de las nacionalidades, fué siempre y lo es hoy, su mejor garantía, su solo protector. Si existen ahora estados pequeños al lado de grandes potencias, ¿débese acaso á los principios de moralidad y de justicia? ¿ó se debe únicamente al respeto de ese gran tribunal denominado Equilibrio europeo? Si hay una Suiza independiente entre Francia y Austria, y lo que es mas, una Suiza republicana entre los Napoleones y los Ausburgos; si hay una Bélgica parlamentaria y discutidora al lado del imperio francés tan enemigo de asambleas y de polémica; si hay una Cerdeña aspirante é inquieta á las puertas del Austria, dueño de una mitad de la Italia, y vecina de la Francia tan poderosa en toda la península latina; si hay principados danubianos junto á la Rusia, Montenegro cerca del Austria, Egipto en el camino y como para tropiezo de Inglaterra: ¿se imagina que es por tolerancia, moderacion del fuerte, respeto al derecho del débil? Supóngase por un momento disuelto el Equilibrio europeo y libre cada cual de emprender aventuras y conquistas: es casi seguro que en diez años desaparecerian de Europa todos los Estados subalternos. Y no se recuerde la edad media, época en que hubo muchos paises libres siendo muy pequeños, ciudades ansiáticas, Génova, Pisa etc. Protegian entónces á los débiles los obstáculos infinitos que á la dominacion exterior oponia el feudalismo, la falta de ejércitos y de escuadras permanentes, la pobreza industrial y fiscal de aquellos

tiempos. Pero ahora que cada gran nacion tiene concentradas en su gobierno las fuerzas antes desparramadas en grandes y pequeños vasallos, en municipios tumultuosos, en clases eclesiásticas, en corporaciones de toda especie, ahora los estados débiles no tienen amparo ni recurso alguno de salvamento. Verificaríase su destruccion no ya despues de luchas sangrientas y largas, como en otro tiempo, sino por la obra y gracia de un mero decreto. Napoleon III, imitando á Napoleon I, diria: hemos decretado y decretamos que la Bélgica no es Bélgica, sino provincia de nuestro imperio; que la Suiza y el Piamonte no son ya tales, sino departamentos alpinos, cisalpinos ó trasalpinos. Lo mismo haria la Rusia, el Austria y la Prusia. En cuanto á la Inglaterra, es seguro que no dejaria de apoderarse de cuantas islas, istmos, cabos y puertos hallase en su camino. El Equilibrio es la tabla de salvamento de las pequeñas nacionalidades: quítesele ese amparo y naufragarán en lo mas hondo del abismo.

Si por culpa del Equilibrio se mantienen hoy sometidos algunos estados, débiles é insignificantes otros, el mayor y mejor número debe su existencia y prosperidad á ese Equilibrio. ¿Quién levantó de su fosa á la Bélgica, ahora tan adelantada y tan libre? El concierto europeo. Poseyéronla durante cuatro siglos los duques de Borgoña, la España, el Austria, la Francia, la Holanda misma. El Congreso de las potencias la entregó al fin á su legítimo dueño, los belgas. ¿Quién emancipó á los Paises Bajos, la Suiza, el Piamonte,

tres estados pequeños ciertamente, pero importantes y dignos de ser imitados por mas de una primera potencia? El Equilibrio. ¿Quién dió libertad á la patria de Alejandro y de Pericles? El mismo Equilibrio tan maldecido. Ninguno de esos paises pudo conquistar por sí solo el bien que ahora todos ellos poseen. Abandonados á sus esfuerzos, habrian gemido largo tiempo, acaso siempre, en la impotencia y en la miseria. En cuanto á la Polonia, la Lombardía, la Hungría, la Irlanda, sujetas á un cetro extranjero y odioso, si el Equilibrio exige hoy el *statu quo*, tal vez mañana reclamará su independencia. Si la guerra de Oriente, por ejemplo, hubiese tenido lugar en 1848, no en 1854 — y entre esos seis años hay un espacio inconmensurable — la Inglaterra, siempre amante de las libertades, y la Francia, que lo es á veces y lo era en 1848, la Inglaterra y la Francia, decimos, habrian quizá hecho sus campañas en las llanuras de Polonia y en las riberas del Pó, no en Sebastopol. ¡Echase de ver que en tal caso el Tratado de Paris habria sido algo de mejor y de mas trascendental!

Consecuencia del Equilibrio es tambien la intervencion de los fuertes en los negocios domésticos de los estados débiles, cosa inícua segun unos, buena y honesta en opinion de otros, á nuestro juicio cosa necesaria.

¿Qué es la intervencion? ¿una doctrina de academia? ¿una conveniencia de estado? ¿un abuso ó bien un derecho?

Lord Castlereagh decia en 1822: «cada nacion

independienie tiene una personalidad tan sagrada como la del hombre libre; y si á ningun particular asiste el derecho de ingerirse en las dificultades domésticas é íntimas de su vecino, á ningun estado, sea monárquico ó republicano, fuerte ó débil, le asiste el derecho de intervenir en las cuestiones internas del estado vecino. La justicia es una, permanente, y condena lo mismo el abuso del estado que el abuso del particular. »

Era esta una teoría hecha para el Congreso de Verona, asamblea de absolutistas que intervino en favor de los reyes de España y de Nápoles, en contra de los pueblos españoles y napolitanos.

Y Mr. de Chateaubriand, á quien los desengaños no habian hecho todavía liberal, respondia: « bueno es sin duda y santo no ingerirse en los negocios del vecino, en tanto que el vecino se limite á trabajar en su hogar, procure su bienestar y la paz de su familia, sin comprometer el reposo ni los intereses de nadie. Pero si prende fuego á su casa, ¿dejarémos, por un respeto pueril, que consuma su hacienda y la nuestra? ¿hemos de tolerar el incendio de una ciudad á fuerza de considerar las fantasías insensatas ó criminales de un individuo privado? ¿hemos de consentir en la conflagracion de toda la Europa por no faltar al derecho abstracto que asiste á españoles é italianos de poner en combustion sus propios paises? No, sin duda. Luego la intervencion, originada por un mal ageno convertido en mal ó peligro de mal propio, es un derecho justo é incuestionable. »

Y en pos de la doctrina fué el ejemplo. Cien mil franceses sostuvieron en España, sable en mano, la tésis de Mr. de Chateaubriand y del Congreso de Verona.

En los parlamentos, diarios, academias, salones, en donde quiera fué discutida con pasion, y acaso con sinceridad, la teoría de la intervencion. Ahora bien, ¿habia cuerpo de disputa? ¿puede sériamente revocarse en duda un hecho evidente y tornarse en problemática una necesidad que asoma á cada momento? En nuestro concepto aquella cuestion no fué cuestion. Ni el gabinete inglés, tan variable en los medios como constante en los fines de su política, ni el Congreso de Verona, compuesto de soberanos que nunca hicieron caso de controversias, hablaban de buena fé, ni trataron jamas de agitar la demostracion de la verdad, ora en favor, ora en contra de la intervencion. Confirmóse en aquella ocasion lo que ya era bien conocido, á saber, que si los hombres no respetan los principios de justicia y de verdad y por el contrario escuchan tan solo el consejo de su interés, desean siempre darse el placer, un poco pueril cuando no odioso, de enmascarar su pasion bajo la careta de un axioma filosófico ó de una ley moral. Fingen primero y luego creen, segun la espresion de Tácito, *fingunt simul creduntque*. Crean una ficcion científica ó moral para proteger sus intereses, ficcion que el entusiasmo y el ardor de la disputa suelen á veces solidar y darle sino el fondo á lo ménos la apariencia de una conviccion arraigada.

La intervencion pertenece á la categoría de aque-

llos hechos que, buenos ó malos, apoyados en una verdad ó protegidos por un error prestigioso, han llegado á consumarse de tal suerte, que su discusion no pasa de mero placer del entendimiento. Disputar sobre la intervencion es lo mismo que disputar sobre la pólvora ó la imprenta. ¿Conviene ó no que haya pólvora? ¿Conviene ó no que haya imprenta? Unos pueden decir: ¡cuanto mas hubiera valido que el padre Schwartz se hubiese solo ocupado de sus salmodias! Otros exclamarán quizá ¡mejor marchaba el mundo antes de Guttemberg! Sea. La pólvora y la imprenta existen, y no hay medio posible de evitar el mal, si es un mal, ni de perder el bien, si es un bien.

Tal es tambien la naturaleza necesaria de la intervencion. Ni el estadista ni el filósofo pueden tornar en cuestionable un hecho consumado, inevitable, fuera de toda controversia. La intervencion es una ley de la república europea, no dirémos buena ley, tampoco dirémos mala ley, pues su virtud y su daño son relativos, y dependen, como la pólvora, del uso que de ella se haga.

Se formó esa ley en el momento mismo que hubo mas de una nacion en el mundo. Se amplió su desarrollo cuando la porcion de la familla humana habitante de Europa se encontró sometida á la doctrina tan social y tan espansiva del cristianismo. Llegó por fin á su mas alto grado de progreso cuando la familia cristiana, antes únicamente ligada por el principio religioso, se halló unida por la intimidad de las relaciones, el

movimiento de las ideas, el cambio de las costumbres, la armonía de los intereses sociales, políticos, de toda clase. La espansion de los pueblos, el anhelo tan natural de hacer triunfar sus ideas y de sofocar las ideas enemigas, hicieron necesaria una ley que sin ser de conquista, pues donde comienza la conquista termina la intervencion, ni ser de paz y amistad, siendo de ordinario la intervencion el olvido de la una y de la otra, produce sin embargo los efectos de la conquista y de la paz. Esta ley es humillante, algunas veces funesta, siempre odiosa á los débiles; pero tan difícil seria evitarla, como impedir al torrente desbordado que inunde los campos del alrededor. La intervencion es el término medio entre la conquista y el respeto absoluto á las naciones extrañas. El pueblo que se ingiere en los negocios de otro pueblo es demasiado fuerte para contenerse dentro de sus límites, no lo bastante para absorber á su vecino.

Gracias al Equilibrio, estas leyes generales han sufrido una modificacion importante y relajado en cierto modo su implacable condicion. Merced á ese grande obstáculo lanzado en el camino de los ambiciosos, existen hoy en Europa cinco naciones preponderantes, espansivas, dueñas de todos los elementos de la conquista, soldados, tesoros, fáciles y tentadoras presas, y que se contentan únicamente con el beneficio muy cuestionable de las intervenciones. Los enemigos del Equilibrio no piensan sin duda en la fuerza de estas potencias cada vez que deploran y exageran la dicta-

dura vejatoria que se atribuyen sobre los estados débiles. Destrúyase el Equilibrio y la intervencion dejará de ser tal, reapareciendo pronto bajo una forma mas odiosa, la conquista. En ésta, como en tantas otras cuestiones, el parecer mas generoso es tambien el mas erróneo. No se meditan las causas del mal, ni se calculan los resultados mas ó menos graves de su desaparicion. Mala y muy mala es la ingerencia en los negocios del estado débil; pero funesta y muy funesta es su total ruina en favor del estado poderoso. Si no se quiere que Inglaterra y Francia amonesten al rey de Nápoles, lo traten como pupilo y sujeto á estrecha tutela, se tendrá que tolerar un tratamiento harto mas vejatorio, el de la ruina de ese rey, de su trono, de su pais. En el siglo XIII no intervino la Francia en los conflictos de Nápoles, pero hizo mas: envió allí á Cárlos de Anjou, un ejército en su auxilio, un patíbulo al servicio de sus pasiones. Mas tarde, el rey de Aragon, enemigo tambien de intervenciones, fué en persona y al frente de sus tropas, á zanjar la cuestion napolitana. Bien sabidos son los resultados: Cárlos de Anjou decapitó á Conradino, el rey; y Pedro de Aragon decapitó á Nápoles, el reino, pues le arrebató su independencia. Gracias al Equilibrio y á la intervencion, su consecuencia, el rey Fernando y su pueblo escapan ahora sanos y salvos del conflicto, y sin otras heridas que las de amor propio que á Fernando han hecho los gabinetes aliados; y las injurias que la prensa de Paris, inspirada por la policía, dirige al absolutismo del rey y

á la abyeccion del pueblo. ¡El absolutismo maltrata al absolutismo y la abyeccion echa en rostro sus miserias á la abyeccion! Reproches y ultrages en verdad muy cómicos y que no tienen, ni con mucho, el carácter melancólico de la tragedia de Cárlos de Anjou y Conradino.

Es, pues, la intervencion una ley necesaria en la república europea, bien que toma una fisonomía distinta en cada época y se conforma al vaiven de los intereses y de las pasiones. En otro tiempo, cuando el poder político era un atributo personal del rey, tuvo la intervencion un carácter mezquino, sin trascendencia, doméstico, por decirlo así. Ahora que el poder político es el reflejo de las fuerzas sociales de la nacion, á cuya voz cede y obedece, toma ese hecho una índole mas noble, fines mas generales y en consecuencia mas elevados y legítimos. Hé aquí las diferentes y progresivas faces de la intervencion. En los siglos XVI y XVII la sociedad europea se hallaba dividida en dos campos enemigos, el Catolicismo y la Reforma. Subordinábanse á su lucha todos los demas intereses, bien fuesen políticos ó sociales, todas las demas pasiones, de príncipes ó de pueblos. La intervencion debió ser, y en efecto fué, religiosa, y si de cuando en cuando abrigó miras puramente temporales, supo ocultarlas revistiéndolas de apariencias místicas. Intervino Felipe II en favor de los católicos de Inglaterra, la reina Isabel prestó auxilio á los protestantes de Holanda. Mas tarde Gustavo Adolfo se

interpuso, lanza en ristre, entre los imperiales católicos y los coligados luteranos. Todas estas tremendas guerras debieron su orígen á un principio ó si se quiere á una necesidad de intervencion religiosa, si bien produjeron resultados políticos muy grandes, resultados religiosos muy pequeños. En los siglos XVI y XVII no era lícito trabar una lucha profana: cada nacion bendecia su pólvora y su hierro antes de lanzarlos al enemigo. Era todo soldado, en el lenguaje místico del tiempo, guerrero de la fé, soldado del Señor. Era todo soberano un sumo sacerdote, ó si se quiere un sumo fariseo. Felipe, el terrible Felipe II, escribia á la duquesa de Parma, gobernadora de los Paises Bajos: « prefiero no reinar á reinar sobre hereges. » Guillermo el Taciturno, su rival, no se mostraba ménos inspirado á pesar de haber sido alternativamente católico y protestante, y despues acaso ni lo uno ni lo otro. Devoto tambien fué el feroz Wallenstein, mas devoto el regicida Cromwell: todos los generales y estadistas de su tiempo lo fueron asimismo. La ciencia política de la época estaba únicamente en los credos y catecismos de las sectas. El Concilio de Trento era el código de los católicos, la Reforma en sus infinitas variantes lo era de los protestantes. Tales fueron las solas fuentes de la doctrina de la intervencion.

Calmáronse las pasiones religiosas y vinieron en seguida lo que llamaremos pasiones dinásticas. Aunque parece increible, ello es cierto que ha habido en

Europa pasiones dinásticas. Enamoróse la Francia de sus Borbones, puso en ellos su poder, su gloria, sus intereses y sus afecciones. La casa de Ausburgo se inoculó en el cuerpo y sangre de los pueblos españoles y austriacos. Si habia un cetro vacante, si habia un soberano moribundo sin sucesion legítima y establecida, allí estaban franceses y austriacos en acecho é interviniendo cada cual en favor de su dinastía. Hacíase entónces la guerra en servicio y á nombre de las familias reales. Véase, por ejemplo, la guerra de sucesion. Toda Europa intervino en los negocios de España, unos en favor de la casa de Francia, otros en favor de la casa de Austria, y aquellos que, como la Inglaterra y la Holanda, no tenian aspiraciones dinásticas propias, se daban á tal ó tal partido á cambio de esta ó de aquella ganancia. Luis XIV ¡ cosa singular! vendió una gran nacion por comprar una corona que regalar á su nieto! La España fué destrozada, y la Francia, su rey, sus hombres de estado, sus grandes genios militares y literarios, su pueblo entero que sufrió tanto como el pueblo español, se dieron por satisfechos con este pobre resultado. — ¡Los Borbones ocupan el sólio de Carlos V y de Felipe II!

En las ideas del siglo XVIII la guerra, las intervenciones, todos los cálculos políticos dirigíanse tan solamente al engrandecimiento de las dinastías. Voltaire nos dice con mucha seriedad que la *casa de Borbon*, humillada durante la guerra de siete años

por la *casa de Hanover*, halló en el conflicto de América oportuna ocasion de desquite. De suerte que en opinion del genio colosal del siglo XVIII, el nacimiento de los Estados Unidos, la mayor y la mas pura gloria de ese siglo, se debió á una mera venganza de dinastía! En verdad que da lástima el gran Voltaire! Véase otro ejemplo no ménos singular: Lord Chatham, que fué en política lo que Voltaire en literatura, el gigante de su época, Chatham, viejo, moribundo, se hace llevar á la Cámara de los lores para decir: «jamas, jamas consentiré en que se haga este tratado de paz (el de 1783): seria el colmo de la grandeza de los Borbones y de la humillacion de la casa de Hanover!» Dedúzcase de estas espresiones lo que tienen de convencional y de puramente oratorio, y aun queda lo bastante á probar el prestigio inmenso que en aquella época tenian las familias reales. ¡La Europa estaba enamorada de sus dinastías!

Es bien sabido que las guerras de la Revolucion debieron su orígen á las pasiones é intereses dinásticos y monárquicos. El Austria rompió las hostilidades en defensa de Maria Antonieta, Ausburgo, España en favor de Luis XVI, Borbon. Luego que vieron á esa revolucion no solo oprimir á un rey y una reina, decapitarlos, abolir su dinastía, sino tambien amenazar todos los reyes á impulsos de una pasion republicana, y los territorios y pueblos á impulsos de un interés de conquista, la intervencion cambió de miras, borró su sello primitivo, el sello dinástico, y se hizo nacional, sis-

temática, de ideas. Pero el primer cartucho fué prendido por la mano de los reyes en defensa de los reyes y sus dinastías.

Con el siglo XVIII acabó en Europa la pasion dinástica y la intervencion personal y de familia. El Congreso de Viena que garantizó á cada soberano y su estirpe la tranquila posesion de su trono; la Santa Alianza, que confirmó esos derechos, y no únicamente, á la manera del Congreso de Viena, contra la agresion del extrangero, sino contra los amagos de los pueblos: uno y otro, decimos, fueron letra muerta, ilusorios, impracticables. Perdieron los Borbones el trono de Francia, y la Santa Alianza hizo como que no sabia la nueva: el pueblo español, no haciendo caso de la ley sálica, importacion francesa, ni del Congreso de Viena, ni de la Santa Alianza, despidió á don Cárlos, el hombre del derecho divino, absolutista; y puso en el trono á doña Isabel, reina popular cuya cabeza orlaba la triple corona de la soberania, de la juventud, de la libertad. El rey de Holanda perdió un trono, que despues de haber sido ofrecido y rechazado por mas de un príncipe indigente, vino al fin á poder del hijo político de Jorge IV: y tanto la pérdida de los Orange como las ganancias de los Coburgo, eran casos no previstos ni mucho ménos consentidos en los protocolos de la Santa Alianza.

En nuestro tiempo no es dable conmover la Europa en servicio de causas meramente dinásticas. Háse

abierto á la intervencion un horizonte vasto y generoso, muy superior por cierto á los mezquinos cálculos de las familias soberanas. Para que las potencias de primer órden se ingieran en los negocios domésticos de los otros estados, ha de haber ó un grande interes en juego ó una idea fundamental seriamente comprometida. Las soberanos dejan hoy caer á los soberanos, é intervienen en lás revoluciones solo cuando peligra el sistema, no el hombre, la monarquía, y no el monarca. Así esa misma Rusia que vió indiferente la caida de Cárlos X y la exaltacion de Luis Felipe, usurpador delante del derecho divino, no contempló sin zozobra la catástrofe del Austria en 1848, y arrojó sobre los revolucionarios su gran poderio. Entre ambos sucesos habia, en efecto, una inmensa distancia : en 1830 pereció una dinastía : en 1848 iba á perecer el trono mismo combatido por sus dos formidables enemigos, la nacionalidad y la democracia. Poco antes la Inglaterra y la Francia, en aquella época hermanas de libertad, ahora aliadas de interés, intervinieron en favor de los liberales españoles y pusieron gravísimos obstáculos á las pretensiones del partido carlista. En ambos casos hubo una grande idea en juego, no una persona ni siquiera una dinastía. Sostuvo el Czar la doctrina monárquica pura, el derecho divino, el mantenimiento del estado de cosas hoy existente. La Francia y la Inglaterra protegieron la doctrina de la soberania nacional, de las libertades públicas, del régimen parlamentario. Todos tuvieron éxito

completo. Salvóse el Austra, pereció don Cárlos. Fueron esas intervenciones eficaces y afortunadas, porque trageron su orígen de un principio lógico, racional, necesario. En el estado actual de la Europa ha de haber una Austria primera potencia y no ha de haber una España sometida al derecho divino y absoluto. No luchan hoy las ideas aisladamente, aquí y acullá, do quiera que haya hombres libres y hombres de autoridad y de fuerza : luchan donde está señalado el terrano del combate. En 1848 no era posible, como no lo es hoy, en 1858, una Hungría libre en medio de la Rusia, del Austria y de la Turquía, ó sea en medio del Czar, del César, del Sultan, el representante del despotismo asiático, el heredero del despotismo romano, el sucesor y vicario de Mahoma, apóstol con sable en mano. Lanzóse la libertad á ciegas y como aturdida al centro del campo enemigo ; fué allí débil é impotente y pronto sucumbió. Cometió el absolutismo el mismo error cuando dejando el Oriente y el Norte, regiones en que prospera, vino á buscar fortuna en Occidente, tierra extraña y en donde ya no se arraiga ni se aclimata. No era pues posible una España absolutista en medio de la Inglaterra libre y parlamentaria, y de la Francia, que lo era entónces y lo será quizá mañana.

Véase ahora la intervencion de intereses, de grandes y verdaderos intereses europeos, la sola racional, la sola practicable. En 1830 Cárlos X se apodera del Argel, territorio musulman sometido en realidad á un

caudillo independiente, en principio al Sultan. Ninguna potencia reconoció la legitimidad de la conquista francesa: todas, Inglaterra inclusa, la toleraron. ¿Porqué tamaña indulgencia?—Porque Argel no era el terreno propio de la intervencion: esa conquista de un desierto, sangrienta, dispendiosa, remota, no era conquista en la mente de los estadistas del Equilibrio. No se alcanzaban á oir en Europa, como bellamente decia el rey Luis Felipe, los cañonazos disparados en las soledades del Africa. En 1853 la Rusia amenaza no un desierto sino á Constantinopla misma, la nueva Roma como la llamó su fundador, la imaginaria capital del mundo en la imaginaria república socialista; y el Equilibrio pone en juego todos sus recursos, sus armas unos, otros su accion moral, á fin de impedir la ruina del imperio otomano. Hubo entónces un grande interés en conflicto: la intervencion fué necesaria y mereció ser afortunada.

El Equilibrio ha sometido pues la intervencion, en otro tiempo tan estéril como odiosa, mezquina por ser personal ó dinástica, á una ley profunda, lógica y si no del todo justa, á lo ménos elevada y en consonancia con los intereses supremos de la sociedad. Ya que no es posible que un pueblo poderoso respete los derechos de una comunidad débil, es un considerable progreso ajustar el abuso á un principio racional y de alta política.

Nos hemos estendido, acaso demasiado, en el exámen del poder político y militar y en sus consecuencias

necesarias, el Equilibrio, los ejércitos permanentes, la intervencion, porque en nuestra opinion es el hecho mas grande y trascendental que hallamos en la civilizacion europea. Sin la concentracion de las fuerzas militares y políticas no concebimos una Europa civilizada, pacífica, armoniosa, tal como hoy existe. Supóngase la desaparicion de ese hecho fundamental; déjese á los humanitarios y economistas debelar la hidra que les causa tamaño pavor, los ejércitos permanentes; suprímase, en favor del mas susceptible patriotismo, el abuso de las intervenciones: ¿cuál seria la consecuencia de tan suspiradas, y segun se dice, tan preciosas reformas? — Una de dos: ó la Europa se convertiria en un eden, ó bien se hundiria en un abismo de lamentable confusion. ¿Quién nos dirá que seria un eden? ¿los filósofos humanitarios? ¿pero no conocen ellos, ya que así se llaman, lo que es la humanidad y la humanidad europea? ¿imaginan que por suprimirse los ejércitos permanentes, habia de reinar de un golpe y como por encanto la concordia universal, la armonía entre las clases, la perfecta conformidad entre gobernantes y gobernados? Semejante ilusion supone el desconocimiento total de los hombres y de la sociedad en que viven. Los pueblos de Europa no pueden existir tranquilos un solo dia sin la presencia de la fuerza: si no se la quiere bajo su forma actual, quizá la mas tolerable, aparecerá de un modo harto mas odioso. Suprímase la bayoneta del soldado y de su hierro el demagogo fabricará su

hacha destructora, su puñal el bandido; suprímanse las altas categorías militares, mariscales, almirantes, generales, y su puesto será ocupado, como en la edad media, por los hombres poderosos y violentos. Suponer que la sociedad europea, radicalmente viciada por miserias puramente humanas y por miserias puramente europeas, sea capaz de una organizacion pacífica, de convencimiento, de fé, algo de parecido á la admirable constitucion de la Iglesia católica, ó si se quiere otro ejemplo mas análogo, algo de semejante á la democracia americana, á la vez desarmada y en órden: es lo mismo que dibujar en carton ó fabricar en sueños un castillo de ilusiones. En Europa la ley debe ampararse de la fuerza, porque la ley, reflejo de las cosas, es incompleta, violenta. Entre la suma de goces acumulados en la aristocracia y la suma de miserias que aquejan al pueblo, no hay ni puede haber fraternidad ni concordia. El hambre tiene un lenguaje que no entiende la saciedad, y el corazon así como la inteligencia del hombre venturoso en nada se parecen á lo que se llama la inteligencia y el corazon del proletario ignorante y destruido. Luego es preciso una bayoneta que contenga al poderoso y acalle al miserable. Nunca satisfizo á los desesperados la reflexion fria y sensata; nunca contuvieron á los violentos la justicia ni la filosofía. En Europa la ley ha de ser fuerza, porque la ley no puede ser tan solo razon ni derecho.

Se habla mucho en nuestro tiempo de ilustracion,

de independencia, de libertad civil. Porque se ha reformado tal ó tal ley añeja y malsonante, se cree que ya no hay siervos ni en consecuencia clases viles ni desesperadas. Filósofos y publicistas se entretienen en indagar el orígen, trascendencia y resultados de tamaños bienes. Empéñanse tambien, como es justo, en reconocer sus autores á fin de otorgarles el noble título de bienhechores de la humanidad. Una de las mas altas capacidades, acaso la primera de Europa, Mr. Guizot, trata de probar en su « Historia de la Civilizacion, » que el individualismo, ó sea el desenvolvimiento de las facultades morales é intelectuales del hombre, independencia, moralidad, juicio propio, etc., debe en mucha parte su existencia al elemento germánico inoculado por los bárbaros en las razas de la Europa romana. Otros grandes escritores, dando distinto giro á la cuestion, atribuyen el individualismo al solo Evangelio. Nos atreverémos sin embargo á preguntar : ¿Existen esos preciosos bienes? Ya que hay empeño en averiguar las causas de su existencia, ¿es cierta su existencia misma? Dígasenos, ¿qué individualismo hay en las clases proletarias de Inglaterra, Francia y Alemania, que son las mas libres, las mas independientes, las mas ilustradas de Europa? ¿conocen siquiera el término que se las aplica? ¿es posible la independancia de las ideas cuando no hay ideas, el juicio propio en cabezas que no tienen capacidad ni tiempo de raciocinar? ¿es posible la elevacion y nobleza de alma en almas que

no tienen conciencia de sí mismas? Parece que esos pensadores, hombres sin disputa generosos y de corazon tan honesto como vasta intelegencia, se proponen, al formar sus sistemas, olvidar del todo los hechos de la vida real del pueblo. Escriben la historia del hombre y de la sociedad con fragmentos de libros, citas y frases, el todo iluminado por el talento, y no bajo la presion desconsoladora de la esperiencia. Ven que en la edad media hubo esta ó aquella ley inicua, hoy abolida, y se imaginan que la supresion de la ley importa la supresion del mal. Es lo cierto que la condicion del pueblo ha mojorado mas de palabra que de hecho, si bien ha mejorado algo. La legislacion del dia es una retórica de paráfrasis y de eufemismos: dulces son los nombres, harto ménos dulces son las cosas. Haciendo nuestros filósofos, por egemplo, paralelos de la familia romana y la del siglo XIX, dicen: ahora no hay derecho de vida en favor del padre y del marido, del vencedor y del amo; la ley asegura à todos su vida, su propiedad, su independencia. Sea. ¿Hay por ventura en el hogar doméstico de nuestro tiempo el docoro y la paz del hogar romano? ¿son los ingleses, actuales dominadores de la India, mas humanos que lo fuera Alejandro? — En nuestro siglo, continúan los optimistas, no hay amos ni siervos. Es cierto, no hay amos ni siervos, pero hay conquistadores y conquistados, poderosos y humildes, los unos nacidos para mandar, los otros para obedecer. El que haya visto los talleres de Lyon, de Manchester,

de Birmingham; el que haya descendido en esas cavernas de miseria donde se esplota el carbon fósil y los metales; el que haya recorrido las aldeas y los campos de labranza de los paises mas prósperos de Europa; ese solo, no los filósofos, sabrá decir si hay ó no hay siervos en nuestro tiempo. ¿Qué saben esos miserables del individualismo de Mr Guizot? ¿entienden lo que sea elevacion de alma, juicio propio, independencia y demas progresos atribuidos al pueblo inculto y pobre, es decir, á la inmensa mayoria de la sociedad europea? ¿les importa averiguar á quién deben un bien que no disfrutan?

Volvemos á decirlo: el pueblo ha progresado mas en los cursos de Sorbona que en la vida real. En los antiguos tiempos habia en el lenguaje, así como en el vestido, mayor desnudez y harto ménos adobamiento: llamábase cada cosa por su nombre, siervo al siervo, tirano al tirano. En nuestra época reviste el discurso ciertas formas galanas y se complace en usar de una máscara elegante y fascinadora. A fines del siglo pasado la emperatriz Catalina, autócrata con aires de liberal, filósofo hembra, dispuso, á fin de ganarse la gloria de humana y de alucinar á los enciclopedistas, un código de dulces y filantrópicas leyes. Los escritores políticos de la época, entre ellos el sábio Candorcet y el virtuoso Filangieri, creyeron de buena fué en las intenciones de Catalina y colmaron de elogios tanto á la soberana como al venturoso pueblo que tan bien sabia regir. Pues bien, ese hermoso código

fué tan practicable y tan practicado como la república de Platon ó de Ciceron. La revolucion francesa abolió los derechos feudales, los apodos de pechero, villano, el término malsonante de siervo; Luis Napoleon, tambien amigo de la retórica, no consiente que sus súbditos se llamen tales, sino ciudadanos, ni que á él mismo le digan amo sino soberano. Poco mas ó ménos ha sucedido igual cosa en toda la Europa. ¿Qué hay de verdadero en tan bellas paráfrasis? ¿Luis Napoleon es ó no es amo? ¿los franceses son ó no súbditos? Tan lo son, por desgracia, que no tienen el derecho de negar, ó siquiera de controvertir su situacion. En cuanto à los nombres de villano y plebeyo, es cierto que hoy no se usan por demasiado odiosos: ¿deja por eso de existir la cosa misma? ¿no hay en Europa una numerosa, altiva y privilegiada aristocracia? ¿y no existe á su lado, ó mejor á sus pies, un inmenso número de obreros siervos de su taller y de su jornal, de lacayos envilecidos, de campesinos semi-salvages, todos ellos ignorantes, todos ellos sin importancia y sin voz ni voto en el gobierno?

Poco trabajo ha costado á los socialistas desbaratar la tan frágil como esplendida fábrica de sus enemigos los optimistas, siendo tan visible y fuera de cuestion el estado deplorable del pueblo europeo. Son males esos patentes, dolorosos, si bien se hallan á veces suavigados por la religion ó acallados por la fuerza. ¿Cómo remediarlos empero? ¿hay medios de ilustrar y de enriquecer al pueblo? ¿ó son la miseria y la ignorancia

calamidades inherentes á la naturaleza humana? — Tal es la cuestion. Los hombres sensatos, consultando la historia del mundo y viendo en todas las épocas, y mas ó ménos graves, los males de la nuestra, exclaman con pena : « no hay remedio. » Los socialistas, embriagados por sus sistemas, seducidos por sus esperanzas, nada ven ni discurren, y dicen con solemnidad : « hay remedio. » ¿Y cuál es, dígasenos, ese misterioso emoliente, ese desconocido talísman? Hélo aquí : supresion de ejércitos permanentes, supresion de la guerra, de la conquista, supresion de la tiranía y de la violencia, supresion, en suma, de toda cosa mala. Mas, ¿con qué elementos se cuenta para hacer tamañas supresiones? ¿se asegura la moderacion del fuerte, la obediencia del descontento, la concordia universal? ¿y cómo? — por medio de una última supresion sin duda, á saber, la de los vicios, de las pasiones violentas, del furor belicoso, del ódio, de la venganza, de la envidia, de todo lo que, junto con algo de bueno, compone al hombre y á la sociedad. Inútil es decir que los adversarios del socialismo, tomando del enemigo el consejo, han respondido á sus argumentos haciendo tambien una supresion, la del socialismo y socialistas.

Dejando á un lado y suprimiendo, por nuestra parte, á los socialistas, de ordinario exagerados, siempre visionarios, nunca oportunos, no podemos dejar de afirmar que el pueblo se halla en una situacion harto ménos brillante de la que pintan los optimistas. No es posible fundar esperanzas en la cordura, discer-

nimiento, independencia y juicio propio que le atribuyen. Ha de intervenir la fuerza, y como esa fuerza se ha de hallar desparramada, vacilante, en manos de un municipio, de un gran señor, á la manera de la edad media, ó bien en poder de un gobierno regular naturalmente interesado en ser justo y benéfico, atributos ambos que garantizan su bienestar y su propia existencia, la razon dispone á elegir este último temperamento, por ser el ménos malo en práctica, el ménos calamitoso en sus resultados. Dígase lo que se quiera, y tributando por nuestra parte el debido homenage á los principios, ello es cierto que la sociedad no puede ser gobernada por los solos axiomas morales y filosóficos. Mucho puede la religion, mucho vale el convencimiento, sobre todo cuando la fuerza viene á garantir el respeto que se debe á la una y el poder legítimo que ha de ejercer el otro. Si, en efecto, nuestra época aventaja á las anteriores en órden y organizacion; si no vemos esas rapiñas, violencias, esos crueles ataques á la moral tan frecuentes como impunes en la edad media; si la guerra es hoy mas benigna, mas corta, y se hace, á la menera de un duelo privado, en tal ó tal lugar, y no, como en otro tiempo, en todas partes, en los campos, en las ciudades, en el hogar mismo; si la conquista pierde terreno, y la intervencion en los asuntos de otros estados es ménos frecuente y mas justificable: ¿débense acaso tan hermosos resultados al decantado progreso del pueblo? No sin duda. Decimos tadavia mas: el pueblo debe su pro-

greso á esos bienes. La concentracion del poder político y militar, anulando á los pequeños tiranos, barones feudales ó municipios, quitó de encima del pueblo una montaña que lo ahogaba : y esa montaña era la opresion local, hoy abolida en beneficio de la autoridad suprema del estado. En cuanto á la Europa, creemos ya haber probado que la concentracion del poder militar y politico ha sido la más bienhechora de sus revoluciones, la causa mas eficaz de su unidad, de su paz, de sus prodigiosos adelantos.

En Europa no hay mas que una sola república, y esa república es la Europa misma, que se halla, gracias á la concentracion del poder en manos de los fuertes, y al imperio de la opinion, obra de todos, débiles y fuertes, sometida á las leyes fundamentales del órden, del movimiento y del progreso. La ley de la unidad es la ley de la civilizacion.

II

DE LA UNIDAD RELIGIOSA. — EL CRISTIANISMO.

Verdadero terreno de las cuestiones religiosas. — Lucha del principio cristiano y de la pasion de secta. — La secta arriana. — El cisma de Oriente. — Causa del mezquino resultado de las cruzadas, la rivalidad sectaria. — La Reforma. — La civilizacion y todos sus bienes están vinculados á la causa del cristianismo, no de tal ó cual secta. — La tolerancia. — Sus servicios en favor de la unidad europea. — En el siglo XIX la persecucion es un interes político enmascarado con la pasion religiosa. — La tolerancia es la ruina del espíritu de secta. — Unidad futura del cristianismo en la religion católica. — Bajo qué condiciones. — La Iglesia Católica no ha de confundir su causa con la del Estado. — El libre exámen. — En la situacion actual de la sociedad la libre discusion es un hecho consumado, y que es preciso aceptar. — El libre exámen es bastante poderoso á destruir el espíritu de secta, no lo bastante á minar la Iglesia Católica.

Uno de los caracteres mas prominentes de la actual sociedad europea es el giro y tendencias que han dado á las cuestiones religiosas los pensadores, los hombres de estado, el pueblo mismo. No se trata ahora de acumular pruebas en favor de la verdad abstracta y especulativa de las doctrinas; no se pide á la escolástica sus ingeniosas argucias, ni á la teología el auxilio de sus científicos razonamientos. Por una especie de compromiso entre las sectas se ha establecido que todas ó que ninguna de ellas tienen en su favor los ar-

gumentos sobrenaturales; y se exigen tan solo aquellas pruebas racionales, humanas, que justifiquen su existencia y sus pretensiones. Al entrar en el paralelo y discusion de sus diferentes sistemas, adoptan los sectarios el procedimiento que demanda la demostracion de algunos problemas matemáticos, á saber, que las cantidades comunes se ponen aparte, y no se cuentan. Así los controversistas católicos, los Lamennais, los Bálmes, etc., que no pueden ni deben olvidar un momento las pruebas sobrenaturales del catolicismo, consienten en tratarlo y discutirlo como si fuese un mero sistema humano, filosófico ó social. Siguiendo por nuestra parte el rumbo señalado por estos eminentes escritores, tratarémos de examinar, bajo el punto de vista de la crítica, no de la fé ni del convencimiento individual, la posicion respectiva de las sectas que hoy dividen el gran principio cristiano.

¿Hasta qué punto se sobrepondrá la doctrina cristiana general á la doctrina cristiana local?

Tal es el problema de la unidad religiosa de la Europa.

A primera vista, no hay lucha posible entre ambos elementos, siendo el uno tan grande, tan mezquino el otro. En la mente del pensador hay tanta distancia entre el cristianismo y la mejor de las sectas, como media entre Jesus y el mas glorioso de los novadores, un Arrio, un Lutero. Vienen á ser los reformadores respecto del Salvador lo que los pedagogos en presencia de los grandes genios clásicos, comentadores inhábiles,

censores que condenan lo que no comprenden, espíritus mediocres balanceados, como un juguete, por la presuncion y la impotencia.

Pero la religion es algo mas, mucho mas sin duda, que un tema de sabios y de filósofos. Por su naturaleza y por sus fines, el cristianismo es un bien, una ciencia esencialmente popular; no porque imaginemos, como tanto y tan mal se ha dicho, que está hecho para las inteligencias limitadas, la inmensa mayoría de los hombres, sino porque creemos que Dios lo envió a la tierra en favor de los corazones que sufren y sienten, es decir, el corazon de la humanidad entera.

Tal es el destino de la religion, y tal es tambien su grande escollo. El pueblo la ama mas de lo que la comprende; la juzga bajo su apariencia material, inmediata; hace de su campanario el templo universal, el San Pedro ó la Aya Sophia; de su pastor, el sumo sacerdote; de sus creencias y tradiciones, el Evangelio santo é invariable. Desaparece de sus ojos, por hallarse muy alto, el divino fundador, el principio absoluto, todo lo que constituye la filosofía y la elevacion de la doctrina. De aquí esa fé ciega y sin exámen, tan útil y fecunda cuando bien dirigida, tan perniciosa cada vez que la mentira ó el fanatismo la acomodan y la hacen servir á sus planes sangrientos ó ambiciosos. El apego del hombre ignorante á los representantes de la religion ha favorecido en todo tiempo la presuncion criminal ó el error inocente de los novadores. Entre Jesucristo y Arrio, por ejemplo, la muchedum-

bre griega y romana no titubeaba; se decidia entusiasta por el que tenia delante, Arrio. Entre Jesucristo y Lutero y Knox, la muchedumbre alemana é inglesa siguió crédula y apasionada al que la hablaba, y Jesucristo no hablaba. Explican estos hechos el fenómeno al parecer increible de que el cristianismo, tan grande, puro, benéfico, obra de Dios, y como tal perfecto, ha sido sin embargo reformado, corregido, á veces envilecido por indignos novadores.

Entre los progresos de la sociedad moderna hay dos muy grandes y dignos de nota, que han sido sobremanera favorables al principio cristiano, á saber, la ilustracion mejor entendida de las conciencias y la poca participacion del pueblo en las cuestiones de religion. No conocemos época alguna de la historia en que haya habido tanta paz entre las creencias, y esto viene de que en ninguna época ha intervenido tan poco en las cuestiones religiosas la multitud ciega y apasionada. Este es sin duda un inmenso adelanto. Las sectas pierden crédito y prosélitos, los novadores no cuentan ya, como en otro tiempo, con el entusiasmo poderoso de la clase ignorante : la inteligencia y la fé, ambas por su naturaleza benignas, fecundas, elevadas, se han apropiado exclusivamente el terreno del combate. Y ese es el secreto de la paz de las conciencias y del nuevo y precioso desarrollo de la doctrina cristiana. Una de las revoluciones mas notables de la Europa, si bien tan poco comprendida como poco ada, es el cambio de pasiones y de tenden-

cias que se ha operado en la clase subalterna de la sociedad : parecia antes consagrar su corazon y su inteligencia á las luchas de la fé : hoy ha cambiado de rumbo y de fines : toma parte, se interesa, se apasiona, por las cuestiones sociales y políticas. El Forum la atrae mas que el Templo; y la barricada, esta escena trágica de la revolucion, la seduce ahora mas que el auto de fé, esta escena trágica del fanatismo. Antes hacia y deshacia sectas y credos : hoy hace y deshace gobiernos y constituciones. ¡Los resultados son siempre los mismos! La muchedumbre desquiciaba antes, si se nos permite la espresion, el edificio celeste; mina hoy y desquicia los edificios humanos. Esto explica cómo al mismo tiempo que las cuestiones religiosas se simplifican, y que la lucha de las sectas se hace cada vez mas suave y fecunda, los problemas políticos de dia en dia crecen en dificultad. La intervencion de las masas será siempre funesta á la solucion de las dudas del entendimiento ó del corazon. En tanto que la religion reconoció la soberanía popular, el sufragio universal en materia de doctrina, la religion perdió su carácter elevado, de fé y de convencimiento : porque el pueblo, ó sea la mayoría numérica, incapaz de discutir, incapaz sobre todo de respetar ni comprender otra opinion que la suya, no sabia hacer uso sino de torturas, autos de de fé y demas suplicios materiales. Lo mismo ha hecho despues, bajo otra forma, en las luchas políticas. Donde está la intervencion popular allí está el desorden! donde gobierna la mayoría numérica allí do-

mina la pasion ciega, el error, á veces el crimen! Por fortuna de la religion, desgracia, es verdad, de la política, la muchedumbre interviene mas en los negocios del Estado que en los negocios de la Iglesia.

Despues de la intervencion popular, y como consecuencia de esa intervencion, vienen, siempre en contra del principio cristiano, la ingerencia del Estado y los intereses y pasiones de los sectarios. Mientras la doctrina cristiana fué en el mundo la religion de la minoría, débil, perseguida, habitante de subterráneos, mantuvo la pureza de las tradiciones y la unidad de su principio absoluto. La primera division fué comtemporánea del primer triunfo. Constantino sentó la religion en el trono, la incorporó en el Estado; y esta revolucion, juzgada por los historiadores como la era de oro de la Iglesia, acaso fué su era de hierro. Incorporándose en el estado, la religion se desvirtuó y empezó la carrera de las alternativas, del éxito y de la caida; tomó color local, por decir así, y de aquella época data el espíritu de secta ó sea el mayor enemigo de la doctrina cristiana. Con la alianza del trono, la religion no evitó ninguno de los males originados por la opresion de ese trono: Diocleciano la perseguió como *religion*, como *secta* los sucesores de Constantino. Juliano atacaba á Cristo, Constancio atacaba al Papa y á la Iglesia, obras de Cristo. La persecucion habia cambiado de nombres, no de furia ni de crueldad. Entre ambas habia sin embargo esta inmensa diferencia, que la persecucion pagana, hecha á nombre de Júpiter y del Olimpo

zozobrante, colmó de gloria á la Iglesia, y la persecucion sectaria, hecha á nombre de Cristo en contra de los cristianos, la humilló y cubrió de vergüenza.

Desde el momento mismo que Constantino hizo del Labarum su estandarte militar y político, empezó en Europa esa lucha terrible que la ha ensangrentado y opuesto el mayor estorbo á la marcha y á la unidad de su civilizacion. Se alzó entonces el funesto antagonismo del principio absoluto, representado por la doctrina cristiana, y del interés temporal y local, á su vez representado por los príncipes ó las sectas. En tiempo de Diocleciano, por ejemplo, la gran cuestion, y lo era en efecto muy grande, estaba en saber si la Europa habia de ser gentil ó cristiana, si habia de adorar á Júpiter ó á Jesucristo. En el reinado de Constancio, la gran cuestion desapareció viniendo en su lugar la odiosa querella de los arrianos, secta absurda, enemiga de la Iglesia católica y del cristianismo, que reducia á mera escuela filosófica, pero secta imperial, de estado, amparada bajo el manto de púrpura del César. Protegidos por Constancio, los arrianos hicieron gemir la sociedad romana con el doble peso de su furia propia y de la persecucion oficial, furia que habria sido impotente, persecucion que no habria tenido lugar, á no haberse puesto la Iglesia, en tiempo de Constantino, bajo la tutela de los emperadores. Un príncipe sectario la hizo mayor daño que el mas violento de los príncipes gentiles. Súmense los males causados por esa lucha de cristianos con cristianos, y se verá que son

mayores y mas intensos que los producidos por la lucha de cristianos y gentiles. No hubo en tiempo de Maximiano y de Diocleciano la persecucion violenta, tenaz, implacable del reinado de Constancio. No hubo en la época de Juliano, apóstata pero no tirano, las crueldades que en la de su mas ortodojo y mas aborrecible predecesor.

El cisma de Oriente ha sido, despues del arrianismo, la segunda y terrible lucha de la doctrina local cristiana con la doctrina cristiana general. Porque habia un segundo imperio romano, se creyó que habia de haber un segundo pontífice romano. Constantinopla quiso tener, al modo de Roma, un Papa; el imperio bizantino, haciendo del cristianismo un sistema de estado, le dió una organizacion especial, independiente, lo redujo al rango de secta religiosa al servicio de una teoría política. Hubo entonces cristianismo oriental y crsitianismo occidental, ambos idénticos en el fondo, ambos diferentes y enemigos en la forma, lo que basta á probar que siempre se hostilizaron y nunca se dieron la mano de paz. Su rivalidad forma la parte mas importante de la historia de la edad media. La Europa occidental prefirió mahometanos á cristianos, dejó que los árabes primero, y mas tarde los turcos, fuesen apoderándose una á una de las provincias bizantinas; y si alguna vez se acordaban que eran cristianas, venia á desvituar la simpatía de esa memoria la idea de su cisma. De puro católica, la Europa fué mal cristiana, y á fuerza de consolidar el dominio del Papa,

abandonó los dominios de Cristo. Esta fué la preocupacion mas ciega de la edad media, y es de notar que los papas, á quienes ménos puede aquella inculparse, fueron tambien los que la aceptaron con ménos calor. Si en esos tiempos el pontífice hacia muchas veces el soberano temporal, los príncipes solian con frecuencia hacer el papa. Se ponian al frente del movimiento religioso, lo instigaban, lo servian, y creyendo favorecer la causa de la Iglesia y de la religion, protegian de continuo la causa de las rivalidades temporales de la política y de las sectas.

¿Qué fueron las cruzadas? Los historiadores religiosos responden : « La lucha del cristianismo con la media luna, guerra religiosa, europea, de civilizacion, la mas pura y noble batalla de la historia, la sola justa y útil de la historia de la edad media. » A su vez, los historiadores incrédulos dicen : « Las cruzadas fueron una extravagancia caballeresca, sugerida por un energúmeno llamado Pedro el Ermitaño, conducida por una nobleza andante, aventurera, comenzada sin objeto, terminada sin fruto. » De estas dos opiniones, la mas errónea es la última, y es todo lo que se puede decir en favor de la primera. En la guerra de las cruzadas hubo un sentimiento mas que un interes cristiano ; un deseo confuso mas que un plan regular é ilustrado en favor de la civilizacion. El hombre religioso no puede ménos de evocarla como un recuerdo tierno y consolador : fué aquella lucha una efusion, un arranque apasionado y generoso del corazon de la Europa ; una

peregrinacion santa, causa y al mismo tiempo efecto de vivísima piedad. Los pueblos de Europa fueron en cierto modo á llorar al borde del sepulcro del Salvador, á hacer su oracion en el huerto de los Olivos, á fortificar su fé en el santuario de las montañas sagradas, el Gólgota y el Sinaí. Pero el crítico preguntará : ¿ tuvieron los gobiernos y los pueblos de Europa un plan serio y meditado en favor del cristianismo ? ¿ hubo en esa lucha tanto cálculo como piedad ? ¿ sirvió los intereses políticos y sociales así como sirvió los intereses de la fé ? ¿ dió tan hermosos resultados como diera brillantes ejemplos de abnegacion y de valor ? ¿ el camino que tomó la Europa fué el mas acertado ? ¿ el lugar del combate fué el mejor escogido? Tales son las cuestiones y las dudas que suscitan las cruzadas.

Cualquiera que sea el mérito, y lo creemos muy grande, de ese hecho histórico, es lo cierto que no tuvo carácter ni consecuencias dignas de su magnitud. Si por una parte la Europa obró á impulso de un principio general, el cristianismo amenazado por la media luna, por otra parte entorpeció su accion, lo extravió, lo aniquiló una preocupacion de secta, el odio á los bizantinos ortodojos. La Europa se batió en Jerusalen y por el santo sepulcro cuando debió batirse en el imperio griego y por el cristianismo. La idea de ver una fosa santa en poder de los musulmanes penetró su corazon de dolor y de cólera, y la idea de ver una monarquía cristiana, puesto avanzado, por su situacion, de toda la cristiandad, próxima á su-

cumbir bajo el poder musulman, la halló indiferente y helada. La toma de Jerusalen hecha por Saladino hizo acudir en su socorro los reyes mas poderosos, las caballeros mas bravos, todo lo que habia en Europa de ilustre y generoso: la toma de Constantinopla hecha por Mahomet II, en 1453, no atrajo en su defensa ningun príncipe, ningun señor feudal, ningun predicador. Y Jerusalen era en el siglo XI, lo que es hoy, un desierto santo, una ciudad de sepulcros y de ruinas, en tanto que la Constantinopla del siglo XV era, como hoy, la gran cabeza de un imperio débil y zozobrante, pero entónces un imperio cristiano, el mas civilizado, el mas venerable de Europa. Para explicar esta diferencia se ha dicho: « el siglo XV no era el siglo XI: habia ya pasado el tiempo del entusiasmo, del ardor de la fé y del amor de la religion » Si admitiésemos la exactitud de la observacion ¿cómo podria explicarse el furor religioso de los husitas del siglo XV, y la fiebre sectaria del siglo XVI? ¿Estaban helados los corazones el dia de la caida de Constantinopla, ardientes y furiosos el dia en que se quemó á Juan Huss, y aquel en que estalló la heregía de los Luteros y de los Calvinos? ¿Hubo fuego para encender la guerra en toda la Europa y no hubo una chispa que prendiese en Constantinopla? No, en los siglos XV y XVI hubo tanto entusiasmo religioso como en el siglo XI; pero en el uno y en el otro se consumió en la lucha estéril y odiosa del espíritu de secta. En ambas épocas fué el móvil único, ó por lo ménos el mas poderoso. En 1453 la Europa no hizo

la guerra en defensa de Constantinopla por espíritu de secta, y por espíritu de secta la Europa se hizo á sí misma terrible guerra en el siglo XVI. El odio la dejó inmóvil en un caso, el odio la puso en movimiento en el otro caso. Y si bien en la historia ordinaria esas dos aces de la secta producen hechos distintos, en la historia filosófica producen un resultado idéntico, el atraso de la civilizacion, el desprestigio y debilidad del principio cristiano.

¿Qué es la Reforma? Mr. Guizot y los protestantes nos dicen: «la Reforma es un arranque del espíritu humano en favor de la libertad religiosa y política. La edad media habia hundido en tinieblas á la iglesia de Cristo: la Reforma la levantó y la mostró pura y santa. La Reforma halló la verdad perdida en ese gran naufragio que se llama edad media.» ¿Qué hay de verdadero en esta pomposa definicion? ¿es la Reforma la verdad hallada? ¿cuántas verdades hay en la religion que reveló Jesucristo? ¿hay verdad en el cristianismo luterano, en el calvinista, su enemigo; en el anglicano, rival de ambos; en el cristianismo presbiteriano, cuákero, evangélico y demas innumerables faces de la Reforma? ¿Lutero es un apóstol? ¿es un profeta Calvino? ¿Enrique VIII es un santo? Ni esas religiones son religiones, ni esos reformadores son apóstoles, santos ni profetas. Son sectas ó localidades cristianas, y como tales contrarias al principio católico, absoluto, por su naturaleza imposible de localizar. Son esos hombres revolucionarios enemigos

del cristianismo y de la civilizacion, del uno porque lo limitan y desfiguran, de la otra porque han introducido un nuevo elemento de separacion y de aislamiento en la sociedad europea. La Reforma ha hecho respecto de cada individuo lo que el cisma bizantino hiciera respecto de los emperadores y de los patriarcas de Constantinopla. La Reforma es un cisma individual que atribuye á cada inteligencia el derecho de interpretar, á cada corazon el derecho de creer ó no creer, haciendo así de cada protestante su propia fuente de autoridad, su propio papa. No sabemos si esa revolucion ha facilitado el camino del cielo, y ciertamente lo ha hecho cómodo si no ha logrado hacerlo seguro; pero es indudable que ha causado inmensos males á la paz, cuando fué guerrera, y á la unidad de la Europa cuando depuso sus armas y entró en la clase de los sucesos consumados.

Montesquieu ha observado bellamente que las religiones son tanto mas enemigas cuanto mas inmediatos son los grados de parentesco que las enlazan. Como complemento de esa proposicion puede sentarse que las religiones mas enemigas son las mas solidarias en su existencia, puesto que el odio las alienta y las reproduce. El rigor inspira tenacidad, la pasion provoca la pasion, la crueldad hace necesario el martirio, y lo que es mas, lo hace bello y santo. Ahora bien, religion ó secta que cuenta con prosélitos apasionados, tenaces, con mártires, no se extingue tan fácilmente. En este sentido los opresores y los fanáticos son operarios

de la virtud y del éxito definitivo de sus víctimas. Diocleciano colmó de gloria la iglesia de Cristo, en aquella época todavia débil. El emperador Constancio hizo de Atanasio de Alejandria un grande hombre y un gran santo, y dió á la iglesia católica, tan hostilizada por el fanático imperial, nuevo y hermoso brillo. Quemando el Concilio de Constanza á Juan Huss, santificó en cierto modo sus cenizas, de las que, un siglo mas tarde, nacieron Lutero y la Reforma. La Inquisicion hizo del protestantismo, pura teoría de académicos y de frailes, ó lo que es peor, máscara santa para cubrir la licencia de los fuertes ó proteger la rapacidad de los codiciosos, la Inquisicion, decimos, dió á todo eso el aire de cosa seria ante los católicos, de causa santa á los ojos de los protestantes. Ha tocado al protestantismo la condicion, tan favorable á su nacimiento como perniciosa á su futuro desarrollo, de haber sido amparado bajo los intereses personales de los príncipes sus patrones, y de haber sido atacado por los intereses temporales de los príncipes sus enemigos. El temor del fuego lanzó á sus apóstoles, la esperanza de ganar poder y fortuna determinó á sus protectores, el odio de las revoluciones, por último, armó la espada implacable de los soberanos católicos. Remuévanse esos tres fautores de su nacimiento: déjesele libre, tranquilo y obligado á probar su existencia y virtudes; y aquella secta, engrandecida por innumerables circunstancias casuales, quedaria reducida á sus verdaderas y mezquinas dimensiones. Su triunfo lo puso en transpa-

rencia y lo mostró en su desnuda miseria. La sola Inquisicion pudo darle en ocasiones esa presuncion de verdad que hay en favor de las ideas comprimidas por la fuerza, y esa presuncion de santidad que hay en favor de las causas fecundadas por la sangre del hombre.

Se ha notado que allí donde fué mas cruel el dominio musulman, fué allí donde nunca desapareció totalmente la religion cristiana. El califa Omar predicó á sangre y fuego en el Egipto la doctrina del Coran, y el Egipto, oprimido por ese y tantos otros fanáticos, cual mas cual ménos tirano, nunca dejó de ser tierra de cristianos. En la Armenia, en Grecia, en las ciudades del Asia Menor y en las situadas á orillas del Euxino existe hoy, y hubo siempre, una inmensa poblacion cristiana al lado y, por decirlo así, bajo la cimitarra implacable de los turcos. Hay en Constantinopla un cuartel de griegos cristianos, el Fanar, cuya historia, compuesta de la suma tirania en lucha con el sumo heroismo, es la leccion viva de los opresores y de los oprimidos de todas las sectas y de todos los paises. Semejante al Coliseo de Roma, teatro juntamente de la crueldad de las bestias y de la crueldad de los hombres, arena en que se batieron desapiadadamente el odio gentil y la fé cristiana, el Fanar, coliseo de la Roma otomana, ha sido la liza en que ha luchado cuatro siglos el fanatismo musulman con el entusiasmo patriota y religioso. Los bizantinos, débiles é incapaces de proteger su capital y salvar su nacion, se han

mostrado tenaces y formidables en la defensa de un sentimiento que para ellos era patria, ciudad y fortuna. En ninguna parte fué mas odioso Mahoma, ni mas grande y victorioso Cristo.

¡ Cuán diferente es la historia religiosa de España ! Allí los moros, los mas civilizados de los musulmanes, hombres que no llamariamos bárbaros sino fuesen sectarios de Mahoma, trataron con suma dulzura á las poblaciones godas conquistadas. Despojaron á los reyes de su cetro, á los nobles de sus castillos : convirtieron en mezquitas algunas catedrales, en alcázares los palacios de los príncipes ; pero, como verdaderos políticos y hábiles conquistadores, supieron respetar la heredad del labrador, el hogar del ciudadano, los templos del pueblo. Ayala (citado por Toreno) dice en su crónica del rey don Pedro, que á la toma de Toledo los moros dejaron á las cristianos en tranquila posesion de sus bienes privados, les permitieron celebrar sin ruido su culto, y aun que « oviesen alcalde cristiano... e que sus pleitos se librasen por el su alcade.» Tan hábil política no pudo fallar : los corazones ardientes no tuvieron el alimento de la persecucion, las almas flojas carecieron de ejemplo : toda la poblacion cristiana, libre y bien tratada, se dispersó aquí y allá, perdió su unidad, el respeto que infunde una sociedad virtuosa y perseguida ; en suma, se hizo musulmana. Cincuenta años mas tarde habia tan raros cristianos entre los moros, como hay, para citar la bella espresion de la Escritura, racimos en la viña vendimiada. Y

nadie dirá, lo esperamos, que el español, el hombre tenaz par excelencia, fuese ménos apegado á su religion que los griegos del Bajo Imperio, ordinariamente tachados, con razon ó sin ella, de ligereza y versatilidad. Ha de buscarse en otra parte la explicacion de la diferencia. Las religiones viven precisamente de aquello mismo que dá muerte á los individuos, de heridas, de sangre, de martirio.

Prueban estos ejemplos una verdad que nunca debieron desconocer los publicistas, los hombres de estado, y sobre todo los apóstoles con sable en mano: el fanatismo provoca la resistencia, la suma opresion produce la suma abnegacion, el furor de secta debilita y aun destruye la virtud del principio cristiano. Esta verdad, mil veces confirmada por la historia, ha sido mil veces desatendida por la pasion; y si en nuestro tiempo empieza ya á dominar en la inteligencia de los pensadores y en los consejos de los gobiernos, débese tal vez ménos al convencimiento que á la tibieza de las opiniones en materia de religion. Como quiera, su triunfo y la ruina del error opuesto han hecho inmensos bienes á la causa de la civilizacion, de la unidad de la Europa, á la causa misma del principio cristiano: porque tanto gana el cristianismo cuanto pierde el espíritu de secta.

En nuestro tiempo generalmente reina la conviccion de que la Europa ha de ser cristiana, y que ni la civilizacion, la causa del órden, el progreso, la libertad, ni bien alguno social, político ó científico, dependen

del crecimiento ó decadencia de tal ó cual secta. La corte bizantina estableció en el siglo v el siguiente axioma : « si la Europa no es arriana no es cristiana, es pagana, bárbara. » En los siglos posteriores predominó este otro axioma : « todo lo que no es católico no es cristiano, » ó como decian, por el contrario, los sofistas de Constantinopla : « todo lo que no es ortodojo es absurdo y gentil. » Durante el siglo xvi sostuvieron el Norte con espada en mano y el Mediodia con la hoguera encendida y pronta á quemar, cada uno de los partidos segun sus intereses y sus pasiones, estos principios absolutos : « si la Europa no es protestante, no será libre, no habrá buenas costumbres, y el cristianismo perecerá degenerado » — « si la Europa no es católica no habrá órden ni gobierno posibles, todo será un caos de inmoralidad, de escepticismo, de demagogia. » En tanto que estas opiniones dominaron en el estado y en la parte inteligente de la sociedad, la Europa fué un vasto campo de batalla, una liza de crudas y sangrientas pasiones : su unidad fué rota en mil trozos, su civilizacion entorpecida por innumerables estorbos. Este exceso de religion fué funesto á la religion : afirmó el error en los crédulos, sembró la zozobra y la indiferencia en los espíritus observadores y libres. Con la mira de llevar las conciencias al buen camino, protestantes y católicos trabaron la lucha mas terrible, tal vez la mas inicua, que cuenta la historia. El fanatismo es el peor de los consejeros, aun cuando sea movido por un

deseo honesto y puro. Bartolomé de las Casas, llamado el apóstol de América, hombre humano y piadoso sacerdote, abogado tenaz de los indígenas, censor austero de sus opresores, Bartolomé de las Casas es tambien ¡cosa increible! el autor de la mayor plaga de América, la esclavitud! Por defender de una tiranía pasagera á los indígenas, aconsejó la emigracion africana, el tráfico de carne humana: la mayor lepra del nuevo mundo, la mayor vergüenza del viejo, que la introdujo allí. Todo fanático es un Bartolomé de las Casas, exagerado, ciego, de ordinario funesto á la causa misma que defiende.

La mas bella conquista de este siglo consiste en la separacion que se ha hecho de los intereses cristianos, por su naturaleza universales, permanentes, absolutos en su esencia y sus fines, y de los intereses de secta, de suyo locales y sujetos á los vaivenes de la fortuna y de los tiempos. Sábese hoy, y es de maravillarse que se haya ignorado ántes, que la doctrina cristiana es la base de la civilizacion, su inspiradora mas pura; pero que es de todo punto independiente, por ser superior, á las cuestiones temporales de la política, de la guerra, del gobierno. La Inglaterra, nacion que un rey disoluto tornó en protestante, y el orgullo y la lucha hicieron fanática, se ha convencido en este siglo de que ni su libertad, ni su grandeza, ni sus riquezas están ligadas á la causa del protestantismo. Este convencimiento produjo la abolicion del *Test*, ó sea de las incapacidades anexas á la condicion de católico. La Francia, tan no-

table, segun la espresion de Mr. Thiers, por su devocion como por su incredulidad, se ha mostrado sin embargo tolerante y aun liberal para con sus disidentes de la mayoria católica. En Alemania, los intereses religiosos mantienen su lucha de hostilidades y vejámenes mútuos porque han sabido aliarse con los intereses políticos. Ataca la Prusia á los católicos á impulsos de la pasion luterana, que halaga con la esperanza de agrupar á su alrededor y acaudillar los estados protestantes de la Confederacion. Hostiliza el Austria á los disidentes por ganarse el concurso ilimitado y fervoroso de los propangandistas católicos. En ambos paises la persecucion es mas bien un efecto de la política que de la religion : en ambos la cabeza ó sea el cálculo, no el corazon, centro y fuente del entusiasmo, es el instigador del odio religioso. En los siglos anteriores, cuando habia un verdadero furor de secta, el estado se hacia el resorte sumiso y ciego del fanatismo : ahora, el fanatismo es un mero auxiliar del estado. Entre esas dos épocas media un abismo.

Se ha propagado tanto la doctrina de la mútua tolerancia como un bien al mismo tiempo social y religioso, que se puede afirmar que toda persecucion religiosa es hoy dia un mero cálculo político. El fanatismo del siglo XIX es un falso fanatísmo, una máscara arrancada á los cadáveres del siglo XVI. No hay sinceridad ni buena fé, no hay la excusa de la pasion, como la habia en otro tiempo, ni el pretesto del progreso y del órden, compatibles con toda doctrina cristiana, en los gobiernos ó

en los sectarios que practican de hecho ó sostienen en principio la persecucion religiosa. Cuando lord John Russell y lord Palmerston, ambos reputados como espíritus muy libres, escépticos, clamaron ahora poco contra el papa é invocaron las pasiones ya entibiadas del protestantismo, la Europa entera se rió de su odiosa supercheria, y la Inglaterra misma dudó de la fé y de la sinceridad de esos singulares apóstoles. Cuando el czar Nicolás trató de oprimir, en nombre y á favor de la iglesia greco-rusa, á los católicos de Polonia, la Europa ilustrada le recordó que se habia postrado á los piés del papa Gregorio XVI, y que era ridículo, si nó odioso, hacer el papel de Constantino en Roma y el de Constancio en San Petersburgo. Y como la opinion europea no corre peligro de ser flagelada por el *knut*, se burló sin piedad de una ortodoxia tan acomodaticia, cortesana aquí, tirana allá. Ahora que escribimos, el rey de Suecia, nacido en la católica Francia, hijo del revolucionario Bernadotte, que se hizo luterano por la misma razon que su padre se hiciera enemigo de los revolucionarios, por ambicion, el rey de Suecia, decimos, se ha puesto en ridículo dictando providencias sugeridas por los intereses de la política y disimuladas tras una careta de religion.

La persecucion es un odioso anacronismo en este siglo XIX. Reunir el fanatismo á la incredulidad, es acumular todo lo que de malo tiene el libre exámen con todo lo que de malo tiene la fé apasionada y ciega: alianza en verdad monstruosa, contraria á la naturaleza

del hombre, en quien no pueden concurrir dos vicios opuestos, contraria á la naturaleza de los principios, cuya verdad ó falsedad son absolutas y de un solo color.

El espíritu de secta se halla ahora agonizante. Ha tenido dos faces, la pasion y el eco de la pasion : la pasion, cuando era sostenido por la fé, el entusiasmo, defendido á sangre y hierro por una espada templada al fuego del fanatismo ; el eco de la pasion, ahora que vive de su antigua existencia, de recuerdos, de repercusiones históricas, por decirlo así, no de su propia vida y fuerzas. La intolerancia ha tomado en nuestro tiempo el carácter de respeto humano, puro homenage rendido á la memoria de los muertos, puro miramiento ofrecido a la hipocresía de los vivos. En el siglo XVI, el autor de un libro católico en pais protestante, ó de un libro protestante en pais católico, era condenado á la gehenna de la inquisicion, quemado el libro, quemado el autor. Hoy los sofistas publican obras de extraordinaria osadia, en las que se revoca en duda lo mas sagrado que hay en religion, y los gobiernos, indiferentes en el hecho, severos por miramiento, suelen dar órden de recoger la edicion á tiempos que la edicion está agotada. ¡ La hipocresía ha sucedido á la persecucion ! ¡ El mundo sin duda no pierde cambiando una pasion sangrienta por un vicio ridículo ú odioso !

No hacemos ahora ni haremos jamas la apología de la incredulidad. Pero no es dable maldecir de la tolerancia por el hecho de producirla en parte la indife-

rencia religiosa, como no es dable bendecir la persecucion por traer un orígen tan santo como lo es la fé entusiasta y fervorosa. Ni los fanáticos desacreditan la religion, ni la tolerancia acredita á los escépticos.

Cualquiera que sea sin embargo la parte que en la tolerancia reclame el partido de los indiferentes, es lo cierto que la mayor y mejor corresponde á la razon sana, á la ilustracion de las conciencias, al convencimiento del mérito supremo del principio cristiano. Hay entre fanáticos y escépticos una familia considerable de pensadores religiosos, moderados, hombres que toman de la religion la religion misma, es decir, la benevolencia, la caridad, á la vez que aceptan de la razon aquello que puede ilustrar sin envanecer. Si esta sabia y honesta escuela es una minoría al lado de los incrédulos, hoy muy numerosos, y de los fanáticos, de los cuales habrá siempre demasiado, aun cuando hubiese uno solo, no deja por eso de ser la clase mas respetable y tambien la mas influente en la sociedad. Así en ciencia como en política, en religion, en arte, en toda cosa, la opinion mas hábil y sensata no es ciertamente la que cuenta mayor número de prosélitos. Minoría es la de los sabios, minoría es la de los estadistas eminentes, minoría es la de los verdaderos artistas, minoría es, por último, la de los cristianos pensadores y virtuosos. Pero esos pequeños grupos, al parecer débiles é incapaces de resistir al vendaval de la muchedumbre, en realidad son partidos fuertes, enérgicos, generalmente victoriosos y

dominadores. En religion tanto como en política, la mayoría numérica es minoría de inteligencia, y la minoría de los hábiles es al fin mayoría de mérito y de éxito. No es la sola fuerza la que gobierna al mundo. La fuerza es á la sociedad lo que el vértigo al individuo: un predominio pasagero de su elemento material. Sube á la cabeza la sangre, desaloja por decirlo así al espíritu, y la cabeza, privada de su regulador, de su maquinista, naturalmente se torna en rabiosa, en insensata ó en imbécil. Pero la sangre vuelve pronto á las venas, recobra la inteligencia su puesto, y con ella vienen la lucidez y el discernimiento perdidos. Tal es el tambien el vértigo en las sociedades. Sube á veces la muchedumbre á la cabeza del gobierno político ó religioso, arroja de ella la razon y la sensatez, y la torna en imbécil ó rabiosa. Alzanse entónces los cadalsos, las hogueras, el tormento, todos los suplicios de la carne, para castigar los errores del espíritu y los extravíos de una conciencia sincera. Como la conciencia y el espíritu no tienen cuerpo, ni es dable decapitarlos ó quemarlos, el hierro y el fuego, léjos de aniquilarlos, los depuran, los ennoblécen, los deifican, si es permitido espresarse así. ¡Tal es la lógica de la persecucion!

Por fortuna, esa odiosa cuanto estéril lucha de la fuerza y de la conciencia, tan sangrienta en los siglos XVI y XVII, ha cedido hoy la arena á la lucha natural y fecunda de la inteligencia con la inteligencia, de la fé con la fé. Ahora, como siempre, la sociedad cristiana ansía por la verdad, y la busca en el catolicismo ó en

las sectas disidentes. Hácese el exámen, no ya con la espada desnuda ni bajo la presion de una muchedumbre apasionada é ignorante, sino con el libro de la revelacion en una mano y el libro de la filosofía en la otra: pues la ciencia humana aspira, y es sin duda muy grande y muy noble empresa, á penetrar los secretos de la sabiduría divina. Gracias á la tregua de la violencia, gracias sobre todo á la ausencia de la muchedumbre, tropa pesada é inhábil para las batallas de la inteligencia, cada secta va tomando su puesto, los errores aparecen desnudos, claras y luminosas las verdades. El siglo XVI ha sido llamado á juicio por el siglo XIX; la razon ha pedido cuenta severa al fanatismo; y el cristianismo, representado por la religion católica, su verdadera, su sola intérprete filosófica y elevada, ha citado á las sectas de la reforma para que expliquen su existencia, sus fundamentos, su porvenir.

En nuestro tiempo no es posible, como lo fuera por desgracia en otra época, satisfacer á la opinion con malas artes ni aquietar las conciencias con pruebas de odio ni razones prestigiosas. ¿Qué ha hecho la reforma? ¿emancipar el espíritu humano? ¿de qué? ¿de quién? ¿de la Iglesia Católica? Esta es una excusa ó pueril ó de mala fé. Los protestantes creen en una multitud de dogmas incomprensibles á la razon humana; y porque han tenido á bien eliminar del número unos pocos, no ciertamente los mas indescifrables, ya se imaginan haber sacudido una pesada y fastidiosa dominacion. ¡Cosa singular! Hay en Europa una nacion muy culta y muy

libre que ha revestido del sumo sacerdocio á una muger, haciéndola á un tiempo papa y soberano, vicario de Cristo y vicario del pueblo; y esa misma nacion se escandaliza viendo que la Iglesia Católica rinde nuevos homenages á una muger que fué la madre de Dios. Una papisa les parece cosa natural, y juzgan idolatría el culto rendido á la Virgen Maria. Así son, en general, las extrañas cortapisas y reservas que en la religion católica hizo la Reforma: abolió algunos dogmas revelados y dió su puesto á otros dogmas humanos, cuya creencia no es ménos difícil y es harto ménos venerable. No, el espíritu humano, cualesquiera que sean su nobleza y su elevacion, estará siempre sujeto, en religion, á las doctrinas reveladas; y si no las hubiese pediría sus misterios al universo, al Océano, á los bosques, á las fuentes, para fundar sobre ellos un sistema de religion. Se comprende muy bien la duda de algunos filósofos griegos cuando exclamaban: « Nuestros dioses valen ménos que los hombres, son absurdos, meras creaciones del pueblo estúpido ó del poeta visionario. » Pero no entenderíamos á un protestante del Pórtico si nos dijese: « Creo en la divinidad de los arroyos y en la fuente Aretusa; pero me parece absurdo creer en Neptuno y en sus misteriosas relaciones con el Océano. »

Piensan los protestantes que la Reforma ha civilizado á la Europa, mostrándole el camino de la ciencia, del buen gobierno, de todo progreso. Esta es una ilusion de secta. La Europa se ha civilizado por el renacimiento de las letras y la imprenta, ambas palancas po-

derosas en servicio del exámen y de la discusion, ó sea en contra de la ignorancia y preocupaciones de la edad media. La Europa se ha emancipado del feudalismo no á causa de la Reforma, hoy todavía su aliada mas firme, sino por el trabajo incesante de los soberanos y de los pueblos, unos y otros interesados en derribar la odiosa tiranía del castillo y de los privilegios señoriales. La Reforma, se dice, al ménos ha favorecido el desarrollo de las instituciones libres. Este es un error y un error muy grave. Las sectas protestantes han sido en todo tiempo las cortesanas del trono, y en esto han sido lógicas y agradecidas, pues el trono les dió vida ó aliento. La Iglesia católica, por el contrario, vino al mundo aliada y amiga del pueblo, lo levantó de su miseria, luchando siempre con el trono. Una opinion que reviste al soberano del poder político al mismo tiempo que del poder religioso, fortifica y no debilita la monarquía absoluta. La Reforma puso sobre la corona la tiara, subyugando así al pueblo en el doble sentido de su conciencia y de su condicion política. Recuérdese que el protestantismo fué elemento de tiranía en favor de Enrique VIII y de la reina Isabel. Recuérdese que los doctores de Oxford, los depositarios mas zelosos y tambien los mas ilustrados de la secta anglicana, fueron siempre los defensores de las arbitrariedades y de la omnipotencia de los reyes de Inglaterra. Si la libertad ha florecido en aquel noble pais, no ha sido ciertamente el protestantismo su cultivador ni su guardian.

Por lo demas, la forma y la esencia mísma del go-

bierno nada tienen que ver con la religion, doctrina que influye en las sociedades por medio de las conciencias individuales, no por medio de tal ó cual teoría ó partido político. La religion aconseja mansedumbre, benevolencia, moralidad, virtudes que tan bien ejercita ó conculca un magistrado republicano como un soberano absoluto. Predica al hombre el respeto de la ley, sea ese hombre un ciudadano ó un súbdito, libre ó esclavo. Influye en la política como la muger influye en el gobierno, de un modo íntimo, doméstico, indirecto. La religion, así como la muger, no asiste á los comicios, ni va á los parlamentos, ni tiene voz ni voto en los consejos de gobierno: habla al hombre, no al político, y le inculca principios de moral, no teorías ni sistemas de estado. Así los protestantes ingleses (los solos que pueden, nótese bien, incurrir en el error) hacen una absurda confusion cuando asimilan las instituciones libres, hijas de la virtud del pueblo, á la Reforma, hija de los vicios de los soberanos. Tienen sin duda la mira de amparar su mezquina creencia religiosa bajo la proteccion de su admirable creencia política, auxilio temporal, perecedero, que valdrá tanto al protestantismo como el oro y el marfil de que los griegos usaron para fabricar la Minerva del Partenon. ¡En vano! Lo mas precioso de la tierra no vale lo mas ínfimo del cielo, y la libertad de los ingleses no alcanzará á acreditar el protestantismo, como el oro de los atenienses ni el genio de Fidias pudieron sustentar la mitológica divinidad de Minerva.

Por mas que se diga en favor de las sectas, no se hallará jamas un justificativo de su existencia ni mucho ménos de las infinitas calamidades anexas á su nacimiento y desarrollo. Ante el hombre piadoso aparece la secta como un escándalo pernicioso á la religion cristiana; repugna al estadista como elemento de discordiaen la nacion, como estorbo fastidioso en el gobierno: á los ojos del filósofo, la secta es un grave obstáculo puesto á la marcha y á la unidad de la civilizacion. Todos, aun los incrédulos, convienen en que la Europa ha de ser cristiana, y la cuestion está solamente en averiguar cuál será la forma, ó por mejor decir, la organizacion humana de esa divina doctrina. Despues de infinitas revoluciones; despues de haberse levantado y destruido innumerables sistemas que pretendian ser los solos intérpretes hábiles de la Revelacion; despues de haber visto aparecer y desaparecer maniqueos, arrianos, nestorianos, y otros muchos partidos que fueron un dia poderosos: la Europa ha visto apoderarse de la escena, excluyendo á los demas competidores, estas tres grandes fisonomías del principio cristiano: el Catolicísmo, el Cisma griego, la Reforma. ¿Cuál de estas tres formas ha de prevalecer? ¿están destinadas á coexistir perennemente? ¿ó han de ceder su puesto á otros nuevos y mas prestigiosos sistemas? En cuanto á nosotros, creemos que la historia del porvenir está ya escrita en la historia del pasado. Las sectas han nacido del seno y entrañas mismas de la religion católica; y despues de una rotacion misteriosa á los ojos del

hombre, prevista y calculada por la Providencia, han de volver al fin al centro de que partieron. Las sectas son al catolicismo lo que las evaporaciones del Océano al Océano mismo : emanaciones que arroja y que recoge incesantemente.

La forma greco-ortodoja es hoy la mas antigua pero no lo mas venerable de las sectas disidentes. Ningun pensador vé en ella la solucion del problema de la unidad, tanto mas cuanto que esa secta misma se halla muy léjos de formar un sistema regular y armonioso. Tiene un gefe eclesiástico, el patriarca de Constantinopla, sin poder, y un gefe político, el czar de Rusia, sin prestigio ni santidad. ¿Ha de postrase pues la Europa á los piés del patriarca de Constantinopla, prelado hecho por el sultan, papa cristiano elegido por un mahometano que no cree en él, y respetado por los rusos y los griegos únicamente en principio y por puro miramiento? ¿se ha de proclamar al Czar el sumo sacerdote de la Europa? ¿serán los moscovitas, semi-bárbaros, y su gobierno, del todo despótico, los depositarios de la fé cristiana y de los infinitos intereses sociales basados en esa fé? No imaginamos que haya partidarios sérios del sumo pontificado del Czar. La secta ortodoja es una mera localidad cristiana, destinada tal vez á existir largo tiempo, no á reunir en su seno los diferentes miembros de la familia cristiana.

Y si la forma ortodoja no es la verdadera encarnacion del cristianismo, ¿lo será acaso la forma protestante?

¿hay una forma protestante, ó hay ciento? ¿cuál de ellas merece la preferencia? — ¿La anglicana? No es dable: la secta anglicana, como su nombre lo dice, es propia de ingleses ó de súbditos de Inglaterra, local, limitada, imposible de generalizar. Un austriaco, un francés, un ruso, un extrangero cualquiera no pueden reconocer á la Reina ó Rey de Inglaterra como gefe de su conciencia y de su iglesia, ni al arzobispo de Cantorbery como al primer levita de su templo. ¿Optaremos por la forma luterana ó por la forma calvinista? ¿sábese á punto fijo cuál sea la forma verdadera de aquellas sectas? ¿No hay hoy muchos Luteros en el Lutero del siglo XVI, muchos Calvinos en el Calvino de Ginebra? ¿Cuál de esos Luteros y Calvinos es el auténtico? Ha sucedido á estos reformadores lo que á los dioses de la mitologia: los pueblos, al aceptarlos, los acomodaban á su imágen y semejanza. Venus era rubia en las nebulosas regiones del norte; morena y ardiente bajo el cielo abrasador del Atica, negra y de ángulo facial aplastado entre los pueblos de la Nubia. Así hay ahora Lutero holandés, republicano y comercial; Lutero prusiano, monarquista, feudal, metafísico en las academias, denodado en los campamentos; Lutero danés, Lutero sueco, etc. Si llegara alguna vez á penetrar en Guinea el luteranismo sabria tomar forma y color africanos, aplastaria su ángulo facial, si podemos espresarnos asi, para amoldarse al tipo de sus sectarios negros. ¿Es esta una secta séria? ¿es esta la forma que pretende ser la sola intérprete de la ad-

mirable doctrina que el Salvador reveló á la humanidad? No, es una opinion local, mezquina, perecedera. Entre el catolicismo y las sectas hay, entre otras, esta inmensa diferencia, que el catolicismo se propaga por la virtud de su unidad y las sectas se enflaquecen y desprestigian por su propia confusion. Para que se ensanchen mas allá de la localidad de su orígen, han de perder forzozamente su fisonomía y carácter primitivos: caminan variando y como llevando en la mano una máscara para presentarse delante de cada pueblo. ¡Y de máscaras nunca hizo uso la verdad!

Si no estuviéramos convencidos de que el catolicismo es la verdadera religion cristiana, y su larga existencia, su virtud, sus triunfos, sus doscientos millones de creyentes prueban que lo es, bastaria examinar las sectas disidentes para remover toda duda. Tiene el catolicismo las dos pruebas de los problemas matemáticos: la positiva, derivada de su excelencia, pureza y autoridad; y la negativa ó sea la prueba del absurdo, derivada de las vanidades y errores de las sectas enemigas. Sin la Iglesia Católica el cristianismo existiria sin duda, pero existiria en el estado de caos, de lamentable confusion. Epicuro suponia que ántes del mundo los átomos andaban dispersos, vagando la materia en estado de vapor, sin figura ni forma, en los espacios infinitos. La ruina de la Iglesia Católica pondria al mundo moral en la situacion que describe el filósofo griego. El Evangelio seria disuelto en átomos; la doctrina cristiana quedaria reducida á materia va-

porosa, sin forma ni color, desparramada al acaso en el inmenso vacío de las conjeturas, de las interpretaciones, de las extravagancias. El sociniano negaria la divinidad de Jesucristo, el luterano la virtud de los sacramentos, el anglicano aboliria el mérito de la penitencia, el presbiteriano el órden jerárquico: todos, la indisolubilidad del matrimonio; el cuákero lo despojaria de todo culto externo, de todo símbolo; el greco-ruso, por el contrario, lo revistiria de nuevas formas; el mormon veria en él la justificacion de la poligamia: cada cual, en suma, se apoderaria de una página de la Biblia, de una palabra del Nuevo Testamento, página aislada, palabra solitaria, pero palabra y página que sabria interpretar en un santido favorable á sus fantasías, á sus intereses, á sus pasiones y ¡quién sabe si á sus crímenes!

Este odioso caos ha afectado de tal suerte la conciencia y el entendimiento de los pensadores protestantes, que ya empiezan á desconfiar del porvenir de sus sectas, y lo que es mas, á revelar su desaliento y falta de fé. Unos, los hombres de conciencia elevada, generosos, amantes sinceros de la verdad, tienen el valor de romper con las tradiciones del error, lo reniegan, y perdiendo sus ventajas temporales, de fortuna ó de honores, van á buscar en el seno del catolicismo el bien supremo que ansía su noble corazon, el reposo del alma. Todos los dias oimos decir: tal prelado ilustre de Inglaterra, de Estados Unidos, tal sabio eminente de Alemania, se ha

convertido al catolicismo; tal duque ó príncipe anglicano ó luterano quiso morir en la fé de sus abuelos, los barones cruzados. Otros, los hombres del siglo, tan ocupados de la tierra que no tienen tiempo de pensar en el cielo, entienden que la religion es miramiento humano, hipocresía de los hábiles para explotar la ignorancia de los simples, y adoptan la cómoda teoría de Rousseau y en general de todos los protestantes, á saber, la de seguir la religion de su familia y de su pais, sin examinar sus fundamentos, ni averiguar si es ó no el camino de la salvacion. En cuanto á la muchedumbre, no tiene la capacidad de la duda, inferior á la de la creencia ilustrada pero muy superior á la de la creencia ciega y tradicional. El pueblo está dotado sin embargo de un instinto maravilloso: sospecha si no duda, desconfia si no es capaz de examinar; y por mas que los incrédulos prediquen fé y los venturosos del siglo le aconsejen abnegacion, el pueblo escucha indiferente á los unos, oye con indignacion á los otros. El protestantismo ha producido uno de los fenómenos mas raros de la historia, cual es el de una religion sin raices en las masas, sostenida por las clases superiores de la sociedad. Bastaria este solo hecho para probar que es un sistema humano y no una religion, una fábrica política y no una moral severa de sentimientos y deberes. En todos los paises y en todos los tiempos el pueblo ha sido el creyente mas sincero y fervoroso: en las naciones protestantes el pueblo es la porcion mas indiferente, la mas escéptica de la so-

ciedad. Esas frias sectas carecen de imágenes que hablen á su imaginacion, de tiernos consuelos que eleven y fortalezcan su alma. El templo, desnudo de poesia y de símbolos, parece al pueblo una casa muy semejante á las demas casas, con la sola diferencia de ser mas triste y monótona que el hogar doméstico; sus sacerdotes idénticos á los demas hombres, amantes, esposos, padres, y como tales solicitos del lucro que sostiene y dota á la familia; los discursos morales ó doctrinales iguales á todos los discursos, razonados, frios, verbosos. No son estos ciertamente los elementos que influyen y dominan en el corazon del pueblo. Entre la muchedumbre y la clase inteligente hay, si se nos permite la comparacion, la diferencia que media entre un cronómetro y una locomotora: mueve al uno una perfecta é ingeniosa combinacion, impulsa á la otra el fuego, el solo fuego poderoso y abrasador. La muchedumbre es máquina de llamas.... En presencia de Leibnitz y Newton explicando la belleza del universo y la grandeza de Dios, el pueblo quedaria frio é indiferente, á la vez que arrebataria su entusiasmo el monge que, en lenguage popular, vestido de su tosco sayal, humilde y pobre como el pueblo mismo, le hablara del dolor y del sacrificio. Los apóstoles no fueron académicos, ni los misioneros del Asia son doctores de Sorbona. Jesucristo, el hijo de Dios, dueño de revestir la personalidad mas brillante, no quiso venir al mundo como filósofo ni nacer junto al Pórtico. El protestantismo nada ha hecho en favor del

pueblo; el pueblo nada hará por el protestantismo.

Sea por falta de fé en los ilustrados ó por falta de entusiasmo en las masas, ya á causa del error de las doctrinas, ó de los defectos de organizacion, ya sobre todo por el mérito supremo de la Iglesia Católica: ello es que las sectas protestantes no han ganado un palmo de terreno desde el dia de su triunfo definitivo: han tenido tambien su Capua, y no de placeres y de enervamiento voluptuoso, sino triste Capua de desengaños. La impotencia paralizó su carrera, las entumeció y les cortó las alas. Y secta que no avanza es secta que retrocede. En materia de religion lo que es estacionario es decadente: entibiase la fé, se pierde el amor de la propaganda, zozobran las conciencias, dudan los espíritus, ábrese el oido á la palabra y á la doctrina rival. El catolicismo en tanto se desarrolla de dia en dia no solo en sus dominios, sino tambien en el territorio del enemigo. La Francia es hoy mas católica que lo fuera durante el siglo XVIII, y lo son asimismo la Inglaterra, la Alemania, los Paises Bajos, todas las naciones en donde la Reforma asume carácter oficial. Si la Academia Francesa quema hoy poco y mal incienso á Voltaire y camaradas de la Enciclopedia, el gabinete inglés no tiene valor ni fuerzas para atajar el crecimiento de la fé católica en todo el imperio británico. Unos se han hecho ménos escépticos, otros se han hecho ménos protestantes, todos obrando voluntaria ó involuntariamente en servicio del catolicismo. Y si tan considerables progresos tienen lugar

en pleno siglo XIX, es decir, en la época por excelencia del sensualismo y de la incredulidad : ¿cuáles no serán los progresos del porvenir? ¿podrán luchar con el catolicismo las sectas disidentes? ¿lograrán entorpecer su desarrollo, é impedir la necesaria cuanto preciosa fusion de las creencias en el seno de la iglesia madre, la Iglesia Católica?

Cualesquiera que sean las futuras revoluciones de Europa, la Iglesia Católica no las teme, pues descansa segura en los dobles fundamentos de la Revelacion, esta sabiduría del cielo, y de la filosofía, ciencia de los hombres. La Iglesia no ofende interes alguno social ó político : abrirá sus brazos á la república si la Europa llegara, lo que es harto dudoso, á encontrar su salvacion en ese bello sistema de gobierno. Si, en el caso opuesto, la república no es posible; si el régimen constitucional mismo llega á sucumbir y se entroniza firme y poderoso el absolutismo, la Iglesia Católica, sin hacerse su cortesana ni su cliente, oficinos indignos de su grandeza, sabria hacerse la protectora de los pueblos, la consejera virtuosa y moderadora de los reyes. Asi fué en el pasado. Y así será en el porvenir, si el porvenir vuelve la espalda y marcha hácia el pasado. El único peligro de la Iglesia y de la unidad del cristianismo está precisamente en aquello mismo que los fanáticos consideran un supremo bien, la proteccion del estado. No sabe lo que es la Iglesia, no ha meditado en su orígen, en sus diez y ocho siglos de vida, en su admirable constitucion, el que pretenda ponerla

bajo el amparo del estado. Eso es poner una encina bajo el emparo de un mirto y hacer que una oveja amamante á un becerro. Cada nacion, cada gobierno tiene de la Providencia la mision de dar, en ciertos momentos, una fisionomia peculiar al todo ó á una porcion de la familia humana. Roma vino á organizar las sociedades, Grecia á darles cultura, la edad media, ó sea la confusion de bárbaros y latinos, presentó al hombre en su carácter mas fantástico, en una especie de éxtasis de entusiasmo; los pueblos y los gobiernos modernos lo hacen aparecer bajo una fisonomía opuesta, la del desarrollo mas amplio de los intereses sociales y del cálculo individual. Tal es la mision de los pueblos. La de la Iglesia es harto mas grandiosa y estable. Dios la instituyó para señalar á la humanidad, cualesquiera que fuesen sus tendencias y sus pasiones, el rumbo luminoso y certero que conduce al bien terrestre y al bien del cielo. Aliar la Iglesia y el estado importa tanto como confundir y como entorpecer los destinos tan distintos que á cada uno ha marcado la Providencia. Su union, no decimos su concordia, es imposible, funesta. Los estados tienen intereses mezquinos, locales, transitorios; la Iglesia tiene intereses universales y permanentes, en el doble sentido del tiempo y del lugar.

Los fanáticos que degradan la Iglesia solicitando la proteccion del estado no han pensado sin duda en los males inmensos que la traen sus mezquinos favores. Recuerden la historia y no olviden sus memorables

ejemplos. Despues de Constantino, el protector oficial de la Iglesia, viene su hijo Constancio, perseguidor oficial de esa misma Iglesia; despues de Carlo-Magno, el patron generoso de los papas, están los emperadores germánicos, sus rivales, sus enemigos; despues de haberla quemado incienso, los Cárlos V y los Felipe II vejaron y oprimieron á la Iglesia Católica, y lo que es peor, la tomaron sus armas sagradas, su hierro santo, para herir mas eficazmente á sus enemigos ó tiranizar á sus pueblos. Cárlos V mandaba á sus súbditos implorar la divina proteccion en favor del Papa, prisionero y atribulado por el mismo Cárlos. ¡ Proteccion de rey !... Despues de Enrique VIII defensor de la fé, Enrique VIII defensor de la heregía, protector de los enemigos de la Iglesia. Despues del Luis XIV sumiso y reverente, el Luis XIV altivo, injusto, que oprimió al Papa so pretesto de la pueril querella del asilo diplomático. Despues del Napoleon de 1801, autor del concordato, restaurador del templo, y de 1804, el ungido del Papa, viene el Napoleon de 1809, usurpador del patrimonio apostólico, el de 1810 á 1814 carcelero y tirano del virtuoso Pio VII. Basta de ejemplos. El estado vende su proteccion, no la dispensa; y cuando la Iglesia se entrega á su merced, no importa à qué precio, incurre en simonía, simonía en verdad muy triste puesto que da sus inestimables favores à cambio de un óbolo.

Otra opinion, quisiéramos decir otro error, que puede ser muy pernicioso á la Iglesia, es el de aquellos

que atacan el libre exámen, sea porque lo temen, ó bien porque lo consideran como una estéril gimnástica del entendimiento. Hombres muy piadosos y muy ilustrados imaginan que el pensamiento, esta noble funcion de la inteligencia, ha de ser contenido como un arranque de soberbia y de impotente curiosidad. Esta opinion, ó mejor este temor, cabe tan solo en aquellas almas tímidas ó limitadas que exageran, de una parte el poder de la razon, y de otra los peligros de la Iglesia.

La Iglesia Católica dejó, muchos siglos hace, las mantillas de su infancia, es hoy mayor de edad, poderosa, y se halla revestida de la doble magestad de su orígen y del tiempo, de la autoridad divina y de la autoridad humana. Bueno es y sabio que una creencia naciente, calquiera que sea la excelencia de sus dogmas y de su moral, interdiga á sus sectarios una discusion que puede ser peligrosa. En la infancia de las religiones, así como en la infancia del hombre, la fé ciega es un bien, una necesidad. El entusiasmo debe apoderarse entónces del entendimiento y de la conciencia, dominarlos sin reserva, aun tiranizarlos. Mas cuando una doctrina ha pasado por el crisol depurador é implacable del tiempo, hallando á cada paso de su carrera un enemigo, un contradictor, un rival; luchando con la ambicion de los príncipes, el orgullo de los filósofos, el sangriento furor de los sectarios; cuando una doctrina ha visto nacer y perecer los sistemas mas ingeniosos y profundos así de política y de filosofía, como de moral y de religion; cuando una

doctrina ha visto desprenderse de su propio seno otras que al parecer debian suplantarla, darla muerte y celebrar sus funerales: esa doctrina, decimos, bien puede mirar de frente al libre exámen, invitarle á discurrir, ofrecerle y aun suplicarle el combate. Y tal es la situacion de la Iglesia Católica. ¿Qué puede temer del libre exámen? ¿Qué peligros corre una religion que resistió á la omnipotencia de los emperadores romanos, al furor de los arrianos, al odio implacable de los protestantes, y lo que es peor que todo, al sarcasmo frio y amargo de los incrédulos? No ha habido medio alguno de accion ó de persuasion, fuerza, raciocinio, ultraje, de que no se haya hecho uso y abuso contra la Iglesia Católica. Se han batido con ella todas las causas, buenas ó malas, todas las pasiones, grandes ó mezquinas, del hombre y de la sociedad: la libertad, la independencia individual, la ambicion noble, los innobles vicios; sin lograr jamas minar sus fundamentos. Todos sus enemigos se han declarado vencidos, y muchos, desertando de su propio campo, se han abanderizado en las filas contrarias. La libertad sabe que la Iglesia Católica, por excelencia de paz, de concordia, de amor, no es ni puede ser la aliada del absolutismo; la razon, mejor ilustrada, reconoce en la doctrina cristiana un admirable sistema de filosofia al mismo tiempo que un libro santo de dogmas y creencias; las ciencias, tan adelantadas en sus procedimientos como inciertas en sus bases, las ciencias mismas acuden á la Iglesia y á la Biblia en busca de las verdades primordiales.

¿En dónde están pues los enemigos del catolicismo? ¿La inmoralidad, los vicios, el escepticismo? Estos son honrosos enemigos: son, por decirlo así, la sombra de aquella hermosa luz. Si la libertad pide su alianza á la Iglesia Católica; si las ciencias la veneran, y la moral, el órden, la caridad, todos los bienes sociales é individuales la dan á conocer como su fuente mas pura y fecunda, ¿qué puede temer del libre exámen? ¿se cree, por ventura, que cuanto mas crecen las fuerzas del entendimiento tanto mas frágil y aventurado será el raciocinio? Si una corta meditacion alcanza á persuadir del mérito y bienes de la Iglesia Católica, ¿destruirá este convencimiento una larga y profunda meditacion? Poca filosofía, ha dicho Bacon, repitiendo á la Biblia, conduce á la incredulidad; mucha filosofía conduce á la religion. Tal es la naturaleza del entendimiento y tambien la del libre exámen. A medida que la discusion se ensancha y se profundiza, aparecen mas claros y luminosos los principios del cristianismo, mas frágiles y vanos los sistemas del error y de la incredulidad.

Se dice que el libre exámen pone en duda los mas venerables dogmas de la religion y los principios sobre los cuales descansa la sociedad misma; que siembra la duda en el pueblo ignorante quitándole así el freno que lo contiene ó la esperanza que lo consuela; que el absurdo, la utopía, la impiedad, son los resultados de esa licencia del entendimiento. — En la objecion está la respuesta. El abuso de inteligencia, como todo otro

abuso, lleva consigo un severo castigo. Si el libre exámen escarnece una doctrina respetable, el libre exámen, no esa doctrina, se hace odioso y pierde su crédito. Véase, por ejemplo, un abuso de entendimiento en materia de política, el socialismo. ¿Ha llegado este sistema á desprestigiar la causa del órden y de la moralidad? ¿Descansan hoy ménos firmes y respetadas la propiedad, la familia, porque, no ha mucho, se puso en duda la legitimidad de la una y la actual organizacion de la otra? ¡Muy léjos de eso! El socialismo ha fortalecido estos principios agregando al prestigio que ya tenian aquel beneficio que siempre recoge una causa mal atacada. Pudiéramos citar muchos otros ejemplos, pues no hay hoy una doctrina moral, un principio político, ciencia ó arte, que no haya sido controvertido y violentamente atacado. No por eso dejan de existir ni de ser respetadas las antiguas verdades. Toda sociedad es por su naturaleza conservadora y enemiga de novedades: por instinto de existencia y de bienestar opone insuperables estorbos á las ideas que comprometen su reposo ó que chocan los hábitos de su conciencia y de su pensamiento. Agréguense á esta condicion permanente del hombre, el prestigio, antigüedad y grandeza de la religion, y se hallará que el libre exámen, cualesquiera que sean sus extravíos, quienesquiera que sean los genios que acepten ó propaguen esos extravíos, nada puede en daño de una doctrina que ha llegado á encarnarse en la sociedad en el triple sentido de la verdad, del hecho y de la necesidad.

El libre exámen es del número de aquellos hechos que llevan consigo su contrapeso y su correctivo. Y en esto se asemeja á la prensa diaria. ¿Cuál es el modo de contener la prensa? ¿la censura prévia, las trabas, la multa? No, sin duda. Corrige á la prensa la prensa misma. Hay en las ideas que se emiten al público la misma concurrencia que existe entre los efectos de un mercado: la buena calidad está al lado de la mala, lo fresco y sano está vecino de lo dañoso. Puede el público examinar lo uno y lo otro, comparar la idea mal concebida, el error prestigioso y dorado con la verdad clara y desnuda; y de este juicio, ocasionado por la concurrencia, resulta el triunfo definitivo de la verdad, la ruina de la mentira. Así es el libre exámen. Si un visionario discurre en sus solitarias veladas un nuevo sistema de culto ó de moral, y lo presenta luego á las conciencias y á los entendimientos, al momento acuden á su encuentro las verdades legadas por las viejas generaciones. El público lee, compara, desecha: pues su cabeza está fria y no participa de las angustias ó de los delirios que sugirieron al pensador su atrevido sistema.

De un siglo á esta parte hemos visto aparecer infinitos sistemas de religion, unos favorables al catolicismo, otros en contra de la Iglesia y á favor de la Reforma; otros, por último, los filosóficos, independientes de la revelacion cristiana. ¿Cuál ha sido su suerte? — Héla aqui: nacer, atraer el sarcasmo universal, morir y ser sepultados no por la piedad, sino

por el desprecio. Ahora, preguntamos ¿á qué se debe este desprestigio de las innovaciones religiosas? ¿son los visionarios de este tiempo ménos vanidosos y audaces que los visionarios de otra época? No, la mayor ilustracion, la ambicion personal, tan desarrollada en este siglo, la inquietud de los espíritus, la facilidad de de hacer circular y valer las ideas, el ansia de las novedades, todo está ahora dispuesto para hacer surgir y prosperar, aun cuando fuese por corto tiempo, una nueva y audaz teoría religiosa. ¿Y quién lo impide? — El libre exámen, el solo libre exámen. No hay hoy tortura, inquisicion ni correctivo alguno de fuerza: hay algo mas poderoso y mas eficaz, la crítica y la discusion, torturas que se apoderan del cuerpo de los sistemas, los quebrantan, los trituran hasta que, molidos, sangrientos y exánimes, sueltan entre sollozos y suspiros esta triste confesion: mentí y pequé, el *peccavi et panitet me* de la inquisicion. ¡Cuán otros eran los procedimientos de los viejos tiempos, á la sazon que el libre exámen era considerado como una impía soberbia! Formábase causa al novador, se le perseguia á él y á los suyos dándoles así delante del pueblo, aliado natural del que sufre, el carácter de víctimas y de santos. De aquí la pasion, el entusiasmo, el proselitismo; de aquí la mentira elevada al altar, y el revolucionario encumbrado á los honores del apoteosis.

Es seguro que si el libre exámen no hubiese llegado en nuestro tiempo á tan alto grado de desarrollo, la Europa se habria visto envuelta, commo en el siglo XVI,

en un torbellino de sectas belicosas é implacables. No se diga que los sistemas de ahora son mas absurdos que los sistemas de entónces. ¿Son mas extravagantes los sansimonianos que los cuákeros? ¿Valia mas Lutero, Calvino ó cualquiera de los reformadores que el honesto y sincero La Reveillère ó que el hábil y muy ilustrado M. Enfantin? No, los reformadores son los mismos, pero los tiempos no lo son. En el siglo XIX no se puede hablar al pueblo á nombre del Señor ni segun las visiones inspiradas en un místico ensueño. Si Lutero viviera hoy no diria el *ego volo, ego jubeo* de que hacia tan frecuente uso. A estas expresiones de autoridad y de mando se opondrian otras todavia mas imperiosas, ó bien recibirian por toda contestacion una salva de risa y de sarcasmo. Lo hemos dicho, y lo repetimos : la novedad halla su correctivo en la novedad, el libre exámen corta las alas al libre exámen.

Siendo estas las consecuencias del espiritu de investigacion, todo su provecho recae necesariamente en favor de la Iglesia Católica. Nada puede contra ella el libre exámen; todo lo puede contra sus enemigos. Cualquiera que sea el poder de la razon, la amargura de los sarcarmos y el desarrollo del escepticismo, nunca alcanzará á derribar un edificio tan antiguo y tan bien cimentado. Cuando se quiera medir la importancia de la Iglesia y el imperio que ejerce sobre las inteligencias y los corazones, tráiganse á la memoria las luchas seculares é incesantes que han sido necesarias para destruir algunos sistemas humanos, indig-

gnos de comparársele. Cinco siglos se sostuvo el paganismo en presencia de su rival, tan santo, puro y benéfico, el cristianismo. Reinó Aristóteles dos mil años en la escuela dominando tiránicamente las inteligencias mas poderosas y atrevidas. Los sistemas de gobierno, monarquía, feudalismo, aristocracia, se han sostenido, y se sostienen, apesar de sus visibles imperfecciones y de sus innumerables enemigos. Cada uno de estos sistemas, sean religiosos, científicos ó políticos, tenia en su favor las tres grandes pruebas que justifican una institucion : el hecho, el bien de su existencia, el vacío de su desaparicion. Estas pruebas militan, en grado infinitamente mas alto, en favor de la Iglesia Católica. ¿Quién podrá destruir una institucion que cuenta diez y ocho siglos de *hecho*, todas las virtudes y todos los progresos como *bien* justificativo de su existencia, el caos mas deplorable si llegare á desaparecer? El libre exámen tiene dos límites, la razon, que demuestra el camino de sus investigaciones, y la impotencia, ó sea el límite de su fuerza : ambos son preciosas garantías en beneficio de la Iglesia Católica. Si el libre exámen se contiene y se muestra razonable, hará ver que la Iglesia satisface todas las necesidades, mas aun, todas las aspiraciones legítimas del hombre y de la sociedad : el reposo de su conciencia, el cultivo de su entendimiento, sus derechos políticos, en una palabra, las condiciones de su doble existencia íntima y social. Si, por el contrario, el libre exámen se remonta á regiones mas altas de

lo que pueden sus alas, caerá abatido á postrarse á los pies de la Iglesia. Así sucedió, en efecto, en el siglo XVIII. Rompieron los filósofos el velo que cubre los misterios del cristianismo; se lanzaron ciegos en el espacio infinito de las dudas y de las congeturas para volver pronto, y despues de tristes decepciones, al seno consolador de la Revelacion.

Hemos dicho, y nos parece oportuno repetirlo, que miramos el libre exámen, así como las demas cuestiones de que hemos tratado, bajo el punto de vista humano, de la crítica, no del dogma. Si la situacion moral é intelectual de la sociedad fuese tal como para que la Iglesia Católica pudiera decir á los pueblos: esto se ha de creer, esto no se ha de creer, seria inútil, seria talvez peligroso, discurrir acerca del libre exámen. Pero la situacion es precisamente la opuesta. En el estado actual de los espíritus el libre exámen es un hecho consumado, si no es un legítimo derecho: si no se autoriza su ejercicio, por lo ménos se le ha de tolerar. La discusion es ahora una pasion ó si se quiere un abuso universal. ¿Cómo ahogarla? ¿cómo destruir un sentimiento que está encarnado en todas las conciencias, un acto que se cree facultad del entendimiento? ¡Imposible! Si se habla en nombre de la fé, la fé perderá su prestigio; si se obra en virtud de la fuerza, la fuerza misma será impotente. Es preciso, pues, reconocer el hecho; es preciso aceptarlo y buscar en el hecho mismo un correctivo de sus males. En nuestra opinion, ese correctivo existe en el

mismo espíritu de discusion; pero existe únicamente, y por fortuna, en beneficio de la Iglesia Católica. Mas tarde ó mas temprano el libre exámen ha de postrar en tierra, confundir, aniquilar las creaciones del error: nunca llegará á minar una fábrica fundada por Dios, justificada por diez y ocho siglos de existencia, y que ha hecho causa comun con todos los progresos y todas las virtudes sociales é individuales.

Se ve pues que el espíritu de secta ha sido siempre el grande obstáculo de la unidad del cristianismo, y por consiguiente, del progreso de la civilizacion europea. Atacado en otro tiempo por la fuerza, inspirada á su vez por una fé ciega y apasionada, el espíritu de secta se hacia mas y mas fuerte; y ahora que se le ha dejado libre y sujeto tan solo á la discusion, y puesto en presencia de la unidad católica, pierde terreno y prestigio, decae, haciendo así surgir la bella esperanza de la futura unidad religiosa de la Europa. A la tolerancia se debe ¡cosa admirable! el doble y al parecer incompatible bien del progreso de las ideas y del progreso de la verdadera religion!

III Noviembre 8/99

DE LA UNIDAD INTELECTUAL Y MORAL.—LA OPINION.

Influencia de la Opinion en las sociedades modernas.—Su origen,—La Opinion no dimana ahora de la conciencia individual, del criterio de un pueblo, ni aun del sentido comun ó criterio universal.—Lo que llamamós sentido comun es una ficcion cuyo verdadero nombre es el de sentido *europeo ó cristiano*.—Fuentes de la Opinion: el cristianismo. La filosofía cristiana ha dado á la Opinion sus bases y principios generales, su moralidad y su universalidad.—Exageraciones peligrosas.—De la publicidad.—La imprenta no es publicidad.—Epocas de la prensa.—La prensa libre es una condicion de la sociedad actual.—En donde no hay un órgano legítimo de publicidad se crea uno falso y pernicioso: el rumor en lugar de la prensa libre.—Leyes contra la prensa, su ineficacia.-Jurados.-En los países despoticos el jurado es una protesta perenne del pueblo contra el gobierno.—Del diario y del diarista.—Su aversion á la paradoja.—El diario corrige la ilusion propagada por el libro.—Un gobierno inteligente ha de permitir que la paradoja se produzca y se desacredite por si misma.—Exageraciones sobre la publicidad de la vida privada.—Lo que era entre los antiguos.—En el siglo XIX la publicidad es un correctivo saludable de la vida privada.—Del diario anónimo.—Para que la prensa sea sensata, útil, veridica, ha de ser anónima.—El publicista que firma no representa á la Opinion.—En las naciones donde la ley impone la firma, hay grandes diaristas, no hay grandes diarios: ejemplos.—Publicistas franceses, diarios ingleses. El TIMES: su poder, su gloria. El TIMES es el historiador diario de la Inglaterra y del mundo.—Diarios del Continente.—De las academias como órgano de la Opinion.—Porqué los cuerpos sabios no influyen sobre el pueblo ni forman la Opinion.—De los parlamentos.—El Parlamento Inglés es una asamblea europea, universal.—Resúmen de los bienes que ha hecho la Opinion á la unidad y á la civilizacion de la Europa.

Existe en Europa un poder que sin ser del órden religioso ni del órden político, se halla íntimamente enlazado, por una multitud de relaciones, con la con-

ciencia individual y pública y con el gobierno de las sociedades; que no trae su orígen como el cristianismo de la revelacion divina, ni dimana como el gobierno de la fuerza ó de la necesidad: poder en verdad puramente humano, pero tan fuerte, justo y benéfico, que parece venir de mas noble cuna. No es fuerza y puede mas que la fuerza; no es religion y purifica las costumbres y corrige los abusos de una manera tan eficaz como la religion misma; no es ley y domina, absorbe ó protege la ley; no es institucion política ó social, y gobierna así la autoridad como el pueblo; no es obligatorio ni conminativo, y todos lo respetan y lo obedecen. Poder que sin ser conquista universal es dominacion universal; que sin violentar los sentimientos de raza, de nacionalidad, de religion, ni poner en conflicto interés alguno de pueblo, de gobierno ó de sociedad, confunde y amalgama, por decirlo así, en un todo único y armonioso los innumerables y tan distintos miembros de la familia europea.

Este gran poder es la Opinion, ó sea la unidad intelectual y moral de la Europa.

La Opinion es la intermediaria entre el poder religioso, basado únicamente en la fé, y el poder político, cimentado en la fuerza.

Entre los instintos materiales del hombre y sus facultades intelectuales, hay un regulador moral que se llama conciencia. Así entre los elementos materiales de la sociedad y sus móviles puramente espirituales, hay un regulador que se llama Opinion.

La Opinion es la conciencia de la sociedad.

La civilizacion moderna ha destruído ó por lo ménos ha debilitado los viejos elementos del principio de autoridad poniendo en su lugar uno solo, poderoso y cuasi irresistible, la Opinion. Hoy no se tiene la fé de ántes en las doctrinas religiosas, se cree poco en las antiguas formas de gobierno, nada en el derecho divino. En cambio ha surgido la mas imperiosa de las deidades terrestres, la Opinion.

La incredulidad, triste reaccion del fanatismo, ha desarraigado de los corazones el culto del bien, el entusiasmo de lo bueno, el amor puro y desinteresado de lo verdadero. Hay sin embargo en el mundo honradez, caridad, nobles y generosas pasiones. ¿A quién se deben? — Principalmente á la Opinion.

Suele haber en el ruido de las plazas ó en el susurro de un salon mas moralidad que en muchas conciencias que pasan por honestas y puras. ¿Y por qué? —Porque en la plaza y en el salon se agita la Opinion.

La conciencia de los hombres, y muchas veces su sensatez misma, andan hoy desparramadas y como divididas en las partículas infinitesimales de la conciencia y de la sensatez públicas. En el estado actual de la sociedad muchos hombres necesitan, cuando quieren saber si algo es bueno ó razonable, abrir la urna de la Opinion: allí esta la solucion de la duda.

La Opinion es un contrato tácito por el cual todo el mundo se hace amo y esclavo, domina y es dominado. Es la mas vasta y la mas tiránica de las democracias

¿Cuál es pues el origen de este grande hecho? ¿vino al mundo desde el momento que hubo sociedad? ¿es natural, espontáneo, libre; ó bien, á la manera del poder político ó de la unidad religiosa, la Opinion ha debido hacerse camino luchando y al traves de poderosos y tenaces obstáculos? ¿Es la Opinion la causa ó el resultado de la civilizacion? ¿qué efectos produce en la moral, en el gobierno, en la sociedad? Tal es la multitud de cuestiones que envuelve el hecho, tódas graves, difíciles, pero de la mayor importancia cuando se trata de examinar el estado actual de la política y de la sociedad de Europa.

Antes de investigar la naturaleza de la Opinion, tal como ella existe, tal como nos proponemos considerarla, conviene reconocer las diferentes faces de una entidad tan compleja, tan variada y que abarca tan crecido número de relaciones.

Si se mira la Opinion como un juicio del entendimiento ó como un acto de conciencia, su origen es tan antiguo como el linage humano mismo. El primer hombre pudo y debió tener un cierto criterio sobre las cosas que le rodeaban, sobre sí mismo, su alma, sus acciones, su vida. Esta es la opinion individual, aislada, y mas bien es juicio ó sentimiento que opinion propiamente dicha. Recaía en los hechos del mundo material ó en los movimientos y agitaciones de la existencia íntima, sujetos unos al entendimiento, sometidos los otros á la conciencia. En rigor el individuo solitario no tiene opinion porque no existe oposicion,

otro modo de ver, otra manera de pensar: no hay choque, paralelo, semejanzas ó repugnancias. Alejandro Selkirck, el modelo de *Robinson Crusoë*, no habria podido decirse en su isla solitaria: opino esto ó aquello, sino siento, pienso, juzgo esto ó aquello. Porque si el pensamiento y el juicio son facultades individuales, la Opinion es esencialmente social.

Si se considera la Opinion como un acto de la conciencia pública, su origen es tambien tan antiguo como la sociedad. En la horda salvaje hay pasiones, intereses, juicios distintos, todos ellos regulados por un cierto sentido público de moralidad, de órden y de conveniencia. Luego en la horda salvaje hay opinion, puesto que existe la aprobacion de lo que se cree bueno, la censura de lo que se juzga malo, intereses generales, pasiones comunes, en suma, todos los elementos de la Opinion.

Opinion hubo doquiera que se formó una sociedad culta ó inculta, moral ó grosera. Por su naturaleza la Opinion no es ciencia ni es virtud, ni tampoco lo contrario, vicio ó ignorancia. En ciertas hordas la conciencia pública no llevaba á mal que el hijo matase á su anciano padre; en otras sociedades, la India antigua y moderna, por ejemplo, la conciencia pública exige de las mugeres el sacrificio de su vida en honor del marido difunto. La opinion de los griegos castigó á Sócrates por haber sostenido la unidad divina, la opinion de los musulmanes condena al que sostiene la pluralidad de dioses. Entre los antiguos y entre los bár-

baros de todos los tiempos, antiguos y modernos, la opinion era el sentimiento y el interés de una nacion ó bien de una localidad. Los griegos llamaban bárbaros á todos los pueblos que no eran helenos; creian los judíos presa del infierno lo que no era israelita: los romanos mismos, la nacion mas filosófica y espansiva, por decirlo así, de la antigüedad, consideraban viles y nacidos para la esclavitud á los hombres que no eran oriundos ó habitantes de las Siete Colinas. Eran éstas opiniones nacionales. Y dentro de cada pueblo habia infinitos fragmentos independientes de opinion. Sostenia una escuela, la estoica, entre griegos y romanos la doctrina del bien y de la virtud, al lado de otra escuela, la epicúrea, que defendia y propagaba la doctrina del placer y del materialismo. Habia opiniones francamente inmorales, subversivas, criminales: habia opiniones en favor de la liviandad mas desenfrenada, del suicidio, del asesinato, de la impiedad: todas ellas prosperaban en presencia y aun bajo el amparo de la sociedad. Era entónces la Opinion una mera escuela de ideas, ó una compañía de intereses, limitada, local, rara vez nacional, nunca absoluta y universal.

Si no podemos hallar la fuente de la Opinion en el criterio y conciencia del individuo, ni en el juicio, modo de ser de cada pueblo, tan vário, á veces tan opuesto: ¿la encontraremos acaso en lo que se llama el sentido comun? ¿Qué es el sentido comun? ¿un juicio propio de todas las inteligencios y por consi-

guiente de todos los tiempos y paises? ¿es una manera de mirar las cosas peculiar de esta ó aquella época? — El sentido comun es uno de esos fenómenos que nos rodean y dominan, sin que pensemos jamas en darnos cuenta de su naturaleza y de sus relaciones. Presenta innumerables acepciones y faces diferentes.

Rigurosamente hablando el sentido comun es una ficcion, no existe ó existe tan contradictorio, variable y efímero, que deja de ser comun y toma el carácter de local. Aquí es de sentido comun lo que allá es absurdo; en tal region es razonable lo mismo que en tal otra pasa por extravagante, risible, criminal. Supóngase un inglés que recorre las calles de Pekin, vestido á la europea, sin trenzas ni rapada cabeza, ni túnica talar, tal como la llevan los chinos: entra en un lugar público y allí traba conversacion con los naturales del pais. ¿Habria gesto, movimiento ó palabra del inglés que no fuese un contrasentido en la mente de los chinos? ¿no lo declararian en el acto un extravagante, absurdo, un loco de atar? — Y no se crea que el traje y apariencia material del europeo habria de ser lo mas chocante al chino: lo seria su mente misma y su conciencia, sus ideas de gobierno, de sociedad. Entre ambos hombres no habria otro punto de contacto que las funciones de los sentidos, siempre idénticas, el organismo material, armonía meramente animal y fuera del terreno del juicio y de la crítica. El sentido comun es una apreciacion intelectual y de

conciencia, un acto del espíritu ó del corazon, no un instinto orgánico.

Engáñanse mucho los que atribuyen el sentido comun á ciertos principios fijos, innatos, por decirlo asi, en el entendimiento de cada hombre. Hay infinitos casos en que una idea es lógica, verdadera, sin dejar por eso de chocar al sentido comun. Rousseau dijo : la hija de un rey puede enlazarse con el hijo de un verdugo. Pues bien, ¿qué hay de falso en esta proposicion? ¿ es responsable el hijo del verdugo de los crímenes ó miserias que han llevado á su padre á tan triste oficio ? ¿ merece, en estricta justicia, la hija de un rey los privilegios concedidos á su nacimiento? Si ambos se aman y sus corazones parecen hechos el uno para el otro, ¿no es lógico dejarlos amarse y morar bajo un mismo techo? Es sin duda racional y muy racional la proposicion de Rousseau ; pero contradice y repugna á lo que llamamos el sentido comun, ó mejor, y como luego veremos, á lo que debiera denominarse sentido europeo ó cristiano. En el siglo VI el emperador Justiniano asoció á los honores de la púrpura romana, en el rango de esposa legítima, á una baja Lais de Constantinopla. Pudo aquello hacerse, puesto que se hizo. En el siglo XVII Luis XIV, el Gran Mogol de Francia, hombre antojadizo y soberano absoluto, no tuvo valor para imponer á los franceses una reina Maintenon, muger honesta en opinion de la Academia Francesa, de la que no es lícito dudar un momento. ¿ En dónde está la diferencia de estos dos

hechos? En que la opinion moderna, el sentido europeo, era ya poderosa en el siglo XVII, y se mostraba contraria á matrimonios de esa especie. Están los pueblos acostumbrados á ver enlazarse reyes con princesas, lo encuentran racional, justo, necesario; y mirarian como extravagancia y locura la conducta de un Justiniano. En las ideas de este tiempo una princesa puede ser muger disoluta, mas una muger disoluta no puede ser princesa. El trono, muy sacudido hoy, no tiene prestigio bastante á cubrir una inmoralidad anterior y posterior : tiene apenas recursos para proteger la posterior.

Véase otra proposicion lógica y al mismo tiempo fuera del sentido comun. Proudhon y los comunistas dicen : « en tanto que haya quien goce de lo superfluo, es injusto que á otros falte lo necesario. Choca al entendimento y duele al corazon que haya tantos proletarios sin pan al lado de tantos sibaritas disipadores. La tierra, así como el sol, están hechos para todos : es injusto y absurdo atribuir á esa madre bondadosa la iniquidad de colmar de bienes á algunos de sus hijos y desheredar al resto. » Muy bien dicho. ¿Porqué pues nos parece insensata la doctrina de los comunistas? — Porque violenta el sentido comun, ó mejor el sentido europeo, basado en hechos é ideas diametralmente opuestos. En Esparta la opinion de Proudhon fué sentido comun, y la contraria absurda y ridícula.

Prueban estos hechos que el sentido comun, local,

variable, apreciacion de cierta época y de ciertos hombres, no puede ser el fundamento de la Opinion, este juicio universal, propio de todos las sociedades que llevan el sello cristiano.

Lo que se llama sentido comun no es otra cosa que la manera de ver y de juzar propia de todos los hombres nacidos dentro de la civilizacion europea. En otro tiempo, cuando la Europa se hallaba dividida en innúmerables comunidades rivales, enemigas, con poco contacto y ninguna simpatía de ideas y sentimientos, el sentido y la conciencia europeos fueron débiles y tuvieron escaso influjo en la sociedad general. Era entónces el criterio un juicio local, aislado, no asistiendo á las inteligencias otro regulador que la doctrina aceptada y circulante, como la sola buena, dentro del territorio de la provincia ó de la nacion. Confundiéronse al fin los diferentes pueblos de la cristiandad: propagó la imprenta las ideas; ensanchárons esas mismas ideas, gracias al renacimiento de las letras, al amor del estudio: la guerra y la conquista, hechas ya en grande escala, no como antes en un estrecho radio, pusieron en contacto, violento sin duda pero precioso y fecundo, á los hijos de distintas regiones: resultando de este contacto el doble bien de disminuir la vanidad nacional y de aumentar la consideracion del extrangero; aprendiéronse las lenguas, imitaron las sociedades sus adelantos y sus costumbres, modas, trajes, fiestas: y de esta amalgama de hombres, de ideas y de cosas, iluminada por

la doctrina cristiana, corregida por la filosofía, nació robusto y poderoso el sentido europeo, la conciencia general, la Opinion.

Tal es el hecho generador de la Opinion. No se ha de buscar su orígen en los juicios del entendimento solitario, ni en los actos de la conciencia individual. No se halla hoy, como en Grecia y Roma, fraccionada en infinitos partidos que defienden ideas fundamentales opuestas: no hay ahora dos opiniones sobre la religion, la moral, el honor, la paz; ó bien sobre la impureza, el asesinato, el suicidio y la esclavitud. En este tiempo no hay opiniones locales, provinciales, nacionales al lado de otras análogas ú opuestas, no ménos considerables y consideradas. La Opinion en la Europa civilizada es un hecho aparte, ántes desconocido, sin precedentes en la historia de la vieja cultura griega y romana.

La Opinion tiene hoy, y no tuvo jamas en la antigüedad, dos caracteres de excelencia y de poder, á saber, la unidad y la moralidad, ambos tan estrechamente ligados que se confunden y es dificultoso reconocer si la unidad produce á la moralidad, ó aquella se deriva de ésta. Consiste la unidad de la Opinion en haber hoy innumerables naciones, así en Europa como en América, donde quiera que haya penetrado la civilizacion cristiana, cuyo criterio intelectual y moral, de costumbres, de leyes, de toda clase, en suma, es idéntico en sus bases y principios generales. Es en verdad un hecho grandioso el de existir hoy habitantes

del polo norte, cuyas ideas y sentimientos tienen un intimo y misterioso comercio con las ideas y sentimientos de los moradores de la extremidad meridional de la América. La unidad de la civilizacion, la Opinion, ha puesto á los unos y á los otros en un contacto frecuente y simpático, aproximándolos si nó en las distancias materiales, en la region de las ideas y de los sentimientos. De manera que en el alma de aquellos hombres hay, en un momento dado, los mismos movimientos, idénticas impresiones; y sin verse ni conocerse, sin darse siquiera cuenta de su existencia, separados por toda la extension de la tierra, aquellos hombres, decimos, semejantes, segun una vieja pero siempre hermosa comparacion, á las semillas invisibles que arrojan las plantas y que van á esparcirse y fecundarse léjos, muy léjos del jardin en que nacieron, se comunican y se unen en el pensamiento y en la conciencia de la humanidad.

Habiendo en la Opinion esta admirable unidad, la moralidad va de suyo y como consecuencia inevitable. Puede una escuela profesar ideas mas ó ménos criminales é insensatas; una pequeña comunidad, tal, por ejemplo, como los Anabaptistas de otro tiempo, los Mormones de hoy, podrá sostener doctrinas y prácticas de mayor ó menor mentira y atrocidad. Pero la opinion universal, la verdadera, la sola legítima y poderosa, ha de ser necesariamente severa y pura. Véase un memorable ejemplo.

El 3 de enero de 1857 un mal clérigo, llamado

Verger, hirió de muerte al arzobispo de Paris, á la sazon que este prelado se hallaba, en lugar sagrado, ejerciendo las funciones de su ministerio. En la noche de ese dia el crímen era conocido, maldecido y deplorado por toda la Europa. Conmovióse el pueblo de dolor y de espanto, y las cortes reales, tan hábiles para acomodarse á las impresiones del público, se revistieron de ceremoniosa pesadumbre: suspendió el emperador de Austria cierta fiesta de palacio, y el rey de Nápoles, que todavía no ha ganado la opinion de tierno y sensible, pareció afligido y como en duelo; la sociedad parisiense misma, perenne espectadora de perennes tragedias, se asombró de verse un momento triste, de luto. Todos los diarios, todos los salones, todas las calles, dejaron oir un clamor unísono de horror y de maldicion. ¿Qué significan estas extraordinarias manifestaciones? ¿No prueban una opinion irresistible, una conciencia pública, independiente, libre, superior á todos los intereses y á todos los partidos? ¿Porqué el protestante inglés gime del asesinato de un prelado católico? ¿porqué el cismático de San-Petersburgo y el luterano de Berlin miran con horror el escándalo de un clérigo católico que empapa sus manos en la sangre de su propio obispo? ¿no era para ambos una satisfaccion de ódio el poder decir á los nécios, á muchos por cierto: «ved lo que son los clérigos católicos, y ved que nosotros, cismáticos y protestantes, nunca damos al mundo tamaños escándalos»?—La Opinion nos explicará el misterio. Ella ha

producido esa alta moralidad, superior á las miserias de secta, á los zelos y envidias de los partidos. La Opinion mira tan solo al sacerdote sacrificado, al hombre puro hecho la victima del furor de un malvado: no piensa ni averigua si es católico, amigo ó enemigo.

Muy otros habrian sido entre los antiguos los juicios y las emociones que produjera el suceso. Causa en verdad pena el ver en las obras de los filósofos y moralistas mas sábios y puros la indiferencia ó tibieza de sus opiniones en materia de moral. No hablamos de ciertos vicios, ahora abominables, que eran cosa trivial y de poca importancia en la mente de Sócrates y de Platon, los mas puros así como los mas grandes genios de la Grecia. El moralista Ciceron nos dice, en la oracion *pro Milone*, que la víctima, Clodio, no valia la pena de llamar la atencion del Foro ni merecia la poca indignacion que su muerte habia producido. El gran cónsul romano consideraba el asesinato como un negocio casi privado, no como la mayor violacion de las leyes naturales y sociales. Tácito, tan severo, tan grave, el solo historiador filósofo de la antigüedad, tiene sin embargo tan poco sentimiento de la moralidad como para demorarse en describir, en cierta parte de sus Anales, las frias y sanguinarias crueldades de los soldados romanos: « derrotados los bárbaros, dice, se refugiaron en lo mas alto de sus encinas, donde nuestros soldados los perseguian y cazaban como á pájaros. » ¡La expresion es tan atroz como pinto-

resca! Prueba una moralidad muy tibia y muy lánguida, puesto que la verdadera moralidad deplora la muerte del enemigo y dispara con dolor, no como entretenimiento, sobre el agresor de la patria. En la Europa actual Ciceron y Tácito habrian escrito de muy distinto modo, y si no sentian de veras á lo ménos, para conformarse á la Opinion afectarian, sentir mayor simpatía hácia las víctimas de la guerra ó del asesinato, mayor horror por el asesino ó por la desenfrenada soldadesca. Ayer no mas hemos visto á republicanos, liberales, aun á los socialistas, á todos los enemigos del Imperio, maldecir en público y, bueno es creerlo, dentro de sus propios corazones, el abominable atentado del 14 de enero. Porqué si para unos, los reyes y su séquito, Napoleon III era inviolable como emperador, para otros era sagrado como hombre. La Opinion, semejante á todo hecho grande, no reconoce categorías ni privilegios, no distingue personas: maldice el crimen y simpatiza con la víctima. El derramamiento injusto de la sangre humana la choca y la indigna, sea esa sangre imperial, sea plebeya.

Ya que hemos visto lo que es la Opinion, trataremos de señalar los elementos que la constituyen, depuran ó manifiestan. En primer lugar está el cristianismo.

Siempre que se inquiere el orígen de un gran progreso ó de un bien precioso, han de volverse los ojos hácia esa fuente pura y fecunda que se llama cristianismo. Mr. de Maistre ha dicho: «cada vez que Bacon sienta una gran verdad, nueva ó profunda,

invoca el auxilio ó el testimonio de la Sagrada Escritura. » Asímismo, cada vez que se encuentra un precioso adelanto en la civilizacion, ha de buscarse su orígen y filiacion en el cristianismo. A primera vista opinion y fé, voz humana y voz divina, autoridad que viene de Dios y autoridad que viene del hombre, son cosas opuestas, contradictorias; las unas antítesis de las otras. No es dificultoso creer que la moral severa, la delicadeza de la conciencia, la humanidad en las leyes, la templanza en las costumbres; no es dificultoso creer, decimos, que esos y tantos otros bienes no ménos valiosos derivan de la doctrina revelada. Pero la Opinion, conciencia meramente humana, juicio apasionado, dudoso, defectible, la Opinion, se exclama: ¿qué tiene que hacer con las doctrinas morales y dogmáticas del cristianismo? Mucho, en efecto; y muy estrecha relacion enlaza esos hechos al parecer rivales y enemigos.

El Cristianismo ha dado á la Opinion los dos caracteres de que no ha mucho hablábamos, la unidad y la alta moralidad. Ligando íntimamente á los pueblos mas apartados, confundiendo en un principio universal, permanente, invariable, las diferencias temporales de intereses ó de pasiones; poniendo á las razas y naciones enemigas bajo una misma ley religiosa, el cristianismo echó las bases de la opinion general, la preparó el terreno y la aseguró su existencia y su poder. Sin el cristianismo es indudable que la Europa moderna seria, en materia de moral y conciencia pública,

semejante á la Europa de la antigüedad, al Asia y Africa de todos los tiempos. Seria un grupo de trozos aislados y solitarios, un mosáico moral é intelectual sin armonia de colores, ni órden, ni conjunto. Habria trozos de territorio, trozos de moralidad, trozos de opinion y si es permitido espresarse así, trozos de inteligencia. El Cristianismo ha puesto en simetría ese confuso cuadro : es el artista no ménos que el filósofo de la humanidad.

Hágase abstraccion del cristianismo y supongamos que un filósofo recorre el mundo, lo examina y lo juzga. Hé aquí el inventario de sus observaciones morales.— « He visto los hombres del Polo : son pobres, ignorantes y viven en cavernas en donde penetra tan poca luz intelectual como luz del sol. He visto despues sociedades en que no se lleva á mal el abandono que de su anciano padre hace el hijo. Allí la opinion permite, tolera, y aun impone esta iniquidad. Ví en seguida otro pueblo célebre por su amor á la libertad y por sus pasiones belicosas. Estas son tan poderosas, que ahogan sentimientos é instintos naturales que yo creia irresistibles, como el amor paternal. En esa nacion el padre da muerte al niño débil y enfermizo, que nunca será soldado ó lo será malo. Entre ambos pueblos habia pues una opinion diferente, puesto que en el uno el hijo exterminaba al padre y en el otro el padre exterminaba al hijo. Recorrí en seguida una sociedad immensa, la mas antigua, la mas vana, acaso tambien la mas desdichada del mundo. Allí el padre

mata asímismo á su hijo, no ya, como los anteriores, porque seria su existencia una carga á la república, sino porque seria un gravámen á su indigente familia. En tal pueblo el corazon paternal parece no tener otra regla y principios de moralidad que la mayor ó menor abundancia del granero. Hallé mas tarde en mi camino muchas pequeñas comunidades en que la guerra es una pasion y un negocio, puesto que el vencedor se hinche de gloria y de dinero, vendiendo á mercaderes de otros paises los hombres ganados en el campo de batalla.» Estos hechos inspirarian naturalmente á nuestro filósofo las siguientes reflexiones: «El hombre es planta local, en todo sujeto, como los vegetales, á las condiciones de clima, de terreno y de cultivo. No hay principios generales, absolutos, no hay humanidad, y solo hay hombres y grupos de hombres llamados naciones. Habia yo creido que en el corazon y en la inteligencia residian ciertos principios invariables de justicia y de criterio. Ahora que he visto tenerse por bueno el exterminio de ancianos y de párvulos, la venta de la carne humana ó sea el comercio de hombres, bien me he convencido de mi error. El corazon, la inteligencia, la religion, la moral, la opinion, son cosas puramente locales, como el hombre mismo.» Pues bien, el filósofo en cuestion es la historia misma, que nos presenta, tal como la hemos bosquejado, no mas no ménos triste, la fisonomía peculiar de los bárbaros, de los espartanos de la antigüedad, de los chinos, indios y africanos, anti-

guos y modernos. ¿Quién ha puesto en armonía opiniones y principios tan contradictorios? ¿Quién ha establecido hoy en la mitad, en la feliz mitad del mundo, un código de leyes uniformes y de alta moralidad? ¿La civilizacion? ¿no fueron civilizados los griegos y los romanos? ¿no lo son en cierto modo los chinos y los indios?—Es preciso reconocerlo y reconocerlo con gratitud y admiracion; el cristianismo es la única fuente de la moralidad universal, y en consecuencia, la inspiradora mas pura de la Opinion.

Y ¡cosa rara! no solo ha fijado el cristianismo los principios que han de gobernar el corazon, sino tambien las leyes que dirigen el entendimiento: es criterio al mismo tiempo que conciencia, lógica no ménos que moral. Tómese un precepto cualquiera, el amor del prógimo, por ejemplo. Estúdiense la naturaleza, índole y resultados de esta ley moral, y se hallará que envuelve innumerables principios de política, de sociedad y de filosofía, es decir, principios de entendimiento y de criterio. En efecto, si consideramos al prógimo como nuestro igual en su alma y en sus sentidos, hermano delante de Dios, lo consideramos en el hecho igual en deberes y prerogativas, ciudadano en presencia de la república, hermano delante la ley. De aquí nace todo un sistema político y social. De aquí la abolicion de la esclavitud, de la servidumbre, de los privilegios; de aquí la participacion del pueblo, mas ó ménos directa, segun su mayor ó menor aptitud, en la cosa pública, el derecho electoral, las garantías

individuales, etc. Corrigen pues las leyes cristianas los errores del ontendimiento tanto como los extravíos del corazon, y cimientan de este modo el poder de la Opinion.

Y ahora que señalamos al cristianismo como la fuente mas pura y fecunda de la Opinion, en el doble sentido de la conciencia y del criterio, nos parece oportuno considerar un error grave, pero acreditado, que puede desnaturalizar el hecho. Hé aquí la forma en que se produce. — « El cristianismo ha previsto todas las situaciones del hombre y de la sociedad : se ha de buscar en él la regla de las acciones y de los juicios, tanto individuales como públicos, así los principios que gobiernan los actos de la vida íntima, ordinaria, como aquellos que regulan las combinaciones de la política y de la moral. » Inmensas son las consecuencias de este error : de él traen su origen las persecuciones, la incredulidad, el ateismo. Porque si unos, los fanáticos, atribuyen al cristianismo todo lo que sucede, otros, los incrédulos, fundándose en el principio establecido por sus enemigos, naturalmente lo hacen responsable de los vicios y males de la sociedad, desde que pasan alrededor y por decirlo así dentro del cristianismo. Los que de esta manera discurren comparan, tal vez sin saberlo, ciertamente sin quererlo, el Evangelio al Coran, código estrecho, local, sin grandeza ni universalidad de miras. El Coran ciñe la vida entera del musulman, sus ideas, sus progresos, sus tendencias políticas tanto como sus acciones íntimas, á un

reglamento fijo é inalterable. A los ojos del sectario de Mahoma lo que no está previsto en el Coran ó no existe ó es malo: de tal suerte que si un vapor cruza las aguas del Bósforo ó altera una locomatora el silencio de Baalbec y de Seleucia, el musulman, despues de buscar en vano un capítulo de su libro sagrado referente á vapores y locomotoras, novedades muy posteriores á la Egira, maldice ambas preciosas máquinas como una invencion presuntuosa. Para los sectarios de Mahoma hay muchos progresos y bienes ilegales, heterodojos, dignos de severo castigo. Su libro religioso ha viciado de tal modo su criterio, que cada mahometano ha de emitir, en materia de adelantos no previstos en el Coran, el juicio del califa Omar sobre la biblioteca de Alejandría: «si estos libros defienden el Coran, son inútiles; si lo atacan, perniciosos: preciso es quemarlos.» ¡Y así consideran los musulmanes la imprenta, el telégrafo, el vapor!

Asimilan el Evangelio al Coran los fanáticos que imaginan ver en aquella doctrina admirable, la *Magna Charta* de la humanidad, un mero reglamento de vulgares y estrechos preceptos. No hablaba el cristianismo de imprenta ni de investigaciones científicas; no determinaba la forma del mundo ni el curso de los planetas; habíase dicho en el Viejo Testamento, y dicho, á no dudarlo, en sentido figurado, que Dios habia parado el sol: pues bien, exclaman los fanáticos, la ciencia es inútil, innecesarios los descubrimientos; el sol anda y la tierra se está queda. ¡Ab-

surdo digno de mahometanos! El cristianismo no trató ni debió tratar de semejantes cuestiones. No vino Dios al mundo á escribir una enciclopedia, ni á dar á los hombres lecciones de astronomía ni de mecánica. Vino á redimirlos del error y del pecado, y á señalar los principios generales, absolutos, que han de gobernar su conciencia y su razon. Dejó libres los espíritus y dueños de campear en las mas altas regiones de la ciencia. Sometió las almas á unas pocas pero sublimes reglas de moral, universales, permanentes, propias de todos los tiempos y de todos los paises. Impuso á su Vicario el deber de respetar y propagar ese breve código, permitiéndole cambiar, segun las situaciones y los tiempos, y segun los cálculos de la prudencia humana, las formas y condiciones subalternas de la doctrina revelada.

Así, en el ejemplo propuesto, ¿cuál es la mente del axioma cristiano: amar al prógimo como á sí mismo? — Esta sola. El mundo carecia de un principio fijo y puro de caridad: los intereses, las pasiones, las mezquinas conveniencias individuales y nacionales habian hecho del hombre, el rey de la creacion, una máquina viva de explotacion, semejante á los campos y á los animales. Se le mataba si viejo é inútil, se le ahogaba en la cuna si no prometia vigor, se le vendia como una bestia de carga, á veces se le comia. El Evangelio corrigió tan atroces errores, y dijo: el hombre no es comestible, ni efecto de comercio, ni mera máquina de guerra: el hombre está hecho para el hombre;

todos son iguales, hermanos, todos han de amarse y respetarse. Tal es la doctrina de Jesucristo y tal es la Opinion universal. Ahora, ¿han de vivir los hombres bajo esta ó aquella forma de gobierno? ¿han de protegerse por medio de una caridad individual y tierna, ó bien organizando recursos colectivos, sociedades de beneficencia? En estas cuestiones no se ingiere ni el cristianismo ni la Opinion universal. Bien puede decir el americano: « no hay mas que una forma justa y racional, la república democrática, » y contestarle el europeo: « la monarquia es el mejor de los gobiernos. » Bien pueden españoles, franceses é italianos, hombres de fuego, sensibles, de índole poética y generosa, exclamar: « la sola caridad digna y preciosa es la caridad individual, aquella que da un consuelo al mismo tiempo que un socorro, aquella que vierte una lágrima de compasion al mismo tiempo que derrama un bálsamo saludable sobre las heridas. » é ingleses y alemanes responder: « el mejor sistema de proteccion es el colectivo; ménos oneroso, ménos incierto, maz eficaz. » Ninguno de estos juicios contradice el principio cristiano: ambos son locales en la forma, peculiares de los hombres que los emiten, propios de su naturaleza física y social, de sus leyes y de su condicion política. Uno y otro se derivan sin embargo de la misma fuente, el principio cristiano.

Querer confundir los principios absolutos y elevados del cristianismo con las ideas locales ó temporales, estrechas, limitadas, variables, es lo mismo que

hacerle un agravio inferior tan solo al agravio de desconocerlo y renagarlo. Los escépticos maldicen y los fanáticos envilecen, si fuese posible envilecer, la grande y noble doctrina cristiana. « Son impios para con los dioses, dice Platon, aquellos que niegan su existencia y aquellos que los hacen intervenir en sus cálculos y miserias personales. » Y si Platon se expresa así respecto de los dioses del paganismo, dioses intrusos, caseros, camaradas de placer mas que modelos de virtud: ¡con cuánto respeto no ha de mirarse al Hombre Dios del Gólgota y del Evangelio!

Reconocida la doctrina cristiana como la fuente mas pura de la Opinion, causa de su universalidad y alta moralidad, se hace inevitable examinar otro error, no ya de fanático sino de incrédulo. Si la revelacion, dicen los escépticos, ha dado al mismo tiempo conciencia y criterio á los hombres, ¿cómo se explican los errores absurdos, los atroces abusos de la edad media? ¿porqué la Opinion, si es contemporánea de los apóstoles, no ha llegado á consolidarse sino de poco tiempo á esta parte, 17 ó 18 siglos despues de Jesucristo? — Luego la Opinion y sus consecuencias, la moralidad, el criterio, son resultados únicos de la difusion de las luces, del progreso de las ideas, de ese conjunto de bienes que se ha convenido en llamar civilizacion.—

Este argumento, al parecer grave y sin respuesta, prueba únicamente lo que acabamos de demostrar, á saber: que el cristianismo ha dado al hombre nociones generales y absolutas de moralidad y de criterio, nó

un código minucioso de reglas. La revelacion ha hecho con las sociedades lo que un sábio profesor con sus discípulos: formular los problemas y dar su solucion sin explicarla. Toca al estudioso buscar el camino de la verdad que ya sabe, demostrarla, analizar los procedimientos que conducen á esta demostracion. Véase un ejemplo: El Evangelio estableció este problema, ¿hay ó no hay un Dios? — Y luego lo resolvió asi: hay Dios, uno solo, trino y uno, sabio, justo, bueno; el creador del universo y el padre de los hombres. Tal es la verdad evangélica. Basado en este principio el entendimiento humano, ansioso de descubrir la demostracion de la verdad, indaga las pruebas naturales, íntimas ó bien metafísicas de la existencia de Dios. Las busca en el órden armonioso del universo, en las leyes que gobiernan la sociedad, en las agitaciones y pensamientos secretos del alma. Inquiere los medios de tributar un culto digno y grandioso al Ser que ya sabemos existente, único y perfecto. Así, si el progreso de las ideas y de las ciencias alcanza á formular mejor nuestra primitiva nocion, la simplifica y demuestra, no por eso la cambia radicalmente. La mas vasta inteligencia y la mas humilde poseen el precioso secreto. El bien supremo de la revelacion está en haber creado una ciencia popular y á la vez profunda, diseminando así entre todos los hombres, grandes ó pequeños, sábios ó ignorantes, las verdades que ilustran el entendimiento ó consuelan y guian el corazon. En efecto, ¿qué diferencia funda-

mental existe entre el culto de San Pedro y el de una pobre capilla de campaña? ¿qué distancia separa á una Santa Teresa de un obrero humilde cuando uno y otro dirigen sus almas al cielo? En la capilla campestre tanto como en el admirable monumento de Miguel Angel, se rinde culto al Dios único, bueno y justo; la grande alma de Teresa así como el espíritu limitado del obrero creen en el mismo principio. Ambos conocen el problema y su resolucion, y la ventaja del sabio está solamente en darse cuenta de su fé, placer sin duda muy grande y muy noble, pero no una condicion necesaria á la felicidad terrestre ni á la celestial. El ejemplo de la existencia de Dios nos da la medida de todos los problemas cristianos. La civilizacion no ha hecho sino demostrarlos, ponerlos de bulto y como persuadirlos á las inteligencias: la verdad primordial estaba hallada.

Habiendo señalado los elementos de la Opinion, los que la forman, depuran y dan una base á su criterio y á su moralidad, conviene entrar en el exámen de las formas en que se produce. Entre los antiguos, la conciencia y el juicio público aparecian vagos é indecisos en el susurro de las plazas, de las calles, del anfiteatro, ó bien se encarnaban á veces en la palabra del orador y del tribuno, en las manifestaciones sediciosas de un campamento ó en la escasa publicidad de una literatura manuscrita. Entre los modernos, son órganos de la Opinion, el diario, la tribuna, la cátedra, el púlpito; todos los lugares en que se hace oir la pala-

bra, lugares á que la imprenta dá, por medio de sus lenguas de fuego, una publicidad universal, un eco de incesante y sonora repercusion. La publicidad, servida por la prensa, es hoy la vida, la existencia misma de la Opinion.

La publicidad es á la Opinion lo que la luz á los colores: la muestra, la pone de relieve y hace resaltar su fuerza y sus matices.

La imprenta no es publicidad: hace cuatro siglos que la imprenta existe, miéntras que la publicidad, nacida ayer, yace hoy todavía envuelta en las mantillas de la infancia.

La imprenta ha tenido tres épocas sucesivas, lógicas. Al principio, tímida y rezelosa, n hizo sinó ocuparse del pasado, de los hombres y de las cosas sepultados bajo la losa de los siglos. Publicó entónces los libros de la antigüedad sagrada y profana, la Biblia y los clásicos, los Santos Padres y los filósofos, libros unos que contenian verdades vivas, propias de todas las épocas; pero los otros, casi todos, libros que revelaban pasiones heladas, reducidas á cenizas por el tiempo. Más tarde, cuando hubo ya cobrado alientos, la imprenta dió á luz el pensamiento del sabio contemporáneo, del controversista, del literato. Hizo entónces libros vivos, pero no se atrevió á hacer libros actuales, apropiados á las cosas y á los hombres del dia. Pudo la imprenta ser histórica ó ideal, le fué lícito hablar del pasado, juzgarlo, condenarlo, si á bien lo tenia; ó lanzarse al porvenir campeando á su arbitrio ideas, esperanzas,

ilusiones. Al fin, la imprenta, enardecida por el éxito, estimulada por la Opinion, se ha abierto camino, á pesar de innumerables estorbos que á su carrera han opuesto los gobiernos; y lanzádose al terreno de la existencia actual, de la vida social del dia, de la hora, del minuto. Tal es la historia de la prensa. Tiene tres períodos, á saber, la erudicion, la controversia, la Opinion, que se reflejan en tres formas, á saber, el libro, el folleto, el diario: el primero especie de mnemónica del pasado, el segundo instrumento de la ciencia contemporánea, el tercero mera máquina de divulgacion en servicio de la idea y del interés del momento.

La imprenta se halla necesariamente en alguno de estos períodos de su progreso en cada cual de las naciones de Europa. En todo el continente, salvo solo excepciones de poca importancia, la prensa ha saltado solo dos de las tres escalas de su carrera : en Inglaterra ha llegado á su término. Hoy existe la prensa literaria y científica, la de libros y folletos, en todos los pueblos del Continente ; y la prensa de la Opinion, la popular, la del diario, en el pueblo inglés. Donde el derecho de imprimir, la publicidad, es una prerogativa del estado, ó bien un derecho individual sujeto á prévia aprobacion ó censura, la imprenta existe pero no existe la publicidad. Allí la Opinion se mantiene de rumores y de conjeturas, y lo que sale de una boca tiene mayor garantía de verdad que lo que dimana de un diario. La prensa libre es la condicion necesaria de la prensa verídica.

Donde la prensa es libre suele haber el peligro de que la mentira parezca verdad: donde la prensa es esclava hay siempre el peligro opuesto, y tanto mas grave, de que la verdad parezca mentira.

La Bruyère ha dicho: una boca siempre ofensiva no ofende: ¿porqué no se ha de decir asimismo: una boca siempre laudatoria nunca alaba?

No se crea mucho en el axioma árabe: la palabra es plata, oro el silencio. Este proverbio acusa á la distancia su orígen asiático. En Asia el silencio es el oro de que se fabrica la estatua del absolutismo. Pero en Europa, en la civilizacion cristiana, fruto de la discusion, de la inteligencia, del estudio, la palabra es el metal precioso de que se elabora todo lo grande y lo bello, la libertad, el saber, el convencimiento.

Se ha discutido, y aun se discute hoy dia, sobre la libertad de la prensa, porque se olvida ó se ignora una verdad fundamental, á saber, que la publicidad no es, como algunos imaginan, una institucion local que puede ó no plantearse, sino una consecuencia de la civilizacion, uno de los elementos de la sociedad moderna. Es preciso que haya Opinion y una forma que la encarne y la refleje. Entre los pueblos antiguos mas cultos, las repúblicas de Grecia, Roma, la publicidad fué oral, porque, prescindiendo de la extrema dificultad que entónces habia de hacerla escrita, la poblacion era muy limitada ó si, como en Roma, la habia vastísima, limitado era al ménos el número de los ciudadanos que intervenian en la cosa pública. Tan luego

como se tenia una noticia importante ó que tomaba el gobierno una resolucion trascendental, los magistrados daban cuenta al pueblo, en el Foro ó en las plazas, de lo que sucedia ó se decidia.

Hoy son muy grandes las naciones, innumerables las ciudades, universal la intervencion en la cosa pública; hoy influye mas ó ménos directamente en el gobierno todo miembro de la comunidad; hoy no hay ilotas, esclavos, párias de ninguna especie ó denominacion: ¿cómo sofocar la necesidad tan natural, tan justa, tan imperiosa, de saber lo que acontece en la república? ¿ni cómo satisfacer esa necesidad si se ahoga á la prensa? La voz de Ciceron que era escuchada por los ciudadanos de Roma, el trueno de Demóstenes que resonaba en toda Aténas, no tendrian eco ahora mas allá del recinto de un parlamento y apénas alcanzarian á ser oidos por el séquito de un rey. En los tiempos actuales la ciudad es vastísima, no hablamos de la ciudad material, pues Roma fué mas populosa que Paris, tan grande como Lóndres, sinó de la ciudad moral, hoy compuesta en su totalidad de hombres que tienen persona civil; de la ciudad política, hoy poblada de verdaderos ciudadanos activos, zelosos, todos miembros mas ó ménos influentes de la comunidad, todos autores de la Opinion. En Roma un patricio representaba á su familia entera, es decir, algunos parientes y millares de esclavos: en Paris y en Lóndres, en la ciudad moderna, un hombre, cualquiera que sea su elevacion, no absorbe la per-

sonalidad de su hijo, de su cliente, de su servidor.

Sin saberlo, tal vez sin quererlo, los gobiernos absolutos de Europa, cediendo sin duda á una necesidad irresistible de la sociedad moderna, facilitan y aun protegen la instruccion del pueblo sin apercibirse de que se ligan las manos para poner trabas á la prensa libre, á la publicidad. Quien enseña á leer otorga de antemano el derecho de leer, y su consecuencia inevitable, el derecho de publicar. El gobierno que funda universidades, academias, escuelas; que favorece la difusion de las luces con su autoridad y sus tesoros; el gobierno que impone, como muchos de Europa, al padre el deber de enviar su hijo al aula, señalando premio á la instruccion, severo castigo á la ignorancia: ese gobierno no puede, si se muestra racional y lógico, aborrecer la publicidad ni poner trabas á la prensa. Si hay individuos que prenden su lámpara para dormir, no hay sociedad que crea la luz para cerrar los ojos.

No es dable negar que la autoridad, tutora legítima del pueblo, tiene el derecho y aun el deber de examinar la índole y tendencias de la instruccion que se difunde en la comunidad. Pero no es ni justo ni conveniente que el gobierno sea el solo maestro, el único dispensador de la ciencia. Todo monopolio es odioso, el de la luz es impío. El soberano que se apodera del saber universal, fruto caro y penoso de innumerables generaciones, recompensa preciosa que Dios dá á la mas noble de las industrias, la de la inteligencia, comete un abuso y una usurpacion mayores y mas cul-

pables que si arrebatara, para distribuirlos segun su capricho, los rayos del sol. En defecto de esta luz material se crea otra luz artificial: la falta de la luz intelectual no se compensa ni se suple: el despojado queda en tinieblas.

Los gobiernos modernos que se han atribuido el derecho de enseñar y publicar, han superado y dejado muy atrás las peores tradiciones de la tiranía antigua. Roma tuvo censores, no tuvo maestros. Hizo á sus emperadores sumos sacerdotes, generalísimos, legisladores, amos: no los hizo pedagogos universales. Convertir al gobierno en maestro equivale á desvirtuar y trastornar su naturaleza, su mision: el gobierno tiene mucho que aprender de la nacion, nada que enseñarle. ¡Grande es su gloria, inmenso su poder, cuando alcanza á conocer los instintos del pueblo, embeber su ilustracion, reflejar su conciencia y su criterio!

Hay en Europa un gobierno que ha emprendido la tarea imposible de enseñar al pueblo así como, asistiéndole mejor suerte, se ha propuesto gobernarlo, administrarlo y tenerlo bajo rigurosa tutela política. Ha fundado innumerables establecimientos de estudio, Instituto, academias, liceos, escuelas, vastos emporios de saber que derraman sobre la sociedad entera una amplia y buena luz. Parece que este gobierno tiene en la mano una enciclopedia que explica con inteligencia y zelo. Su profesorado lo abraza todo. Enseña al hijo frívolo de la familia rica los conocimientos y artes elegantes, bella literatura, manejo de armas, mú-

sica, gimnástica, equitacion. Al aspirante de profesion científica, abogado, médico, ingeniero, etc., le da aquella instruccion que puede enriquecerlo y hacerlo sábio. Toma al artista su mano y lo amaestra en el manejo de la paleta, del cincel, del buril. Ofrece al artesano taller y libro, ejemplo y teoría. Al pueblo, que trabaja con sus músculos y gana, como las bestias, su pan á expensas de sus espaldas, al pueblo mismo le enseña á conversar con los ojos y hablar con una pluma, ensanchando así y perfeccionando su vista y su palabra. Todo esto es sin duda noble y precioso, y el gobierno de que hablamos puede con justicia enorgullecerse de su empeño y de su laudable intencion. ¿En dónde, pues, está su falta ó su error?—En no haber comprendido el valor de la publicidad, de la prensa libre, el mejor maestro de los pueblos modernos.

Ese gobierno ha fabricado una publicidad que no publica, apócrifa, banal, mentirosa, y una prensa análoga, no ménos artificial, no mas creida ni respetada. Ha distribuido el saber, así como el territorio, en departamentos creando para cada cual un Monitor, es decir, un maestro oficial, pedagogo de casaca y bordados, sacerdote que nadie venera, profesor que nadie escucha. Imagina aquel gobierno que la publicidad, para fecundar á la Opinion, depurarla, dirigirla con tino y fruto, ha de venir de arriba como el rocío ha de bajar del cielo para rejuvenecer y desarrollar las plantas. Este es un error, vanidoso error. Desde luego el cielo y los gobiernos son entidades fuera de parale-

lo... La publicidad ha de elaborarse en las entrañas de la sociedad, en el corazon del pueblo : solo allí puede formarse robusta y poderosa. Ningun gobierno alcanzará jamás á crear una idea, hacer surgir una costumbre, ni siquiera una moda : esto corresponde á la potencia iniciadora, al solo pueblo.

La prensa de Monitor no es prensa, la publicidad oficial no es publicidad. Tiene la Francia un Monitor del estado y sin embargo ignora lo que pasa en la política, la administracion y la diplomacia, y se vé forzada á mendigar del diario extranjero una noticia, un mero rumor; un Monitor del ejército y no sabe el pueblo la situacion próspera ó desdichada de las legiones de Crimea ; un Monitor de la marina, que tampoco marca el rumbo cierto de las naves públicas; un Monitor de artes que nada inventa ni corrige ; un Monitor parlamentario, al parecer creado para ocultar lo que se dice en las asambleas ; Monitores, en fin, agrícolas, comerciales, fabricantes, etc., no mas respetables ni respetados. La Francia tiene Monitores de todo linaje ; especie de aduanas del pensamiento, cuarteles de las ciencias, en donde se las trata como á soldados señalándoles puesto, horas, racion de pan y tambien marcándoles el castigo á que se exponen si desobedecen á la consigna del amo.

La publicidad y la prensa, su órgano, han de ser necesariamente libres, aun á riesgo de que se muestren licenciosas. No son las cadenas, ni los suplicios, ni la mordaza, instrumentos de penas materiales, los

que han de castigar ó corregir sus abusos. Es preciso buscar en el espíritu la pena del espíritu que delinque. Cuando el ángel soberbio se rebeló contra su Creador, castigólo el cielo, no como dice figuradamente la leyenda, con el fuego de la materia, sinó con la soberbia misma, fuego del alma que abrasa y consume. En la licencia está la sancion de la licencia.

Siendo la publicidad una condicion social, la vida misma del pueblo, ni no se manifiesta por medio de la prensa, su conducto natural y legítimo, pide al rumor sus lenguas invisibles, malignas, corruptoras. El rumor es á la política lo que el chisme á la vida ordinaria. ¿Cómo hacer que una comunidad inteligente, apasionada, participe mas ó ménos inmediata del poder, se resigne á morar en tinieblas, á ignorar las palpitaciones de su propio corazon? ¿Es racional, es sensato exigir del hombre una abnegacion, pudiéramos decir, una abyeccion semejante? Si se le dá á manos llenas la instruccion política, literaria, científica, de toda clase; si se le demandan impuestos onerosísimos, cobrados á nombre de la patria, de la gloria nacional; si se le concede, á lo ménos en principio, el derecho de soberanía y se le reconoce como fuente de la autoridad, de la ley; si se le borran las marcas de su antigua servidumbre: ¿es posible negarle la publicidad, que es la consecuencia de todas las reformas y progresos? No, ciertamente. El gobierno que tal abyeccion reclama, no es sensato, no conoce su propio interés. Por el hecho de prohibir la publicidad

legítima, la prensa libre, da fuerzas, protege, justifica la publicidad ilegítima, el rumor, el susurro de la calle, de la plaza, del salon. En lugar de un diario que hable con franqueza mostrando, por decirlo así, su mano y su rostro, surgirá una voz maligna, misteriosa, que sale de una sentina, corre y vuela creciendo á cada salto en maldad y en mentira. Donde hay prensa libre no hay ni es posible que haya conjetura maliciosa, calumnia anónima, mentira impalpable. ¿Quién creeria en Inglaterra al insensato que diiese: la reina es una Mesalina, lord Derby vende su pais al extrangero, tal otro ministro se enriquece á expensas del Estado? Al hombre mas limitado se le ocurriria exclamar: no es cierto: los diarios ingleses no lo han dicho y los diarios ingleses pueden revelarlo todo. La razon es concluyente. No circula el diario tamañas calumnias porque se desacredita y se pierde: si la voz de la sentina queda impune, la voz del diario, que parte de una boca conocida y responsable, recibe en el acto un severo castigo. Hay tribunales, opinion, hay sobre todo — nótese bien — otros diarios que piden cuenta al calumniador y le cortan la lengua.

A fin de evitar los efectos perniciosos del rumor, cierto gobierno de Europa, por lo demás muy hábil y muy glorioso, ha caido en el error deplorable de impedirlo por medio de duras leyes penales. ¡Empresa ilusoria y odiosa! Si hay fuerza capaz de contener la pluma, no hay poder que alcance á domar la

lengua. Lo que Tácito dice de Tiberio y de su sombría política es aplicable á todos los soberanos y á todos los tiempos : la tiranía es un círculo vicioso que se ensancha á cada acto de coaccion. Para acabar con el rumor seria preciso cortar las lenguas, mas todavía, cortar las cabezas. ¡ Puede un mudo maldecir ! ¡ puede espiar un ciego ! La censura, privada de su órgano natural, la boca, pedirá al ojo su expresiva malicia, á la frente su severo y adusto lenguaje. ¿ Será pues necesario mutilar á los hombres trozo por trozo para dar á los gobiernos el gusto de reinar en silencio ? — Ni esto bastaria : Tiberio, viendo el continente desaprobador aunque callado del hombre de bien diria, segun las palabras de Tácito, ¡ese mutismo es conspirador !

Todos los dias se vé en Francia un nuevo y mas elocuente ejemplo de la mala índole del rumor. Hablan las bocas tanto como calla la prensa, hablan todavía mas y peor. No hay calumnia baja que no circule por sobre la cabeza de la policía, no hay cuento absurdo que no halle camino al través de las bayonetas imperiales. ¡ Qué no se ha dicho en deshonra de la bella y bondadosa muger sentada ahora en el trono de las reinas de Francia ! ¡ Qué de planes, de propósitos, ó mejor, de despropósitos mas ó ménos insensatos no se han atribuido á la cabeza tan firme y tan poderosa que ciñe la gloriosa corona de Napoleon ! En vano el *Monitor* afirma : «no es cierto.» El pueblo por su parte exclama : « el rumor quizá es falso, pero el *Monitor*

es sin duda mentiroso.» En tiempo de la guerra de Crimea, cuando la Francia y la Europa parecian tener pegado su oido al alambre eléctrico que comunicaba con Sebastopol, cada dia, á cada hora, se sonrugia en Paris la nueva de un desastre, de una inmensa desgracia. El *Monitor* afirmaba: «las últimas noticias son excelentes;» pero el rumor, tan hábil como maligno, contestaba: «deben de ser muy malas cuando el *Monitor* se empeña en tranquilizar al pueblo.» Exasperado al fin el gobierno, se lanzó en la via funesta de la tiranía, dictó leyes contra la palabra mal hablada, el suceso mal contado, la noticia apócrifa, la mentira descubierta. ¡Providencias tan ineficaces como inquisitoriales! Recayeron tan solamente sobre los hombres simples y de buena fé, meras máquinas al servicio del enemigo encubierto. Contra el rumor no hay sino un remedio, la publicidad, así como contra la calumnia no hay mas que un correctivo, la verdad. El rumor es una tiniebla maligna que la luz, así como se muestra, disipa y confunde.

Bien que la prensa libre es una condicion de la sociedad moderna, cualesquiera que sean las formas de su organizacion, no es posible desconocer que su existencia es tan fácil y próspera en los países democráticos, republicanos y constitucionales como agitada y tormentosa en las naciones de gobierno despótico. En aquellos, la prensa asemeja á un raudal que corre magestuoso y contenido dentro de su propio cauce: en éstos, es un torrente que se desborda, inunda y suele devastar.

Pierden los absolutistas su tiempo y sus veladas cuando tratan de construir un lecho artificial para encerrar y como aprisionnar esa torrentosa y formidable corriente. Hay en la sociedad así como en la naturaleza muchos elementos que es de todo punto imposible dominar y someter á reglas. La lluvia, el aire, el fuego eléctrico de la atmósfera, no son mas difíciles de regularizar que el crédito, el trabajo, la Opinion y otros elementos independientes del mundo social. Se les ha de dejar libres, sujetos tan solo á las leyes de armonía que les impuso la Providencia, á las leyes de necesidad y de conveniencia á que los han arreglado los hombres. Loco es el socialista que pretende encerrar la industria universal dentro de las cuatro paredes de una fábrica, y tambien poco cuerdo es el gobierno que aspira á encarcelar la Opinion, la prensa libre, dentro de un estrecho círculo de principios y de preceptos.

Véase, por ejemplo, el jurado. ¿Qué eficacia puede ofrecer un tribunal de Opinion erigido para castigar delitos de Opinion? ¿Cabe criterio imparcial, justo, de buena fé, en una asamblea de jueces formada de entre los culpables? ¿es sensato llamar á los déspotas para sentenciar al despotismo? ¿es prudente citar al bandido delante de una corte de bandidos? Quítese la aspereza del ejemplo, y se tendrá la completa exactitud de la semejanza. Es poco cuerdo el exigir de los hombres un criterio abstracto, independiente de su existencia, de completa abnegacion, á fin de corregir

y condenar pasiones y causas que les son propias. No es pues de extrañar que el jurado sea, en materia política, un Pilatos sin conciencia ni remordimiento, Pilatos que ni siquiera tiene el pudor de labarse las manos, sino que por el contrario se enorgullece de sus injusticias y complicidad. O el jurado es de oposicion ó de gobierno: si opositor, mandará á las gemonias al acusado contrario, absolviendo y aplaudiendo al amigo; si del gobierno, será capáz de condenar, como Pilatos, al Salvador mismo si hay en su contra la sola presuncion de opositor. Tal es el jurado en los paises libres. Su existencia es un puro homenaje tributado á principios ideales, y si no se le suprime es por no quitar este amparo al ofendido en su foro privado, por no dar nuevos estímulos á la calumnia de sociedad, de la vida ordinaria. En las naciones de la raza anglo-sajona, cuya existencia es un movimiento incesante de pasiones y de intereses, el jurado político es una institucion teórica, supérflua. Un juicio es un acontecimiento raro.

Si en los paises libres el jurado es inútil, ¿podrá decirse lo mismo de los países despóticos? No, sin duda. Allí el jurado es pernicioso: es un escándalo permanente, un insulto que la ley y la autoridad permiten que se infiera á la ley y á la autoridad. El gran vicio del régimen absoluto está en que el pueblo, la Opinion, la prensa, la sociedad entera en todas sus clases y manifestaciones, se considera y se conduce como la enemiga de la autoridad. Y esto es lógico. Cuando la fuerza

reside en el solo gobierno, la malicia; el engaño, las malas artes, recursos propios del débil, han de hallarse de parte del pueblo. El uno trata siempre de imponer, el otro procura siempre eludir: aquel tiene en la boca una palabra de órden, éste deja oir palabras de mentira. Los gobiernos sostenidos por la fuerza no tienen derecho á invocar la justicia pública ni á buscar el amparo de la conciencia nacional: inútil es que acudan á la honradez, al sentimiento del bien. El pueblo condena lo que no ama, sea ó no justa su pasion. Si el gobernante impopular le pide en el jurado el castigo del calumniador, el pueblo declarará, ménos por salvar al delincuente que por mortificar al acusador, la absolucion y la inocencia del que llamará víctima del poder. Y esto sucede aun en los paises libres, cada vez que el ministerio, olvidando su orígen y los principios de su elevacion, aspira á mantenerse contra la opinion pública. En vano parlamento y gobierno condenan á Wilkes: el gran panfletero inglés es absuelto por el jurado, aclamado por el pueblo, que arrastra su coche ó le alza en sus hombros. En vano acusaba el fiscal de la corona á los enemigos de Cárlos X y de Luis Felipe invocando la justicia pública contra panfleteros que habian ultrajado al rey y al hombre, su honor, su probidad, su intencion misma: el jurado se mostraba siempre inícuo para mantenerse siempre popular. El gobierno era mal querido y un gobierno mal querido se asemeja en esto al despótico, que nunca tiene razon porque nunca le falta la fuerza.

El que reclame la justicia de los hombres, sea particular ó rey, se ha de presentar solicitante y desarmado. Si el absolutismo entra al tribunal con su espada al cinto, el absolutismo no hallará jamás razon ni justicia!

Es de maravillarse que los estadistas de los reyes despóticos no alcancen á penetrar la índole del corazon humano, tan transparente, tan clara y visible. No se hacen cargo del instinto de la contradiccion, uno de los mas poderosos, y exclaman asombrados: «¿Qué hacer con la prensa? Si no hay medio de evitar sus calumnias; si las intenciones mas puras, los actos mas honestos son por ella desfigurados y puestos bajo una luz de pasion y de mentira; si el tribunal establecido para corregirla se pone de su parte, se hace cómplice y cubre con su manto de púrpura la iniquidad popular, es decir, la injusticia de la mayoría; si el gobierno mas sensato, honrado y zeloso invoca en vano la conciencia nacional: ¿de qué medios valerse para resistir á los embates de un enemigo implacable, siempre activo y siempre impune?» —Uno solo, la publicidad, la libertad de la prensa. La Opinion no puede ménos de ser partidaria de lo racional y de lo justo. Pero es preciso confiar en ella, hacerla ver, por sábias y oportunas providencias, que el bienestar del pueblo, su órden, su moralidad, su progreso dependen de su propia conducta: conviene sobre todo separar de su espíritu la idea funesta de que la autoridad es su enemiga, su tirano. Allí está toda la ciencia política, allí estriba

secreto de la prensa libre. No de otro modo se ha resuelto el problema en las dos naciones libres del mundo, Inglaterra y Estados-Unidos. En estos venturosos paises el ciudadano se considera solidario de la ley, parte integrante de la autoridad: presta su socorro al gobierno cada vez que lo requiere; da su brazo y su voz á la ley cuando la ley se vé solitaria y desarmada. Si un malvado delinque en la calle ó plaza pública, todo vecino se convierte en su enemigo natural, lo delata, lo aprehende, ayuda á ponerle una cadena. En los paises libres no es deshonroso ser gendarme, sino que por el contrario es bueno y honesto convertirse en agente del derecho, de la ley y del órden. Si el diario maldice y calumnia, la Opinion, que considera su obra y su bien la moralidad pública, condena y castiga al diario delincuente. En Inglaterra y Estados-Unidos no se cree, como en el resto del mundo, que el gobierno es el solo protector de la ley, el único guardian de la religion, de la propiedad, de todos los bienes sociales é individuales: sábese allí que la nacion es su propia providencia, su mejor tutora y como á tal le corresponde velar con zelo sobre su bienestar y sus derechos. La publicidad y la prensa son los ecos imperiosos de la voluntad y de la justicia nacionales.

Los absolutistas exclaman: ¡cómo ha de haber gobierno moderado y bueno con prensa libre! Y ¿por qué no decir: cómo ha de haber prensa sensata y útil con gobierno despótico?—Ambos son males que coexisten y se suceden. Si la opinion es dura, licenciosa,

calumniadora, ¿será por la perversidad de su naturaleza ó porque se encuentra descontenta y maltratada? ¿es racional exigir de la nacion que se asimile á la manera de ser y de pensar de su gobierno? ¿qué es el gobierno sino el reflejo ordenado y artístico de la nacion misma? Si la Opinion y la autoridad no caben dentro de un círculo y es fuerza que alguna de ellas excluya á la otra: será preciso expeler á la Opinion? Si la llave no viene á la puerta ¿se habrá de destruir la puerta ó remodelar la llave? Si el traje es mas estrecho que el cuerpo ¿será menester mutilar el cuerpo ó ensanchar el traje? Si el gobierno, en una palabra, se halla en colision con la sociedad entera ¿no es sensato, justo y necesario que el gobierno se reforme y procure asimilarse al todo que representa y le da existencia? No hay razon en los gobiernos que se lamentan de la publicidad y de la Opinion: es lo mismo que declarar su incompetencia y su inhabilidad.

Si se juzga á la prensa sin pasion y por lo que la prensa vale, poniendo á un lado los intereses de partido, se hallará que, á cambio de vicios propios de toda institucion, mayormente excusables en una institucion destinada à reflejar el sentimiento y la idea del momento, sentimiento que puede ser injusto, idea que puede surgir sin reflexion, se hallará, decimos, que ha producido infinitos bienes en favor del mundo intelectual y moral. Propaga, es cierto, muchos despropósitos, suele mentir, á veces desfigura el hecho, lo supone, lo oculta: mas ¿quién podrá negar su veracidad y su sensatez en

general? ¿hay algo de mas positivo, oportuno y racional que la instruccion difundida por la prensa? El diario parece haber sido creado para corregir la vaguedad del libro, dar actualidad al pensamiento del escritor solitario, hacer palpable, clara y útil la idea concebida mas arriba. Los filósofos, apartados del mundo, de ordinario indiferentes á los hechos de la vida real; ocupados de elaborar en el silencio del gabinete las ideas mas ó ménos elevadas y tambien mas ó ménos ilusorias de su noble inteligencia; los filósofos, cuya alma se complace en mecerse en las regiones del porvenir y es contrariada y disgustada por los negocios del dia, podrán sin duda producir admirables sistemas, pero son inhábiles á dar al pueblo un alimento intelectual sano, oportuno, apropiado á su limitada mente. Esta mision corresponde á otro que al filósofo.

Hay en la sociedad moderna un hombre que consagra su vida y su talento á un trabajo que no tiene siquiera los honores de profesion. Consiste su tarea en estudiar con pasion, zelo é inteligencia el estado de la sociedad en todas sus manifestaciones, apoderarse de la ciencia pública, empaparse de la sávia nacional, para devolverla despues á la nacion misma. Este hombre consiente en torturar su corazon y su pensamiento, destrozarlos y distribuirlos al público, y cada dia, en porciones infinitesimáles. Ni puede escribir un libro, ni madurar un sistema; no le es lícito aspirar á la gloria, ni siquiera tiene ocasion ni tiempo de aspirar á la fortuna vulgar. Vé que su pensamiento, la mas noble

parte de su ser, tiene, como el miserable insecto, la existencia de un dia, de algunos horas. Se afana, se agita, se consume en la fábrica mas ingrata, la de una idea que va á morir recien nacida ó á confundirse en la masa general. Semejante á los obreros de las Pirámides ó del Coliseo, este obrero intelectual, no ménos desinteresado y generoso, abdica su personalidad en favor de la gloria del monumento. La civilizacion, el bien de la humanidad, tal es el monumento grandioso á que ofrece su dura labor. La realidad en que vive despoja á su alma de esa gracia, sávia y frescura que conserva la del pensador solitario, y que viene á ser al alma lo que el perfume á la flor. Pero tambien pierde sus espinas y asperezas. La frotacion de hombres y de cosas lo torna flexible, tolerante, accesible, respetuoso de la idea que no es suya, de la pasion que otro siente. Su estudio del hombre y de la sociedad, no de la humanidad del libro y de la teoría, sino de la humanidad viva, apasionada y débil, dá á su espíritu un giro positivo, tendencias sérias y oportunas, una direccion sin duda no muy alta pero ciertamente mas segura y provechosa. Tiene defectos y muy grandes: es altivo, duro, frio; manda mas que pide; parece imponer cuando aconseja y enseñar cada vez que aprende. Es imperioso siempre, á veces insolente, pero casi nunca vil. Hasta sus defectos son útiles al público. Su alma, de ordinario áspera y sarcástica, está constantemente dispuesta á levantar un patíbulo al ridículo y á ejecutarlo sin piedad, en ocasiones sin dignidad y con

los dientes entreabiertos. Su pluma es una guillotina implacable : condena, degüella y rie. Este hombre, que no tiene profesion, diploma ni títulos, es el censor de la sociedad y el agente de la potencia mas formidable de la tierra, la Opinion. Tal es el diarista. Su título envuelve el todo ó parte de las profesiones literarias, científicas, políticas, el conjunto de las manifestaciones de la inteligencia reflejada por la palabra escrita ó hablada. Es orador en cuanto improvisa y habla al pueblo ; es legislador porque examina, discute la ley ó coopera á su formacion ; es hombre de estado en su condicion de agente de la Opinion y representante dela conciencia pública; es crítico y literato siempre que dá su juicio sobre la obra que aparece, el drama que se representa, cuyo éxito ó ruina dependen naturalmente del que administra el aplauso y la censura de la sociedad; es tambien economista é industrial en cuanto le corresponde ilustrar al pueblo y abrirle los ojos para que vea las combinaciones que inventa la codicia del mercader y el espíritu no siempre inocente de las asociaciones.

La naturaleza de la prensa así como la condicion del diarista, tal como la hemos bosquejado, han hecho de ambos los defensores mas constantes y fervorosos del órden, de la libertad, de la humanidad, de todas las buenas y bellas causas. Durante la lucha de ideas y de intereses que inició la revolucion francesa y que está muy léjos de terminar, la prensa universal, acariciada por los partidos desarmados, intimidada por los partidos po-

derosos, se ha mostrado siempre del lado del órden, de la verdadera libertad, combatiendo alternativamente y á veces á un tiempo contra el demagogo y el absolutista. Saludó con entusiasmo la aurora de aquella revolucion, y cuando llegó el momento de sus extravíos, de sus crímenes, la prensa la maldijo y vertió sobre ella su hiel y su fuego. Mas tarde delató al mundo el absolutismo de Napoleon I, las violencias de los rusos en Polonia, las atrocidades del Austria en Italia y en Hungría, la conducta poco generosa de la Inglaterra en Irlanda y en la India. Entónces se mostró liberal, humana, partidaria del oprimido, implacable enemiga del opresor. La prensa universal ha puesto en la picota del ridículo los sistemas de Fourier, de San-Simon, el socialismo, el comunismo, las ilusiones generosas de los demócratas europeos, las impias extravagancias de Proudhon, las locuras de toda clase, filosóficas, sociales, políticas, religiosas, económicas. La prensa universal ha censurado dura, desapiadadamente las producciones de una literatura sin gusto y sin pudor, plebeya, inmoral, y puesto en las gemonias, su sitio, las novelas, dramas, comedias y demas formas en que se ha manifestado aquel deplorable libertinaje de imaginacion, vergüenza de la buena y bella literatura. ¿Quién podrá negar estos hechos, vistos unos por la generacion anterior, otros presenciados por la generacion viviente? — Se dice que Napoleon I, el autor del 18 brumario, y Napoleon III, el autor del 2 de diciembre, mensajeros de la Provi-

dencia, son los autores de la paz social de que hoy disfruta la Europa. Esta es una lisonja excesiva y sin sentido. Si Napoleon I se apoderó del gobierno, fué porque la Francia, fatigada, vencida, próxima á su disolucion, lo exaltó por aclamacion. Si Napoleon III acalló la turbulencia socialista y revolucionaria, fué porque la Opinion, inspirada y educada por la prensa, la elevó sobre sus hombros poderosos. Luis Napoleon pudo, él solo, hacer el golpe de Estado; pero la Francia, ella sola, pudo darle ocho millones de votos. ¿Y quién formó estos sufragios? La prensa, que habia dicho y repetido innumerables veces: el socialismo es un absurdo, la revolucion es un crímen: la sociedad necesita antes que todo órden, paz, gobierno. Estuvo el talento así como la fortuna de Luis Napoleon en haber señalado el peligro en los partidos enemigos y haber encarnado el medio de salvacion en su propio nombre. Ya la Opinion le tenia preparado el terreno y edificado el trono.

No se trata de probar que la prensa es siempre hábil, sensata, justa, siempre amiga y defensora del órden y de la moralidad. Semejante pretension seria tan inútil como injustificable. El diario se apasiona y se engaña, como la Opinion, su modelo, se extravía á veces y se corrompe. Pero la prensa así como la Opinion son ordinariamente juiciosas y puras, y sus desvíos no hacen sino producir un arrepentimiento fecundo, una saludable reaccion. Hallándose la sociedad en una situacion perpétua de prueba y de ensayo, esperando ora

un progreso político, ora una reforma fundamental, es preciso permitir á la idea nueva que se presente, se recomiende y haga su propia apología. Puede esa idea ser una peligrosa paradoja, puede tambien ser una bella y provechosa innovacion. Suele haber en el raciocinio mas incoherente una chispa luminosa de espíritu, un destello de inteligencia. La paradoja se asemeja á la alquimia y á la astrología: todas aspiran á un término ilusorio, imposible, pero en su camino recorren verdades positivas y útiles. Sin la astrología y la alquimia, ciencias artificiales, no habria quizá habido astronomía y química, ciencias respetables y provechosas. Sin la paradoja, sin la invencion atrevida en el campo de la política y de la filosofía, no se habrian hallado innumerables verdades preciosas, practicables, oportunas. Por otra parte, á fin de que las opiniones extremas pierdan su prestigio conviene abrirles el camino de la luz, darles fácil, pronta y vasta publicidad: mas tarde ó mas temprano la Opinion las disipa, las aniquila. Si en lugar de esta conducta atinada y eficaz prefieren los gobiernos el recurso tan delicado de la fuerza; si castigan al visionario y al reformador de pensamiento: entónces la paradoja toma aires de verdad, asume su autor el noble título de mártir, de víctima del poder. Todo el secreto de la ciencia del gobierno consiste en tolerar y comprimir oportunamente: débil es la autoridad que todo permite, odiosa la que lo veda todo. Cuando una idea, cualquiera que sea, absurda, fantástica, desorganizadora, aspira á ver la luz y prosperar,

el gobierno hábil debe permitir, mas todavía, debe solicitar su publicidad. El público se apodera de ella, la examina, la anatomiza: el conservador la rechaza por nueva, el novador la hostiliza por rival; la crítica muestra sus defectos, la envidia la aplica su lente microscópico, la indiferencia le opone una muralla de hielo, la pasion le lanza una lluvia de fuego. La idea ambiciosa, si no es muy firme y bien combinada, tiembla en presencia de tantos enemigos, retrocede, gime y huye perseguida por el sarcasmo y por el desprecio. Exasperada, afligida y sangrienta, busca por sí misma un patíbulo y presenta á la autoridad su cuello á fin de que la ultime por un golpe de espada. En llegando este caso la accion del gobierno es oportuna y justa, y el pueblo, tan zeloso de sus libertades, aplaude una violencia tan hábil y tan útil La historia contemporánea nos ofrece mas de un ejemplo en prueba. Luis Felipe y su consejo dejaron al sansimonismo libre de propagarse, darse á conocer, celebrar sus absurdas festividades, y vinieron á sofocarlo solo cuando la Opinion, escandalizada por tan graves extravíos, pidió á la autoridad el empleo de la fuerza. No fué ménos eficaz y popular la política del general Cavaignac con los demagogos de Paris, la de Luis Napoleon con los demagogos de la Francia. El gobierno de los Estados-Unidos no ha sacado su espada contra los Mormones sino cuando la Opinion, indignada de la insensatez de aquella ridícula pandilla, exigió la vigorosa intervencion de la autoridad federal.

Son estas verdades de suyo tan claras y sencillas, que siempre que vemos á un gobierno declarar guerra implacable y ciega á la paradoja y á la mentira, débiles é indignos adversarios, imaginamos que le impulsa ménos el interés justo y precioso de su conservacion que el pueril interés de su amor propio. En efecto, ¿no es bien sabido que la autoridad gana fuerzas y prestigio cada vez que se la ataca sin razon ni habilidad? ¿no es cierto que Luis Napoleon y su Imperio, por ejemplo, sacan provecho de los crímenes é insensatez de los partidos socialistas y republicanos? ¿no vemos todos los dias al *Monitor*, diario grave y oficial, insertar en sus columnas tal proclamacion de Mazzini, tal ultraje de Piat, tal diatriva injusta de Hugo? — Luego el Emperador y su gobierno piensan, y sin duda muy atinadamente, que la publicidad de la injusticia, de la paradoja y de la insensatez no daña á la sociedad ni á sus preciosos intereses, el órden, la moralidad, la razon pública, sino que por el contrario pone de relieve su mérito y bienes. Ahora, ¿porqué se reserva el *Monitor* el derecho de circular y desacreditar las locuras de los demagogos? ¿lo harian ménos bien los diarios independientes? ¿no lo harian mejor, puesto que no se desconfiaria de su fidelidad y buena fé? Y si todo diario, el Monitor incluso, puede eficazmente combatir y ridiculizar al revolucionario, al demagogo ¿porqué impedir la libertad de la prensa? — Es preciso decirlo: el amor propio, el solo amor propio, debilidad indigna de gobiernos y reyes, es el mas zeloso é implacable enemi-

go de la publicidad. Los príncipes no quieren ser materia de discusion, ni sus personas ni sus actos, aunque de la discusion saquen fuerzas y gloria. Allí está Napoleon III, un hombre que de la nada se hizo soberano, un soberano que en poco tiempo ha eclipsado el brillo de los primeros potentados de Europa. Su reinado es uno de los mas espléndidos de la historia de Francia: ha salvado á la sociedad de un abismo revolucionario, ha hecho una grande, ilustre y victoriosa guerra; ha iniciado ó reformado innumerables leyes civiles, económicas, industriales, todas dirigidas á mejorar la condicion social y material, ya que no política, del pueblo; ha edificado espléndidos monumentos. Este hombre puede, en suma, sentarse con orgullo en su trono y llamar y aun rogar á la publicidad que se acerque á contemplarlo y le aplique su lente de mas fuerza. ¿Porqué pues Napoleon III maltrata y oprime á la prensa? ¿no vé que destroza la trompeta de su gloria, el instrumento de sus alabanzas? ¿Porqué, semejante al gran Juliano, no pone á un lado su magestad imperial y presenta al enemigo su sola grandeza de hombre? ¿qué celebridad alcanza á oscurecer la suya? ¿qué rival tendrá valor de ponerse en paralelo con él? ¿teme á ese pobre proscrito que llaman conde de Chambord? ¿teme al niño huérfano que llaman conde de Paris? ¿le quitan su sueño los clamores y las locuras de los demagogos socialistas, comunistas, republicanos, hoy maldecidos por la Opinion universal? No, sin duda. Napoleon III es un soberano muy poderoso y un hom-

bre muy cuerdo para que lleguen á intimidarle enemigos tan oscuros ó tan impotentes. No quiere la libertad de la prensa por vano orgullo de soberano. Los soberanos, semejantes á los papas, se creen infalibles, si bien, al contrario de los papas, nadie cree en su infalibilidad. Reclaman homenaje, silencio respetuoso, tímido mutismo, y si no se lo conceden voluntariamente lo arrancan con la punta del sable. La magestad imperial, esta gran fatuidad humana, no tolera la irreverencia ni soporta la desaprobacion. Pide aromas, himnos, salmos, ditirambos, todos los mas suaves perfumes de la lisonja. No se diga que la legislacion de la prensa ha tenido en mira, al poner tantas y tan odiosas trabas á la publicidad, el respeto y conservacion de los grandes poderes y bienes de la sociedad. En casi toda Europa la ley de imprenta tolera el insulto á Dios, el Creador del Universo, y saca su espada solamente cuando se ultraja al rey, la creatura de la ficcion ó la de violencia. Hay un pais en donde no es permitida la blasfemia, y ese pais es el único libre, el único en qúe existe una verdadera y amplísima publicidad, la Inglaterra!

A fin de desacreditar la prensa atrayendo en su contra la mala voluntad del hombre de bien, los enemigos de la publicidad aducen, ademas de los imaginarios cargos que hemos apuntado, el respeto que se debe á la vida privada, á la familia, al santuario doméstico gravemente comprometido, segun ellos, por la prensa libre. «Hoy dia, exclaman con hipocresía, hoy dia el

hombre mas puro es víctima del diario mas licencioso é insignificante. La prensa se hace dueño de casa, visita el salon, la recámara y hasta se atreve á poner sus ojos en el tálamo nupcial. Es un mal lacayo que murmura de sus amos, un espía que averigua incesantemente y revela los secretos mas íntimos de la familia, un inquisidor que delata sin conciencia y ejecuta sin piedad. No es dable vivir así : es preciso quemar ese archivo de mentiras, protocolo de calumnias y miserias; es preciso que todos los hombres de bien, padres, esposos, hijos, se liguen en defensa del hogar y corten la lengua á un Yago infiel, envidioso, ávido de calumnia y de sangre. » Así se expresan ¡cosa increible! los publicistas oficiales de Rusia, Austria, Nápoles y Francia, de gobiernos que no han respetado ningun derecho, ningun sentimiento, ningun sitio, hogar, asamblea, templo!

Pero aun cuando estas acusaciones viniesen de orígen autorizado y respetable, nada probarian contra la publicidad y la prensa, meros reproductores de las miserias del hombre y de la sociedad. La calumnia, la envidia, la maledicencia son males inherentes á la naturaleza humana, son, por decirlo así, el lodo con que Dios hizo al hombre y del que no lo depuró enteramente : es poco justo y poco juicioso atribuir su existencia y sus perniciosos efectos á la prensa libre. Entre los antiguos no habia diarios y no por ello dejó de haber una vasta y licenciosa publicidad. Decimos todavía mas : entre los antiguos la divulgacion de la

vida privada debió ser, y en efecto fué, mas minuciosa y aborrecible que en nuestro tiempo. Hállase en los libros mas sérios de los filósofos é historiadores griegos y romanos el mas inaudito abuso del secreto personal y doméstico. Todo lector de Platon ha podido ver revelaciones que espantan, y los lectores del tierno y sentimental Virgilio han hallado entre sus bellas églogas la que comienza por *Pastor Corydon* y en la que habla de las *delitias domi*. En cuanto á las piezas de teatro, verdadero espejo de costumbres, la mente del cristiano, del hombre moderno, se escandaliza al ver tanta licencia de alusiones. ¿Quién no ha leido en el moralista Plutarco, tan moral, sencillo, tan amante de lo bueno y de lo bello, los detalles mas nímios de la vida de sus héroes? ¿Hay biógrafo ni historiador del dia que se atreva á referir con paciencia y como cosa natural, los vicios privados de sus personajes, sus miserias, sus escándalos, sus flaquezas mas íntimas? Esta publicidad del libro nos da la idea, bien que limitada é incompleta, de la publicidad de la existencia ordinaria. Entre los antiguos la vida privada, tal como la entendemos, no existia: el ciudadano moraba en cierto modo en medio de la calle y de la plaza pública, dormia á puertas y ventanas abiertas. Un sábio historiador aleman ha probado que la publicidad sin límites era una condicion de la vida política y social de los griegos y de los romanos (*). En las oraciones

(*) Schlosser, Allgemeine Geschichte, Viertel Band. Si este sábio historiador hubiese visto las ruinas de las ciudades roma-

de Ciceron, todas ellas elevadas, sérias, aspirantes á un sublime que de ordinario alcanzan, vénse las mas picantes, pudiéramos decir, las mas licenciosas alusiones á la vida privada. Ni el abogado ni el tribuno moderno podrian tomarse tamañas libertades. La divulgacion tiene ahora límites que no tuvo en la antigüedad.

nas y griegas, habria podido añadir mas de una buena prueba á su asercion. Los monumentos de Roma y de Aténas, templos, palacios, anfiteatros, foros, térmas, hipodromos, surtideros, etc., algunos de ellos conservados, y sobre todo ese monumento único, Pompeya, nos dan una idea mas perfecta de la existencia social y política de los antiguos que las mejores descripciones de Strabon, de Livio ó de Ciceron mismo. La ciudad antigua era, mas que tal, un convento político, un falansterio de operarios que trabajaban, hacian la guerra y moraban en comunidad. En Aténas y Roma, sobre todo en la Roma imperial, el estado daba al pueblo el agua y el pan, espectáculos de anfiteatro, de teatro, baños, abrigo: satisfacia, en suma, la mayor parte de sus necesidades materiales y morales. El dicho de Juvenal (*saty. X*) — *panem et circenses*—no es una mera figura de retórica. Los emperadores daban realmente al pueblo, si se nos permite traducir libremente, *pan y titeres*, lo que mas convenia á un pueblo que habia abdicado el gobierno del mundo. Hay todavia en Roma, Aténas, Constantinopla, Verona, Nimes y otras ciudades, muchos monumentos que atestiguan el modo de ser de los antiguos. Tambien hay en las ciudades modernas teatros, baños, etc.: pero no son populares, gratuitos, propiedad de la república. La ciudad material refleja admirablemente á la ciudad moral. Un cadáver no explica á un viviente, pero una ciudad en ruinas, cadáver de un pueblo que fué, explica con exactitud la naturaleza moral que tuvo. Pregúntese cuáles y cuántos lugares de asociacion popular y gratuita hay en cada capital de Europa y se sabrá los grados de su contacto social, de su intimidad. Cuanto mas aislado esté el individuo, tanto menor será la publicidad de su vida privada. En Paris, por ejemplo, un mismo techo da abrigo á muchas familias, todas las calles son libres, y

No es razonable atribuir á la prensa, nacida ayer, males que son muy viejos, tan viejos como el mundo. Lo hemos dicho, y conviene repetirlo: la prensa no es publicidad. En tiempo de Pericles habia publicidad y no habia prensa. En tiempo de Napoleon III, veinte y cuatro siglos mas tarde, hay en Francia prensa y no hay publicidad. ¿Y se dirá por eso que el hogar

asimismo lo son los jardines, parques, museos. En Lóndres, por el contrario, el hogar es la concha que guarece á una sola familia, en donde se encierra como la tortuga en la suya. Hay calles que no son de tránsito gratuito, hay jardines y los mas bellos (el Botanical and Zoological Garden), donde se penetra con el dinero en la mano. La existencia privada del inglés es mucho mas solitaria que la del francés, y esta es una de las causas de la armonia é intimidad de su existencia colectiva, política. En Alemania la vida es todavia mas abierta que en Francia, y en Turquía es mas solitaria que en ningun otro pueblo que conozcamos. Allí cada casa es á la ciudad lo que una isla al mar. Es un desierto puesto en medio del bullicio. No hay sitios públicos de placer, de conversacion, de controversia literaria ó política, no hay centro de sociedad y de movimiento. En semejante país la publicidad privada es muy limitada y la publicidad general, la Opinion, toma solo en ecasiones cuerpo y formas palpables. Pero ¡cosa singular! donde habita hoy el turco semibárbaro hubo en otro tiempo una sociedad del todo opuesta; que vivia en la calle ó en la plaza ocupándose de la cosa pública ó bien de sus placeres, que no eran ciertamente domésticos. La ciudad cristiana es el término medio entre la turca y la greco-romana, no tan encerrada y solitaria como la una, mas séria é íntima que la otra. La familia, tal como hoy existe, es una creacion del cristianismo: entre los antiguos habia hogar, entre los orientales y asiáticos hay harenes: solo entre los cristianos existe la familia. Nunca ha sido tan respetada como ahora, y es de maravillarse que los enemigos de la publicidad, á la cual malamente achacan la extrema divulgacion de la vida privada, ignoren que en otro tiempo las cosas marchaban harto peor que hoy dia.

doméstico en Francia es un santuario en donde no penetra el profano? Porque el gobierno no quiere que se hable de él ni de nadie, ¿deja de hablarse de él y de todos? ¿es por ventura preciso que la maledicencia y la calumnia, para ser venenosas, han de pasar por la mano de un compositor de imprenta? ¿está la licencia en la tinta y en el papel, no en los corazones y en las lenguas?

Conviene por otra parte no perder de vista que la divulgacion, sea que venga ó no de la prensa, — y es bien sabido que es tan antigua como el mundo, — es un mal que ofrece compensaciones valiosas. Semejante á la lanza de Aquiles, la publicidad cura las heridas que hace. En el estado actual de la sociedad el sentimiento del deber es débil en los corazones, la religion no domina, como en otro tiempo, á las conciencias, los principios de honor que traen su origen del mundo, y los principios de virtud, naturales y como innatos en las almas, tienen ordinariamente poca ó ninguna influencia sobre la mayoría de los hombres. Cada cual piensa solamente en aumentar su valer, superar al rival, escalar el poder, ganar fortuna, apurar todos los placeres, y para obtener bienes que juzgan tan preciosos ponen á un lado el escrúpulo, la delicadeza moral, el remordimiento. En el corazon del hombre del dia no hay sitio para la conciencia: toman su puesto infinitos cuidados, pasiones imperiosísimas que aspiran á absorberlo todo. En esta deplorable situacion la publicidad es un estímulo saludable,

un correctivo eficaz, la mejor, quiza la sola garantía de buena conducta. Preguntaremos á los moralistas, á los hombres de mundo, sobretodo á los enemigos de la divulgacion: ¿son muchos los que hacen el bien por el bien mismo? Cuando un banquero pone un billete en la lista de una suscripcion piadosa, ¿fué su corazon ó fué la publicidad el resorte que animó su mano? Si una duquesa vá en coche, seguida de lacayos bordados, á visitar un hospital ¿á quién se ha de agradecer, al confesonario ó al salon? Si los altos foncionarios se abstienen de colmar de honores y de rentas á su familia y clientela ¿es por temor de Satan ó por temor de la Opinion, Satan implacable de este mundo? — Puédese prolongar al infinito la série de estas cuestiones. Como hace seis mil años que fué creado el mundo, ya se han olvidado los hombres de la naturaleza primitiva, poniendo en su lugar una naturaleza artificial, de convencion. De la sociedad dimanan todas las pasiones, la ambicion, la codicia, la envidia, la calumnia; de la sociedad derivan tambien todos los correctivos, el respeto, el deseo de una buena reputacion, el temor de la publicidad. Es un absurdo querer curar las miserias del mundo con antídotos íntimos, individuales: es ilusorio poner al hombre social en el molde del hombre solitario. La publicidad es un cáustico, una brasa de fuego que se aplica á llagas de otro modo incurables. Para que la familia tenga el derecho de vedar sus puertas á la prensa y aspire á ser tenida como santuario, es preciso que la

familia sea realmente un santuario. Pero la familia que trata de hacer fortuna por malas artes, á expensas del vecino, ora corrompiendo al débil, ora pagando vil homenaje al poderoso; la familia que rinde culto al dinero, adora el poder, se rie del honor, del deber y cree de la religion solo lo que dice de la resurreccion de la carne y del perdon de las culpas: esa familia, decimos, no tiene derecho á reclamar veneracion á su existencia, santidad para su hogar. Ha de permitir que la publicidad abra su puerta, examine todos los secretos á fin de avisar al pueblo si hay allí un tesoro mal ganado, un bien ageno usurpado, ó si se trama un atentado ó se comete un crímen. La divulgacion está hecha para el mundo y sus negocios. Llévese una vida tranquila, virtuosa y desinteresada, y se tendrá en medio de la ciudad mas bulliciosa una cartuja solitaria y venerada, una Tebaida respetada y santa. El hombre mundano de este siglo no puede legítimamente maldecir de la divulgacion, su correctivo, su castigo, su solo verdugo incorruptible.

Despues de haber examinado la naturaleza y condiciones de la prensa libre, nos parece oportuno considerar esta importante cuestion: ¿conviene que la prensa sea anónima, ó por el contrario, conviene revestirla de la responsabilidad individual? La Francia y la España han dicho: todo escritor de diario debe presentarse al público á rostro descubierto y dar á sus ideas la caucion de su firma. Las dos grandes naciones libres, Inglaterra y Estados-Unidos, modelos en la cien-

cia de la política y del gobierno, han sentado á su vez este axioma: un diario no es un hombre, es una idea, una voz sin firma y sin nombre.

No se ha de olvidar que la prensa diaria es posterior al libro, á la revista literaria y científica, al folleto, á todas las formas en que se ha manifestado el pensamiento escrito, desde el descubrimiento de la imprenta. Su creacion ha sido la obra de la necesidad, no de las leyes del pueblo ó de las órdenes de los reyes. La prensa nació anónima, no porque fuese huérfana, sino porque, semejante á la Opinion, que ella refleja, es una potencia que se define á sí misma: yo soy quien soy.

El diario es una voz que sale de las entrañas de la sociedad como el trueno sale del seno de la atmósfera. En el misterio se forma, se elabora, toma modulacion y sentido. Dividir esta voz á fin de distribuir los grades de responsabilidad es lo mismo que fraccionar la nota que arroja la orquesta á fin de averiguar la participacion de cada instrumento. Semejantes divisiones destruirian la armonia y despojarian al diario de su prestigio y de su poder.

Para que las alabanzas del diario reflejen de veras la conciencia pública y lleguen á halagar al hombre de bien, han de ser vagas, misteriosas, como el susurro de aprobacion de una plaza ó de un salon.

Asimismo, para que las acusaciones de la prensa sean eficaces, terribles, han de ser escritas, al modo de las palabras del festin de Baltazar, por una mano

de fuego, invisible, abrasadora. Si el tirano hubiese visto la mano, la habria castigado : no la vió y quedó aterrado.

Cuando se lee un diario se debe hacer como si se oyese el eco, no pensar ni averigar de donde parte. ¿Será preciso escarbar las rocas de una caverna para saber en dónde está el misterio de la repercusion? ¿Será preciso que la ley entre en la imprenta y pregunte á unos cuantos operarios humildes si son ellos los que hacen temblar á los reyes?

En la mas espléndida escena hay un pobre bastidor, esqueleto ridículo si se le vé de cerca, vano aparato sin verdad ni grandeza. Bastidores tiene el grande hombre, la magestad imperial, la muger bella, el sarao suntuoso y deslumbrador : bastidores tiene la pintura mas hermosa, la estátua admirable, el jardin, la planta, la flor mas fresca y lozana. La naturaleza, no ménos que la sociedad, presenta en sus obras los dos aspectos del teatro : — el grandioso, brillante, sublime, — el triste, esquelético, ridículo. Pero ningun bastidor es tan mezquino como el de la prensa : de un lado aparece la montaña, de otro el raton : ¡ solo que en la prensa, al contrario de la fábula, el raton da á luz una montaña! El lector ó el gobierno que pretende ver el esqueleto del diario se asemeja mucho al que asiste al teatro por la espalda, y vé la representacion entre telones pintados con el cabo de la paleta. Todo encanto desaparece entónces : el admirable palacio es una armazon de cartones, los diamantes y esmeraldas

pedazos de vidrio cocidos al horno, el oro mero oropel, arrebol el colorido y frescura de las mejillas. Así es el diario que firma. De trueno desciende á tambor. No es ya una voz sonora, formidable, justiciera; sino un pregonero de noticias, un cartel de fiestas, de nacimientos y muertes, un protocolo de compras y ventas, á veces un tabladillo en que se exhibe al público el amor propio de un pedante ó la bajeza de un adulador ó de un maldiciente.

Porque el diario que firma no aplaude ni censura jamás: cuando alaba, parece adular; cuando critica, parece calumniar. Por una disposicion admirable de la naturaleza de las cosas, el poder de aplaudir y de censurar pertenece tan solo á la sociedad, al hombre, al hombre colectivo, no á la boca solitaria.

El escritor de un diario que firma no es diarista, no es agente de la Opinion sino de sus propias ideas é intereses. La prensa es para él una tribuna en que muestra su personalidad, un nicho que fabrica á su propia estátua. Tendrá un solo interés, el de su gloria; una sola pasion, la de su amor propio. Cada dia presentará al público su retrato, semejante á ciertos Narcisos que enamorados de sí mismos, reproducen su adorada persona bajo todas las formas—el busto de mármol, la pintura al óleo, el pastel, el grabado, la litografía, el daguerreotipo, la fotografía, la medalla, etc. El periodista que firma es un Narciso que hace del público la fuente en que se mira y se admira.

El diario anónimo se extravía de vez en cuando y

se apasiona del error: el diario que firma es indiferente á la verdad ¿¡Cómo esperar de un escritor que vive en el mundo, es padre de familia, acaso funcionario del estado, que se convierta en censor descubierto y conocido de la sociedad? Si ha sido preciso revestir á los jueces de toda la santidad de la ley, enalteciendo su mision al nivel del altar y del trono, cuya virtud y fuerza representa, con mayor fundamento se habria de proteger y ennoblecer al diarista que firma, juez universal de hombres y de cosas. Y nótese que el primero decide de ordinario á peticion de parte y siempre sobre expoliaciones ó delitos; mientras que el diarista censura los vicios mas delicados, toca y hiere las cuerdas mas sensibles del amor propio, la habilidad, el talento, la posicion respetable ó ridícula del individuo. Puede un litigante oir de la boca del juez: «devuelve, tu posees mal», pero no permitirá jamás un hombre á otro hombre el derecho de decirle: «aléjate de la política y del mundo, tú eres ridículo, incapaz.» Y tal es sin embargo la tarea ingrata del diarista. ¿Es dable conferir á un escritor solitario, sin magistratura ni honores, sin proteccion del Estado ni de la sociedad, una mision superior al poder de un tribunal armado? ¿dirá la verdad, ó será un cortesano perpétuo?—La prensa actual de Francia nos muestra en el hecho la condicion del diarista que firma. Su pluma es una eterna y fastidiosa salmodia. Si sale el Emperador fuera de su palacio, inmensas aclamaciones lo reciben; si un magistrado pronuncia una arenga vulgar y llena de lu-

gares comunes, el diarista la encuentra sublime y compara el autor á Ciceron; si se publica un libro sin talento ni mérito, el diarista sabrá hallar medios de alabar al escritor; si se representa un drama plebeyo, inmoral, el diario que firma no tendrá valor de censurarlo y maldecirlo como debe; si hubo una ceremonia pueril ó ridícula, dirá que fué magestuosa, solemne. La crítica sincera y leal ha cedido su puesto al elogio banal, elogio que desacredita al que lo da sin acreditar por ello al que lo recibe.

Despues del oficio de verdugo no hay quizá uno tan duro como el de decir á los hombres la verdad, porque despues de la cabeza lo que mas se estima y se acaricia es el amor propio. La admirable sátira de Cervantes no es sino el ridículo del entusiasmo poco juicioso del bien, del amor imprudente é importuno de lo justo. Aquel que hace profesion de sinceridad y verdad se hace odioso, ridículo, insoportable. Allí están como ejemplos dos hombres virtuosos, patriotas y de gran talento, Joseph Hume y Roebuck, cuyos nombres son conocidos en toda Europa por su veracidad y su índole catoniana. Ni el uno ni el otro han podido jamás ser ministros, componer un partido ni siquiera decidir una votacion. Es superior á las fuerzas de un individuo la tarea de enmendar desaciertos, corregir vicios, censurar abusos, poner en la picota á la presuncion y á la impertinencia. Pues nada ménos se demanda del diarista que firma. ¿Habrá hombre tan filantrópico y generoso, tan simple, como diria el mundo,

que sacrifique su bienestar, su fortuna, su reposo doméstico é íntimo al solo deseo de que haya buenos ministros en el gobierno, empleados laboriosos y probos en la administracion, oradores hábiles en el parlamento, libros sanos y sábios en las bibliotecas, dramas bellos y morales en el teatro? ¿puede exigirse de un diarista que se ande como matamoro quebrando lanzas con todos los que no son honrados, hábiles, modestos, patriotas, discretos, es decir; la inmensa mayoria de los hombres? No es posible. El escritor prefiere el temperamento opuesto: aplaude, se humilla, se envilece á cambio de vivir en paz, recibir algunos elogios tan banales como los suyos propios y morir en su cama.

La sociedad entera se halla hoy envuelta en una nube de disimulo y mentira: en política, literatura, ciencia; en el salon, en la vida social, en la conversacion, donde quiera se ha establecido un lenguaje de convencion en favor de todo amor propio, en contra de la verdad. No hay mas que una voz verídica, el diario, porque es la sola voz impersonal. Despójesele de su anónimo y disimulará tan bien como los demas. Habia dos medios de atacar á la prensa, la censura prévia que la encadenaba, y la firma, que la envilecia. Napoleon III, semejante á Augusto, es un político muy hábil para atacar de frente y medirse con el enemigo; gira á su alrededor, lo alucina, lo embriaga y por fin llega á quitarle sus armas y su prestigio. Ha preferido la firma á la censura: su éxito ha sido com-

pleto. De Caton que era, la prensa se ha vuelto un Sejano.

La firma ha despojado al diario de su verdad y tambien, como vamos á demostrarlo, de su tino y sensatez. El publicista que emite sus ideas y guarda su firma, se vé necesariamente forzado á ser racional, oportuno, útil: el publicista que lanza con sus ideas, y antes que sus ideas, su personalidad, se vé obligado solo á parecer brillante. El uno espera el bien, el otro espera su bien: aquel siembra en el terreno del público, este siembra en el jardin de su propia gloria.

Los que han dictado de buena fé la ley de la firma desconocian sin duda esta verdad capital: el público pide razon y utilidad al diario, talento y brillo al escritor que se nombra. ¿Y quién dirá que razon y brillo, utilidad y talento son la misma cosa? ¿cuántos son los autores que se resignan á la tarea sensata y modesta de circular la verdad desnuda y sin adornos, defender el sentido comun, aborrecer la novedad y la ilusion? Si la sociedad mas culta y de mejor gusto sacrifica todo al ingenio, á la belleza de la forma; si los literatos mas juiciosos, los críticos mas sabidos, buscan en el escrito que aparece originalidad, inventiva, algo fuera de lo ordinario ¿es dable esperar sensatez, modestia, utilidad, del diarista que firma? No: el diarista aborrecerá de muerte lo mediocre, lo vulgar, que es su ruina, y se lanzará á brida suelta en el campo de lo ideal, lo fantástico y visionario. Se aplicará, si fuese preciso, una brasa de fuego á la cabeza

á fin de que la encienda y la haga producir llamaradas y rayos. El diario anónimo, el solo verdadero y digno del nombre, se conforma con dar al pueblo un pan cotidiano, sano, nutritivo, que sustenta y robustece su alma. El escritor que firma tiene el derecho indisputable de estudiar el porvenir y de remontarse á las mas altas regiones de la inteligencia, y el porvenir, esta mágica palabra, es el pretexto ó la excusa de la paradoja. El diario habla del presente y el presente no admite ilusiones ni sueños. Hay libros, revistas, gacetas; hay academias, tribunas, cátedras; hay muchos lugares destinados á dar acogida y favor al pensamiento individual, atrevido y aventurero. Pero el diario es el sitio indisputable del sentido comun, de la verdad sencilla y útil. Dar un giro elevado, filosófico, sublime, á la prensa diaria es lo mismo que poner alas al elefante, animal que Dios creó para la tierra muy firme, no para volar par los aires. Anda sobre sus cuatro patas toscas, vulgares, pesadas, pero capaces de cargar una familia ó una pieza de artillería. ¿Porqué hacer de la prensa diaria, que nació elefante, un águila que hienda el aire y se remonte á las nubes?

En donde el diario es libro, el libro toma el tono y carácter del diario. Durante el reinado de Ana y en los primeros tiempos de la casa de Hanover, el Parlamento y la Corona dictaron una legislacion tan odiosa como poco atinada contra la prensa, é hicieron surgir un inmenso número de panfletos mas ó ménos audaces y licenciosos. Hoy Napoleon III no permite en

Francia escribir artículos de prensa anónimos, y en su lugar pululan infinitos folletos sin nombre ni garantía. Esto es lógico. Lanzada la prensa de su senda legítima, busca callejuelas extraviadas y de mala reputacion. Un panfleto no es sino un diario que sale por la ventana no pudiendo salir por la puerta.

Se ha dicho que el diario firmado protege la buena literatura y asegura al talento una pronta y brillante recompensa. Este es un error. En nuestro tiempo la profesion literaria tiene tantos adeptos y es tan grande el número de los escritores, que el público, antes de leer, mira la firma del autor, precaucion hasta cierto punto justa. Si la firma es conocida y respetable, lee; si oscura ó mediocre, dobla la hoja. Cuando no hay firma el lector duda y de esta duda saca partido el escritor que comienza. Es preciso saber engañar al público, interesar su amor propio en la causa del autor desconocido. Si lee una composicion anónima y la aprueba, por vanidad tanto como por justicia sabrá sostener su opinion cuando el escritor crea oportuno descubrirse y anunciar su nombre.

Es de notar que el diario firmado existe en aquellos paises que todavia no han podido hallar la forma conveniente de sus instituciones políticas. Donde el gobierno es el reflejo de las ideas, pasiones é interses de la nacion, el diario, voz fiel y sonora de la Opinion, se produce al público impersonal, sin nombre ni orígen, anónimo, en suma. No es la sola conveniencia la

que así ha organizado la prensa: la apoya tambien una teoría política, un principio de derecho constitucional. En las naciones libres, el ciudadano tiene mas personalidad política y ménos personalidad social que en los pueblos de gobierno despótico: lo primero, si se considera su participacion en la cosa pública, la fraccion de soberania que posee y ejerce, sus derechos personales y reales; lo segundo, si se piensa en los zelos y desconfianza del pueblo hácia toda persona que pretenda absorber en su favor cualquier derecho colectivo. Como la Opinion, semejante á la soberanía, es la propiedad de todos, el que aspira á representarla individualmente usurpa é invade el dominio general. El ejemplo hará palpable esta teoria. Hay en Inglaterra unos agentes de Opinion que se llaman *Times*, *Chronicle*, *Post*. Hay en Francia unos periodistas llamados Girardin, Cassagnac, Veuillot. Consagrados los primeros á servir los intereses nacionales, se presentan delante del pueblo como el eco del pueblo mismo, no ménos apasionados, no ménos imperiosos. ¿Se irrita la nacion porque Luis Napoleon le pide el castigo de los republicanos? Pues bien, *Times*, *Chronicle* y *Post* aparecen como escritos de fuego ó con sangre. Estos grandes y dignos diarios saben que no les es permitido hablar en privado, emitir ideas solitarias, representar otra causa que la causa nacional. En Francia, por el contrario, MM. Girardin, Cassagnac y Veuillot hacen de sus respetivos diarios el eco de sus ideas y de sus pasiones, el reflejo de su personalidad. En donde un

escritor se apodera así de la soberanía, de la Opinion, no hay verdadero diarismo ni tampoco instituciones libres. Hay dictaduras infinitas sometidas á una dictadura suprema. El diarista se arrebata una fraccion de la conciencia pública y el soberano absorbe al diarista y á todos. En Inglaterra no se permite que un diario se llame, como sucede en Francia y España, Girardin, Veuillot, Campoamor, Mora. ¿Qué derecho asiste á un escritor para levantarse una tribuna sobre los hombros del pueblo? ¿es cierto que los cien mil lectores de la *Presse* cambiaban todos los dias de ideas, porque M. Girardin tenia á bien girar alrededor de todos los partidos? ¿es cierto que la idea católica, la mas grande, impersonal, la mas absoluta, se ha encarnado en M. Veuillot? ¿es cierto que los grandes periodistas españoles, los citados y otros, son los legítimos representantes individuales de la Opinion y de la soberanía popular, como si fuesen diputados á Córtes? No, en estricto derecho constitucional esos escritores asumen una representacion ilegal y usurpadora. La prensa es el órgano del pueblo, es cierto, pero el periodista que se firma es tan solo el órgano de sus propias é individuales convicciones. No sea vano si quiere ser poderoso. No firme su idea si pretende que su idea domine.

Cuando la prensa se encarna en el escritor, hay sin duda grandes diaristas, no habrá jamas grandes diarios. Es ciertamente espléndida la situacion del publicista que se eleva una tribuna de cien mil especta-

dores, desde donde habla todos los dias, da su opinion, juzga, alaba ó maltrata al grande y al chico. Esta elevacion extraordinaria dilata su ambicion, estimula su orgullo, excita su talento y sus pasiones. Ya no piensa el escritor en mostrarse sensato, moderado, útil : quiere que le escuchen, le aplaudan, le admiren, y para llegar al colmo de su ansia frenética de gloria, toma sin escrúpulo ni remordimiento el partido de la paradoja, de la ilusion, de la mentira y de la injusticia misma, si fuese preciso. Si tiene buen sentido natural, lo abdica; si su conciencia es delicada, la ahoga; si su patriotismo es puro, lo reforma acomodándolo al interés de su personalidad. Este hombre es un ébrio de ruido y de popularidad : no se sácia sino apurando la última gota del licor que lo excita, adormece su alma y le da el ensueño febril y agitado de la ambicion. Tal es el gran diarista. Chateaubriand, el autor del *Génio del Cristianismo*, obra admirable, se olvidaba de su verdadera gloria, de sus justos títulos al respeto de los hombres cada vez que se lanzaba en la liza de la prensa. De él se podria decir lo que de Voltaire : este hombre tiene gloria por un *millon* y todavía mendiga por un *obolo !* En subiendo al teatro de la vanidad el génio desaparecia y tomaba su puesto el niño antojadizo, mimado y atrabiliario. Quedaban veinte años de fidelidad bien recompensados á sus ojos si su rey le decia : « vuestro panfleto me vale un ejército, » panfleto indigno, odioso, mancha de su vida. Otro gran diarista, ya citado, M. Girardin, ha consagrado un

talento de primer órden, ingenioso, profundo, sensato, á la sola fábrica de su teatro personal. Su inteligencia, nacida enemiga de la paradoja, ha debido ponerse en tortura para templarse al fuego de la pasion sistemática, novadora y fantástica. ¡El público así lo exige del diarista que muestra su personalidad! El lector de todos los paises, el de París por excelencia, pide al publicista que firma ingenio, brillo, grandes efectos de estilo ó de imaginacion. Se abona al diario como se abona al teatro, y espera del escritor lo que espera del actor, del cantante, del bailarin: originalidad, gracia, algo de nuevo y de atrevido. Una bella paradoja le hace el efecto de un salto audaz, de una nota acentuada con fuerza, de una actitud escénica nueva y fuera de las reglas. ¿Será preciso decir que al publicista, así como al actor ó al cantante, le es indiferente el buen gusto, lo bueno, lo bello, lo útil, si tuviesen la desgracia de no ser aplaudidos ni populares? El diarista que firma se ocupa muy poco del fondo de las cuestiones: mira la forma, la gracia externa, y si se apasiona de una idea no es porque la idea sea buena, sino porque sabe explótarla, mejor que otro, en beneficio de su gloria personal. Los partidos y las causas son para él meras escenas. M. Girardin ha escogido el teatro liberal, M. Veuillot el ultramontano, M. Cassagnac el imperial absolutista, así como Chateaubriad creyó hallar su tribuna en el catolicismo, Carrel en la república, Luis Blanc en el socialicismo, Proudhon en la incredulidad sin límites. Hágase abs-

traccion de la historia y antecedentes de estos hombres, eliminese su naturaleza convencional, bórrese su figura escénica: y se hallará ¡ cosa asombrosa ! que en el fondo Proudhon es mas religioso que Chateaubriand, mejor marido y hermano, mejor hombre; que Carrel, *dandy* de sociedad, elegante, aristocrático, es ménos amigo del pueblo que Cassagnac, harto mas plebeyo en sus ideas, estilo y sentimientos; que Girardin, por último, alternativamente amigo y enemigo de todos los partidos, bien puede confundirse con cualquiera de sus contradictores. Si un moralista hiciese la anatomía íntima del alma de estos escritores, ignorando las marcas y señales que los distinguen en el mundo, es harto probable que cambiaria los caracteres. Halla á uno frio, indiferente al bien, ateo: ¿es Proudhon? No ¡ es M. Veuillot! Encuentra á otro popular, plebeyo de inteligencia y de corazon, demócrata de sentimientos y de costumbres: ¿es Carrel? No, ¡ es M. Cassagnac! Si se pidiese al moralista redactores para los grandes diarios de Paris, mandaria quizá Proudhon al *Univers*, Veuillot al *Siècle*, Cassagnac á los *Débats!* Por cierto que nadie notaria cambio alguno: tan bien representa un actor en un teatro como en otro, en el Gimnasio como en la Comedia Francesa (*).

(*) Habrá quizá lectores que no acepten, por creerlos apasionados, los juicios que emitimos sobre el diario y el diarista franceses. Vamos á citar en nuestro auxilio la autoridad de un hombre célebre que ha sabido encarnar en su personalidad el brillo, la gracia, el ingenio, la abundancia, todas las mas hermosas do-

Hemos visto lo que es un gran diarista que firma. Véamos ahora lo que es un gran diario anónimo.

Hay en Europa un diario contemporáneo de la Revolucion francesa, nacido en tiempo de Mirabeau y de Fox, cuya palabra admirable reprodujo y aplaudió. Hizo el exámen de las teorías de la Constituyente y

tes del diarista francés, y tambien todos sus defectos, la inconsecuencia, la frivolidad, el amor propio excesivo, la adoracion personal. Este gran diarista es Jules Janin, el creador del folletin, especie de tribuna ó si se quiere de tabladillo en que hace treinta años, y durante los treinta años, no ha cesado de exhibirse al público en todas las formas de la personalidad literaria, el juicio político, la crítica del teatro, la revista de costumbres y modas, la relacion de una fiesta, la descripcion de un baile, y asimismo de una pompa fúnebre, de una barricada, de un motin sangriento. Este hombre es un diario que anda, se mueve, se agita, llora, rie, segun sea bello el tiempo, haya luz ó tinieblas. lluvia ó sereno, sea la época de verdura y de flores ó de árboles desnudos y hojas secas y amarillentas. Jules Janin es el tipo mas perfecto del diarista y del francés: lo que él diga del diarista será su propio retrato, su retrato lo será de toda la prensa francesa.

Haciendo el paralelo del diario inglés y del diario francés, Jules Janin dice (Littérature dramatique, tome II, pages 141 et 142): «lo que da la vida y la fuerza al diario inglés es el dinero, la ambicion, la lucha ardiente de los partidos rivales, el comercio y sus flotas opulentas, el tráfico del Océano, el movimiento de las colonias, las alternativas diarias, instantáneas, de la fortuna insolente.» Bien pudiera definir de una manera mas ventajosa la primera prensa del mundo, la mas libre, la mas inteligente, la mas patriota. No importa: el Times puede ser grande á pesar de J. Janin. «En Francia, continúa, lo que da vida y alma al diario es la *mera forma* (tout simplement, c'est la forme), el ingénio, y junto con una y otro la intrepidez y la probidad.» Esta probidad del escritor espiritual no será ciertamente ni muy delicada ni muy pura, porque «el ingénio se complace en cambiar de objeto y de accion,—en revelar las cosas ignoradas; ama

participió hasta cierto punto de sus generosas ilusiones. Poco despues dió cuenta de la ejecucion de Luis XVI y de María Antonieta, maldijo en letras de fuego los crímenes de Marat y de Danton, tribunos sin conciencia de una muchedumbre sin freno ni ley. Este implacable testigo, censor de toda licencia, de corte ó de pueblo, delató al mundo los crímenes de

la verdad, ama tambien el *error*, la *mentira* misma no le desagrada siempre. El ingénio es rey, es amo, amo absoluto, provoca la contradiccion, aborrece el sometimiento y se deleita en orillar los escollos en que fracasa la razon humana. Busca con furor lo que brilla, todo lo que suena, todo lo que se vé de léjos, los fuertes colores, la luz viva, el bullicio... » ¡Qué probidad aquella que combia de fin y de medios, se extravia á su gusto, miente cuando no le desagrada mentir: aquella que sacrifica todo el aparato, á la forma y á las agudezas de palabra ó de ingenio! Pero oigamos todavia mas: «El público que sabe leer y que aprecia las cosas bien hechas, no se ocupa en lo menor de la opinion que profese un diario; se ocupa tan solo del talento que el diario demuestra. Gustan al lector las bellas palabras, los trozos elocuentes, la hilaridad, la cólera, el acento del escritor; asi al diario es entre nosotros mas bien un alimento de la imaginacion, que el agente de los asuntos públicos y privados, asuntos que interesan poco à los parisienses, y maldita la cosa à los provincianos.» J. Janin pinta pues admirablemente así la fisonomía del diarista como la del lector; pero ni en ésta ni en ninguna parte, que sepamos, de un libro, averigua las causas del mal. No nos cansaremos de decirlo: el diarista que firma no es diarista, es un loco de bullicio, de gloria, y por ello un locó de conceptos, vanas palabras y parodojas. En Francia no puede haber prensa sensata, útil, verídica, buena y sana, en tanto que el diarista no esconda su personalidad. Luis Napoleon, al dictar la ley actual de la prensa, no hizo sinó poner el sello de la autoridad à una costumbre ya recibida y bien cimentada. Durante el reinado de Luis-Felipe no hubo firma, y sin embargo los diarios, absorbidos por los diaristas, aparecian al público personificados en Girardin, Carrel, Marrast, Sacy, Veuillot, etc.

Catalina, la liviandad de Carolina de Nápoles, los tristes escándalos del Escorial. Ha visto nacer, prosperar y caer la mayor gloria de los tiempos modernos, un hombre que la Providencia envió como el honor y al mismo tiempo el azote de la Europa. Su voz fué el eco de la gloria, de los errores, de los infortunios del gigante. Este diario ha visto, en el viejo mundo, sepultarse muchos Estados antiguos: unos, Venecia, Génova, ilustres y dignos de la admiracion de la historia, otros, los principados feudales y eclesiásticos, monumentos de otros siglos. Al mismo tiempo veia surgir, en el nuevo mundo, una familia entera de pueblos libres, llenos de esperanzas y de porvenir, terror de la Europa monárquica y aristocrática. En su presencia han comparecido los reyes, los grandes hombres, los sábios, solicitando todos su juicio, pidiéndole su indulgencia. Ha contemplado el nacimiento y funerales de innumerables sistemas religiosos, sociales, políticos, que ha examinado con severidad, absuelto como inocentes ó ajusticiado como culpables. Semejante á la trompeta del juicio final, tal como lo representa la Escritura, esta voz terrible llama á juicio á vivos y á muertos, acusa y defiende, ataca y protege, castiga y premia, teniendo en una mano la gloria, el cielo del mundo, y en la otra el desprecio, infierno de la tierra. A sus sentencias preside la conciencia de una gran nacion, el ansia del progreso, el amor de la ilustracion, el bien de la humanidad. En la mente estrecha del vulgo, esa voz es una contradiccion

permanente, un escándalo, una vergonzosa polinodia: en la mente del filósofo, su palabra es fija, inalterable como el destino, lógica y fria como la razon. Este diario considera á los hombres y los medios como un gran capitan, considera los individuos de su ejército, meras máquinas de poder y de fuerza que cambia, pone, quita, engrandece ó sacrifica, sin fijarse en si obra ó no contra la lógica vulgar. Varia en su marcha, nunca varia en su fin, á saber, el progreso de la libertad, la gloria de un gran pueblo, el adelanto y el bien de todos los pueblos. Suele extraviarse en los medios, juzga mal un hecho, desvirtúa el carácter de un hombre; se apasiona, cae en error, cae tambien en injusticia: pero constantemente tiende á lo bueno, trabaja en favor de lo justo, maldice la mentira, condena el crimen, defiende la paz, la tolerancia, la verdad. Suele mostrarse fanático y protege, en el momento oportuno, al católico oprimido por el protestante; su patriotismo es en ocasiones cruel, exclusivo, inhumano; pero aboga con calor por la abolicion del tráfico del negro, de la tortura, de la supersticion sanguinaria del africano y del indo, súbditos de Inglaterra; habla á los reyes un lenguaje punzante, irespetuoso, pero se pone de su parte siempre que los amenaza el demagogo ó el asesino; hace de ordinario poco caso del extranjero, sobre todo del débil, pero reclama imperiosamente la intervencion de su propio pueblo en favor de la nacionalidad oprimida, del pais despotizado, del estado pequeño amagado por el

fuerte. Este diario absorbe en sí todo el poder, toda la gloria de la prensa europea y parece haberse apropiado las lenguas de fuego de la Opinion universal!

¡Tal es el TIMES!

El TIMES es la sesta ó mejor dicho, la primera potencia europea.

Hay en Londres tres maravillas que simbolizan la la grandeza del pueblo inglés, un diario, un palacio, un buque, el TIMES, *Sydenham*, el *Leviathan*, ó sea los representantes de su libertad, de su prepotencia marítima, de su gigantesca maquinaria y fabricacion. Pero el TIMES es tan superior al *Leviathan* y á *Sydenham* como la libertad lo es á la fuerza y á la riqueza. El TIMES es el mas fiel y noble representante de la Inglaterra. La Francia, nacion fabricante y artista, puede sin mayor esfuerzo hacer un palacio tan bello ó mas bello que el de *Sydenham;* los Estados-Unidos, pueblo marino y comercial por excelencia, son capaces de construir, y en efecto construyen, varias naves como el *Leviathan*: la Inglaterra, la sola Inglaterra puede ofrecer al mundo esa maravilla que se llama el TIMES.

No es lo mas grandioso del TIMES sus ochenta columnas, ochenta lenguas que hablan cada una su lenguaje, el de la política, de la moral, de la literatura, etc.: ni en sus setenta mil ejemplares diarios, equivalentes á cuatro ó cinco millones de lectores; en sus anuncios de la existencia, movimiento y negocios del pueblo mas ocupado y mas libre del mundo; ni en

su correspondencia y circulacion universales, especie de flujo y reflujo de ese océano de luz; ni finalmente en ser el centro de las postas, vapores y telégrafos que van y vienen de toda la tierra. Consiste su poder y su gloria en ser la voz enérgica, inteligente y escuchada del primer pueblo del mundo. El Times es una conversacion diaria que la nacion inglesa tiene consigo misma; un discurso que hace y que oye: es la boca de su oido, el oido de su boca, eco de su pensamiento, lengua que habla para adentro, ojo que se vé á sí mismo. Todo inglés es autor y lector del Times. Parece que la Inglaterra lo escribe en la noche y lo lee en la mañana.

En la antigüedad los príncipes y los grandes hombres hacian escribir su historia diaria. Alejandro llevaba en sus espediciones maestros de retórica que ponian en papiro ó en pergamino las hazañas, los sentimientos, las palpitaciones mismas del alma del héroe. Ahora las grandes naciones, no los príncipes, escriben por medio de la prensa, cronista fiel y sin falsa retórica, la historia de su existencia cotidiana. El Times es el historiador instantáneo, el biógrafo diario de la Inglaterra. Se puede afirmar que lo que no consta en el Times no existe ni aconteció jamás. Los secretos de gobierno, los mas escondidos misterios de la política y de la diplomacia, la palabra emitida en los parlamentos, reuniones populares, academias, cátedras, púlpitos; las operaciones de la Bolsa, del Banco, de las instituciones de crédito, de las compañías indus-

triales, de comercio, de navegacion; el estado opulento ó decadente de las asociaciones, la abundancia ó escasez de los mercados; la entrada, salida, el rumbo mismo de las naves en las soledades del Océano; los hechos de la vida ordinaria, matrimonios, nacimientos, muertes, virtudes y crímenes notorios; las fiestas populares teatros, óperas, bailes; las penas y miserias públicas, incendios, naufragios, inundaciones, plagas: todos los poderes del estado, las clases de la sociedad, los ramos del saber, los departamentos de la industria; la nacion entera, hombres y cosas, en suma, se halla reflejada en su existencia del dia, de la hora, del minuto por este incomparable historiador, el Times.

Un diario que reproduce de este modo la vida de un pueblo, no es ni puede ser jamás el cortesano del poder. Es necesariamente sensato, justo é incorruptible, como la Opinion. Tendrá sus arranques, sus violencias, sus pasiones: pero ¿quién se atreverá á censurarlo? ¿qué autoridad de la nacion será competente contra la autoridad de la nacion entera? ¿quién arrojará la primera piedra sobre el culpable? Hablar de los defectos del Times, de la Opinion, es lo mismo que hablar de los defectos de la humanidad, grandes sin duda, deplorables, pero de los cuales solo responde ante Dios. Para juzgar al Times con sensatez é imparcialidad se ha de eliminar aquella flaqueza propia de la institucion mas perfecta, y exigirle tan solamente las virtudes que la humanidad permite. El Times no es el justo del Evangelio, humilde, desprendido y tan manso que pre-

senta una mejilla cuando se le hiere en la otra ¡demasiada virtud para este mundo! El Times es el varon justo de Horacio, altivo, desdeñoso del tirano que lo amenaza y de la muchedumbre que lo ultraja, incorruptible por orgullo, justo por elevacion de alma. Ni recibe honores del poderoso; ni acepta el oro del rico, ni le doblegan los golpes del violento, ni le seducen las artimañas del hábil. Esta virtud es quizá incompleta, pero sin duda preciosa y rara en el mundo. Bien quisieron tenerla los grandes diarios del Continente, el *Débats*, especie de doctor de sinagoga, gravemente embustero, sin patriotismo, eco de un estrecho partido; la *Presse* de M. de Girardin, aventurera, voltaria, fantástica, como un inspirador; la *Indépendance* y el *Nord*, órganos franceses y cultos de un absolutismo semibárbaro; el *Moniteur*, salmista del dios del dia, calumniador de todo vencido: ¡y tantos, tantos otros!

El Times es la reproduccion viva de la Opinion del pueblo inglés. Ni es *tory* ni es *wigh*, ni conservador ni liberal, ni *high church* ni *low church*, ni retrógrado ni radical, ni aristócrata ni plebeyo. Es todo eso y mas que todo eso: es inglés. El Times no ofrece incienso á ningun hombre, á ningun partido: ora los eleva, ora los abate, segun lo requiera la gloria y el bienestar de la nacion. En estos últimos años le hemos visto sostener el gobierno de coalicion formado por lord Aberdeen, lord J. Russell, lord Palmerston, cuando la retirada de lord Derby dejó acéfala la administracion. Vino la guerra de Crimea, el desastre de Balaklava, el hambre,

la desnudez del ejército inglés, y entónces el Times, audaz como un grande hombre de Estado, elevó á lord Palmerston, el favorito de la Opinion, á la suprema dictadura de la república. Hizo todavía mas. Este diario, tan zeloso del extranjero, trasladó en cierto modo á su país el prestigio y poder de Luis Napoleon, lo invitó á recibir en Lóndres la investidura de su autoridad, lo coronó, por decirlo así, en la catedral de Wesminster. Napoleon III, coronado rey de Inglaterra por la Opinion, fué mas soberano de hecho que Enrique VI, sacramentado rey de Francia por la conquista. Pero terminó la guerra y se hizo el tratado de Paris: el Times alza el estandarte de la revolucion, declara la guerra al invasor de la Opinion nacional, lo hostiliza, lo bate, lo expulsa. Es una Juana de Arco que en nombre del patriotismo y de la libertad levanta el grito de la independencia. Llama esto el vulgo contradiccion, inconsecuencia, trahicion ¡no sabe el vulgo lo que es grande!

El Times es el mejor estadista de Europa, porque la Opinion, que lo inspira, y la libertad que lo guia, serán siempre los mas hábiles maestros de la política.

Este diario tiene la penetracion de Metternich, el génio elevado de Guizot, el talento luminoso y positivo de Thiers, la finura y maña de Antonelli, la altivez de Palmerston, la sensatez y tino de Peel, la voluntad y el génio poderosos de Napoleon III, el coloso de la política contemporánea. Parece que el buen sentido y la conciencia de la Europa se han establecido y como radica-

do en la mansion del Times. Este juez implacable es el azote del déspota, del demagogo, del visionario, del aturdido: el defensor de la moralidad, no de la que consta en los libros ó se predica en el púlpito, moralidad ideal, superior á la miseria humana, sino de la practicable, de la que el hombre de bien puede y debe tener. Castiga todas las extravagancias, cualquiera que sea su belleza, todos los abusos, cualquiera que sea su autor. Censura á Napoleon III por demasiado enérgico, al Emperador de Austria por débil, al rey de Nápoles por cruel, al de Suecia por fanático, al de Bélgica por avaro, alienta y presta su voz poderosa al Czar Alejandro, ahora ocupado en la noble empresa de emancipar al pueblo ruso. Aconseja mas cordura á Cobden, ménos democracia á Bright y á Layard, mas mundo á Roebuck; compadece al desgraciado poeta Hugo, consuela á Lamartine, otro poeta desdichado; da esperanzas á los partidarios del gobierno parlamentario en Francia; maldice de los revolucionarios y lanza en la gehenna á Mazzini, Ledru-Rollin y toda la escuela demagógica. Morigera la altivez del aristócrata, corrige las pretensiones del pueblo, habla la verdad á los reyes, sin callarla á los liberales, denuncia los horrores absolutistas del austriaco, del ruso, y los horrores revolucionarios del italiano, del español, del americano del Sur: los hombres, los gobiernos, los príncipes, no importa de qué país ni de qué partido, hállanse sometidos á la censura de este juez supremo, seguros de encontrar una justicia equitativa, leal y desapasionada siempre que

el interés ó la gloria de la Inglaterra no reclaman una patriótica pero injusta parcialidad.

Volvemos á decirlo : los vicios del Times son los de Inglaterra, ó mejor los de todo gran pueblo. Si se muestra altivo, á veces insolente con el extranjero, es porque refleja al vivo una flaqueza inevitable en la nacion ó en el individuo felices, á saber, la de atribuir á su solo mérito y superioridad los favores de la fortuna. Los españoles y los romanos se consideraban de raza privilegiada y mas perfectos que el resto de los hombres. El inglés, libre, próspero, culto y dueño á mas de la sesta parte del globo, no puede escapar á la flaqueza del romano y á la del español, cuando en los dominios de ambos no se ponia el sol. Si el Times defiende á un *Matter*, á un *Pacifico*, es porque Inglaterra, semejante á Roma y á España, cree hallarse presente en el mas humilde de sus ciudadanos. Si maltrata á los potentados del mundo, papa, emperadores, reyes, grandes hombres ó sábios ilustres, es tambien porque la nacion inglesa, como España y Roma, no acepta sin impaciencia grandezas que no le pertenecen. ¿Porqué asustarse de flaquezas tan viejas? ¿porqué achacar al Times y al inglés los defectos de la humanidad entera? En cambio todo gran pueblo, la Inglaterra mas que ninguno, tiene la noble virtud de la generosidad, propaga su ilustracion, sus instituciones y aspira á derramar por todas partes el bien que posee. La Inglaterra desdeña al extranjero, es verdad, pero envia sus tesoros á Lisboa, á Moscou, á Ham-

burgo, donde quiera que sucede una gran calamidad, temblor, incendio, inundacion. El Times ultraja á veces al débil, pero fué el Times, no el *Débats* ni diario alguno del Continente, quien abogó por la emancipacion de la América del Sur y de tantos otros paises aspirantes á hacerse independientes. El Times maltrata al grande hombre extranjero: pero ¿quién no ha leido, ayer no mas, los admirables artículos que ha publicado sobre el ilustre Lamartine, á la sazon que la prensa de Paris le daba los consuelos de los amigos de Job? Mal que pese á los déspotas y á los envidiosos, la Inglaterra y el Times, son voz sonora y elocuente, son el honor y el orgullo de la Europa!

Bien que el Times es el gigante de la prensa inglesa, pueden explicarse por él, reduciendo tan solamente las dimensiones, la índole, caracteres y tendencias de los diarios subalternos. Así como se dice de san Pablo el *apostol*, de santo Tomás el *doctor*, se puede decir del Times el *diario*. Esta admirable publicacion absorbe el poder, la gloria y tambien las flaquezas de toda la prensa de Inglaterra.

Despues de los diarios ingleses, los solos de Europa que hallamos importantes y dignos del nombre son los españoles y los belgas.

La prensa, así como toda institucion política en España, presenta los caracteres de la lucha, del embrion que se desarrolla, del gérmen que de las entrañas de la tierra combate á la roca que le impide desenvolverse y ver la luz.

En Francia la prensa asemeja al hombre que no marcha por viejo : en España se parece al hombre que no marcha por niño.

Para juzgar con acierto á la prensa española se ha de separar con cuidado el espíritu del ropaje externo que lo cubre, la idea de la palabra, el fondo de la forma. En el diario español la forma es de afuera, la esencia de adentro. Es el ingenio andaluz revestido del formulismo aleman, la intrepidez castellana disfrazada por la fraseologia francesa. El lector extranjero que juzgue á la prensa de Madrid por la apariencia de un lenguaje extraño, tudesco ó francés, y por el uso demasiado frecuente de la pretendida fraseologia científica, del *objetivo* y *subjetivo*, *autonomia*, *razon de ser*, *síntesis* y *análisis*, *yo* y *no yo*, palabras vanas y sin sentido, acaso disculpables en la sicologia, inexcusables en el diario, tribuna eminentemente popular; el que por esto juzga, decimos, á la prensa española, no la ha comprendido ni penetrado mas adentro de su corteza material. Despójese al diario castellano del traje aleman ó francés que de vez en cuando lo tapa ó lo desfigura, y se hallará que es uno de los mas inteligentes, vivos, originales, el mas elocuente y apasionado de Europa.

La España es el pais de la improvisacion, y la prensa no es sino improvisacion, la mas rápida de las improvisaciones. Se ha dicho que en España la pasion del amor prende al calor de una ojeada : así tambien nace la idea de la inteligencia, así tambien sale la pa-

labra de la boca. Someter esa idea ó esa palabra al mecanismo penoso de la fraseologia alemana, á las reglas estrechas del estilo francés, es lo mismo que transplantar á la tierra fria é infecunda del norte los árboles nacidos en la espléndida vejetacion de los trópicos. El mejor periodista será siempre el periodista mas español, aquel que deje su idea libre de trabas, su palabra independiente de fórmulas, su paleta dueña de correr á su albedrio y derramar aquí y allá sus tintas mas vivas, fuertes, originales. Si Cervantes hubiese imitado á Rabelais, habria malgastado su prodigioso ingenio y hecho tan solamente farsas grotescas, frias, licenciosas; si Murillo hubiese tomado por modelo á Holbein, sus madonas habrian sido pálidas y esqueléticas, sin gracia ni belleza, sin aquel atractivo de ternura y de inocencia que sabia darles el pincel del maestro aleman. Asimismo, el diarista de Castilla que cambia su pluma brillante, fecunda, apasionada por el estilo lapidario, penetrante pero frio de Girardin, ó bien por la pluma fantástica y vaporosa del escritor aleman, desvirtúa y aniquila su talento, tortura y ahoga su imaginacion. Si Larra es á veces superior á Janin en el folletin y en la crítica literaria y de costumbres, es porque Larra se muestra español, original, independiente. Si Lafuente, Escosura, Campoamor, Mora y otros eminentes diaristas se ponen al nivel y aun superan á los gigantes de la prensa francesa, es porque rompen el molde de la imitacion, echan llave, como decia Lope de Vega, á la regla, al precepto.

La prensa española es poco conocida en Europa, todavía peor, es mal juzgada. Al inglés le parece poco positiva y sensata, al francés demasiado ampulosa y oratoria: el aleman no la lee, el americano no sabe estimarla. El gran defecto del diario de Madrid está en ser español para el extranjero, y poco español para el nacional: ni uno ni otro lo entienden bien. El extranjero no comprende el idioma de Cervantes, y el castellano no comprende la fraseologia de Schelling y Fichte. Este defecto es en mucha parte remediable: si ya pasó el tiempo glorioso en que la España daba su lengua á los diplomáticos y literatos de Europa, siempre tendrá á lo ménos el poder y el derecho de conservar la rigurosa nacionalidad de su idioma.

Lo que el diarista frances toma por ingenio es pura forma, y lo que cree cabeza es lengua. Si los grandes periodistas españoles escribiesen en el idioma de Voltaire en lugar del idioma, tanto mas bello y rico, de Cervantes; ¿quién duda de que su reputacion seria europea, universal? En tiempo de Cárlos V, ha dicho con elegancia Henrique Heine, el sol no se ponia en los dominios del escritor así como no se ponia en los dominios del soberano de España. Cada reino que se ha desmembrado, cada colonia independiente, cada guerra desgraciada, cada revolucion que ha sufrido España, han sido para el escritor provincia perdida, reino sublevado, sangriento desastre. Para que el ingenio y la pluma del diarista sean potencia europea han de tener á su servicio quinientos mil soldados! Los liberales

franceses se olvidan, siempre que condenan con severidad la política dominante y ambiciosa de Luis XIV ó de los Napoleones, de un hecho capital, á saber, que la conquista de la espada es conquista de la pluma: Calderon y Cervantes vencieron en Pavia y Lepanto: Quintana y Bálmes fueron derrotados, mas de dos siglos ántes de escribir, en Rocroi y en la Mancha, por Condé y por Blacke. La pluma fué siempre la inseparable compañera de la espada.

El ingenio y el carácter del español son los mas apropiados á la índole de la prensa. Requiere el diario rapidez de idea, facilidad de palabra, calor de estilo, energía de lenguaje, colorido vigoroso, gracia sencilla y sin adobamiento, soltura, frase abundante, ligera y armoniosa. Esto por lo que hace á la literatura, á la invencion y á la forma. En cuanto á las dotes de carácter, el diarista debe tenerlo independiente, firme en el propósito, noble en la polémica, hidalgo, caballeresco en la contradiccion. La suma aspereza lo hace odioso, la cortesanía lo envilece. ¿Quién duda de que el español es el hombre de Europa mas adornado de las expresadas cualidades? Mas de una vez se ha visto la prensa de España sometida á trabas tan duras ó peores de las que ahora aprisionan á la prensa de Francia. ¿Se ha envilecido acaso y arrastrado, como la francesa, á los piés de la autoridad? No: el diarista español ha despedazado su pluma y convertídola, muy para su honor, no tanto para la fortuna de su país, en bala ó bayoneta al servicio de la guerra civil. La

prensa de España no ha consentido en rescatar su vida á cambio de tornarse en lacayo del poder: ha preferido el silencio, y su silencio es casi la muerte, porque la palabra es la vida de la lengua. En Francia el diario, ántes aspirante al primer papel en la escena política, ahora reducido al último, parece haber capitulado al modo de Perkin Waerbek, el falso Ricardo IV, con Henrique VII de Inglaterra: obtuvo la vida á condicion de servir de galopin de cocina. ¡La prensa de Francia es ahora un mero galopin en la cocina de Luis Napoleon!

En Bélgica hay diarios, no hay prensa diaria.

Entre la prensa diaria y el diario hay esta inmensa diferencia, que la prensa refleja el pensamiento instantáneo de la nacion, sus ideas, sus pasiones, sus intereses, y el diario es un mero agente de opinion al servicio de una causa cualquiera. ¿Quién dirá que la *Indépendance Belge*, por ejemplo, órgano de poderosos gabinetes extranjeros, beligerante en tierra neutral, dedicado á tratar las grandes cuestiones de las potencias, es un diario verdaderamente belga? No, la *Indépendance* es solo un diario que se publica en Bélgica. El pensamiento le viene de afuera, su pasion se enciende en Petersburgo ó en Paris, corre el telégrafo y el vapor y va á producirse en Bruselas.

La prensa de Bélgica es como su territorio, un campo de combate, arena en que luchan las grandes potencias europeas. Una controversia entre el *Nord* y

la *Indépendance* es una batalla de Waterloo : todos se baten, excepto los belgas.

Lo que da la vida al diario belga es la pasion y el interés de afuera. Aprovechándose de las instituciones libres de aquel pais, el ruso y el francés, el austriaco y el inglés, el absolutista y el liberal, el moderado y el revolucionario, el religioso y el ateo, todas las causas, todos los partidos, todos los hombres parecen haber escogido allí el terreno conveniente para la lucha.

La prensa belga es prensa de exportacion : se manufactura dentro del territorio y se consume en el extranjero.

Los diarios de Bruselas son como las armas, cañones, fusiles, bombas, de Lieja : el belga las elabora, úsanlas y se baten con ellas los extraños.

En Francia y en Alemania los diarios son mas pequeños que los paises : en Bélgica son demasiado grandes. La Francia no cabe en el *Journal des Débats :* la Bélgica se pierde en las columnas de la *Indépendance*.

Los que buscan en el diario la abundancia de materiales, correspondencias curiosas, noticias ámplias, crítica literaria, revista de modas, artículos de costumbres, todo lo que constituye la parte intelectual y material de la prensa, hallarán sin duda importantes y aun preciosos los diarios de Bélgica. La *Indépendance* y el *Nord* tienen todo eso, y lo tienen en alto grado. Pero les falta el carácter, la pasion, el corazon. Estos diarios se asemejan al literato hábil pero venal, á la

muger bella pero sin decoro. Los compra la Rusia, los compra la Francia, los compra quien lo quiero y lo puede. El diario belga es una mercaderia parecida á toda otra, con la diferencia de ser mas cara por ser mas preciosa. Pero Lais no deja de ser prostituida por ser bella, y la *Indépendance* no es mas honrada por ser mas cara.

¡Cosa singular! Hay en Europa dos gobiernos que no consienten en sus propios países la prensa independiente, discutidora, atrevida, y fundan ó protegen en el extranjero lo que vedan en su propia casa. ¿Oué se diria si el Sultan ó el emperador de China mandasen establecer una república fuera de Turquía y del Celeste Imperio? Pues no es ménos singular la política del Czar y la de Napoleon III cuando fomentan en tierra extraña una institucion que condenan en la propia. Este es el mas grande y honroso homenaje rendido á la prensa libre, á la publicidad, á la Opinion. El absolutismo busca su amparo, la acaricia, la ofrece sus tesoros siempre que de su espada de dos filos puede conservar y aguzar uno solo, el que hiere al enemigo.

La prensa de Bélgica es prensa de emigracion, así de hombres como de ideas. Sirve al socialista, al republicano, al liberal, lanzados fuera de sus países, y sirve tambien los intereses y las ideas de los gobiernos despóticos, cuya política aspira vanamente al silencio. El Czar y Napoleon III condenan en principio toda discusion política, pero en realidad la aceptan y la

consideran. Discuten negando el derecho de discutir y se ponen de hinojos delante de la Opinion para decirla: «no creo en tí». Semejante al poeta que juraba en bellos versos no hacer versos, el despotismo funda poderosos diarios para maldecir del diario.

En Alemania y en Italia la prensa diaria existe solamente como órgano del gobierno ó como agente de los negocios materiales: la prensa política no ha surgido aun en aquellos países tan tenaces en su amor al silencio, á las instituciones de la edad media, al absolutismo.

En Alemania el diario es un simple portero del Ministerio de relaciones exteriores, ó bien un tamborilero de noticias públicas y de negocios privados. Así como el diario da un juicio ó deja asomar un proyecto; así como alaba ó censura al gabinete extrangero, el embajador agraviado pide al ministro una pronta y satisfactoria explicacion.

La mitad de las transacciones diplomáticas de los gabinetes alemanes trae su orígen de las nuevas ó rumores propalados por la prensa. Si el *Wiener Post* deja entrever su enojo con Napoleon III, M. de Bourqueney, el embajador francés, pide cuenta al conde de Buol, no al *Post*. Si el *Berliner Zeit* agravia á la Inglaterra, el *Times* ataca al baron de Manteuffel, lord Malmesbury se dirige al ministerio, no al *Zeit*.

De suerte que los diarios de Alemania, meros esclavos de la policía, son ahora los que inician las mas graves complicaciones de la diplomacía. ¡Admirable

poder de la prensa! ¡Subyugada, llena de esposas y grillos, con bozal en la boca, guarda siempre la actitud del amo y la energía y tenacidad del tirano!

En Alemania la prensa que no es oficial es la mas nebulosa, abstracta, ó bien la mas vulgar y casera de Europa. Habla poco de política y ese poco envuelto en frases combinadas con pena, misteriosas, oscuras, á veces impalpables. Para que un diarista se atreva á dejar caer una ligera sospecha, ó una débil y tímida censura; para que juzgue á un funcionario ó ponga sus ojos en el príncipe, es preciso que arrebate al Apocalipsis sus imágenes misteriosas, al Dante sus tenebrosas malicias, á Kant su formulismo metafísico. El *Zeit* de Berlin decia, no ha mucho, que el cielo se habia dignado *visitar* al rey, dando de este modo á entender que el rey se hallaba imbécil é incapaz de gobernar el estado. Si el ministro de hacienda malgasta el tesoro público, suprime una buena contribucion ó impone una mala, el *Zeit* hablará de Faraon y de las espigas llenas y vacías de su sueño. Si algun príncipe es vicioso, sensual, vil, el *Zeit* se atreverá quizá á contar con timidez la triste historia de Nabucodonosor, el rey animal y hervívoro de la Biblia. Si la anarquía y la revolucion amenazan al estado, el *Zeit*, siempre parabólico y bíblico, sabrá hallar en el Apocalipsis algun monstruo raro, al cual pedirá su lengua, su voz, acaso sus fabulosos músculos, en su ausilio. Si el ministerio se mantiene á pesar del ódio nacional, el diarista de Viena ó de Berlin, incapaz de hablar el lenguaje del

pueblo, franco, sencillo, apasionado, hará uso de logogrifos metafísicos, y dirá que la autonomía está comprometida por el indivualismo, que el subjetivo se halla en peligro de ser dominado por el objetivo (el sable), y que, por último, el *yo* nacional, compuesto de muchos millones de *yo* individuales, vale la pena de ser considerado por el *yo* ministerial.

La prensa alemana se vé forzada á usar de esta lengua extravagante, simbólica, así como los hermanos Chappe, ausentes y por ello inhábiles para comunicarse por medio de la palabra, inventaron el recurso ingenioso del telégrafo. El diarista aleman es una especie de taquígrafo que escucha con el oido de todo el mundo y se comunica con una lengua de fábrica, convencional, inteligible al solo iniciado.

Y al lado del escrito enigmático, vaporoso, el diario aleman presenta cuanto hay de mas vulgar y de mas casero. Sin contar con la política, la prensa alemana es un mero agente de negocios privados, semejante al vendedor de calles, al traficante del mercado público. Cada cual pone en el diario lo que vende, lo que compra, pide al público un lacayo, un caballo, un coche, su vestido, su calzado: da parte de su condicion de célibe y fija la edad, belleza, méritos, dote, nobleza, carácter, cuerpo y alma, en suma, de su futura nóvia. Olvídase el diario del Apocalipsis, del Dante, del subjetivo, del yo, y divulga en lenguaje casero la existencia privada del indivíduo, de la familia, de la sociedad entera. En política, la prensa ale-

mana es un Pórtico, una academia de filosofía nebulosa: en lo demas, la prensa alemana es un meson de mercaderes, una féria á que todos dan y piden cita. El aleman, así como el griego y el romano de la antigüedad, vive en la calle, pero con esta diferencia, que el aleman vive en la calle por el órgano del diario y el romano y el griego lo hacian en realidad y verdad. La prensa es á las ciudades de la Confederacion lo que el Foro, las Térmas ó el Anfiteatro á Roma y Aténas. El *Allgemeine Zeitung*, por ejemplo, diario inmenso en que cada habitante de Augsburgo parece hallarse representado, es una especie de plaza pública ideal, un mercado fantástico en el que, semejante á los palacios de los cuentos orientales, se tiene cuanto se quiere sin ver ninguna persona, sin sentir ruido alguno ni divisar siquiera una sombra. Se interroga y se contesta sin hablar, se pide y se da sin alargar la mano, se compra y se paga sin que se vean compradores ni vendedores, se envian cartas sin sello ni posta, se reciben avisos útiles de origen desconocido, se acepta ó se rechaza sin averigar la procedencia del ofrecimiento.

Ha solido compararse esta publicidad de la vida en Alemania á la publicidad de la vida en Inglaterra, lo que es tan absurdo como poner en paralelo al Times y al *Allgemeine Zeitung*, porque ambos diarios tienen dimensiones colosales.

En Inglaterra la publicidad es esencialmente moral y moralizadora: en Alemania es exclusivamente material. El diario inglés sigue al ciudadano en las fun-

ciones importantes de su vida, observa su conducta, si calla ó si habla, si da ó si es avaro, si toma parte ó no en los negocios de la comunidad, del municipio, de la nacion. Lo espía, lo censura, lo aplaude: es un juez, un protector, tambien un verdugo. No conoce la prensa de Inglaterra quien juzga al diario por su hoja de avisos: esees el diario material, el mero cartel, no el diario moral, órgano de una opinion libre, justa, ilustrada, generosa. En Alemania el diario ni examina ni juzga: se le prohibe calificar la conducta, el carácter, las acciones, todo lo que constituye la naturaleza moral del hombre. En Nápoles hay siempre una inmensa muchedumbre en las calles y en las plazas, viva, alegre, habladora, ¿se dirá por eso que la existencia del pueblo napolitano se asemeja á la del pueblo de la antigua Aténas? ¿Hay paralelo posible entre el pueblo que se agita por libre, ansioso de emociones patrióticas, activo, imperioso, dueño de sí mismo, y la vil muchedumbre que sale á la calle á pedir al sol un rayo de calor, al aire un soplo de vida, al transeunte holgado un pedazo de pan? Asímismo ¿puede compararse la publicidad de la existencia noble, independiente, digna del inglés, con la publicidad mutilada y material del aleman?

El aleman es el pueblo mas intelectual de Europa. Pero la prensa exige mas que espíritu, carácter; mas que cabeza, corazon. Puede haber libro bello, grande, sublime en un pais despótico: Virgilio escribe la Eneida en tiempo de Augusto, Bossuet dicta su Dis-

curso sobre la Historia en las antesalas de Luis XIV: la prensa, el diario, demanda absolutamente independencia, libertad. Esto explica por qué la nacion mas inteligente, la mas sabia del mundo, la patria de Leibnitz y de Gœthe, no tiene todavía un diario que valga lo que cualquiera de Inglaterra ó de los Estados-Unidos.

En los estados de Italia, exceptuado solo el Piamonte, la prensa es un mero apéndice del almanaque. Los austriacos han fundado en Milan y en Venecia algunas publicaciones al parecer destinadas á maldecir de los italianos en la lengua del Tasso. Allí el diario, do quiera el órgano mas ó ménos fiel de la Opinion, es el azote de la Opinion. Es el mas impudente y el mas atrevido de los calumniadores. Si el pueblo se muere de hambre, el diario dice: el pueblo se muere de plétora. Si suspira y llora por amor de la independencia perdida, el implacable embustero exclama: el pueblo llora por ver á su adorado soberano. A la entrada de los austriacos en Venecia, no hace muchos años, la Gaceta italiana, forzada por el sable del vencedor, dió parte á la Europa, al mundo, de la extrema alegría y contentamiento de los desdichados venecianos: supuso abiertas sus ventanas, poblados los balcones, llenos los canales de góndolas empavesadas, festivas, especie de sirenas que hacian resonar sus armoniosos acentos en la mágica ciudad. Segun la pérfida Gaceta, el pueblo de Venecia habia recibido al vencedor tudesco como recibiera en otros tiempos á los

conquistadores de Constantinopla, á los heróicos soldados de Dándolo. ¡Tal es la prensa lombardo-veneciana!

En Toscana, Roma y Nápoles no hay prensa diaria: vése de vez en cuando tal cual papel mal impreso y mal escrito, en donde se avisa el santo del dia, la hora de preces, la salud y placeres del príncipe y una que otra noticia del extrangero.

En Alemania el diario es un cartel de Bolsa: en Italia es un cartel de sacristía. Ni en una ni en otra parte refleja á la Opinion, porque la sociedad, que la da vida y movimiento, tiene infinitas preocupaciones agenas del templo y del mercado. El diario está hecho para el hombre, sus pasiones, su ambicion, sus miserias, no para Dios, cuya gloria canta el universo y adora el alma en íntimo y tímido respeto.

Conviene observar que en Italia, nacion tan grande en otro tiempo, ahora tan abatida, las *efemérides* entran por mucho en la composicion del diario. Semejante á los ancianos, la Italia se complace en contar sus pasadas glorias. Las efémerides son la reminiscencia diaria de la historia, consuelo de imaginacion propio de pueblos que fueron mas de lo que son. El lector italiano toma el diario y lee: hoy no hay nada de bueno ni de nuevo — y mas abajo: en un dia tal como hoy, hará unos, cinco, ocho y dieziocho siglos, nació Dante, floreció Gregorio VII, reinó Trajano. ¡Desgraciada la nacion que tiene prensa de efemérides, y que se ve forzada á satisfacer su inteligencia y alimentar su corazon con reminiscencias de perdidas glorias!

Nos hemos detenido poco en el exámen de la prensa continental porque el diario, tal como concebimos su naturaleza y caracteres, libre, independiente, órgano de la nacion, el eco de la Opinion, existe tan solo en Inglaterra. En el Continente la prensa se halla todavía en el segundo período de su progreso: el de la revista, del folleto, del libro, periodo de ciencia, de literatura, de controversia ideal y teórica. El pensamiento, arrojado del diario, busca en cambio la senda morosa y extraviada de la publicacion periódica. El antiguo publicista ha convertido su pluma de acero, cortante, atrevida, á veces sangrienta, en paleta de frases académicas, almibaradas, mentirosas. En Europa el publicista que deja el diario para hacer folleto ó libro desciende, se humilla, se aniquila: desciende todavía mas, cae mas profundamente el orador que en cambio de una tribuna perdida sienta sus reales y se bate en la débil fortaleza de la revista literaria ó política ¿Qué figura tan triste no haeen, por ejemplo, en la *Revue des deux Mondes*, los Guizot, los Villemain, los Broglie, los Montalembert, formidables potencias de la tribuna parlamentaria? Estos hombres eminentes, ántes acostumbrados á dejar caer sus palabras como Bukingham las perlas mal atadas de su traje, para que las recogiesen los cortesanos de su grandeza; estos hombres, cuya voz resonaba en el espacioso recinto del palacio legislativo y de allí, llevada en las alas poderosas y rápidas de la prensa, salia á difundirse en todos los paises, traducirse á todas las lenguas: esos hom-

bres venden ahora por un óbolo, por un pedazo de pan, á la *Revue des Deux-Mondes*, su pensamiento, sus ideas, sus sentimientos mismos!

La revista literaria, formada de los despojos de la tribuna y de la prensa, ni es prensa ni es tribuna: no tiene el eco sonoro y armonioso de la palabra hablada, ni la audacia franca y noble de la palabra escrita en las columnas de una publicacion del dia, del momento. Ese en un hospital de los enfermos de la lengua, una indigna compensacion de la pérdida de la pluma independiente. La revista literaria no es libro, y por ello no tiene armonia, plan, conjunto, belleza ni arte: no es diario, y por ello carece de oportunidad, de vigor, de influencia: no es tribuna, y por ello no cuenta con espectadores ni aplausos, con magestad ni grandeza. Guizot, el grande historiador, el ministro ilustre, se degrada componiendo para la *Revue* artículos de venta, en que se queja del gobierno como el esclavo se queja del amo, sin franqueza ni dignidad, á media palabra, en claro oscuro, con reticencias tímidos; á espaldas, por decirlo así, del enemigo que ódia y que teme. No sería ciertamente ni justo ni racional el exigir de los hombres de hoy la conducta de Caton: no se les pide que destruyan sus entrañas con sus manos el dia en que los vence un tirano; pero á lo ménos pudieran guardar silencio, esconder su pluma, poner candado á su boca, revestir de honroso luto la libertad perdida y en duelo.

Hay dos cosas que Napoleon III ha respetado con

afectada generosidad ó mejor, con desprecio ostensible, la Academia y las Revistas: la una, porque no le ofende; las otras, porque ofenden á sus enemigos. Es temible, es por lo ménos digno y respetable el hombre que, vencido á pesar de su vigor y de su talento, deja los salones espléndidos de las Tullerías y vá á esconder su noble infortunio en una ignorada y humilde mansion de Paris. Pero ni es digno ni temible el enemigo que lanzado de la tribuna y de los palacios del gobierno, se refugia en las tristes columnas de una Revista, desde donde se mueve sin andar, abre la boca sin hablar, escribe sin decir su pensamiento, se agita sin accion, se consume y se devora en la impotencia.

No sabemos que instruccion sana y pura puedan dar á los pueblos unas revistas que torturan la historia de todos los tiempos, la moderna, la de Roma, la de Grecia, la historia fabulosa misma, los tiempos heróicos, para hallar un denuesto cobarde contra Napoleon III. Eso es no tener respeto alguno por la ciencia ni por las glorias de la humanidad. Si M. Villemain odia á Napoleon, dígalo con nobleza y sinceridad y no vaya á desnaturalizar la República de Ciceron, la República de Platon ó cualquiera otro monumento venerable de la antigüedad, para que hablen en su nombre y prohijen, excusen ó defiendan sus odios personales. Si M. Remusat piensa que el sistema parlamentario es el mejor y que el 2 de Diciembre, dia de su ruina en Francia, es una fecha nefanda, abominable, tenga el valor de expresarlo así como lo siente: no

desfigure la grande y bella historia de la Inglaterra, abundante en hechos heróicos, en sacrificios generosos, en lecciones de órden y de libertad, historia digna de ser estudiada con pasion y conciencia, no como recurso para el denuesto y la diatriba. Si M. de Montalembert deplora la suerte de su pais y desea verlo libre, gobernado por la ley, no por la voluntad del soberano, preciso es que asuma la responsabilidad de su opinion: no escriba un largo libro destinado, al parecer, á enzalzar á la Inglaterra parlamentaria, dirigido, en realidad, á deprimir la Francia imperial. Napoleon III desdeña con razon semejantes ataques, y porqué tolera alusiones que no le dañan, sus enemigos se imaginan que fueran dichas con ingenio y tan tapadas y escondidas que el amo no pudo verlas. ¡Ilusion, inocente ilusion! Las ve Napoleon, las ve la policía, las ve todo el mundo. Si la vista del soberano absoluto suele engañarse, no es — bien debieran saberlo los escritores de la *Revue des Deux-Mondes*, — no es porque ve poco sino porque ve demasiado, es decir, porque exajera la malicia de la alusion y abulta la culpabilidad del enemigo. La verdad es que Napoleon III, mas hábil en esto que Napoleon I, desdeña á los adversarios que venció cuando se batian con armas formidables, la tribuna y la prensa libres, y que ahora, extraviados por el infortunio, aspiran á reconquistar sus dominios perdidos peleando con balas de algodon, cañones de palo y fusiles de caña! ¡La guerra de alusiones y de reticencias es guerra de niños y de muge-

res! Napoleon, así como César, así como todo político profundo y conocedor del corazon humano, no teme sino al enemigo callado, sério, y se espanta si vé á Bruto *pálido y sumido en la meditacion*. Thiers, Changarnier, Cavaignac, Mazzini, Ledru-Rollin: unos, hombres de Estado; otros, militares resueltos; los últimos, enemigos implacables y dispuestos á servirse del puñal y de la bomba: tales son los adversarios que por distintos rumbos minan el poder del emperador. Una sola bayoneta basta á destruir las frases de la Academia y los artículos de las Revistas.

No se ha de considerar á la Revista como órgano de la Opinion sino en aquellos países en que la Revista es un apéndice, ó mejor, un compendio del diario. En Inglaterra la publicacion periódica ilustra, ensancha y profundiza las cuestiones tratadas por la prensa cotidiana. No es ni será jamas popular la revista literaria ó política: es tan solo una nota larga, erudita, puesta al pié del diario y hecha únicamente para el estudioso y el lector especial. En Alemania é Italia la Revista es exclusivamente literaria, y en consecuencia ni forma ni gobierna á la Opinion. Conságrase allí á dar al pueblo una lectura barata de ciencias, bellas letras, erudicion, arte, música; á ilustrar su inteligencia con un vasto y variado repertorio de conocimientos: no pretende, ni lo pudiera, formar su carácter, enseñarle sus deberes públicos, iluminar sus pasiones políticas. En Alemania é Italia, sobre todo en Alemania, la Revista es una academia en la forma

de escrito, que tiene su cátedra de filosofía, de historia, de literatura, de ciencias naturales. En lugar de ir el lector á la Academia, la Academia vá á casa del lector. La Revista hace de Jena ó de Gotinga millares de ejemplares que distribuye en todas las ciudades de la Confederacion.

Hemos procurado examinar la prensa en su sola condicion de agente de la publicidad, de eco de la Opinion, no como resorte al servicio de la instruccion del pueblo. Esto no correspondia á nuestro propósito. En nuestro juicio la prensa es la base indisputable de la civilizacion europea, civilizacion que ella ha cooperado á formar, á defender, á embellecer. ¿Cuál será el porvenir de la prensa diaria? ¿Vencerá ó será vencida? ¿Podrá mas que ella el absolutismo ó dominará al absolutismo? ¿Absorberá ó no al libro, á la literatura toda? Estas cuestiones son otros tantos misterios envueltos en las nubes del porvenir.

En su admirable poema de la edad-media Victor Hugo pinta aquella escena en que el sábio tiene en la mano un libro impreso que lee, ó mas bien que vé con tristeza como al mas temible rival del monumento, del templo de granito, del palacio de mármol: « esto, dice, destruirá aquello, CECI TUERA CELA. » Lo que Hugo aplica al monumento es quizá extensible á muchas instituciones políticas, á muchas costumbres sociales, al gobierno absoluto, á la vieja literatura, al libro, á innumerables monumentos, en suma, que parecian descansar sobre bases tan sólidas como las de

los Alpes ó los Andes. La prensa diaria aspira á absorber la inteligencia y el corazon de la sociedad, hacerse su criterio, su conciencia, expresar sus alegrías, sus penas, reflejar su existencia del dia, de la hora, del minuto. La imprenta, nacida, segun Hugo, enemiga del monumento, se ha convertido en su desarrollo, y cuando se ha puesto al servicio del diario, en enemiga del libro, que destroza y aniquila reduciéndolo á hoja suelta que nace, arroja una chispa de luz ó de pasion y perece en el instante.

Todavía mas elocuente y significativa es la profecía de otro poeta ilustre, autor de centenares de libros, improvisaciones mas ó ménos rápidas, pero marcadas todas ellas por el sello de fuego del génio. «Antes de que concluya este siglo, ha dicho Lamartine, el diarismo será la prensa toda, todo el pensamiento humano. Desde que el arte ha dado á la palabra una prodigiosa multiplicacion, multiplicacion que se multiplicará todavía mil veces, la humanidad escribirá su libro dia por dia, hora por hora, página por página: el pensamiento se esparcirá en el mundo con la velocidad de la luz. En un momento concebido, escrito y oido hasta en las extremidades de la tierra, el pensamiento correrá de un polo á otro, rápido, instantáneo, llevando consigo la llama del alma que le dió vida : será el imperio del verbo humano en toda su plenitud; no tendrá tiempo para perfeccionarse, ni para acumularse bajo la forma del libro ¡el libro marcharia muy despacio! ¡De ahora en adelante el solo libro posible es

el diario! » Palabras tristes como un canto fúnebre, misteriosas como el libro de la Sibila! El autor del libro anunciando la muerte del libro y cantando á la prensa un himno de luctuosa armonía, se asemeja al gladiador moribundo cuando exclamaba: *¡Ave, Cæsar, morituri te salutant!...* Pero Lamartine, como todo poeta, es un profeta demasiado triste: el diario será sin duda César, pero el libro no será el gladiador moribundo. Perecerá el libro de circunstancia, de polémica, de la moda, el libro de la muchedumbre, el del traficante literario, la mercadería científica, tal como la enciclopedia, la novela, el drama vulgar: perecerán las obras de Balzac, de Dumas, de los infinitos artífices literarios que piensan para vender su pensamiento y escriben para vender su escrito. Pero el libro noble, grande, hijo de una inteligencia elevada, de un corazon puro, inspirado por la fé, por el amor de lo bello, de lo bueno, trabajado con arte y conciencia: ese libro, cualquiera que sea su autor, Chateaubriand, Guizot, Lamartine, cualquiera que sea su nombre, *Génio del Cristianismo*, *Historia de la Civilizacion*, *Meditaciones poéticas*, ese libro *no marchará despacio, sino que correrá de polo á polo* llevado en alas de la prensa diaria, su auxiliar, su precursor, su apologista!

A medida que ha ido creciendo el influjo de la prensa diaria, ha decaido paso á paso otra deidad ántes poderosa y venerada, la Universidad, órgano de la Opinion cuando no lo habia mejor.

La Universidad es la sola institucion liberal de la edad-media; pero es hija de la edad-media y ha debido sucumbir con ella.

La Universidad no tiene derecho á existir en este siglo XIX. Es demasiado liberal como institucion conservadora: demasiado tímida como institucion de progreso.

Es bien sabido que los Papas dieron orígen, títulos, honores, privilegios, su existencia misma á las universidades de Paris, de Oxford, de Boloña, de Salamanca, de Lovaina, las mas célebres de Europa, y sin embargo todas ó casi todas se han mostrado enemigas ó tibias partidarias de la Iglesia. Oxford se ha convertido en el Pórtico del protestantismo; Salamanca fué para los reyes de España un dócil auxiliar, un esclavo docto al servicio de su ambiciosa política y de sus prerogativas patronales, de sus regalías; la universidad de Paris sostuvo al partido galicano, especie de cisma religioso favorable al poder absoluto. No será pues la Iglesia quien dé su amparo á la Universidad, hoy dia desacreditada y zozobrante.

Recomiéndase todavía ménos á la piedad del Estado. La Universidad nació opositora, se desarrolló opositora, morirá opositora. Ha tocado á los cuerpos sábios la triste condicion de haber sido siempre ó enemigos implacables del poder ó sus mas humildes esclavos. La Universidad no tuvo ni podrá tener jamás el tino del gobierno, el talento de lo oportuno, de lo conveniente, la flexibilidad en la entereza, la energía

en la flexibilidad. Así como hay hombres de gran razon sin ser racionales, sensatos, hay tambien cuerpos muy sábios y muy poco sabidos.

Habiéndose las Universidades enagenado la buena voluntad de la Iglesia y del Estado, de la una por su ingratitud, del otro por su falta de tacto, no les quedaba otro recurso, si no querian perecer, que echarse franca y apasionadamente en brazos del pueblo. Así lo han hecho la prensa, la literatura, ambas perseguidas por la autoridad de los reyes y alguna vez por la autoridad de los gefes eclesiásticos. Pero las Universidades, ménos hábiles que la prensa y la literatura, no han sabido ganarse ningun ámparo, ni el del Estado, ni el de la Iglesia, ni el del pueblo, la espada, la mitra, la Opinion, las tres grandes potencias de la tierra. Las Universidades han creido que eran por sí mismas potencias indipendientes y formidables: se han engañado lastimosamente. En la sociedad no hay mas que tres amos, la fuerza que domina el cuerpo, la fé que subyuga el corazon, la Opinion que impera sobre las costumbres y regula la conducta de los hombres. La ciencia no es potencia: es el reflejo armonioso del universo y de la humanidad. El espejo no crea la forma ó figura que reproduce: así mismo el sábio no crea la sociedad que pinta ó describe, la batalla que refiere, la ley que examina, la riqueza de que hace el inventario, la doctrina moral ó religiosa que explica y dilucida. La presuncion ha destruido los cuerpos sábios. Se han imaginado que

por tener la palabra poseen el pensamiento y que por manejar habilmente la pluma son capaces de gobernar con acierto los estados. De aquí el orgullo, el aislamiento, el descrédito.

En la historia de la edad media las Universidades tienen páginas brillantes, largas, honrosas: en la del siglo XIX no tienen una línea. Hoy las Academias escriben tan solo la historia: ántes la hacian en parte y la escribían. Ese héroe de espada y pluma, de lucha y de literatura, de accion y de pensamiento, ha perdido ahora la mas poderosa de sus facultades. Los Xenofontes del siglo XIX escriben la retirada de los *Diez mil*, pero no fueron ellos los que la supieron dirigir. En otro tiempo se hacia ministros á los académicos: ahora se hace académicos á los ministros. Guizot, Thiers, Villemain, las mayores glorias de la Academia francesa, no fueron considerados dignos del sillon de Voltaire sino despues de tener en la mano la cartera de Turgot y de Choiseul.

La Academia francesa, la mas ilustre de Europa, se halla compuesta de cuarenta miembros, de los cuales un tercio de ministros, un tercio de duques ó marqueses de la vieja nobleza, un tercio, el último en importancia, de literatos adoradores, mas ó ménos sinceros, de un clasicismo que tiene mas que hacer con la política que con las letras, con Luis XIV y los Borbones que con Aristóteles y Boileau. Si hay tal cual escritor que ha podido penetrar en el santuario sin revestir alguno de esos tres uniformes, ha sido porque su

gloria era irresistible y sin límites su popularidad. Hugo y Lamartine no han entrado en la Academia : la tomaron por asalto. El pueblo los llevó en hombros y abrió las puertas como derrocara la monarquía de Cárlos X y de Luis Felipe, por una revolucion. La-Mennais y Proudhon, gigantes que no cabrian en veinte asientos, no han sido considerados dignos de uno solo. ¡ No eran duques, ni ministros, ni clásicos vergonzantes!

¿ Es pues de extrañar que la Academia francesa no tenga la menor influencia en la nacion ni tome parte en la formacion de la Opinion? Qué prestigio político puede tener una sociedad que contradice las simpatias del pueblo, da acogida amplísima al noble, al poderoso y la niega al verdadero literato ; una sociedad que se muestra indiferente á la suerte del pais y hostiliza al gobierno sin halagar á la nacion? La Academia francesa es sin duda un sol de luz ; pero á su alrededor no gira ningun astro ni es centro de sistema alguno. Es un sol aislado, solitario, cuyos rayos nada fecundan. En 1848 la Academia decia : no conviene un presidente Bonaparte, y el pueblo la contradijo por cuatro millones de votos. En 1851 la Academia condenó el golpe de Estado y la Francia lo absolvió, lo aplaudió. En 1852 la Academia rechazó el Imperio y el pueblo lo restableció por ocho millones de sufragios. El pueblo tenia sin duda mejor tino de gobierno que trece duques de vieja nobleza, enemigos naturales de Napoleon; trece ex-ministros de Luis Felipe, amigos necesarios de la

casa de Orleans; y trece clásicos vergonzantes, partidarios de los Borbones porque los cantó Racine, los admiró Pascal ó hizo su oracion fúnebre Bossuet.

Si en nuestro tiempo las sociedades sábias no tienen el valimiento de otra época, es porque viven aisladas del pueblo y se arrogan una dictadura intelectual y moral que nada justifica. De un siglo á esta parte el mundo europeo ha cambiado de faz: hánse reformado los sistemas de gobierno, las industrias, las artes, las ciencias: el vapor, el telégrafo, ántes desconocidos, representan hoy un gran papel en la escena de la sociedad. La vida material así como la existencia moral han cambiado sino de fines, siempre los mismos, al ménos de medios, de agentes. ¿Qué participacion corresponde á las academias en tan vasta reforma? ¿Han sido los cuerpos sábios los que han emancipado al pueblo y hecho la revolucion política? ¿Eran académicos los tribunos de la Constituyente y de la Convencion, los liberales de Inglaterra, España é Italia? Y pasando de estos progresos políticos á los progresos de arte, de maquinaria, de locomocion, todos tan útiles al mejoramiento de la condicion del pueblo ¿cuántos y cuáles deben su orígen á las academias? En Inglaterra el doctor Ladner, matemático y naturalista eminente, miembro de la Sociedad Real de Lóndres, escribe voluminosos libros contra los ferro-carriles, en su opinion cosa imposible, absurda, á lo ménos inaplicable. Todos los cuerpos sábios así de Europa como de América se rien de Fulton, el inventor de la locomocion

por vapor, y lo tratan como á visionario. Watt y Awkright no eran miembros de Gambridge ni de Oxford; Jacquard no pertenecia á la Sorbona. En Francia un académico muy ilustre y tambien hombre de estado, M. Thiers, juzgaba el ferro-carril como invencion curiosa, de lujo, de todo punto inaplicable al tráfico ordinario. Parece que la Providencia, queriendo castigar la soberbia de los doctos, ha dispuesto que los inventos mas preciosos, el vapor, el telégrafo, el telar mecánico, no ménos que las reformas mas trascendentales, la abolicion de la tiranía feudal, del antiguo sistema de contribuciones, de los monopolios, etc., dimanen del pueblo, de hombres humildes!

Otra causa que explica la decadencia de las Universidades es la extraordinaria difusion del saber, del número tan grande de los maestros que lo reparten, del número infinito de los discípulos que lo reciben. En la edad-media la Universidad era el solo *principium et fons*, el único depositario de la ciencia. En el siglo XV el francés, inglés ó español que no aprendia la ciencia en Paris, Oxford ó Salamanca, no las aprendia en ninguna parte. Eran entónces las Universidades monopolios del saber, especie de metrópolis que reinaban con tiranía sobre las inteligencias de la nacion. El génio audaz y profundo de los jesuitas dió el primer golpe al poder de las Universidades. Los jesuitas tienen la gloria de haber multiplicado, y si se permite la expresion, de haber descentralizado la enseñanza científica, literaria y de artes. El que lea con meditacion la

historia de esa célebre sociedad hallará la explicacion muy fácil y muy clara de la desapiadada guerra que le hicieron los cuerpos sábios. Lainez y sus sucesores derribaron y postraron en tierra la Sorbona de Paris, Salamánca, Boloña, Pavia, Lovaina: de entónces data el descrédito de las Universidades. No sabemos como interpretaránd este hecho los historiadores de la Compañía, pero sabemos que el gran Bacon, ministro del devoto Jacobo I, miembro de un parlamento fanático, enemigo él mismo de la Iglesia Católica, admiraba á tal punto la revolucion que los jesuitas habian hecho en la enseñanza, que exclamaba: «¡ah! si fuesen nuestros!»

Las Universidades de ahora son á las de la edad-media lo que los títulos de duque ó conde del siglo XIX á los soberanos así denominados en el siglo XIII: nombres honoríficos, vanas sombras de un poder perdido.

La imprenta, difundiendo el saber y llevándolo, por decirlo así, á la morada del estudioso mas pobre y humilde, despojó á la Universidad de su prestigio y de su gloria. La imprenta ha sabido hallar el molde de medallas que eran preciosas por ser únicas: ella fabrica cada dia millares de ejemplares de esa medalla gótica que se llama Universidad. Una enciclopedia es la Universidad en forma de libro.

Las corporaciones sábias han quedado reducidas á meros puestos de honor, á una especie de aristocracia establecida en premio del talento conocido y como estímulo del talento todavía oscuro é ignorado. La

prensa les arrebató el prestigio de su palabra escrita, y la asamblea política las despojó de la influencia de su palabra hablada. El parlamento y el diario, hé aquí los dos agentes de la Opinion, las dos lenguas de fuego que comunican su pensamiento bajo la forma oral ó la artística, la que llega á la inteligencia por el oido y la que llega á la inteligencia por el ojo.

Casi todos los países de Europa tienen su asamblea política, llámese Parlamento, Dieta, Asamblea, Congreso, Córtes. En Rusia hay Senado, en Austria Consejo aúlico, en Turquía Tanzimat. La importacia de cada uno de estos consejos legislativos ó de gobierno se halla graduada al nivel del influjo de la Opinion. No es dado á un príncipe, á un revolucionario, á ningun hombre, cualquiera que sea su elevacion, el poder de constituir una asamblea política segun su voluntad y sus intenciones. La Opinion es el solo legislador: podrá tanto una asamblea cuanto pueda la Opinion.

Han creido los publicistas que toda la ciencia del gobierno consiste en el secreto de separar los cuerpos del estado delimitando hábilmente sus facultades y relaciones. Mas para que esta teoría sea practicable es preciso que cada poder tenga una definicion exacta y fija, definicion que la ley y la constitucion del estado son impotentes á formular. La Opinion, la sola Opinion es el legislador supremo de las naciones modernas. Para que exista un congreso legislativo respetado, enérgico, censor y juntamente auxiliar del gobierno, no

basta que una constitucion determine sus facultades, establezca sus prerogativas, lo haga santo é inviolable. El derecho que no ha pasado por la Opinion ántes de llegar á la ley, no será jamás un verdadero derecho. Lo que hace un individuo lo destruye otro individuo. Lo que dimana de la Opinion, del criterio nacional, de la conciencia pública, no puede ser aniquilado por la voluntad del hombre solitario ó de la reunion de hombres que se llama gobierno. Los publicistas teóricos han desconocido estos hechos y por eso sus obras, combinadas con sumo arte y habilidad, han sido creaciones efímeras, sin base, sin verdad.

La ciencia política ha pretendido en este siglo la obra imposible de dar á cada país una asamblea uniforme, elegida por el pueblo, legisladora con el príncipe ó gobierno; sin tomar en cuenta el estado de la Opinion, sus pasiones, sus intereses, su ilustracion. Este error supone el desconocimiento total de la sociedad moderna. Pudo haber entre los antiguos un Solon, un Licurgo, legisladores patriarcales que dictaban un código de reglas á una pequeña comunidad que ya de antemano gobernaban por su espada ó por la superioridad de su génio. Pero en la sociedad moderna no es posible un legislador individual, así en política como en religion. La mision del estadistad, mision en verdad muy grande y muy difícil, consiste en asimilar la ley á la Opinion, armonizar la idea y el hecho, el principio y la costumbre, aceptando con franqueza

lo bueno y lo malo, las preocupaciones, los defectos mismos del pueblo. La peor constitucion será siempre la mas perfecta en la teoría, porque será la ménos aplicable, la mas ideal y fantástica.

Las asambleas políticas de Europa que han logrado resistir al absolutismo de los reyes son aquellas que tienen su cimiento en la Opinion, que se hallan encarnadas en las tradiciones, la historia, la existencia misma del pueblo. Ha habido instituciones muy imperfectas y sin embargo muy respetadas, y otras, que las aventajaban en ciencia y grandeza, han caido al primer embate de un dictador ó de un rey despótico. ¿Qué paralelo posible hay, por ejemplo, entre los parlamentos de la vieja monarquía francesa y las asambleas posteriores á la revolucion de 1789? Eran los primeros simples tribunales de justicia, tímidos censores del poder, compuestos por la Corona ó bien por compra ó derecho hereditario: eran las otras representaciones nacionales, elegidas por el pueblo, destinadas á legislar, á veces á gobernar, todavía mas, á constituir el pais: componíanlas los hombres mas ilustres en la sociedad, la ciencia, la política, la nobleza. Pues bien, los antiguos parlamentos luchaban de potencia á potencia con los reyes del derecho divino, les negaban los impuestos, destruian sus últimas voluntades, alteraban los estatutos de minoridad, de regencia, limitaban y en ocasiones corregian la arbitrariedad administrativa. Harto ménos poderosas se han mostrado las asambleas modernas. Las dominó la

muchedumbre en 1793, las atropelló el Directorio, algo mas tarde; Napoleon I las arrojó por las ventanas el 18 brumario, las envileció durante su reinado; Luis XVIII y Cárlos X las formaron á su amaño y segun sus intereses; Luis Felipe las sedujo por el oro y los honores; Luis Napoleon las ahogó entre sus brazos el 2 de diciembre 1851! ¡Mas trabajo habia costado á Richelieu y á Luis XIV, estos colosos del viejo despotismo, dominar y abatir á los parlamentos! El defecto de las asambleas francesas está en no haberse jamas asimilado á la Opinion, en haber sido demasiado teóricas en su formacion, sus actos, su conducta, sus tendencias. Durante la primera revolucion fueron romanas y griegas; en tiempo de Napoleon parodiaron el senado de Tiberio, en la época de la Restauracion y de la monarquía de Julio se constituyeron segun el modelo inglés. La Opinion de la Francia, la sola hábil para formarlas, no intervino jamas: asistió indiferente á su nacimiento, presenció sin dolor sus funerales. ¡El pueblo francés no habia de lamentar la ruina de una asamblea romana, griega, inglesa!

Pero hay por fortuna un pueblo cuyas virtudes políticas y sociales, constancia, fé, amor de la libertad, cuya ilustracion práctica, sensata y oportuna, han sido premiadas por la mas brillante de las recompensas, la de poseer una asamblea verdaderamente nacional, suya, la hija de su historia, á un tiempo efecto y causa de su grandeza, eco fiel y elocuente de la Opinion.

El Parlamento inglés es la asamblea de la Gran-

Bretaña y tambien de la Europa. Mientras haya en Lóndres un tribunal creador y ejecutor de la ley que obedece el pueblo mas poderoso y espansivo del mundo, habrá en Europa un órgano independiente de la Opinion, censor de toda tiranía, protector de todas las buenas causas, el órden, la libertad, la humanidad. En la sala de Westminster se hallan representados el campesino de Rusia y de Polonia, el súbdito oprimido de Hungría y de Lombardia, el rayá de Turquía, el desterrado de Cayena, el pária de la India, el pueblo abatido de Nápoles, el judío de Suiza, el americano del Sur en lucha desigual con el americano del Norte todos los hombres, los partidos, las causas tienen su asiento, su protector, su órgano en esa asamblea de influencia universal. El pueblo inglés, persuadido de que la Providencia le ha confiado una mision grande, humanitaria ; que es de su deber interponer su influjo en favor de la justicia y del derecho, cualquiera que sea la elevacion del culpable y la humildad de la víctima ; que juzga digno de su generosidad y de su fortuna extender su manto de púrpura sobre miserias que no le son propias ; el pueblo inglés, representado por su parlamento, aconsejado por su prensa, pide cuenta y llama á juicio al czar de Rusia, á Napoleon III, al emperador de Austria, al Sultan, á todos los potentados de Europa, los interroga, los examina, los absuelve ó los condena. Si el Czar cree que el desierto y el silencio le aseguran la impunidad, el Czar se engaña : el *Times* lo sabe todo, la Cámara de las Comunes lo

investiga todo. Si Napoleon dicta una ley vejatoria ó maltrata ó despoja al enemigo, el Parlamento Inglés hará su proceso y le aplicará sino un castigo material, á lo ménos ese castigo moral que envuelve la desaprobacion de un gran pueblo libre, moral, justo. Ha habido ocasiones en que Westminster era el solo amparo de la justicia. En tiempo de Napoleon I, así como en la época de los emperadores romanos, el que incurria en el ódio del amo estaba perdido. ¡El César mandaba en España y en Polonia, en Hamburgo y en Mesina! El proscrito de su patria y del suelo extrangero sometido al tirano de su patria, invócaba el auxilio y la generosidad del Parlamento Inglés, el solo libre, altivo, el soloindómito.

No sabemos porqué los hombres liberales y cultos de Europa pudieran resentirse de la dictadura de Opinion que se arroga el Parlamento Inglés. ¿Se teme que esta ilustre asamblea aconseje absolutismo á los reyes? ¿Puede suponerse que preste su voz al gobierno arbitrario, al sable, á las tiranías de toda clase, sectarias, políticas, sociales? ¿Qué derechos, qué prerogativas legítimas invade el Parlamento? Cuando la Cámara de los Comunes exige del ministerio que intervenga en favor de los prisioneros del rey de Nápoles, ¿ultraja, por ventura, á la nacion napolitana? Cuando la Cámara censura el régimen tirante y duro de los rusos en Polonia, ¿ataca el honor y los privilegios nacionales de los polacos? Concebimos que el Czar, los emperadores, los reyes, todos los gobiernos abso-

lutos de Europa miren con horror una asamblea que los desaprueba, los condena, los castiga. Pero el hombre libre y culto que se lamenta de la influencia del Parlamento Inglés, maldice de su amparo, de su protector, rompe el manto que lo cubre, la espada que lo defiende.

Se ha dicho que el solo contrapeso del absolutismo ruso es el puñal del boyardo. Tiene todavía otro mas digno y eficaz, el Parlamento Inglés. Si el Czar tiraniza, no serán por cierto el emperador de Francia ni el de Austria quienes permitan condenar excesos que ellos cometen ó que por lo ménos excusan. Mas el Parlamento Inglés no es solidario del despotismo ni ha hecho causa comun con ninguna tiranía: el Parlamento hablará y hablará sin ambages, con franqueza y dignidad. Hará todavía mas: pedirá al gobierno, su hechura, su servidor, que intervenga y ponga de parte del oprimido la formidable espada de la Inglaterra. El Parlamento es el depositario de la Opinion no solo de Inglaterra sino de la Europa, del mundo civilizado y cristiano. Seria incompetente si los hombres que lo componen fuesen de otro orígen, religion, de otras ideas que los que sufren; pero el pueblo inglés es una fraccion de la familia cristiana, la mas libre, la mas venturosa fraccion; y debe sus simpatías y su amparo á los miembros ménos felices. Siempre que se juzgue la intervencion del Parlamento no se pierda de vista que la Europa es una república unida y armoniosa, cuyo sistema cambia, y no su naturaleza. En otro

tiempo era gobernada por el Papa y el César, la fé y la fuerza, la religion y la espada, la creacion del entusiasmo y la creacion de la necesidad : ahora se halla regida por la espada, que representa el Equilibrio, y la Opinion, conciencia de la sociedad, religion de la tierra. Toda influencia de Opinion es justa, legítima, necesaria. ¡Cuán grande no es la fortuna de la Europa en contar con una institucion permanente, noble, incorruptible, á cuyo amparo se acoge el proscrito perseguido, la palabra encadenada, el derecho hollado por la fuerza, la justicia violada por el absolutismo! Y despues, cuando el trono zozobra, el órden vacila, se desenfrenan el pensamiento y la pluma, cuando la anarquía domina en lugar de la tiranía, el Parlamento inglés, imparcial como la razon, justiciero como la conciencia, pone á la Opinion en equilibrio ayudando al moderado, al sensato, al hombre amante de la autoridad y del derecho. ¡Singular fortuna de Inglaterra! De las instituciones que enorgullecen á la Europa, suyas son, y solo suyas, las mas grandes y las mas bellas, la prensa y la asamblea política, el *Times* y el Parlamento!

Hemos visto que la Opinion, reflejada por la prensa diaria, las academias, los parlamentos, bajo todas las formas de la palabra hablada y escrita, ha debido luchar tenazmente á fin de hacerse, lo que es ahora, uno de los grandes elementos, acaso el primero, de la sociedad europea. La Opinion se halla todavía en la cuna y ya ha hecho inmensos bienes al mundo civili-

zado y cristiano. Despues de la religion, esta hija del cielo, no hay potencia alguna que pueda ostentar un inventario de progresos tan numerosos ni tan bellos.

El cristianismo dió á la Opinion su universalidad y alta moralidad: en cambio la Opinion ha purificado al cristianismo de las miserias humanas, meramente humanas, con que lo desfiguró la edad-media. La conciencia de la sociedad, ilustrada por los siglos, por la experiencia, tambien por el sacrificio y el dolor, duros pero incomparables maestros, se ha indignado al ver que se atribuia á la doctrina sublime del Salvador la intolerancia, la persecucion, la violencia. La Opinion abolió la tortura, el auto de fé, el fanatismo sanguinario, tan contrarios al espíritu y á la caridad del Evangelio. Los escépticos y los ateos, mas fanáticos todavía que los inquisidores, no tienen derecho á reclamar por suyo un bien que pertenece tan solo á la dulzura de las costumbres, al influjo de una Opinion culta y humana. En nombre de Voltaire y de los enciclopedistas se ha perseguido y derramado tanta ó mas sangre que en nombre de la Inquisicion. La diosa Razon ha costado no ménos lágrimas y sacrificios que el culto del creador del Universo.

Gracias á la Opinion, la Iglesia Católica, intérprete única de la doctrina cristiana, ha sabido depurarse de ambiciones seculares, ha sacudido el polvo que á su brillo arrojara la edad-media. El verdadero católico de hoy dia no quiere la intervencion del Papa en los negocios seculares de las naciones: prefiere Pio VII, el

humilde pontífice, el vicario de Jesus, á Gregorio VII, grande hombre, gran santo, especie de emperador romano vestido de Papa, mas parecido á Trajano que á San Pedro. La Opinion católica no permite ahora que las dignidades de la Iglesia, cardenales, obispos, sean meros resortes al servicio de los reyes y de los partidos, ni títulos de honor para satisfacer el orgullo de las familias aristocráticas. ¡Cosa admirable! La Opinion, desarmada, benigna, conciliadora, ha sido la sola potencia que de vez en cuando ha logrado influir sobre la Iglesia Católica, cuya entereza, sostenida sin duda por la voz del cielo, no se ha doblegado ante el absolutismo de los reyes modernos y el furor implacable de los sectarios de todas las épocas! La Iglesia cede á la Opinion, la respeta, la venera, no porque reconozca en ella un superior— la Iglesia no lo tiene— sino porque en la Opinion mora la Iglesia misma, es su intérprete, su consejo, su solo inspirador humano. ¿Qué es la sublime idea de la comunidad cristiana sino la palabra de Cristo, el Verbo encarnado en la conciencia de la sociedad y reflejado por la Opinion? El Papa es el vicario de Cristo, pero la comunidad de los creyentes es Cristo mismo, representado en la tierra no bajo la forma material de hombre, sino bajo la forma abstracta é inmaterial de idea, de doctrina, de pensamiento. Puede un tirano oprimir al Papa y asi en efecto lo hicieron los soberanos de Roma, los príncipes cristianos mismos, un Cárlos V, un Napoleon: nadie, nadie será bastante fuerte para dominar á la Opinion cristiana,

gigante invencible que la hostilidad engrandece y que semejante al Anteon de la fábula, saca fuerzas de sus heridas y se levanta poderoso cuando parecia moribundo. No se ha humillado pues la Iglesia Católica cuando, prestando oido á los consejos de la Opinion, conciencial-universal que ella misma ha formado, ha hecho esta ó aquella reforma en sus leyes, su disciplina, sus servidores, en todo aquello que por venir del hombre pudo ser corregido por el hombre.

Si la Opinion se ha mostrado la consejera respetuosa de la Iglesia, con los reyes y los poderosos de la tierra, subalternos suyos, ha tomado la actitud del censor imperioso, del amo. La Opinion ha impuesto á cada corte un código de leyes de conducta, aun á aquellas cortes que no respetan ley ni código alguno. Hoy no es posible el escándalo que vió el siglo pasado. En el siglo XIX, durante el reinado de la Opinion, no puede haber en Europa un Luis XV, una Catalina II, una Carolina de Nápoles, un Federico de Prusia. Hay sin duda sátrapas coronados, ateos ministros ó príncipes; hay en la sociedad infinitos hombres perversos y corruptores; pero no hay, porque la Opinion no lo permite, inmoralidad sistemática, cinismo oficial, ateismo heróico y públicamente aplaudido. La religion ha cambiado de formas y de agentes, obedeciendo sin duda á las disposiciones de la Providencia. No se crea que los reyes dejan de tener censores porque ya no tienen confesores: ¡la Opinion es el confesonario de los príncipes! Ella los pone á sus piés, les doblega su altiva

cabeza, los cubre de ceniza, los interroga, los apremia y los obliga á derramar lágrimas de vergüenza y de remordimiento. La Opinion hace ahora con cada soberano culpable de crueldad ó de corrupcion lo que el ilustre San Ambrosio con el Emperador Teodosio, el devastador de Tesalónica: lo arroja del templo y lo condena á la penitencia, á la gehenna. ¿Pudiera ahora Napoleon III, como lo hiciera Luis XIV, arrancar su esposa á un súbdito, violar la santidad del claustro, dar títulos ducales al adulterio, cubrir de púrpura al hijo del deshonor y del crimen y arrebatar al pueblo su pan para darlo á sus mancebas? ¿Pudiera el czar Alejandro llevar en Petersburgo, pueblo *ab orbe semoto*, al parecer fuera de la jurisdiccion de la censura europea, la conducta licenciosa de su bisabuela, la emperatriz Catalina? ¿Pudiera el rey de Prusia vivir, al modo de Federico el Grande, rodeado de viles cortesanos que para halagar á un príncipe no vacilaban en ofender al Dios del Universo; y morir, semejante al mismo soberano, legando su alma á la nada y su cuerpo al cementerio de sus caballos y perros? Ciertamente que no. La Opinion ha levantado de su postracion á la moral, al órden, á la religion misma, ántes abatidos á los piés del absolutismo. No ha llegado á obtener, porque no es posible, que toda mujer sea fiel, digno todo escritor, puro y severo todo sacerdote; pero á lo ménos ampara á la esposa que se mantiene honrada, al sábio que respeta su inteligencia, al levita que venera su templo. Si Bossuet viviese hoy, no se veria

forzado á rebajar su genio, su carácter, ni á rendir sus homenajes á la manceba del amo. En el siglo XIX el rey no es amo sinó á medias y no le es dado presentar al público á la cómplice de sus vicios. Cuando la Opinion era débil, el absolutismo reclamaba la adoracion de sus vicios así como el respeto á sus decretos políticos: ahora que la Opinion es omnipotente, el absolutismo aspira tan solo al mando del estado. Este es un gran progreso. Si la libertad todavía no es posible, son posibles, por fortuna, la virtud y el honor. Si aun no es dado ser ciudadano, ya se permite ser hombre de bien. En los viejos tiempos la muger tenia honor si el rey lo queria, el padre guardaba á su hija si el rey no lo llevaba á mal, el sacerdote mismo, cualquiera que fuere su carácter y su nombre, Bossuet, Fenelon, no podia llenar su ministerio ni predicar contra la corrupcion sinó cuando el rey lo toleraba. La Opinion, no los tribunos, los publicistas ni las revoluciones, es la sola restauradora de la moralidad de las córtes.

Es deplorable en verdad, y muy deplorable, que la religion haya perdido en esta época algunos de sus legítimos y saludables prestigios y que la Iglesia no tenga ahora, como en otro tiempo, rayos abrasadores para lanzar sobre la cabeza de los poderosos. Pero no se crea por eso que la moral decae, que el cristianismo carece de poder. La censura del cielo, antes administrada por el sacerdote, se halla hoy en poder del pueblo: el anatema existe y existe fulminante, terrible: solo ha cambiado de agente, de órgano. Sale ahora de

la voz pública, de la conciencia universal, de la comunidad cristiana, de la Opinion. No diremos que es el conducto mas propio, pero cualquiera que sea el agente de la moral, siempre será saludable, útil, precioso á la sociedad. No se ha de olvidar tampoco que la Iglesia es parte de la Opinion, la mejor, la mas noble y elevada, y que como tal ejerce una justa influencia sobre los poderes sociales y políticos del mundo.

La Opinion ha cooperado poderosamente á constituir la entidad moral que se llama civilizacion europea: ella ha confundido en un todo único y armonioso las ideas y las costumbres; ha borrado las repugnancias de pueblo á pueblo, de raza á raza; ha dado criterio y conciencia idénticos á innumerables naciones de origen distinto, de caracteres rivales. Gracias á la Opinion, la república cristiana y civilizada, la Europa moral, si es permitido decirlo así, cuyas dimensiones son harto mayores que la Europa material, es el mas vasto y armonioso conjunto de hombres y de cosas existente hoy dia en el mundo: conjunto en el que las desigualdades tienen su punto de contacto y de aproximacion, en el que la variedad de la palabra se confunde en la unidad del pensamiento, las diferencias de culto en el predominio de la doctrina absoluta y generadora, los conflictos de intereses en el ánsia general de progreso; conjunto, en suma, en que la desemejanza de los medios no perturba la identidad del fin.

El EQUILIBRIO, ó sea la unidad de la espada, el CRISTIANISMO, la unidad de la fé, y la OPINION, la

unidad del criterio y de las costumbres: tales son las tres bases sobre las cuales descansa ese admirable monumento que se llama civilizacion ó UNIDAD DE LA EUROPA.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO

AGENTES DE LA CIVILIZACION EUROPEA.

LATINOS Y ANGLO-SAJONES.

CARACTÉRES DE LAS RAZAS PREPONDERANTES.

En la primera parte de este Ensayo nos hemos propuesto el estudio, segun convenia á nuestro plan, de los elementos que constituyen la civilizacion general, la república europea, cuya base fundamental de existencia y de progreso es la ley de la unidad. De esta obra grandiosa son operarios útiles todas las razas, todas las naciones, todos los individuos, el latino, el sajon, el escandinavo, el eslavo, denominaciones que se confunden bajo el distintivo absoluto de cristiano. En la historia de la civilizacion la gloria de los individuos rivaliza y á veces prepondera sobre la gloria de los pueblos: Guttemberg, Galileo, Colon, Vasco de Gama, hijos de comunidades subalternas en la gerarquía europea, tienen en la historia filosófica un pues-

to tan alto como los soberanos y los pueblos mas poderosos de la época en que florecieron.

Nos corresponde ahora tratar no ya de progresos generales ni del valor de los individuos, sinó de la posicion respectiva de las razas y naciones de Europa.

La civilizacion presenta dos aspectos, el absoluto, general, permanente; y su aspecto de actualidad, obra de los pueblos y de los hombres que preponderan en una época.

El mundo avanza siempre, pero la Providencia, dueño de escoger sus agentes, ya eleva, ya abate á las razas y á las naciones; unas veces se sirve del latino, otras del sajon, otras tambien de pobladas bárbaras. Durante los diez y ocho siglos del cristianismo, la Providencia quiso dar á los latinos el primer puesto en la historia: ahora parece cambiar de agente y visiblemente protege y muestra su predileccion á la raza sajona y á su hija gloriosa, la anglo-sajona.

Hácia el tiempo de Augusto ciertas pobladas salvajes, habitantes de los bosques de Alemania, empezaron á molestar los ejércitos romanos á cuya superioridad oponian la constancia, el patriotismo, su frugalidad, su imperturbable valor. Despues de siglos de lucha, de alternativas de victoria y de reveses, esas pobladas, auxiliadas de otras todavía mas bárbaras, desbordan de su territorio, invaden el imperio, toman la Italia, se apoderan de Roma y parecen como llamadas por la Providencia á terminar un período de la historia é iniciar otro período distinto. Pero la raza

latina, vencida por la espada, se muestra poderosa en el terreno de la inteligencia: instruye al conquistador, le bautiza en la fé de Cristo, lo educa, lo halaga, lo seduce, y llega de este modo á rehabilitarse en su prestigio y poder. En la edad-media la historia de Europa es la historia de la raza latina: la lucha con el mahometano, la lucha con el bizantino cismático; el nacimiento y grandeza de las repúblicas de Italia, Venecia, Génova, Florencia, Pisa; la heróica guerra de religion en España, la conquista de Inglaterra: casi toda la historia, en suma, es la relacion de los hechos y esfuerzos de la raza latina. La eslava era desconocida, la escandinava habia sido absorbida por la sajona, y ésta, la sola rival digna de la latina, tuvo en la edad-media una importancia de conquista, de violencia, de sable.

Al principio de la historia moderna la raza latina toma un impulso de extraordinario vigor y grandeza, vuelve en cierto modo á la época del Imperio romano. Representados por la España, nueva Roma, los latinos detienen al conquistador otomano, que parece irresistible, le vencen, le expulsan del territorio europeo: el Imperio germánico, ántes tan ambicioso, se pone bajo el amparo de la España, á la que pide sus soldados, sus tesoros: la Inglaterra, poco ha dueño de la mitad de la Francia, se halla solitaria, aislada, insignificante. La raza latina amenaza á todas las otras, las protege y las domina, las defiende y las subyuga. Y como si la Europa no fuese bastante espa-

cloga ni satisficiese á su ambicion, la raza latina da un salto gigantesco al través del Océano, descubre, conquista y puebla un nuevo mundo; dobla el cabo de las Tormentas y va en Asia á fundar poderosas colonias cristianas. En el siglo XVI la historia universal no es sinó la historia latina, casi decimos, la historia de España. El español se bate en los campos de Alemania y en las aguas de Grecia, vence al revolucionario de Sajonia y de Brandeburgo, al conquistador asiático; al francés lo humilla, subyuga al italiano. Por el Portugal domina al Asia y por sí misma impera sola y exclusivamente en América. La España resuscita á Roma, reedifica el capitolio y da á la raza de César un Cortés; un Cárlos V, un Gonzalo, verdaderos romanos en su grandeza, su poder, su ambicion. La raza latina llega al colmo de la gloria y comienza luego á decaer. La Francia y la España, naciones latinas, se destrozan en Italia, pais latino, de la que hacen un campo de perennes é implacables combates. Mientras que estos rivales se consumen en una lucha infecunda, la Inglaterra recoge sus despojos, da amparo liberal á sus perseguidos, aumenta su marina, desarrolla sus industrias y se avanza poco á poco hácia la América y la India. La Alemania se emancipa del protectorado español, se une, se organiza, termina sus luchas religiosas, y luego se muestra rival y enemiga de su antigua protectora, la España. Entónces comienza la decadencia de la raza latina. Luis XIV es un meteoro luminoso que brilla, corre y desaparece. Su reinado

ilustra la Francia, su rey, sus generales, sus escritores; pero no mejora en lo menor la suerte de la raza latina. Napoleon, el último gigante de su raza, fué quizá su mayor enemigo: dejó abatida la Francia, en revolucion á España, en cadenas á la Italia. De 1814 acá, es decir, desde la caida de Napoleon, se ha de contar el triunfo definitivo del sajon y anglo-sajon.

La victoria de la raza anglo-sajona tiene todos los caractéres de una victoria definitiva, permanente: el poder militar y naval, la ilustracion, las instituciones políticas, la riqueza, los dominios territoriales que habita, los pueblos que tiene sometidos. A su lado marcha siempre la raza latina, pero no como marchan dos gigantes, con paso igualmente magestuoso, sino como camina el bajel remorcado tras del bajel que remorca. Enfrente de Alemania está la Italia, su presa, su esclava: vecina de Inglaterra se halla la Francia su émula, y la España, su rival vencida. Junto á los Estados-Unidos, la democrácia anglo-sajona, estan los estados hispano-americanos, triste reverso de aquella admirable efigie. Cerca de Filipinas, oscura colonia de España y de Pondichery, resto vergonzoso de la Francia de ultramar, se encuentra el inmenso imperio indo-británico. ¡Tristísimo paralelo, en verdad!

La raza latina ha caido, en el siglo XIX, al último grado de postracion.

Hay en el mundo seis grandes potencias, dos anglo-sajonas, dos sajonas, una eslava ¡ una latina!

Hay en Europa un sistema de equilibrio formado por cinco naciones, de las cuales ¡ una latina !

Hay en el mundo dos grandes pueblos libres ¡ ninguno latino !

Hay en el mundo dos pueblos comerciales, marinos, colonizadores ¡ ambos anglo-sajones !

Y sin embargo no es dable negar que la raza latina tiene por excelencia los caractéres de la creacion, de la fuerza, de la inteligencia, de la pasion, los mas bellos rasgos de la fisonomía humana. A la raza latina pertenecen las mas espléndidas individualides de la historia: César, Trajano, Colon, Cortés, Cárlos V, Richelieu, Napoleon. De la raza latina han venido las mas grandes revoluciones, la unidad romana, la propagacion del cristianismo, la constitucion de la Iglesia Católica, el descubrimiento de América, el renacimiento de las letras y de las artes. ¿Qué ha podido pues enervar la vitalidad del coloso? Los filósofos escépticos y los protestantes dicen: la Iglesia Católica ¡ inculpacion monstruosa y absurda, pues la raza latina fué grande, poderosa, dominadora á la sazon que la Iglesia existia y era tambien prepotente! Lo que ha postrado á la raza latina es el gobierno absoluto, la absorcion personal, el envilecimiento de los pueblos. Allí, solo allí está el misterio de su decadencia y la explicacion del crecimiento y prosperidad de la raza anglo-sajona. La naturaleza no ha dado mayor vigor á un hombre que á otro hombre, á una raza que á otra raza. Los diferentes miembros de la familia humana

se completan los unos por los otros: la superioridad natural de raza ó de nacion no existe. Hay tan solo una superioridad temporal que deriva del gobierno, de las costumbres, de la constitucion transitoria de una sociedad: el latino de hoy es el anglo-sajon del siglo XV: el anglo-sajon de ahora es el latino del siglo XVI. Chalcóndides, viagero bizantino del siglo XV, hace de Lóndres y de los ingleses una pintura que hoy pudiera aplicarse por entero á Madrid y á los españoles. La Inglaterra libre, sombría, terrible, dominadora, del siglo XIX en nada se parece á la Inglaterra revolucionada, sencilla, festiva y pobre del siglo XV. La raza es la misma: cambiaron tan solo las instituciones, las costumbres; cambió tambien la fortuna, este misterio del cielo.

No desconocemos por esto que las razas de Europa tienen distintivos suyos, peculiares, derivados del suelo, causa permanente, y de su importancia política y social, variable como el tiempo y la fortuna.

Aceptamos pues la denominacion de razas no en el sentido fisiológico ni imaginando que el color de la piel ó la conformacion del ángulo facial prueben superioridad de pueblo á pueblo, de hombre á hombre, todo lo que es muy cuestionable y fantástico, sino en el sentido de las grandes familias europeas que tienen cierta comunidad de orígen y lengua, ciertas tendencias y carácteres uniformes. Así entendida, la raza es mas bien calificacion política que denominacion fisiológica. Hay todavía mas unidad en el hombre colec-

tivo que en el hombre individual, y no porque el clima ó el acaso hayan dado distintos ángulos al rostro y tonos diferentes á la voz, si se ha de creer que Dios destinó tales pueblos á mandar y tales otros á obedecer.

Las razas tienen orígen histórico y no natural ó providencial. Las ha formado la conquista, la guerra, la dispersion ó bien la amalgama de los pueblos. Así las innumerables familias absorbidas por el vencedor romano fueron denominadas naciones latinas; así los pueblos salvajes de América, cuyo orígen es un misterio impenetrable, fueron comprendidos bajo el nombre del conquistador latino; así las hordas del Ural, el núcleo del imperio ruso, van formando el panslavismo, nombre colectivo que expresa la presente y la futura unidad de la Rusia; así, por fin, las familias del norte, godos, germanos, etc., despues de siglos de lucha, aparecen ahora representadas por la gran familia sajona y anglo-sajona.

La Europa de hoy se halla dividida en tres grandes familias históricas, llamadas razas, á saber: la latina, la sajona y la eslava, que representan el pasado, el presente y el porvenir.

La raza latina, decadente y agotada, pierde cada vez mas y mas su poder expansivo, conquistador, se encierra dentro de sí misma y se devora oscilando entre la anarquía y el despotismo. Fuerte, rica y libre la raza anglo-sajona descuella por el amor de la independencia individual y política, por la virtud del trabajo y de la industria, la pasion de la conquista. La

raza eslava, primitiva y grosera, parece consagrada á robustecer sus fuerzas y prepararse á grandiosos destinos. Ni aspira á la libertad ni se desvive por la ilustracion : el absolutismo es para ella un bien, una religion, una necesidad. Tanto la latina como la eslava se hallan sometidas al régimen despótico, pero con esta diferencia, que el despotismo eslavo es propio de la infancia de una nacion y el despotismo latino es privativo de los pueblos envejecidos y desorganizados.

Cada una de estas tres familias tiene una capacidad especial, así en industria como en arte. Los latinos son artistas, los sajones y anglo-sajones son artesanos, pastores y cultivadores los eslavos. El artista del Mediodía sobresale en las obras de gusto, de lujo, de gracia, obras que sabe inspirar la imaginacion conmovida por los recuerdos y las grandezas del pasado. Fabrica la seda, la porcelana, el ajuar suntuoso, la espléndida decoracion. El artesano anglo-sajon manufactura la lana, el algodon, el hierro, construye mejor la máquina que el palacio, el buque mas bien que el mueble. El artista latino viste al mundo el dia de fiesta : el artesano sajon lo viste los dias de trabajo. La raza eslava no fabrica ni combina : el primitivo arado es el instrumento de su industria. Produce materias primeras, cereales, maderas, metales, lo que demanda brazo, fuerza, labor, no ingenio ni instruccion.

La familia latina, artista y agricultora, reside al lado del taller y de la granja. Es la mas amante del

suelo, enemiga del movimiento, del viage. La familia anglo-sajona, fabricante y comercial, sigue la suerte de sus riquezas, las transporta á todas las regiones, las vela y las protege. Nace en Inglaterra ó en Estados-Unidos, pero habita en el extrangero, en el Océano. Los anglo-sajones son emigrantes por naturaleza, por condicion, por necesidad: de aquí la colonia, la conquista, el poder marítimo. La familia eslava, consagrada á sus campos y á sus rebaños, vive solitaria y separada del mundo. Su conquista es conquista puramente militar.

En el órden intelectual el hombre del Mediodia aventaja á los demas en les dotes de la imaginacion. Es patrimonio del latino el ingenio vivo y penetrante, la palabra ardiente, la oratoria, la poesía, la invencion, todo lo que pide lengua de fuego, expresion rica de imágenes y de colorido. La imaginacion del meridional es como la vegetacion misma, exhuberante de color y de matices, lujosa en la forma, espléndida. Sobresale el sajon en la ciencia positiva, el cálculo, la filosofía profunda, la mecánica, la combinacion lentemente formada, pero sólida é ingeniosa. El tesoro intelectual del eslavo es hasta ahora muy pobre. Lee poco y escribe poquísimo. Las razas primitivas no tienen literatura escrita sino oral, poesía é historia que se reproducen de boca en boca y se transmiten de generacion en generacion. La tradicion es la ciencia del hombre inculto.

Ha tocado á estas tres razas — y apuntamos el hecho

sin creerlo providencial ni favorable á los intereses y al progreso de la humanidad — la suerte singular de hallarse divididas en tres sectas religiosas. La raza latina es católica, la religion del pasado y del porvenir, generosa, indiferente al interés inmediato y material, cuyo reino no es de este mundo; religion tierna, grandiosa en sus formas, profunda en sus misterios, la sola perfecta y verdadera. La raza sajona y anglo-sajona es toda ella protestante, sectaria de una teoría de estado mas bien que religion del cielo, sin misterios ni imágenes, fria, útil mas que santa, política antes que íntima, sistema puramente humano hecho para industriales, fabricantes, navegadores, conquistadores, ocupados de la tierra harto mas que del cielo. La raza eslava es ortodoja, la iglesia primitiva y sencilla, con sus levitas padres de familia, sus pastores de barba larga, su gefe absoluto. Los anglo-sajones toman del cristianismo el espíritu, la filosofía, la razon: los eslavos toman la forma, el mito, el misterio de los sentidos.

La fisiología, no ménos que la religion, señala la fisonomía distinta de las tres grandes familias europeas, Es notable la latina por la correccion de las formas, la pureza de las líneas, el fuego ardiente de la mirada, la delicadeza de la piel, la proporcion de los miembros, la pequeñez relativa de su estatura. Es de observar que el hombre del Mediodia, griego ó romano, se ha dado como tipo de las formas del cuerpo humano, como modelo vivo de la estatuaria, de tal suerte que

este bello arte, apreciado y cultivado hoy con brillo por los sajones y anglo-sajones, no ha cambiado de reglas transportándose á las regiones del Norte. Winckelmann, el gran tratadista de la estética, se olvidó, al formular las reglas del arte y señalar las proporciones de la belleza, de que en su familia, la sajona, el tipo latino ó griego era tipo ideal. La fisonomía del hombre del Norte se distingue por los caracteres de la fuerza y de la salud, la frescura, el color albo y nítido, la lozanía. El sajon parece hecho para las cosas sérias y duras de la vida, la guerra y el trabajo, ó sea la lucha que domina al hombre y la lucha que vence á la naturaleza.

Tales son los caracteres ya naturales, ya sobre todo históricos, de las tres familias en que se halla dividida la sociedad europea. Cada cual influye segun sus instintos y sus tendencias. Los latinos se apoderan del corazon y por eso son los autores de los sistemas atrevidos, de las bellas utópias, de las fantasías políticas, de las nobles instituciones que demandan despredimiento y entusiasmo; tambien, por desgracia, son los autores de las revoluciones mas subversivas y sangrientas. La familia latina es la mas artista de Europa, no solo porque pinta, cincela, construye palacios ó edifica templos admirables, sinó porque á todas sus creaciones, sea de arte ó de gobierno, de literatura ó de sociedad, preside siempre un ideal superior á la realidad. El italiano, el español, el francés son artistas en sus cuadros y tambien lo son en sus

reformas políticas y sociales, en su legislacion, en el reglamento mismo: de aqui viene su génio creador en las obras de inventiva, y su carácter destructor en los negocios positivos de la vida. La raza anglo-sajona influye tan solo sobre las inteligencias, y por esto dimanan de ella las ideas útiles, racionales, el cálculo político, la sábia combinacion del gobierno. El anglo-sajon está dotado por excelencia del talento tan útil y tan raro de asimilar el hecho á la idea, medir los grados de lo practicable, aplicar al hombre y á la sociedad, tales como son, no tales como debieran ser, una organizacion política modelada por su organizacion natural é histórica. El anglo-sajon es el hombre de la actualidad: su poder presente es inmenso, pero su gloria no será jamas tan duradera como la gloria de la raza latina. No es propio de su génio ni de su ambiciou lo grandioso, lo monumental: la raza anglo-sajona no hará Pirámides, como el Egipto; ni Coliseo, acueductos, vias, como los romanos; ni palacios y templos admirables, como el español y el francés. El anglo-sajon aisla su individuo de la comunidad universal y separa su nacion de la comunidad histórica: no sacrifica su existencia á un hecho anterior ni á una mira posterior, á la gloria del pasado ó á las esperanzas del porvenir. Conságrase á hacer fácil, honorosa, rica é independiente su vida individual y su vida nacional. Roma dejó al mundo lleno de su gloria y de sus monumentos prodigiosos; España construyó en ambos mundos obras gigantescas; la

Francia y la Italia ostentan innumerables maravillas. Pero la Inglaterra y los Estados-Unidos, los colosos de la raza sajona, no sacrifican sus tesoros ni consagran su vigor á la creacion del monumento colectivo, histórico, la obra de la gloria y del orgullo.

Estos distintos caracteres explican un hecho digno de observarse, á saber, que la raza latina compone por sí sola la mayor parte de la historia de Europa y de la civilizacion. El anglo-sajon ha representado en los últimos tiempos un gran papel en la escena del mundo, es verdad; pero su accion ha sido mas bien de lucha que de creacion. El anglo-sajon ha vencido al latino, pero no ha tomado su puesto ni apoderándose de su génio iniciador, elevado. La conquista del anglo-sajon es firme pero poco heróica, su civilizacion es vasta pero poco grandiosa. Inglaterra ha heredado los dominios coloniales de España sin heredar su gloria. Posee en Asia y en América dilatados dominios, subyuga inmensas poblaciones: mas no ha producido un Cortés, un Pizarro, un Colon, un Vasco de Gama. En su conquista no hay grandeza ni epopeya: hay habilidad sin génio, valor sin heroismo, buenos soldados y no grandes soldados, sábia organizacion y no creacion. Los Estados-Unidos son en presencia de los pueblos actuales acaso la primera nacion del mundo, la mas próspera, libre, rica, culta: en presencia de la historia son todavía muy poco. Los Estados-Unidos no tienen historia. El pueblo que vive en paz, aumenta sus tesoros, ensancha su territorio, acrecienta su poblacion,

siguiendo en su progreso los principios de la sensatez, del cálculo, ese pueblo se asemeja á la naturaleza en su fisonomía ordinaria y normal. La historia no hablará del flujo y reflujo del Océano, del curso de los rios, de la vegetacion de la tierra, del órden armonioso de los astros. Son sin duda cosas bellas, buenas, útiles, pero que no dan una página de mas á la historia del universo. Mas el pueblo que sacrifica una parte de su inteligencia y de su vigor á la gloria del pasado y del porvenir; que se agita y se afana por abrir un nuevo sendero al pensamiento y á la actividad del hombre; que derrama sus tesoros y su sangre misma en honor de una grande idea, sea esta idea el monumento, la reforma social, la religion: ese pueblo se asemeja á la naturaleza en sus momentos solemnes, sublimes, al desborde del Océano, al terremoto que hunde una montaña ó hace surgir una isla, al eclipse que en medio dia deja en tinieblas al mundo. El órden normal no tiene historia, porque la historia del hombre así como de la naturaleza no es sino la reminiscencia del esfuerzo, del sacrificio, de lo grandioso y nuevo, de lo monumental. No es posible negar que la raza anglo-sajona es el artífice de la actualidad, la mas rica y próspera, la mejor gobernada: la raza latina será siempre la mas gloriosa, el principal operario de la historia. Cuando no la componga admirable de creacion y de monumentos, la compondrá terrible de destrucciones y ruinas. Si no tiene un Julio César, tendrá un Neron. El movimiento, la agitacion-

la lucha, son la vida misma de los pueblos latinos. En otro tiempo consagró su ardor á poblar, civilizar, cubrir de gloria á la Europa : ahora su vitalidad, incapaz de producir, tiene á lo ménos bastante vigor para destruir. En ambos casos hace la historia, siendo la historia creacion y destruccion, fábrica y ruina. Historia es la de Napoleon, el organizador de la Francia, y el conquistador de la Europa : historia, y mas grande quizá y memorable, es la de la Revolucion, esta vorágine espantosa en que se envolvió el pasado de la Francia y acaso el de la Europa misma.

Cualesquiera que sean sin embargo los caracteres de las razas rivales, es indudable que la Providencia las ha destinado á completarse las unas por las otras. La raza anglo-sajona está visiblemente llamada á robustecer á la latina cuando ésta, fatigada por siglos de actividad y de lucha, cansada de crear, llega á debilitarse y á demorarse en su marcha. En cambio el latino transmite al alma del sajon y del eslavo algunas de las grandes pasiones de su alma, el amor de lo bello, el entusiasmo elevado y generoso, el sentimiento de la gloria comun del hombre. El cruzamiento de las razas, explicado generalmente por la ley material de la reproduccion humana, es mas bien una providencial fusion de caracteres y de facultades intelectuales. No es tan solo el vigor muscular, la fuerza material lo que el sajon comunica á la raza latina : es el carácter calculador, sensato, positivo; es la pasion del bien actual, del órden normal, de lo útil, de lo próximo y

practicable; es el sentimiento fuerte y dominante de la individualidad política, social é histórica. Por su naturaleza y su educacion el anglo-sajon rechaza con horror la idea de la absorcion, de la personalidad colectiva, tan apropiada á la índole del latino. El anglo-sajon no admite ni en principio ni en el hecho una doctrina que hace de cada hombre un mero operario de la historia, de la ciencia, del arte, de la gloria, del poder, de la nacion, de todas las representaciones colectivas, en suma, de las creaciones de la inteligencia y del corazon. Cree que la existencia individual, cualesquiera que sean su humildad y su brevedad, tiene un fin suyo, una accion, un movimiento, un derecho, un deber. El anglo-sajon no es capaz, como el latino, de derribar su hogar para dar una piedra á la fábrica comun, al monumento que representa la gloria nacional: el anglo-sajon no abdica su personalidad en favor del soberano, sea el mas grande, el mas glorioso de los hombres. Si, como antes dijimos, el anglo-sajon no llegará jamas á dejar Pirámides, Coliseos, Escoriales, grandiosos monumentos de gloria y de poder, tampoco dará á la historia esa série de monumentos de absorcion política que se llaman dinastías de reyes absolutos.

Como la raza anglo-sajona tiene por excelencia el instinto y la estimacion de la existencia actual é individual, la libertad, la independencia, el respeto de la autoridad y de la ley, todos los fundamentos del buen gobierno se hallan en cierto modo comprendidos

en su naturaleza. Confundiéndose con ella, la raza latina no puede ménos de apropiarse esos preciosos instintos y de oponerlos á su índole entusiasta, á su tendencia colectiva y de absorcion. La historia nos prueba este inapreciable resultado del cruzamiento de las dos razas. En España, Italia y Francia, naciones que Roma dejó habituadas á la adoracion del soberano, los hombres del norte, godos, germanos, normandos, etc., llevaron en sus venas, en su carácter, mas bien que en doctrinas y teorías, el instinto de la independencia individual y de la libertad política. Lo que entónces hicieron por la conquista, lo harán quizá en el porvenir por medio del ejemplo, de la influencia desarmada, de la amistad y asimilacion espontánea.

No es pues el vigor material el solo resultado de la confusion de la raza latina con la sajona. La Providencia ha dado á todas las razas y á todos los hombres un organismo perfecto : dejó incompletos los caracteres, las almas, las inteligencias, á fin de atraerlos y confundirlos por una doble necesidad de afeccion y de bienestar.

Hay en Europa dos naciones que realizan ahora hasta cierto punto ese plan supremo de la Providencia : la Inglaterra y la Francia. Por esto son los pueblos mas espansivos, los mas poderosos, los mas completos.

La Inglaterra es la nacion sajona modificada por la influencia latina que introdujo la conquista del romano, del normando, y mas que todo, el contacto

material é intelectual que siempre ha tenido con la Francia y la España.

La Francia es la nacion latina modificada por la influencia sajona que introdujo el conquistador franco, el normando, y su frecuente comunicacion con la Inglaterra y la Alemania.

La Rusia y la Alemania han conservado la pureza de sus respectivas razas y mantenido su aislamiento, su existencia solitaria. La conquista de estas naciones es conquista puramente militar, de sable, de violencia, no de asimilacion. Entre ellas y las demas razas habia una muralla insuperable, muralla que la victoria saltaba pero no destruia. La España fué en un tiempo la nacion mas expansiva, y por ello pudo no solo conquistar, sino asimilarse sus conquistas.

Si hay ahora en Europa cinco grandes potencias militares, no por ello hay mas de dos naciones influentes por el pensamiento, la accion libre, la palabra, la costumbre. Rusia, Austria y Prusia tienen una espada tan larga y tan bien templada que abarca su territorio, lo subyuga y pasa al estado vecino, lo intimida ó lo absorbe. Pero su pensamiento, su corazon, su alma, si podemos expresarnos así, no desborda ni se traslada afuera. Ningun pueblo piensa ni habla por la boca del Austria, de la Rusia y de la Prusia. Para el mundo su lengua es un mero dialecto, su pensamiento un pensamiento solitario.

La Inglaterra y la Francia, es decir, anglo-sajones y latinos, son ahora el objeto de la imitacion uni-

versal. Los pueblos del norte, atraidos por sus simpatías de orígen, de raza, de creencia, de lengua, tienden á modelarse por la forma inglesa: los pueblos del Mediodia y los que los europeos latinos fundaron en América no ocultan su decidida predileccion por la Francia, á la cual los llevan idénticos motivos de atraccion. Estas tendencias son ciertamente instintivas y naturales, acaso justas; pero no son ni profundas ni providenciales. La ley suprema de la historia es la asimilacion de las razas distintas, no de las razas que dimanan de una misma cuna. El latino debe estudiar á fondo la Inglaterra, penetrar sus leyes, examinar su carácter social y político, embeber, si fuese posible, su vitalidad, sus virtudes, su energía, su admirable ciencia de gobierno. El sajon debe estudiar los pueblos latinos, apropiarse sus nobles pasiones de gloria, de arte, de monumento; su entusiasmo, su elevacion de alma, su desprendimiento. Tal es la sola política filosófica, y tal es tambien el plan visible de la Providencia.

I

DE LA INFLUENCIA ANGLO-SAJONA.—INGLATERRA.

Unidad del individuo, de la sociedad y del gobierno en la nacion inglesa. —Consecuencias.—Con el inglés viaja la Inglaterra.—Ojeada á los paises sometidos á la influencia de la Inglaterra y de la Francia.—Causas que detienen el crecimiento de la influencia anglo-sajona en las naciones latinas.—Falsas apreciaciones.—Terror que infunde el genio conquistador de los anglc-sajones.—La influencia pacífica es un preservativo de la invasion armada.—Influencia política de la Inglaterra. —En la revolucion inglesa està toda la reforma política y social mas tarde hecha en Francia por la Constituyente.—Rectifícanse los juicios de los historiadores y publicistas franceses sobre el mérito respectivo de ambas revoluciones.—Los sistemas políticos de la Francia son meras imitaciones del gobierno inglés.—Monarquía inglesa de Luis XVIII y de Luis Felipe.—El gobierno inglés es inimitable.—En qué se puede imitar con fruto à la Inglaterra.

Un dia que Fox visitaba con el general Bonaparte cierto museo de Paris, un familiar del Primer Cónsul, creyendo halagar á su amo y mortificar al ilustre orador inglés, hizo notar en una carta de Europa el vasto espacio ocupado por la Francia y las mezquinas dimensiones de las islas británicas. « Pequeña es mi patria, dijo Fox; pero los ingleses, nativos de esa reducida isla, tan cara á su corazon, dominan por su inteligencia ó su poder todo esto » — y señalaba con

sus brazos ambos hemisferios. ¡Nobles y patrióticas expresiones!

No nos proponemos tratar ahora del poder militar y colonial de la Inglaterra, ni indagar cómo esa roca, sita en medio de los mares del norte de Europa, ha llegado á ser el centro de la fuerza, de las riquezas y de la civilizacion del mundo. Nos proponemos examinar, en los límites que nos permite nuestro asunto, la influencia social y política, desarmada, espontánea, que la Inglaterra ejerce dentro de su propia raza y sobre las naciones de la raza latina. Nada tiene que ver en esto la *perfida Albion*, como llaman á la Inglaterra guerrera y política aquellos que, asemejando malamente una nacion á un hombre, imaginan que un pueblo puede llegar á la suma de la grandeza á esfuerzos de malas artes, de seducciones, de engaño, de *perfidia* en fin. ¡Pobre excusa de la impotencia! Pudiera Albion redargüir á sus enemigos lo que la mariscala d'Estrées contestó á sus jueces, cuando la preguntaron: ¿de qué medios se habia valido para hechizar á la reina María de Médicis? « Mi hechizo fué el de la inteligencia sobre la incapacidad. » ¡Irresistible hechizo, en verdad!

Meditando en las causas de la inmensa preponderancia de la Inglaterra, se hallará que la primera, acaso la única, está en la homogeneidad de los hombres, de las instituciones y de las costumbres de ese gran pueblo. Los norte-americanos, notables tambien bajo este punto de vista, no son sino ingleses transplantados

á otro territorio, árboles que fueron con su sávia y su vida á buscar la fecunda vegetacion de América. En Inglaterra la sociedad se asimila á la opinion, la opinion inspira al gobierno : de donde resulta que las costumbres necesariamente reflejan al uno y á la otra, dictan la ley y forman la autoridad. ¿Qué es un inglés? —Un hombre aparte, distinto de todo otro. ¿Qué es la sociedad inglesa? — Una sociedad de caracteres y de fisonomía propios, diferente de las demas. ¿Qué es el gobierno ingles?—Un gobierno único, sin precedente en la historia, inimitable. Pues bien, esos tres elementos solitarios en presencia de los elementos análogos de otros pueblos, no constituyen, entre sí, sino una sola entidad, la nacionalidad inglesa. El mas sutil metafísico no lograria delimitarlos; el mas hábil publicista seria inhábil á señalar el terreno de movimiento de cada uno de los resortes tan libres á la vez que tan unidos de esa gran fábrica, la Inglaterra. Cuando un republicano francés habla del gobierno del emperador Napoleon; cuando un sábio de la Academia protesta, en principio, contra las costumbres de su pais: nada es tan fácil al republicano y al sábio como aislar su personalidad, distinguir el yo del no yo, deslindar sus ideas de las ideas del gobierno ó de los sentimientos y costumbres de su pais. Es republicano pero súbdito de principe; es francés pero en choque con la Francia. ¡Cuán otro es el inglés! En presencia del extrangero distingue maravillosamente el yo del no yo; en presencia de su sociedad, de su go-

bierno, de su nacion, esa distincion es imposible. No sabe el momento en que deja de ser hombre para convertirse en ciudadano, ni cuando confunde su pensamiento en el pensamiento de la comunidad. No le seria mas difícil indicar el instante preciso en que el dia acaba y comienza la noche, concluye la velada y empieza el sueño.

En las tres situaciones señaladas la fisonomía del inglés presenta los mismo caracteres, si no las mismas dimensiones. En el hogar el inglés es laborioso, casero, modesto; vive con frugalidad, viste con sencillez; piensa mucho y habla poco; tiene el culto de su familia y trabaja incesantemente por ensanchar su bienestar; es religioso sin aspirar á la palma del martirio; tiene ideas generosas sin evaporarse en planes ilusorios: acepta un bien pequeño pero práctico con preferencia á grandes pero inseguros bienes; ama los honores sociales, las distinciones, los títulos, sin avergonzarse de un instinto tan natural al hombre, de aspiraciones tan útiles en el ciudadano; ama todavía mas el dinero, fruto del trabajo, fuente del placer egoista así como del placer puro de dar y hacer el bien; es á veces codicioso, pero el inglés, sensato aun en sus defectos, no maldice del solo vicio, entre la inmensa familia, que por su naturaleza no disuelve la familia ni la sociedad; tiene, finalmente, una alta idea de sí mismo en su doble condicion de hombre y de inglés. Tal es el hijo de Albion. Dilátese el cuadro, dilátese solamente, sin cambiar una sola línea, sin exagerar en

lo menor los colores, y se hallará la sociedad inglesa.

La sociedad inglesa es séria, juiciosa, sencilla: estima la moralidad como principio santo y como cosa provechosa, alianza apenas comprendida por los hombres y las sociedades que se contentan con rendirle homenaje ideal; su religion es práctica, saludable, poco sentimental, quizá demasiado terrestre: manda hacer el bien con la cabeza, pero manda hacerlo; se apasiona como toda sociedad, pero hay siempre en sus pasiones un fin calculado anterior al movimiento del corazon, un propósito combinado por la inteligencia; acepta todos los principios, todas las causas, sin confundir jamás lo practicable y lo ilusorio; rinde homenaje á la libertad en axioma, la adora en el hecho, pero sabe señalarle demarcaciones y límites; respeta mas que ninguna otra la monarquía y al monarca, lo colma de honores, lo cubre de oro y de perlas, le besa pero le ata las manos; reconoce todos los méritos, les da honores, títulos, riquezas y no les da jamás armas para dañar á la sociedad misma; celebra la gloria, como pueblo apasionado, con himnos y ditirambos, y como pueblo positivo, recompensa al vencedor con guineas y billetes de banco; se asocia á todas las empresas útiles, protege las aspiraciones practicables y buenas, aborrece y maldice la utopia, las seducciones, las mentiras de todo género; venera mas que ninguna sociedad del mundo la ley, obra suya, y la autoridad, obra de la ley; pero sabe modi-

ficarla si vetusta, ensancharla si estrecha, abolirla si odiosa; respeta con idolatría lo antiguo, el legado de las viejas generaciones dándose sin embargo trazas para embellecerlo sin cambiarlo, reformarlo siempre sin destruirlo jamas; es enemiga de las revoluciones, las evita, las previene, ganando así con industria y paciencia lo que otras sociedades aspiran á conquistar por la violencia. Tal es la sociedad inglesa, la mas séria, la mas ingeniosa, la mas práctica del mundo.

Siendo así el individuo y la sociedad, el gobierno está ya formado y admirablemente constituido. La autoridad se halla en la opinion, la ley en la armonía de la autoridad y de la opinion, la política en las tendencias generales del pueblo. Lo que en otros paises se llama gobierno, cosa que en ellos es fuerza, ley y opinion á la vez, centro y recipiente de todo, en Inglaterra es un puesto de honor para el monarca, un puesto de estudio y de observacion para los altos funcionarios. El estadista inglés es un mero apoderado de la opinion, la sirve, la obedece, y consiste su éxito y su mérito en saberla reflejar con fidelidad y grandeza. En Inglaterra observar es gobernar: no cabe originalidad ni invencion, porque la iniciativa viene de abajo, se depura y fortifica en el crisol de la opinion: toca al gobierno la sola mision de reproducirla. De aquí viene la excelencia del gobierno inglés. El hombre que inventa y discurre profundamente es sin duda un gran filósofo, pero de ordinario es un esta-

dista mediocre, visionario en sus planes, solitario en sus propósitos.

William Harrisson, publicista inglés del siglo XVII, nótese bien, del siglo XVII, dice «que el Parlamento era la cabeza y el cuerpo del reino, y el lugar en que cada súbdito era considerado hallarse presente.» En efecto, en las ideas de un inglés, y se vé que estas ideas son viejas, el ciudadano existe en el gobierno, el gobierno reside en el ciudadano y en la sociedad. De aquí esa armonía de principios y de accion en el gobierno interior, esas tendencias fijas, uniformes, tenaces, en la política extranjera. Si dentro de Inglaterra todo individuo mora en la autoridad, fuera de Inglaterra la autoridad sigue y acompaña á todo individuo. Un orgulloso proverbio romano decia: «donde está un romano está Roma.» Pudo asímismo decir con propiedad lord Palmerston: «donde va un inglés allí va la Inglaterra.» Y no hablamos aquí de la Inglaterra política y militar, protectora de un Don Pacífico, de un Matter, que remueve el continente por dar amparo justo ó injusto á un súbdito británico. Hablamos de la Inglaterra culta, expansiva, desarmada. Todo inglés lleva consigo, y donde quiera que vaya, á paises civilizados ó bárbaros, libres ó esclavos, amigos ó enemigos de su nacion, sus ideas de órden, de moralidad, su espíritu práctico, su amor al trabajo, su pasion por la independencia individual y la libertad civil y política. Puede un inglés vivir veinte años en Francia manteniéndose constantemente posi-

tivo, enemigo de ilusiones y de seductores sistemas; puede morar igual tiempo en Estados-Unidos sin perder su respeto á la monarquía, su amor al soberano, su estimacion por la aristocracia inglesa; puede habitar cincuenta años en Rusia sin hacerse absolutista, otro tanto en Constantinopla sin convertirse en sátrapa. Blackstone sostiene que si un ciudadano inglés muere en pais extranjero, y resucita por milagro, vuelve á ser ciudadano inglés. No sabremos dar una opinion en esta materia; pero afirmamos sin temor de errar que el Lázaro inglés querria siempre ser inglés, el mismo hombre que antes.

Si se forma por un momento la hipótesis de la desaparicion de Inglaterra, salvando solo del naufragio un ciudadano inglés, el estudio atento de este hombre aislado nos daria una idea exacta de su nacion, de su sociedad, de su gobierno. « Dénme un fragmento cualquiera, decia Cuvier, y os haré la anatomia y la historia del animal á que pertenece. » Tómese asimismo un fragmento de la Inglaterra, y el filósofo podrá hacer la anatomía íntima y perfecta de toda la nacion inglesa. Owen, el Cuvier inglés, no sacaria mayor partido del diente de un megaterio. Esto explica la influencia fuerte, una y perseverante de la nacion inglesa. Por eso no hay lugar á vaivenes y contradicciones entre la propaganda individual y la propaganda del pueblo y del gobierno. El gérmen arrojado por el hombre, es cultivado por la sociedad, amparado por la fuerza pública. Todos marchan de

consuno y llegan, por decirlo así, á un tiempo.

Tiene el inglés una personalidad tan característica y aparte, que su presencia salta como de relieve, se percibe á la distancia, y deja por largo tiempo las señales de su paso. El viagero que ha recorrido el mundo ó el pensador que lo ha estudiado de léjos, nos dirán, si quieren darnos los hábitos, las tendencias, la fisonomía de una sociedad cualquiera, dónde influyen y dónde no influyen los ingleses. En Europa, las ciudades mediterráneas, capitales de imperios mas ó ménos absolutos, centros de controversias intelectuales, de ociosidad y de placeres, son naturalmente habitadas por franceses ó por ideas francesas. El litoral, poblado de ciudades laboriosas, industriales, de vida práctica, nos presenta necesariamente la influencia del inglés y de las ideas inglesas. Permítasenos recorrer, en bosquejo y á manera de ejemplos, algunas naciones en que se produce de bulto la influencia rival de la Inglaterra y de la Francia.

En frente ó al lado de esos dos paises está la Bélgica, nacion que mas que tal, ha de llamarse ciudad, ciudad inmensa cuyas calles son los ferrocarriles, cuyos parques son los campos, cuyos cuarteles son denominados Bruselas, Amberes, Gante, Lieja, Brujas, etc. Cada uno de estos cuarteles tiene su fisonomía propia, modificada ya por la influencia inglesa, ya por la francesa. Allí está Bruselas, sucursal de Paris, con sus bulevares, sus campos eliseos, su academia, sus liceos literarios y científicos gober-

nados á son de caja: ciudad de polémica, de discusiones mas ó ménos vaporosas, de galantería refinada y de buen tono. Al lado está Amberes, sucursal de Lóndres, ciudad de diques, de almacenes, de comercio; en donde se habla mucho de comercio, de reformas administrativas, poco de estadística europea, de reformas humanitarias, de progreso universal. Esos dos ejemplos reproducen dos fisonomías distintas, dos razas, dos mundos.

Pasemos á la Alemania y á la Holanda. De Basilea á Dusseldorf el Rin es una espléndida calle francesa, sembrada de palacios de holganza que se llaman Baden-Baden, Wiesbaden, Homburgo, Maguncia, Coblenza, Ems, etc.: unos sentados sobre el rio mismo, otros tan vecinos que aspiran sus húmedos vapores. En todas esas ciudades se habla el francés como en Paris, y si no es la lengua oficial y popular, es la lengua elegante; se leen solo diarios alemanes y franceses: puéblanlas unos cuantos miles de lacayos y de obreros alemanes al servicio de los viageros aristocráticos y disipados, cuyo centro perpetuo es Paris. Allí hay Cursales, jardines, baños, música, todos los elementos del placer; allí se trata de la política universal, de la diplomacia europea, textos del placer de discurrir; no se habla de industria, de negocios sérios, privados y públicos, textos de la pena de discurrir. En toda esa larga carrera el Rin se halla cruzado por unos cuantos bajeles de provisiones y unos cuantos vapores de pasageros. Sus riveras, elegantes, cubiertas de castillos, lu-

josas de colorido, parecen imitar esas decoraciones vivas de las calles de Paris: corren sus aguas mansas, ociosas, llevando en sus espaldas la leve carga de la elegancia y del gusto. Tal es el Rin de A. Dumas y de V. Hugo, pintoresco, gracioso, poético. Al entrar en Holanda el Rin deja de ser Sena y se convierte en Támesis: no es ya una calle de Paris, sino una calle de Lóndres. La ciudad fabricante y laboriosa sucede á la ciudad coqueta y holgazana. En lugar del Cursal de los elegantes se encuentra la Bolsa del hombre de negocios, y las conversaciones académicas ó galantes ceden su puesto á las conversaciones de negocios y de intereses. Cubren sus aguas mil buques cargados de las producciones de la industria universal; las agita el movimiento del remo y de la rueda motora, enturbia su superficie el humo de las fábricas ribereñas. Desaparece, en suma, el Rin de la imaginacion y toma su lugar el Rin de la vida activa y real, del comercio, del trabajo, el Rin que navega la Inglaterra.

Recórrase ahora el centro y las playas-norte de Alemania. Vereis á Viena, capital de imperio absoluto, cubierta de soldados, rodeada de castillos, muros y fosos; sociedad aristocrática vestida á la francesa, amante de placeres, de controversias literarias y científicas, de música y de novelas. Viena es la ciudad mas afrancesada de toda la Alemania; su pueblo vive en las calles ó en los cafés, como en Paris; el antiguo tipo aleman, sencillo, casero, industrioso, no existe ó está muy desfigurado allí. Es capital de amos y de

lacayos, de príncipes y de cortesanos, centro de disipacion, no de trabajo; discutidora y á la vez obediente al poder absoluto, bulliciosa con poco espíritu público, de patriotismo mas vano que sério y profundo. Viena es pues sucursal de Paris. Mas allá está Dresde, la ciudad artista por excelencia, con su admirable galería, su museo de armas y de antigüedades: Florencia si fuese mas bella, Paris si fuese mas alegre. Ausencia absoluta del inglés y de la Inglaterra. En Dresde el ministro británico es un embajador que la Inglaterra parece haber acreditado cerca de la Galeria y sus admirables pinturas, no cerca del rey y de sus ministros. Es un personaje solitario sin ideas que defender, sin ciudadanos que administrar. Llegais á Berlin, la ciudad de Voltaire y de Maupertuis, la capital de ese francés de carácter y de inclinacion que se llama Federico el Grande. Berlin es pueblo de militares y de duelos, de literatos y de controversias, duelos de pluma; de cortesanos y de intrigas: es un remedo de Paris en sus palacios, calles y parques, lo es sobre todo en las costumbres. Berlin es la capital intelectual de la Alemania: vive ocupada de ciencias, de artes, de literatura; moran allí Humboldt, Savigny, Bunsen, Ranke, etc. Es el centro de los ideólogos, de las sociedades secretas, del radicalismo aleman. La domina cuanto puede la Francia, y la Inglaterra, á fin de no hallarse del todo ausente, ha enviado allí, poco ha, una hija de la reina Victoria, único elemento británico que existe hoy en Berlin.

En llegando á la extremidad norte de Alemania, la raza latina pierde su prestigio y sus encantos y parece como desterrada por las nieblas y el frio de aquellas regiones. En Hamburgo, Lubeck, Bremen, las ciudades hanseáticas, fundadas por esos monges mercaderes de la edad-media, no ménos admirables que sus monges sabios, conquistadores, contemplativos, el genio británico domina sin rivales, está en su elemento: esas y demás ciudades comerciales del norte de Alemania son hechas á la imágen y semejanza de la Inglaterra. Son sucursales de Lóndres y de Liverpool, positivas, industriosas, apasionadas de los intereses y de los bienes materiales, y como no lo son ni Lóndres ni Liverpool, de profunda indiferencia en materia de religion. En Hamburgo, por ejemplo, ciudad de 200,000 almas, hay solo cuatro iglesias cristianas y dos sinagogas: y esas ni muy suntuosas ni muy concurridas. Han imitado de la Inglaterra el cuerpo, no el alma; su genio industrial, no su carácter religioso. En los paises escandinavos la Inglaterra domina sin competencia. Son pueblos marítimos, comerciales, cuyo centro de influencia está en Lóndres, no en Paris. En el rescate de los derechos del Sund, hecho en nuestros dias, la cuota de la Inglaterra fué superior á la cuota reunida del resto de Europa, salvo la Rusia. Este simple dato explica su poder, su comercio, su preponderancia en las regiones del Báltico.

Llegamos al pais mas original y mas nuevo de Europa, la Rusia. En Petersburgo, ciudad moderna y

sin precedentes, improvisacion maravillosa del genio absoluto, Constantinopla creada por el esfuerzo de un hombre, en Petersburgo se hallarán todas las influencias y todos los caracteres extraños. Es una capital hecha afuera y llevada en fragmentos en hombros del poder absoluto. Pedro, el admirador de la Inglaterra, el artesano de Holanda, hubiera querido hacerla ciudad fabricante, industrial, de gran poder naval; y á este fin llevó allí los mas hábiles artífices y operarios de Europa. El Czar se engañaba: puede el absolutismo hacer surgir una ciudad de una marisma, pero es superior á su genio y á sus fuerzas el dar industria, movimiento y vida propios á su fantástica creacion. Así la corte y las miserias del absolutismo convirtieron pronto á San Petersburgo en ciudad de ociosos, militares, cortesanos y parásitos. Catalina, la amiga de Voltaire, de Diderot y de Buffon, la tornó colonia francesa: dió el ejemplo de la imitacion, y gracias á este ejemplo imperial, órden muy positiva en el fondo, la sociedad rusa se entregó en cuerpo y alma á las modas, á los libros y á las ideas franceses, siempre que esas ideas no fuesen mal sonantes á los oidos del Czar. Alejandro, el enemigo y vencedor de Napoleon, hostilizó en cuanto pudo la influencia francesa y dió aliento á la inglesa, y sobre todo á la alemana. Estas tres potencias se disputan hoy la sociedad rusa: la aristocrácia prefiere el yugo de Paris, fácil, llevadero, atractivo; el comercio se entrega al predominio inglés, que lo fomenta y lo enriquece; el ejército, compuesto

en mucha parte de oficiales alemanes y que cuenta entre sus glorias los Munich y los Beningsen, hijos de Alemania; que tiene hoy mismo como gefes de honor á casi todos los príncipes importantes de la Confederacion, el ejército no puede ménos de simpatizar con la familia sajona. La última guerra ha modificado gravemente estas influencias: la Francia parece haber ganado el terreno perdido por el Austria y la Inglaterra.

En el sur de Europa la Francia, representante hoy de la familia latina, se encuentra como en su casa en regiones habitadas exclusivamente por latinos, domina, impone su influencia y excluye al sajon y anglosajon. En la península ibérica, Lisboa y Oporto, casi colonias de Inglaterra, no alcanzan á equilibrar el peso de Madrid, de Barcelona y en general de todas las grandes ciudades españolas, seducidas por el espíritu francés. Génova es poca cosa enfrente del Piamonte y de la Lombardía, y la Sicilia, que tiene tendencias inglesas, no llega á balancear el resto de la Italia, sometida á la preponderancia intelectual ó material de la Francia. Si la influencia latina se entumece en las regiones del Norte, se ahoga en las regiones volcánicas del Sur la influencia de la raza sajona.

En Constantinopla y en Egipto, únicos puntos de Oriente accesibles á la influencia europea y cristiana, no hallarémos ni muchas ideas francesas ni muchas ideas inglesas: unas y otras van penetrando muy despacio, por fuerza y solo en la superficie de aquellos

pueblos tan tenaces en su barbarie. Y esto explica porqué la Francia ha logrado ciertas ventajas sobre la Inglaterra en tiempo de la guerra de Oriente. Lo hemos dicho mas de una vez: la Francia tiene por excelencia el culto de la forma, la ama, la propaga; y como todo pueblo es naturalmente ménos apegado á los hábitos exteriores de su existencia que á las condiciones sérias y sustanciales, da mejor acogida al que amenaza lo ménos importante, lo ménos grato á su corazon. La Francia ha vestido al Sultan á la manera de sus soberanos, le ha quitado el turbante y puéstole charreteras y placas; igual reforma hizo en oficiales y tropa; ha logrado introducir algunos profesores en el Egipto y tiene en sus Liceos unos cuantos barbaruelos aprendices de teorías francesas. Señala la presencia de la Inglaterra en Oriente el comercio de Alejandría, de Constantinopla, de Esmirna, el Banco Otomano, ya fundado, y el ferro-carril del Eufrates, obra gigantesca hoy en la cuna, pero que luego irá á dar vida á tantas ciudades moribundas, y á hacer ruido en las soledades de Babilonia.

Sálvese el Atlántico y se hallará en la América del Norte un mundo inglés. En la América del Sur veréis á Rio Janeiro y Valparaiso, ciudades de comercio, ricas, independientes, las mas civilizadas de la América hispano-lusitana. Son ciudades inglesas por excelencia, activas, llenas de movimiento y de vida. Allí hay vapores, telégrafos, ferro-carriles, iluminacion por gaz, bancos, sociedades de seguros, todos

los bienes y todos los adelantos de Europa, y con ellos y como consecuencia de ellos hay riqueza en el pueblo, independencia en el individuo, espíritu público en la sociedad: hay pocos militares y empleados, pocos parásitos y mendigos. Un eminente publicista americano, Alberdi, ha dicho con tanta gracia como verdad, que el americano del Sur no admite otra division de género y especie que ésta: «el hombre del litoral y el hombre de tierra adentro, ó sea el que recibe la luz europea, principalmente inglesa, y el que vive en las tinieblas de la vieja tradicion indígena y colonial.» La Inglaterra no ha penetrado todavia en las ciudades mediterráneas de América: las domina la España sola, la vieja España, no la nueva, allí mal conocida y mal juzgada, ó comparten su dominacion la antigua metrópoli y la Francia librera é ideal. Méjico, Santiago, Lima, Buenos-Ayres, Bogotá y Caracas, las mas populosas y notables capitales hispano-americanas, son ciudades que presentan el raro fenómeno del amalgama de lo mas viejo de la España con lo mas nuevo de la Francia: conventos en un sentido, centros de disipacion en otro sentido; ciudades de academias y de ignorancia, de teología y de incredulidad, de despotismo y de revoluciones; de extremo lujo y de miseria extrema; de mucha bulla política y de poco espíritu público. En esas ciudades la devocion es el correctivo de la licencia; se lee la Biblia en la tarde para expiar la culpa de haber leido la Enciclopedia en la mañana: y el ra-

millete místico y el *Flos Sanctorum* vienen á redimir la culpa de haber pasado una larga velada leyendo una voluptuosa novela. Representan á la vieja España el odio al extranjero cuya introduccion vedaba en otro tiempo, bajo gravísimas penas, la legislacion de Indias y limita ahora la mezquina legislacion republicana; la credulidad extrema, la intolerancia, el rigor político y administrativo: representan á la Francia ideal las academias, los sistemas, las disputas literarias y políticas, la duda de toda cosa, el amor de la novedad y el ansia frenética del placer. En el hecho, esas ciudades viven en pleno siglo XVII, el tiempo de las querellas religiosas, ó si se quiere, en pleno siglo XVIII, la época del escepticismo universal. En la teoría, viven en el siglo de la perfeccion política y social, algo distante, sin duda, del siglo XIX. Se ha visto, en algunas de las capitales citadas, que el pueblo pasaba de la procesion religiosa á la procesion del socialismo, enemigo de la religion no ménos que del órden. En Nueva-Granada, á la sazon que se abolia en principio la pena de azotes se daban cincuenta azotes á un senador enemigo de novedades, y á mas se le obligaba á firmar recibo de tan singular obsequio. En no sabemos cuál revolucion de Méjico ¡tan largo y confuso es el número! se echó por tierra á Santa-Ana; y á fin de celebrar la caida del tirano y la égira de un régimen mas suave y humano, paseó el pueblo en procesion la pierna que una bala francesa habia cortado al Dictador en el sitio de San Juan de

Ulúa, bien que la pierna yacia sepultada entre los muertos. ¡Singular confusion de teorías humanitarias y de barbarie! Burlesca amalgama del carácter terrible del conquistador español y del temple visionario del propagandista francés!

Todavía no ha penetrado en la América del Sur la influencia bienhechora de la Inglaterra, y sus preciosos resultados: el trabajo, la industria, el verdadero espíritu público, la moralidad política, la ciencia práctica en el gobierno, el amor del órden y de la autoridad en el pueblo. En la vida real esas sociedades son españolas antiguas, en las ideas esas sociedades son francesas. Resalta particularmente esta fisonomía hispano-francesa en Méjico y en Nueva-Granada; halláse modificada en Chile y en el Brasil, en donde el espíritu inglés gana terreno y comienza ya á penetrar en el gobierno y en el pueblo. Bien sabidos son los resultados. Así en el Brasil como en Chile, la cuestion de forma tiene un puesto subalterno, de tal suerte que se puede decir con propiedad, y no como mero juego de palabras, que Chile es una monarquía gobernada por un presidente, verdadero rey en el hecho y en el poder, y el Brasil una república gobernada por un emperador, en realidad magistrado republicano. No es ciertamente la ideología francesa la que ha constituido esos gobiernos tan poco consonantes en su forma como serios y respetables en su esencia.

Se vé por este rápido bosquejo dónde se halla presente el inglés, dónde se halla ausente. Huye de

las capitales, por su naturaleza disipadas, centro de la fuerza, del absolutismo, de los militares, de los empleados, de los parásitos de toda clase; y va á buscar los puertos de comercio, las ciudades industriosas, los centros de actividad. El Océano y sus riberas, tal es la morada del inglés; deposita en las costas su riqueza y su luz, bienes que penetran tierra adentro á medida de la facilidad del transporte, de la continuidad de la ilustracion, de la mas ó ménos favorable acogida de los hombres. En las naciones sajonas y escandinavas de Europa la influencia inglesa corre llevada en alas de la simpatia de raza, de religion y de tendencias: en las naciones latinas tiene que luchar con la repugnancia de las poblaciones, la diferencia de las ideas, la enemistad de las creencias. Y esto explica porqué los errores franceses circulan y se desarrollan en los pueblos del Mediodia de Europa y del Sur de América, en tanto que perece ó crece lentamente el plantel de verdades y de sanas doctrinas que el anglo-sajon lleva consigo y cultiva doquiera que vaya.

Para que un pueblo civilizado influya sobre otros ménos favorecidos, es preciso que su luz no ofusque, ni amenace su poder al débil. La luz no cambia de naturaleza, pero cambia de colores; la moralidad es siempre idéntica, pero los hombres y las intenciones varian al infinito. Y como los pueblos no son bastante sábios, ni están dotados de tanto discernimiento crítico como para separar la idea de la persona, confunden la una y la otra, califican la luz por el que la lleva

y juzgan las doctrinas segun la conducta de sus propagadores. En vano el padre Valverde descorria al Inca Atahualpa las preciosas teorías del cristianismo. y probaba sus inmensos beneficios á la causa de la humanidad : Atahualpa contemplaba solamente á los cristianos, á los hombres que tenia delante, á un Pizarro tan frio y cruel, á sus soldados tan codiciosos y disolutos, al padre Valverde mismo, que no era por cierto un San Pablo; y maldecia de la doctrina propagada por semejantes apóstoles. Hoy dia los indios y los chinos juzgan de la civilizacion europea y cristiana por unos cuantos mercaderes avaros y malos cristianos que penetran en su territorio: naturalmente la odian y la rechazan. En cierta manera sucede lo mismo con la influencia inglesa en las naciones de la raza latina. Los españoles y los hispano-americanos no son sin duda ignorantes, ni se hallan separados del mundo como los indígenas del Perú ó los asiáticos de nuestro tiempo; pero en nada ceden á éstos en sus preocupaciones, su desconfianza, su odio á la influencia anglo-sajona. Juzgan de los Estados-Unidos por las violencias y rapiñas de un Walker, condenan á la Inglaterra por las intrigas de un cónsul, de un fanático misionero. ¿Creen, por ventura, que la desconfianza y el odio serán los mejores preservativos de su independencia? ¡Error, lastimoso error! El único medio de escapar á la dominacion de la raza anglo-sajona está en apropiarse de su ilustracion, poder y riquezas, arrancarle sus armas y batirse en su

propio terreno. Aislarse es lo mismo que perderse inevitablemente.

Las poblaciones latinas hacen todavía mas que odiar y rechazar la influencia anglo-sajona. La desfiguran, la quitan su pureza y su virtud. Nada es tan comun, nada es, pudiéramos agregar, tan insensato como esas odiosas y descaminadas interpretaciones que se dan á sus tendencias mas bellas, á sus mas resaltantes méritos. La familia anglo-sajona, por ejemplo, es esencialmente laboriosa, industrial y dada al fomento de las riquezas. ¿Cómo se traducen estos hechos?—Como materialismo, bajo culto de la carne, adoracion impía del becerro de oro. ¿Es esta una intepretacion justa? ¿es siquiera una interpretacion de buena fé? ¿ó se pretende únicamente dar una excusa honorable á la pereza, elevándola á la categoría de elevacion de alma, de misticismo? ¿ó se quiere calumniar el bien ageno rebajándolo á la miseria de instinto sensual, mezquino, innoble?

Hay en Europa una nacion intelectual por excelencia, patria de Bacon y de Newton, apasionada de las letras y de las artes como ninguna otra; un pueblo en que la plebe mas ínfima lee, escribe; cuya sociedad vive ocupada de ideas patrióticas, de miras elevadas, de todas las cosas que ensanchan el entendimiento y elevan el corazon; cuyas ciudades ostentan palacios espléndidos, hechos para alojar al desvalido, al sordo, al mudo, al demente, palacios fabricados — nótese bien — no por la autoridad, no con sable en

mano, sino por la caridad libre y generosa; nacion en que el hogar doméstico es un eden de moralidad, de órden, de las nobles afecciones de la familia; en que hay innumerables asociaciones dirigidas á propagar la doctrina cristiana, la instruccion pública, el cúltivo mismo de las virtudes íntimas, la frugalidad, la continencia; sociedad en que los sentimientos generosos del corazon, no contentos con derramar su bálsamo bienhechor sobre las miserias de los hombres, parecen rebalsar y derramarse en bien de los animales mismos, máquinas que padecen, herramientas de carne y hueso, desamparados en toda otra parte: sociedad en fin la mas moral, la mas intelectual de Europa. Nos parece inútil decir que hablamos de Inglaterra. ¿Quién ha formado esta admirable nacion? ¿quiénes son sus moradores? — Los anglo-sajones, esa raza sensual y materialista, á juicio de sus enemigos; esa familia de industriales contra la cual se declaman idilios y sermones.

Hay en América, en frente de los sentimentales latinos, una sociedad formada segun el trabajo y la Biblia; cuyo núcleo primitivo fué la emigracion de la libertad y de la religion; compuesta hoy de 26 millones de los hombres mas cultos y mas laboriosos del mundo; en que la libertad es el primero de los derechos; la religion el mas alto de los deberes, el vicio y la tiranía las plagas mas aborrecibles; sociedad en que todo el mundo escribe, lee y tiene participacion en la cosa pública; cuyas ciudades abundan en

institutos científicos, en iglesias, en escuelas populares; cuyos sábios y literatos se han hecho los ecos sonoros de las viejas glorias españolas y americanas y que nos colman á nosotros, latinos, de gusto, tambien de vergüenza, con sus admirables historias de Colon, el gigante marino de nuestra raza, de Cortés y de Pizarro, ilustraciones que no son anglo-sajonas, de los Fernandos y Felipes, soberanos españoles, de los Cervantes y Calderones, hijos de Castilla: nacion, en suma, que salta de relieve en el mundo por presentar el mas vasto desarrollo del poder humano en el doble sentido del alma y de los bienes de la carne. ¿Es ese, preguntamos, un pueblo brutal, materialista, clavado á los intereses exclusivos del cuerpo? ¿de cuándo acá es cosa vil é innoble la libertad? ¿de cuándo acá es cosa del dia, fugaz y despreciable, el ansia de la ilustracion, el amor de la religion, el cultivo de los sentimientos mas elevados y puros del alma? — Pues estos móviles, tanto ó mas que el instinto del bienestar material, son los que caracterizan á la sociedad anglo-americana.

En nuestros dias se habla mucho de intereses materiales y de intereses morales, poniendo entre ambos ese abismo inconmensurable que separa al espíritu de los cuerpos. Nos atrevemos á creer que esta distincion es vana y hasta pueril. Donde hay desarrollo material, hay necesariamente desarrollo intelectual y moral. Piénsese que el hambre es muchas veces revolucion, desórden, impiedad: y que el bienestar mate-

rial produce de ordinario aquel bienestar moral que se llama órden en la familia, reposo y paz en el estado, armonía y contentamiento en la sociedad. Separado el pueblo de la liza intelectual, incapaz de comprender la ciencia de los doctos, halla á veces mas consuelos en lo que lo viste y alimenta que en las doctrinas y verdades superiores á la cultura de su alma. Para el bajo pueblo, pobre y destituido, un fardo de trapos encierra mas doctrina y moralidad que un libro de Sorbona.

Hay en esta época, época por excelencia de luz, una ignorancia general é increible de las vias de la Providencia y de la marcha misteriosa de los pueblos. La apariencia deslumbra las mas claras inteligencias, las ofusca y las hace ver una cosa donde existe la cosa opuesta. M. Guizot ha dicho : « donde no hay cámaras, prensa bulliciosa, comicios y clubs, allí, se cree, reina á su fantasía el absolutismo. » Asimismo, si se ven riquezas, suntuosas ciudades, comercio, industria, generalmente se exclama: allí solo se rinde culto al becerro de oro, las almas no tienen alimento, los corazones están vacios. Y si nada de eso existe y hay en su lugar mucha desolacion y ruinas, poetas que las canten, artistas que las pinten ; hombres que la miseria hace melancólicos, y el malestar social torna utopistas, se exclama : allí hay alma, corazon, nobles y elevados sentimientos.

¡Singular supercheria! ¡Vana y engañosa apariencia! En una parte el corazon existe tanto como en la otra, hallándose la diferencia tan solamente en que

aquí el corazon se encuentra enfermizo, lánguido y semejante á Tántalo, deseando siempre sin poseer jamás el bien; y allá el corazon se encuentra dentro de sí mismo, activo, exuberante de vida y de fuerzas. En un lugar el alma edifica ilusiones, deseos, esperanzas; en el otro, el alma edifica monumentos de ciencia, obras de verdad y de bondad. No sabe lo que es inteligencia quien crea hallarla mas en un discurso de la Academia francesa, sea ese discurso de Thiers ó de Guizot, que en la construccion del Leviathan, este admirable gigante de los mares; no sabe lo que es imaginacion quien tenga por mas bella una oda de Lamartine que el palacio de Sydenham, oda única de grandeza y de belleza, escrita en el hierro y en el cristal; no sabe lo que es corazon quien se imagine ser mas bello, tierno y armonioso un himno á la libertad que la libertad misma, himno el mas sublime que un gran pueblo puede cantar á la Providencia.

Es de admirarse que escritores de tan gran talento como Balmes, Donoso Cortés y tantos otros, se hayan hecho el eco de ideas que debieran quedar donde nacieron, en el vulgo. Se han imbuido de las preocupaciones de sus paises y raza hasta el punto de no ver en los pueblos sajones sino mercantilismo, pobreza de ideas, corazones tibios ó helados. Es esta una apreciacion que el espíritu de secta, arrebatando sus armas á la filosofía, hace á la civilizacion sajona á su vez malamente amparada en la Reforma. Así, esos dos enemigos tenaces é implacables, fatigados de lu-

char dentro de su propio terreno, sangriento ya y escabroso, se lanzan al campo neutro de la civilizacion y se atribuyen agresores y defensores que en realidad no tienen. Hay tan grande injusticia en tildar de materialistas las naciones sajonas por el hecho solo de ser protestantes, como la hay, y mucho mayor, en atribuir la decadencia de las naciones latinas al catolicismo que profesaron cuando felices, y al que, hoy desdichadas, se muestran siempre fieles. ¡ Reproches ambos bien absurdos !

Los dogmas tienen mas que hacer con la inteligencia que en la vida práctica de los hombres : se puede creer muy ortodoja y obrar muy licenciosamente. En cuanto á la moral religiosa, cuya accion abarca todas las situaciones del individuo y de la sociedad, tan bien existe y es respetada en los paises cristianos sajones, como en los paises cristianos latinos. En unos y otros son virtudes la justicia, el trabajo, la caridad : en unos y otros son vicios la pereza, la crueldad, la injusticia : y para sentar y venerar estos santos principios, ó abominar sus opuestos, ni unos ni otros necesitan consultar á Lutero ni pedir su opinion á Belarmino. El protestantismo es sin duda una secta de errores, deplorables errores ; pero dista mucho de ser una lógia de inmoralidad y de materialismo. Bien lo saben los escritores citados, y si juzgan tan mal la civilizacion sajona es porque desean, por una parte, arrastrarse el triste lauro de la muchedumbre, y retorcer, por otra parte, los juicios apasionados é injuriosos de los

escritores protestantes. En esta como en tantas otras ocasiones la verdad bate sus alas y se alza al cielo, no queriendo asistir á un combate en que su amor es por poco, y por mucho la pasion, el ódio, los móviles puramente terrestres. No busca en efecto la verdad y al contrario va ciego de pasion el que califica de materialista á la Alemania, nacion eminentemente religiosa, intelectual, aun vaporosa, como decia Voltaire. No juzga con sinceridad ni buena fé á la Inglaterra quien afecta ver en este noble pueblo solo una inmensa fábrica de comodidades materiales, un almacen de provisiones, como dicen los ingenios de las calles y cafés; algo de parecido á la industria instintiva, á la prevision animal de una cueva de hormigas.

A estas injusticias el derecho de retorsion opone este principio tan necio y á la vez tan grave sentado por los escritores protestantes: donde hay catolicismo hay absolutismo, decadencia, ruinas. ¡Absurdo! Catolicismo hubo en Venecia, Génova, Cataluña, Flandes y las ciudades hanseáticas, lo mas próspero, lo mas libre, lo mas guerrero y poderoso de la edad media. Catolicismo hubo en Aragon, la patria de Lanuza, en Castilla, tierra de Padilla, en la Inglaterra de la Magna Charta, en la Suiza de Guillermo Tell. Catolicismo hay hoy en Bélgica, Suiza, Piamonte, en los Estados-Unidos, en la Inglaterra misma, y allí, como doquiera, fecunda en vez de segar la planta de la libertad. Si pudiéramos tomar al serio el argumento de los protestantes nos veriamos forzados, siendo lógicos, á im-

plorar en favor de la Italia caida el paganismo de la Italia de Julio César y de Ciceron; á invocar para la Grecia en ruinas la mitologia de Pericles y de Platon. A la sazon que esas fábulas tenian sus templos en las Siete Colinas y en el Acrópolis, Roma era la reina del mundo, Aténas era la soberana del pensamiento y de la imaginacion. ¡ Vengan, pues, Júpiter y Baco ! ¡Váyanse Cristo y los Apóstoles !

¿ Qué pensar de tan extraña manera de juzgar las religiones y la historia de la humanidad? Esto solo: el ódio de secta, *odium theologicum*, confunde las mas claras inteligencias y extravia los corazones mas puros. Quítese de la vista ese lente engañoso; medítese con sinceridad y buena crítica en la historia de los pueblos, y se hallará una explicacion mas racional y mas satisfactoria de las cosas. El trabajo, el órden y la libertad hicieron prosperar los Paises-Bajos de la edad media, Venecia, Florencia, Génova, Cataluña, las ciudades hanséaticas — todos católicos. El trabajo, el órden y la libertad han hecho mas tarde florecer esos mismos Paises-Bajos, Inglaterra, Prusia, Estados-Unidos, hoy protestantes. Nada tiene que ver con esto la Reforma, teoría de dogmas, no ciencia de gobierno, ni arte de construir buques, ni máquina de tejer, ni motor de carros y vapores. Watt, el inventor del vapor, y Fulton que supo aplicarlo, no eran teólogos de Oxford ni controversistas de oficio; la Compañía de las Indias, conquistadora de un inmenso imperio, no era ciertamente una sociedad de monges ni una co-

fradia de protestantes devotos. ¡Muy léjos de eso!

La Inglaterra se ha hecho grande á pesar de las doctrinas mezquinas y exclusivas del protestantismo; se ha hecho libre luchando con los doctores de Oxford, que lo daban todo al rey; se ha hecho tolerante y justa contrariando á la iglesia anglicana, celosa, opresiva, implacable en sus odios. Decir á la España y demas países católicos: adoptad el protestantismo y seréis Inglaterra, es tan falto de sentido como decir á un cristiano indigente: adoptad el judaismo y seréis un Rothschild... Pero ¿á qué acumular pruebas en favor de la evidencia? Esta no es materia de discusion séria: es una mera querella de palabras semejante á la ridícula controversía de las reales y nominales; una enseña de partido, un color de bandera, algo de parecido á los blancos y azules del Bajo Imperio, á las rosas blanca y encarnada de los aspirantes al trono de Inglaterra.

Entre las causas del odio de los países latinos hácia la influencia anglo-sajona ha de contarse, como muy importante, el terror que les infunde el espíritu audaz y dominador de los ingleses y de los americanos. Se les mira de reojo, con desconfianza y miedo extremo. Hacen los latinos con los conquistadores anglo-sajones lo que ciertas aves con sus cazadores: esconden la cabeza debajo de las alas, y por no ver ya al enemigo creen que se ahuyentó para siempre. Nunca dejó de ser el miedo un malísimo consejero. Seguir una política entumida é indecisa, ora maldiciendo á boca

llena, ora rindiendo mentidos homenajes; tener el valor de la palabra para odiar y ultrajar al enemigo sin sentir el valor del corazon para regenerarse y hacerse fuerte; mantenerse aislado del progreso por no ponerse en contacto con los que lo impulsan; dar la espalda por un falso orgullo al enemigo que no se dá la cara por una impotencia verdadera: tales son los síntomas de los pueblos moribundos. Solo una conducta opuesta pudiera salvarlos. Convendria abrir de par en par las puertas á la influencia anglo-sajona; aspirar con ansia su aliento vivificador, recoger su luz, participar de sus riquezas y bienes, dar fácil y cariñosa acogida á sus hombres. El odio no es poder ni es fuerza, y nunca pudo, él solo, rehabilitar una nacion caida ó subyugada. La Italia abomina al Austria, y la obedece: la Polonia aborrece todavía mas, si cabe, á la Rusia y se halla postrada á sus piés. Semejantes á los condenados del otro mundo, tal como nos los hace ver la religion, esos pueblos caidos, verdaderos condenados de este mundo, parecen tener de la vida únicamente el sufrimiento y el odio. Maldecir en la impotencia, tal es el infierno político así como el infierno de la religion.

Convendria á la raza latina adoptar con los anglo-sajones una política de honesta y fecunda emulacion, expansiva, fácil, hábilmente calculada. Produciria esta política tres resultados de la mayor importancia. — 1° Embebiendo la raza latina el aliento poderoso de los anglo-sajones fortificaria su vitalidad

sin perder por eso su fisonomía ni sus caracteres. Por haberlo hecho en otro tiempo, pudo asegurarse catorce siglos mas de existencia. En el siglo v el mundo romano, ó mejor la raza latina, sufria esa languidez moral y material propia del que ha tenido una larga época de existencia y de movimiento, de lucha, de tiranía, de dominacion extraña y abyeccion propia. Restableciéronla los bárbaros, la sacaron de su letargo y atonía habiendo confundido y como inoculado en las venas de la raza latina la sangre pura y sana del hombre del norte. 2º La raza sajona, seducida por la latina, naturalmente se haria su amiga: los anglo-sajones son los apasionados mas ardientes, los admiradores mas entusiastas de las tradiciones, de las glorias y de los atractivos de la raza latina. El hombre del norte es poderoso y fuerte, pero incompleto: ni quiere ni le conviene destruir la familia latina, destinada por la Providencia á reflejar los mas bellos rasgos de la fisonomía humana. 3º Dando libre y bondadosa acogida á los hombres y á los tesoros de los pueblos anglo-sajones, los latinos tendrian rehenes perpetuos, una doble caucion de fidelidad y de honesta conducta. Bacon ha dicho: « tener esposa é hijos es lo mismo que dar rehenes á la fortuna. » ¿No pudiera añadirse tambien el dinero, este hijo predilecto del corazon de los hombres?... En nuestro tiempo Bacon habria quizá modicado su dicho.

Se puede sentar como principio general que la duracion y crueldad de la guerra están en relacion del

contacto mas ó ménos íntimo de los pueblos. No tiraniza quien deja rehenes; no asola quien asola su propia casa. Ahora que los pueblos, en especial los anglo-sajones, viven en el extranjero y reparten en todas las regiones sus intereses mas preciosos, la guerra es un martirio mútuo, un suicidio al mismo tiempo que un homicidio. El inglés que destruya á Petersburgo, el francés que bombardee á Barcelona, el americano que incendie á Valparaiso, sufrirá tanto como hará sufrir, y será semejante al ascético que flagela sus espaldas con sus propios brazos; y no hay, que sepamos, pueblos hermitaños ni penitentes. La intimidad de relaciones, el cambio de hombres y de cosas, estos rehenes universales, han hecho mas que las teorías de todos los tiempos y los discursos de los grandes filósofos y humanitarios. La Europa guerrera quedó sepultada en Waterloo, tumba de la Francia imperial, como ha dicho lord Byron: pereció allí el genio belicoso, fué batido Marte mismo, y de su formidable espada, fundida por la industria, se hicieron azadas de labranza, rieles de ferrocarril, cilindros de vapor. La guerra de Oriente, la sola grande despues de Waterloo, ha sido una lucha hecha por procuracion, un duelo de gigantes que tuvo lugar en la Europa bárbara y en el Asia, á fin de no meter ruido en la Europa civilizada y laboriosa. Oyéronse los cañonazos de Sevastopol solo por vía de telégrafo; no asolaron, como en las pasadas guerras, los mas hermosos campos del continente, la Bélgica, la Lombardía, las

riberas del Elba y del Rin. Y la guerra de Oriente que tuvo lugar, nótese bien, entre la Europa culta y la Europa semi-bárbara, entre paises de poca intimidad y de poco comercio, duró solo dos años, es decir, no mas de lo que duraba en otro tiempo una primera campaña.

Entre los pueblos fuertemente ligados la guerra es casi imposible. En los dias en que escribimos la Francia y la Inglaterra, ayer aliadas, siempre rivales, en este momento casi enemigas, parecen hallarse dispuestas á una lucha terrible é implacable. Luis Napoleon fortifica las costas de Normandía y de Bretaña, reune poderosas armadas en Cherburgo y en Brest y lo que es mas, se dá el placer de invitar á la soberana y al Parlamento de Inglaterra para que vengan á ver su formidable aparato bélico. Por su parte la Inglaterra fortifica su litoral, aumenta sus escuadras; y su prensa lanza altanera un reto de guerra á la Francia. Este ruido belicoso inquieta al vulgo, pone en conflicto las Bolsas de Europa, y hace sonreir á los estadistas y diplomáticos de cálculo. A cada eleccion de Presidente la Union americana lanza el guante á la Inglaterra: ambas naciones se conmueven, se exaltan, se enfurecen; parecen acamparse en sus litorales y como si se hallasen dispuestas á echarse la una sobre la otra y darse un tremendo choque en medio del Atlántico. Verifícase la eleccion: el presidente contradice al candidato, en los Estados-Unidos; la reflexion acalla la pasion, en Inglaterra: y pasa la tormenta ¿Y por qué

tantos y tan violentos amagos no producen una guerra? — Porque la Inglaterra mora en los Estados-Unidos, porque los Estados-Unidos moran en Inglaterra. La industria inglesa necesita algodon, cereales, mercados americanos. Los anglo-americanos necesitan carbon fósil, tejidos, hierro para su inmensa fábrica de ferrocarriles y de herramientas. Estos son rehenes de hambre. Los hombres son rehenes de familia, de corazon. Unos y otros harán imposible la lucha ó la harán por lo ménos difícil, breve, pasagera, como debe serlo toda calamidad suprema. En nuestra época la Inglaterra no destruiria á Nueva-York, la hermana de Lóndres y de Liverpool, como asoló en otro tiempo á Washington, ciudad oficial, sin comercio ni habitantes ingleses.

Es pues evidente que la invasion pacífica de los anglo-sajones, lejos de ser una causa de terror, es una verdadera garantia de paz y de respeto para los pueblos latinos. Cualquiera que sea su política, y necesariamente ha de tender á la conquista, irresistible ambicion del fuerte, siempre tendrán los anglo-sajones la lógica de su interés y los guiará la razon de su propia conveniencia. ¿Se quiere evitar la dominacion militar? Llámese, solicítese la invasion pacífica é industrial. Los anglo-sajones son conquistadores de mucho cálculo; no se tema que asolen un pais próspero ni sacrifiquen sus intereses propios á la mira de apoderarse mas tarde de territorios desiertos, de ciudades solitarias. Esa es conquista de bárbaros, no

de pueblo culto. Esa es guerra de genios ambiciosos, egoistas, de verdaderos ébrios de gloria, no de los pobladores de América ni de los soberanos de la India y de la Australia. Suponer que los anglo-sajones quieran asolar una ciudad en que tienen nacionales en gran número y valiosos capitales, equivale á suponer, segun la hermosa imágen de Rousseau, empleada en mala ocasion, que pretenden tragarse su cabeza con su boca, cosa absurda, imposible.

Si la influencia individual y social de la Inglaterra ha sido bienhechora á la Europa y á la América: ¿podrá decirse otro tanto de su influencia doctrinaria y política? — Tal es la cuestion que nos corresponde tratar ahora.

Algunos publicistas franceses, queriendo sin duda dar á su pais el primer rango en la historia de la ciencia política, han juzgado así las revoluciones de Inglaterra y de Francia.— «La primera fué un hecho local, inglés; la segunda, un hecho europeo, universal. La Inglaterra se propuso su sola libertad, su solo bien; la Francia aspiró á la libertad y al bien de todos los pueblos. El Parlamento Largo fué una asamblea nacional; la Constituyente y la Convencion fueron asambleas universales. La revolucion inglesa tuvo los caracteres de una secta aislada, la secta anglicana; trabajó por la reparacion de algunos males del tiempo, mejoró la obra de las generaciones anteriores, puso el último sello á la Magna Charta, hizo sagrado el *habeas corpus*, fijó los límites del poder real y del po-

der de la aristocracia, y demarcó claramente lós derechos y los deberes del pueblo. Todo esto es local, todo esto es inglés. La Magna Charta es una concesion del rey Juan ; el *habeas corpus* es una garantía puramente inglesa, el jurado es una institucion antiquísima, y que remonta al tiempo de los daneses segun unos, á la época misma de los sajones en opinion de otros. La revolucion francesa quiso otorgar la Magna Charta de las naciones, señalando á la vez los derechos del hombre y del ciudadano; extendió el *habeas corpus* á todos los habitantes del mundo, como garantía anexa á toda persona y á toda propiedad. Fué esa una revolucion humanitaria, filosófica, cuyo código se llama Derechos del hombre (Droits de l'homme), mientras que la revolucion inglesa fué la obra del descontento de los sectarios aristócratas y plebeyos de un solo pais, descontento que se produjo en un humilde documento que se llama Peticion de derechos (Petition of rights). La historia moderna, agregan, no es sino la confirmacion de las verdades que sentamos. Consumóse la revolucion inglesa y la Europa entera permaneció á oscuras, siempre sometida al poder absoluto. Consumóse la revolucion francesa, y la Europa entera se levantó, como si fuese un solo hombre, pidiendo ó mejor imponiendo sus derechos. La Italia quiso ser libre ; la España se dió una constitucion y restableció sus cortes, venerable monumento puesto á un lado y como secuestrado por el absolutismo ; los Paises-Bajos y la Alemania se dieron instituciones mas liberales ; elimi-

nó la Suiza el elemento aristocrático de su gobierno; suspiraron los pueblos escandinavos por sus antiguos privilegios; surgió, en fin, en la América, este nuevo mundo conquistado por el sable de la España, un nuevo mundo de repúblicas creado por el espíritu de la revolucion francesa.»

Pues bien, nos atrevemos á creer que este magnífico cuadro dibujado por los Constant, los Guizot, los Sismondi, embellecido por los mas vivos colores de la palabra, apoyado en la evidencia aparente de la historia, es un cuadro imaginario, una hábil combinacion de palabras y de coincidencias.

La revolucion política tuvo su orígen en Inglaterra, y esta gloria, apuntada en las páginas de la humanidad, en la verdadera historia filosófica, no se la podrá arrebatar ni el génio de la palabra ni el entusiasmo del patriotismo francés. Fué Inglaterra la primera nacion de Europa que rompió las tradiciones de la edad media, su pueblo el primero que dudó de la legitimidad del absolutismo, del derecho divino, de la monarquía feudal; y que, mas tarde, añadiendo el hecho á la doctrina, llamó á juicio y decapitó á su rey, abolió la monarquía y estableció la soberanía de la inteligencia, el poder omnipotente de la opinion, la supremacia del pueblo sobre el soberano. No es este un hecho mezquino ni local. La nacion que decapita un rey da un ejemplo terrible á las demas naciones, una leccion sangrienta á los demas reyes. La asamblea que asume la representacion única y omnímoda de un pueblo, prue-

ba al mundo que el régimen parlamentario es cosa posible, grande, gloriosa. El ciudadano armado en defensa de su libertad, de su conciencia, de su propiedad, es un modelo vivo puesto en presencia del siervo feudal de toda la Europa. Ni Hampden, ni Pym, ni mucho ménos Cromwell fueron revolucionarios medianos, limitados, sin inteligencia ni miras. Estos hombres hicieron la revolucion con pleno conocimiento de lo que era una revolucion: no fueron alborotadores de calles, tumultuarios de plazas públicas, ni vanos declamadores de clubs: fueron verdaderos revolucionarios, audaces, lógicos, de profundo cálculo; y no pudieron ménos de conocer la grandeza y las consecuencias de su obra. La revolucion inglesa fué pues, en su esencia y naturaleza, europea, universal, filosófica.

Es verdad que la llama de esa revolucion no prendió en las naciones del continente. ¿Y fué acaso por faltarle un carácter general? ¿ó porque la Europa no se hallaba en estado de recibir ese gérmen de libertad? La historia social y filosófica, no la vana nomenclatura de datas y hechos, prueba que si la revolucion inglesa no se propagó y, para tomar la bella expresion de Mirabeau, no dió la vuelta al mundo, fué porque el mundo, presa entonces de los reyes absolutos, cerró sus puertas al emisario de la libertad.

Durante los siglos XVI y XVII hubo en Europa una grande efervescencia de pasiones y doctrinas religiosas y un incomprensible reposo de las pasiones y de las doc-

trinas políticas. La Francia de la Liga disputaba, sable en mano, sobre los misterios de la gracia, de la eucaristia, de la confesion: á nadie ocurria controvertir la legitimidad del poder, los móviles y los fines de su ejercicio. En tiempo de Luis XIV la Francia se convirtió en una inmensa universidad en que se batian jansenistas y ortodojos puros, jesuitas y *Port-Royal*, galicanos y ultramontanos, Pascal y los padres de la compañía, Bossuet y Fenelon, el padre Le Tellier y los partidarios del edicto de Nantes. Nadie pensaba en los deberes del rey á la sazon que el rey empobrecia el pais por construir un palacio, Versalles, ó lo humillaba por dar un trono á su nieto, el duque de Anjou. Contra las demasías del poder no habia otros correctivos que las oraciones de Massillon, las alusiones del Telémaco, los pasquines de las calles, los clamoreos del pueblo: todo lo cual no forma ciertamente un cuerpo de doctrina constitucional ni una carta de garantías públicas. Léanse los escritos de aquella época, y se verá que los franceses entendian tan poco de revoluciones como para calificar de extravagancia cuákera la terrible tragedia en que Cromwell hizo de juez y de víctima Cárlos I. Richelieu la habria juzgado de otro modo, sin duda; pero Richelieu no existia ya y su puesto, ocupado algun tiempo por un ministro tímido pero hábil, Mazarino, vino al fin á caer en poder de cortesanos y mancebas.

Hácia el mismo tiempo la España y la Alemania yacian bajo el cetro absolutista de la casa de Austria,

vivian ocupadas de religion, de luchas terribles, hallándose los pueblos alemanes enteramente dados á las cuestiones de conciencia; y los españoles se encontraban como adormecidos por la grandeza de sus soberanos y la gloria de su nacion. Ni unos ni otros pensaban en reformas sociales y políticas.

Llegamos al siglo XVIII: la lucha religiosa pierde terreno; á la terrible guerra de los treinta años, á las persecuciones de Luis XIV, hechas á nombre de la religion, sucede la propoganda escéptica, mal llamada filosófica; en lugar de *Port-Royal* vienen los enciclopedistas; un gobierno corrompido y débil toma el puesto de un gobierno perseguidor y fuerte; las Lais cínicas ocupan en Versalles él retrete de las Lais devotas; la duda de todo viene en pos de la credulidad absoluta y sin exámen. Entónces, solo entónces, empieza en Francia el movimiento político. Se difundió el convencimiento de que un rey sátrapa, dado exclusivamente á sus placeres, indiferente al honor del país, pródigo de sus tesoros, corrompido y corruptor, no podia ser el gefe ungido, santo, el amo absoluto de una gran nacion. En la opinion ó mejor en el vago deseo del pueblo, debia limitarse el poder real, oponer estorbos á sus abusos, reprimir las violencias y estorsiones de una aristocrácia sin freno y sin gloria, dar á la clase media alguna participacion en el gobierno; señalar, en fin, un destino mas elevado y honroso á la futura recomposicion del estado.

Pero estas ideas eran un mero desideratum, vaga

ansiedad de una poblacion esclava y humillada. No componian un cuerpo de doctrinas bien explicadas, bien comprendidas, claras en la mente de los reformadores, palpables á los ojos del pueblo. Todos conocian el mal, nadie se daba cuenta del remedio. Todos sabian lo que se habia de destruir, nadie lo que se habia de edificar. » No podemos, parecian decir los pueblos, no podemos vivir en el estado actual de cosas. Tenemos un monarca absoluto, fuente y centro de toda autoridad, y sin embargo el gobierno es débil, mezquino, sometido á la influencia de las mancebas y de los palaciegos. Tenemos un inmenso establecimiento eclesiástico dueño de la cuarta parte del territorio, poderoso, ilustrado en su personal, santo en sus ideas; pero deploramos la inmoralidad de la córte, la poca religion del pueblo. Sufrimos un régimen de absorcion en el que desaparecen el individuo, la familia, la localidad, en que todo desaparece en favor del centro ó eje motor; y no por eso deja de hallarse el pais desmembrado en mil trozos ó porciones patrimoniales que posee una aristocrácia rapaz, sin ideas ni patriotismo. Hay un sistema de contribuciones onerosísimo, verdadera vorágine que absorbe la industria y el trabajo del pueblo; pero el estado es pobre, vive de préstamos de su propio dinero que le hacen los intendentes y los agiotistas, acude todos los dias á nuevos y mas odiosos espedientes; se halla al borde de una bancarrota general, de un abismo. Mantenemos un inmenso ejército de mar y tierra, compuesto de lo mas vigoroso y pa-

triota del pueblo, acaudillado por lo mas bravo y brillante de la aristocracia: y ese ejército está mandado por las mancebas, y los lacayos de palacio son sus tenientes: somos derrotados en tierra y en mar: los ingleses se apoderan de nuestras colonias; el marqués de Brandeburgo, cuyo estado no es mas rico ni mas dilatado que una de nuestras provincias, hace sin embargo el Alejandro con nosotros y nos bate lamentablemente en Rosbach. Hay pues un vicio radical en todo esto, vicio que se ha de corregir si queremos escapar de una próxima disolucion, de una catástrofe funesta é inevitable. »

Tal es en resúmen el pensamiento de la Francia durante el siglo XVIII, ora aparezca expresado en las frases disimuladas y oscuras de los discursos académicos, ora se muestre ideal y misterioso en los escritos de los filósofos, ora tome cuerpo en las formas groseras de un panfleto, en la insolencia de un pasquin tabernario ó en el clamoreo de un tumulto plebeyo. La nacion entera duda, sufre, aborrece el estado de cosas existente y no sabe dónde hallar los medios de salvamento.

Preguntarémos ahora á los publicistas franceses: ¿quién vino á dar cuerpo, á encarnar en las doctrinas el pensamiento del pueblo? ¿quién mostró un guia, un sendero luminoso á la opinion pública? Los ingleses, los publicistas inspirados por la revolucion de Cromwell, los hombres de estado y los oradores que entronizó la revolucion posterior de 1688. A su vuelta

de Inglaterra, donde se habia refugiado por escapar de la Bastilla y de los palos de los grandes señores, Voltaire introdujo en Francia, tanto á lo ménos como la Francia podia recibir, las ideas de los Russell, de los Lydney, de los Bolingbroke, el principio de la monarquía limitada, del gobierno parlamentario, de la prensa libre, de la inviolabilidad personal y de la propiedad. Voltaire no tenia bastante virtud para hacerse el campeon de la libertad; pero era muy artista para no amarla, y habia sido muy apaleado para no aborrecer el despotismo del rey y de los grandes señores. Por eso su propaganda fué, en política así como en religion, obra de crítica, de ódio, de destruccion. Mas grave y profundo, ménos preocupado, Montesquieu pudo estudiar con mayor provecho las instituciones de Inglaterra y proponerlas, en Francia, como dignas de admiracion y de imitacion. Montesquieu es el primer publicista de Francia que haya compuesto un cuerpo de ciencia política, una teoría séria de gobierno, y Montesquieu es inglés, enteramente inglés en sus opiniones y su ciencia política, á pesar del aticismo de su estilo y de la gravedad romana con que de ordinario sabe revestir su pensamiento. En cuanto á la novedad de los sistemas de Rousseau, la crítica sabe bien á qué atenerse: ¿quién ignora el orígen y las fuentes en que se inspiró el autor del Contrato Social? ¿era cosa nueva en el mundo la doctrina de la limitacion del poder real, de la soberanía nacional, del contrato tácito que existe entre pueblo y rey, y por el cual se obliga el uno á

respetar y rendir homenaje al poder, el otro á respetar y rendir homenaje á la justicia, á la ley, á los derechos del hombre y del ciudadano? ¿no era esta teoría vulgar en Inglaterra? ¿no la sabian y practicaban los políticos de San James y los oradores de Westminster? ¿la ignoraban, por ventura, los cerveceros mismos de Lóndres y los mercaderes de Bristol? Y si todo esto es cierto y consta en la historia, ¿en dónde está la originalidad de las teorías de Rousseau? ¿en que el autor del Contrato Social supo aplicar á las cuestiones políticas, de ordinario secas y desabridas, un lenguaje lujoso de colorido, de vigor y de fuego?—Esta seria originalidad literaria, no de publicista. La Francia imprime hoy los libros mas hermosos y de mayor correccion y elegancia de tipos: ¿se dirá, por eso, que la imprenta es una novedad francesa? — No, es un descubrimiento aleman embellecido por los artistas franceses.

Viene 89, la revolucion francesa mal llamada revolucion filosófica, humanitaria, universal, única. Esta revolucion tiene tres faces distintas y bien demarcadas: la monarquía constitucional, obra de la Constituyente; la república; la monarquía militar, fruto de ambas recogido por Napoleon. Como el desórden y el régimen del sable ó no tienen teoría ó la tienen muy vieja, nos parece inútil examinar si Danton trató de imitar á Cromwell revolucionario y regicida, ó si Napoleon se propuso por modelo á Cromwell reaccionario y dictador — porque, como ha dicho M. Guizot,

Cromwell es á la vez Danton y Bonaparte. La anarquía y el despotismo cuentan, por desgracia, con infinitos precedentes en la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos. Hablarémos tan solamente de la primera faz de la revolucion, la única que presenta ideas, doctrina, sistema.

La Constituyente no hizo sino reproducir con brillo la obra del *Long Parliament* y de la asamblea que depuso á Jacobo II y entronizó á Guillermo III. No la inspiró la Academia, asiento del saber elemental; ni la Sorbona, instituto de sábios tradicionalmente apegados á la monarquía absoluta; ni habian de inspirarla tampoco los lacayos bordados de la córte, envilecidos por la Constituyente; los nobles, que redujo á plebeyos; el clero, que hizo mendicante; ni el pueblo, en fin, el mas interesado pero tambien el mas incapaz de esas reformas. La Inglaterra de Pitt fué su ejemplo vivo, la Inglaterra de Hampden fué su ejemplo histórico. De ella tomó la division de los poderes, dando al rey el puesto de honor, la inviolabilidad, haciéndolo en principio fuente de todo poder y de toda gracia; á la Asamblea, la mision de legisladora en realidad, colegisladora en axioma, raiz única de donde habian de nacer los ministros y los altos funcionarios del estado; á los tribunales, la santidad, la independencia, la inamovilidad. Cuando la Constituyente planteó en Francia esta complicada maquinaria, hacia siglos que marchaba fácil, sin estorbos, con brillo, en Inglaterra.

En el *Petition of rights* hallamos todas las garantías personales ó de propiedad dadas á la Francia por la Constituyente. Allí está el derecho de pensar consagrado y reconocido como fundamental, en el doble sentido de la palabra hablada y de la palabra escrita. Allí está la inviolabilidad personal, protegida por la ley contra los abusos del poder, los autos de prision no motivados ó no expedidos por juez competente. En el *Petition of rights* se halla tambien garantida la inviolabilidad de los bienes de toda especie, sin otra limitacion que la exigida por el bien comun, y esa, sometida á la apreciacion del Parlamento, no del gobierno, no de los tribunales mismos. Hállanse, por fin, en ese documento todos los derechos, todas las verdades que, siglo y medio mas tarde, planteara en Francia la Asamble Constituyente. ¿Cuál es pues la dilatacion humanitaría, el alcance universal que diera, en opinion de los publicistas franceses, á estos principios la revolucion de 89? ¿No eran de suyo muy filosóficos y universales? ¿No era esta luz de toda inteligencia, aspiracion de todos los corazones?.

Lo diremos sin titubear: la revolucion inglesa, dando al mundo el ejemplo de un pueblo en amplio goce de su libertad y en órden, probó la bondad, y lo que es mas, nótese bien, probó la practicabilidad de las instituciones libres. Y fué de este modo un ejemplo consolador, un modelo universal y halagüeño. La revolucion francesa, empero, degenerando pronto en anarquía, en desórden extremo, sangriento, aborrecible,

probó por el contrario que las instituciones libres debian atraerse mas bien la admiracion que la imitacion de todos los pueblos. En este sentido la revolucion francesa fué un desencanto universal: porque léjos de generalizar las doctrinas del gobierno parlamentario y libre, las dió tan solo el carácter de utopias fantásticas é irrealizables. Por fortuna, allí está la Inglaterra que podrá decir al mundo, sobre todo al mundo absolutista: ¡la libertad no es sueño ni utopia, es verdad, es realidad!

Basta leer las sesiones de las asambleas de la revolucion francesa para convencerse de la influencia poderosa que tuvo en sus estadistas y oradores la revolucion de Inglaterra. En los discursos de la Constituyente, de la Legislativa y de la Convencion, hay dos inspiradores y un solo maestro. Los filósofos de la Enciclopedia y los historiadores de la antigüedad, hé allí los inspiradores: la revolucion inglésa, hé allí el maestro. De ella vienen las doctrinas palpables, los ejemplos, las opiniones dignas de respeto, la teoría meritoria de ser puesta en planta. Era la Enciclopedia un vastísimo almacen de declamaciones humanitarias, filosóficas: era la antigüedad un mero recurso de oratoria pobre, fuego fátuo al servicio de aquellos oradores que no hallaban un fuego verdadero en la libertad, la grandeza de un pueblo revolucionado, palpitante de zozobras, de esperanzas, de dolor, en guerra contra la Europa absolutista é invasora. No era dable buscar ideas organizadoras, sistemas de gobierno,

cosas prácticas, no declamaciones, en los libros de Mably y de Rousseau. Nadie habia de estudiar en Tucídides ó en Livio la mejor organizacion de una sociedad cristiana y moderna, hija de la Iglesia y del feudalismo. Nadie habia de desenterrar las antigüedades de Roma y de Aténas, el Foro, el Pórtico, para hallar sistemas de elecciones, de régimen interno, de instruccion pública, de industria, de comercio, de crédito. Así, los Mirabeau, Barnave, Lally, Brissot, Vergniaud, Condorcet, Sieyès, los mas poderosos oradores y publicistas de la revolucion, pedian á la Inglaterra sus inspiraciones políticas, á Roma y Grecia sus arranques y alusiones oratorias. Invocaba Mirabeau las cenizas del último de los Gracos y de Mario contra la nobleza corrompida y tiránica, y luego, cuando llegaba el tiempo de hablar sério, buscaba en la Peticion de derechos, en la historia de Inglaterra, los medios de limitar el poder de los nobles y de ensanchar las garantías de los plebeyos. Pintaba Vergniaud los horrores de la dictadura de Pisistrato y de los Treinta tiranos, de Sila, de César, y llamaba en su auxilio á los Sidney, los Russell, para que le inspirasen los preservativos de la dictadura y de la tiranía. Filósofos y clásicos fueron á la Revolucion lo que las proclamas á las batallas, vana retórica escrita sobre tambores; ó lo que es el manto purpúreo al poder de los reyes, colorido exterior, puro ornato teatral para los ojos de la muchedumbre.

Ni la fraseología filosófica, ni las alusiones clásicas,

ambas tan del gusto de los revolucionarios franceses, podrán dar á los hechos una importancia que los hechos no tienen. Despójese de ese atavío literario la obra de la Constituyente; quítese el ropaje académico, el lenguaje empolvado, único resto del viejo régimen, mas aparente á engalanar la pobre humanidad de los reyes que para ornamentar la hermosa figura de la libertad, oro puro que no necesita dorados: y se hallará la obra misma, ni mas ni ménos, del Long Parliament y del Parlamento que depuso á Jacobo II. Hacer de la una un suceso local, de la otra un suceso universal, es lo mismo que desconocer completamente la naturaleza de esas revoluciones y la índole de las ideas. Hay plantas que se desarrollan aquí y mueren allá, plantas locales: hay hombres felices en tal suelo, tristes y enfermos de nostalgía en tal otro, hombres locales. Pero las ideas no tienen fibras materiales como las plantas, ni organismo sensible como los hombres: son habitantes del mundo, hijas del espíritu, y tan bien prenden en las frias regiones del polo como en los abrasadores climas de la línea equinoxial. Arraigóse la libertad en el suelo inglés, y si no prendió en el continente, en el mundo, no fué ciertamente porque esa preciosa semilla careciese de virtud y de vigor, sino porque el terreno no estaba dispuesto á recibirla.

Es indudable que los franceses han popularizado y embellecido las preciosas doctrinas de la revolucion inglesa: nadie les disputa este honor. Pero es de todo punto injusto el atribuirse á sí mismos la gloria de ha-

berlas inventado y como creado de la nada. Hoy dia Humboldt y Arago nos hacen admirables explicaciones del puesto y funciones de la tierra en la mecánica del universo: ¿quitan por eso á Galileo el honor de haber dado la clave del misterio? ¿le arrebatan la gloria de haber descubierto una verdad *universal, filosófica*, bien que en su tiempo fuese universal el error opuesto? ¿no seria ridículo en extremo si hubiesen dicho: «Galileo hizo sin duda una buena y gran cosa; pero su descubrimiento, encarcelado por la Inquisicion, quedó oscuro y desconocido: toca á nosotros la gloria de haberlo sacado de prision y convertídolo en verdad universal, clara, aceptada.» Pues los reformadores ingleses son á la ciencia política lo que Galileo á la teoría de la tierra: demostraron un problema cuya solucion, conocida en la Roma republicana, en la Grecia libre, en tal cual comunidad de la edad media, habia sido perdida en favor del absolutismo. Supieron aquellos hombres hallar el puesto y funciones de la libertad en el universo político, dejando á otros la mision honrosa, pero subalterna, de formar una teoría elegante de su descubrimiento.

Si la revolucion francesa tuvo tan vasto eco en el mundo, no fué por ser mas filosófica en sus principios, mas universal en sus tendencias, que lo fuera la revolucion inglesa, sino por haber concurrido en favor de aquellas innumerables circunstancias propicias. No habia en el siglo XVII el movimiento de ideas y de pasiones de nuestra época; preocupábase el pueblo

únicamente de cuestiones religiosas; hallábase en mantillas la prensa, tribuna que hoy se hace escuchar en todo el mundo; no se poseia aun ese conocimiento tan general en el dia de las lenguas, costumbres, instituciones, de los otros pueblos; leíase poco, se estudiaba ménos, y el saber era patrimonio exclusivo de las universidades. En el siglo XVII reinaba en España y en Italia la Inquisicion, aduana de fuego que secuestraba, cuando no quemaba, las novedades y los novadores. Hácia el mismo tiempo la América entera yacia bajo un régimen colonial celoso que la aislaba del mundo, y cerraba sus puertas á toda luz de afuera, abriéndolas tan solo al traficante que á cambio de sus tesoros le llevaba algunas mercaderías europeas y esa terrible lepra africana, el tráfico de negros. En aquella época la Europa hacia con los pueblos de América lo que hacen hoy los propietarios de minas de carbon con sus obreros: sepultarlos vivos en subterráneos oscuros, sin permitirlos mas luz que el candil que señala su penosa tarea. Estábase el europeo á la puerta con una mano siempre vacia y codiciosa y la otra mano siempre dura é implacable. Los gobiernos del viejo mundo hacian lo posible por contener la emigracion ilustrada, industriosa, bienhechora; y poblaban la América de negros africanos, tinieblas que andan, no ménos oscuros de inteligencia que de color. Ni la Europa ni la América se hallaban, pues, en estado de recibir las doctrinas de los revolucionarios ingleses.

Nos ha sido preciso extendernos acaso demasiado

para los límites de este trabajo, á fin de rectificar un error propagado por escritores de talento y aceptado sin exámen ni crítica por el vulgo de los publicistas y de los historiadores.

Que los pueblos latinos de nuestro tiempo han tomado por modelo la revolucion francesa, no la inglesa, los Derechos del hombre, no la Peticion de derechos, es una verdad incuestionable y que reconocemos, pudiéramos decir, que deploramos abiertamente. La España, la Italia y la América del Sur, clientes de la Francia, han copiado la copia, imitado la imitacion. Echase empero de ver que estas imitaciones políticas, semejantes á las de toda otra especie, de arte, de literatura, de ciencia, desfiguran y corrompen el modelo á medida que mas se alejan de él. Así entre la organizacion del poder legislativo en Inglaterra y la organizacion de ese mismo poder en una república de Sur-América, hay la misma distancia que separa la Transfiguracion de Rafael, tal como existe en la antesala del Papa, y esa misma Transfiguracion tal como la copian los pintamonas de Paris, á cambio de un óbolo. Las constituciones de Sur-América son constituciones inglesas reducidas á su mas ínfima expresion y vendidas por un óbolo. Vayan sus autores á Inglaterra; contemplen y mediten con detenimiento el cuadro original; expliquense las infinitas combinaciones, los esfuerzos, los sacrificios, el trabajo de los siglos, el desarrollo del pueblo, su virtud, su industria, y tantos otros ope-

rarios de esa obra admirable, y se persuadiran de que su imitacion es imposible.

Pero donde influyen con mas tenacidad y poder las instituciones inglesas es en la Francia misma, autora, segun se dice, de sistemas políticos originales, filosóficos, universales. Salvo el imperio napoleónico, imitacion del imperio romano; salvo el Terror y el socialismo, extravios criminales y de funesta memoria: todos los gobiernos de Francia posteriores á la revolucion de 1789 han sido la copia mas ó ménos infiel, mas ó ménos inadecuada del gobierno inglés.

La Carta de 1814 fué obra de Luis XVIII y de los emigrados habitantes por largo tiempo de la Inglaterra, y tan apasionados de sus instituciones como podian serlo los Borbones, descendientes de Luis XIV, y sus cortesanos, descendientes de los palaciegos de la vieja monarquía. Los publicistas y comentadores de la Carta, á saber, B. Constant, R. Collard, Guizot, Chateaubriand, eran en sus ideas y sistemas de política admiradores é imitadores de la Inglaterra.

La monarquía de Julio léjos de renegar de la imitacion inglesa, tan funesta á la Restauracion, no hizo sino exagerarla con ceguedad y pasion. Luis Felipe y casi todos los ministros de su reinado se propusieron plantear en Francia, nacion apasionada, ligera, acostumbrada al absolutismo, casi indiferente á la libertad, las instituciones que la Inglaterra debe á siglos de paciencia, de observacion, á infinitos sacrificios, á las mas bellas virtudes sociales, al amor del órden, al

respeto de la autoridad, á la industria, al comercio, á la independencia individual (1).

* Se nos permitirá reforzar nuestras opiniones con la autoridad de los mas ilustres publicistas de Francia, autoridad doblemente respetable por el talento de los autores y su condicion de franceses. ¿Quiénes son los historiadores y los publicistas que mas han dicho y repetido en sus obras que la revolucion inglesa fué un hecho local, limitado; y que la revolucion francesa fué, por el contrario, una reforma filosófica, original, de universal trascendencia?—MM. Thiers, Guizot, Remusat, Villemain, Tocqueville, Chateaubriand. Pues bien, estos mismos escritores, arrastrados por la fuerza de la verdad, olvidan el plan primitivo de sus sistemas y confiesan á cada paso, en cada página de sus libros, el orígen inglés de las instituciones planteadas en Francia durante la Revolucion y despues.

De 1789 á 1814 ha habido en Francia dos constituciones notables: la una, hecha por la Asamblea Constituyente, es la imitacion servil de la constitucion inglesa: igual division y delimitacion de poderes; responsabilidad ministerial, inviolabilidad del rey, legislaturas periódicas, eleccion limitada, garantías reales y personales, veto, etc., etc. Rigió esta constitucion poco mas ó ménos el tiempo mismo que habia transcurrido en su preparacion y debate. Vino luego á reemplazarla la constitucion de 1793, redactada y discutida en quince dias á pesar de que contiene 185 artículos dispositivos y 35 apotegmas ó artículos de filosofía política. La otra constitucion notable es la llamada del año VIII (1799). Este ensayo, obra del publicista Sieyès, revela sin duda estudios profundos, ideas originales, pero en todo lo sensato y practicable es la copia mas ó ménos desfigurada de la constitucion inglesa. « ¿Quién no vé en ella, dice M. Thiers (Histoire du Consulat et de l'Empire, tome I, pages 83 et 85), una imagen pálida y de propósito oscurecida de la monarquía representativa? Ese Cuerpo legislativo, ese Senado, ese grande Elector no son mas que una cámara baja, una cámara alta, un rey...» M. Thiers hace de la obra de Sieyès un exámen ingenioso y sensatísimo y aprueba de ella solo lo que no es de Sieyés, lo inglés, lo que el legislador francés habia tomado de la historia y de las instituciones de la Gran Bretaña. «Esta constitucion (la

La Constitucion inglesa ha sido pues el tipo de todas las constituciones liberales de Francia. ¿Es imitable ese tipo? ¿Son susceptibles de generalizarse á todos los pueblos las leyes políticas y sociales de Inglaterra?—Tal es la cuestion.

inglesa), continúa, es sencilla, verdadera, porque dimana de la naturaleza y del tiempo, no, como la de M. Sieyés, obra sabia pero artificial de un hombre que no queria la monarquía por el recuerdo de los últimos Borbones, ni la república, por la experiencia de diez años tormentosos.» Luego, segun M. Thiers, el Livio de la Revolucion, su panegirista mas bien que su historiador, la Inglaterra dió á la Asamblea Constituyente y á M. Sieyès, el ejemplo de su historia y el modelo de su constitucion. No será pues M. Thiers quien sostenga ó pueda legítimamente sostener que la Revolucion creó una ciencia política.

¿Será M. Guizot? —Mucho ménos. M. Guizot no tiene de francés sino la nacionalidad y la lengua: es un inglés completo en su pensamiento, su carácter sério y grave, sus ideas de sociedad y de gobierno. Este ilustre personaje no ha sido jamás popular ni siquiera dignamente considerado, y la razon no es otra que el sello inglés que salta de relieve en sus obras y en su persona. Para probarlo no hay necesidad de citar tal ó tal frase aislada de sus libros ó discursos: todos sus discursos, todos sus libros revelan á la distancia la pasion de M. Guizot por la Inglaterra, su historia, sus instituciones, sus creencias religiosas. Es sabido que este eminente estadista ha sido el jefe del *partido doctrinario*, nombre que se dió en Francia á los discípulos de la escuela inglesa. Ahora, al fin de su carrera, enseñado por mas de una terrible revolucion, M. Guizot parece algo desencantado de la imitacion inglesa y de toda imitacion. (Véanse Memoires de M. Guizot, tome I; Robert Peel.)

Vamos á otro publicista, M. de Remusat, el académico francés que conoce tal vez mas profundamente la Inglaterra, su sociedad y sus instituciones políticas. «En cuanto á mí, dice (L'Angleterre au XVIIIe siècle, tome I, page 11), el ensueño de mi vida, no temo confesarlo, es el gobierno inglés en la sociedad francesa.» M. de Remusat se expresa, sin advertirlo, de un

En nuestro tiempo, segun se cree, de singular estudio y conocimiento de la ciencia política, generalmente se piensa que la constitucion de un pueblo es susceptible, como todo acto de inteligencia,

modo por demas exacto: el gobierno inglés en la sociedad francesa es un *ensueño, ægri somnum!* Y ¿porqué?—El mismo publicista lo dirá y lo dirá muy bien. «En Inglaterra (ibidem, page 13) la libertad tiene la buena fortuna de ser histórica: no es una concepcion científica, fruto del ingenio y de la reflexion, una idea que la opinion saca de los libros: es una tradicion nacional.» ¡Singulares contradicciones á la distancia de dos páginas! Si la libertad es historia, tradicion; si no viene del libro ni puede darla el ser la inteligencia del sábio; si el gobierno es propio y exclusivo de cada pueblo como el alma de cada cuerpo: ¿cómo trasladar el *gobierno inglés* á la *sociedad francesa*? ¿Hay lógica, hay razon en semejante propósito?--M. de Remusat pretende sin embargo que la Revolucion de 89 ha sido una reforma política universal, filosófica, esa revolucion que no tuvo virtud siquiera para constituir á la Francia, puesto que se pide para ella lo que dió la revolucion inglesa, *hecho mezquino y local!*

M. de Chateaubriand, el gran publicista de la Restauracion, tomó siempre por modelo la constitucion inglesa, que explicó y admiró en su bello panfleto intitulado: — *De la Monarquía segun la Carta* (Œuvres de Chateaubriand, tome XVII, Ecrits politiques). Vése en ese reducido panfleto el mas conciso y al mismo tiempo el mas perfecto comentario de las instituciones políticas de Inglaterra, la formacion del Parlamento, del poder ejecutivo; la teoría del gobierno impersonal, el axioma del *rey reina y no gobierna*, la libertad de la prensa; en suma, toda la maquinaria constitucional. M. de Chateaubriand no tuvo presente la historia de Grecia ni de Roma, las repúblicas de Italia de la edad-media, la Convencion, el Directorio, ni la Asamblea Constituyente misma: ninguno de esos pueblos, gobiernos ó asambleas podia servir al estudio práctico y útil de la Carta de 1814, obra exclusivamente inglesa que solo podia ilustrar y comentar la historia de Inglaterra. De suerte que á juicio de Chateaubriand, así como en opinion de los publicistas ántes citados, la revolucion de 89, léjos de crear una ciencia de gobierno para

de ser comprendida é imitada por otros pueblos. Los chinos nacionalizan las monedas extrangeras poniendo sobre ellas el sello del Celeste Imperio : ¿no será asimismo fácil y sencilla la nacionalizacion de esa mo-

todos los pueblos, no logró ni preparar el régimen constitucional de la Francia misma.

Si la Revolucion no ha inspirado á los publicistas de la monarquía constitucional ¿ha formado, á lo ménos, un sistema racional y practicable de república? Si no ha servido á Thiers y á Guizot ¿ha instruido á Tocqueville y á Chevalier? — Las obras y la vida política de estos publicistas dicen que no. Tocqueville, Chevalier, Lafayette y demas republicanos de Francia que merezcan respeto y estudio, son discípulos de la escuela anglo-americana, es decir, de la Revolucion inglesa llevada al segundo grado, á la república democrática. El gobierno de los Estados-Unidos no es sino el gobierno inglés con un presidente en lugar de un rey, y el sufragio ámplio en vez del sufragio limitado. Ambos sistemas dimanan del mismo hecho, de la revolucion que Cromwell inició y terminó Guillermo III en 1688. Las diferencias que hay entre los dos gobiernos de la familia anglo-sajona vienen únicamente de ser el uno europeo, es decir, hecho para un país que fué romano, sajon, normando; en donde existió durante muchos siglos el feudalismo y la monarquía absoluta; y ser el otro americano, es decir, hecho para una nacion nueva, sin precedentes malos ni buenos, lo que ya es por sí un buen precedente. Por esto hay rey y nobles en Inglaterra, y por esto hay presidente y sufragio general en los Estados-Unidos. Importa muy poco, por lo demas, que la opinion, la sola inspiradora de ambos gobiernos, sea compuesta por mayor ó menor número de agentes con tal de que sea poderosa y refleje la voluntad y el pensamiento de la nacion. Puede haber *self government* en una monarquía y no haberlo en una república: lo hay ahora en la monarquía inglesa y no lo hubo en la república de Venecia. —Se nos olvidaba decir que M. Tocqueville, el ilustre publicista de la democracia francesa, el defensor de las ideas y sistemas creados por la Revolucion, acaba de publicar un libro (L'ancien régime et la Révolution) en que trata de probar que esa Re-

neda admirable que se llama constitucion inglesa? Asimílense las circunstancias, transmítase el pensamiento, tradúzcase la palabra: póngase, en suma, el escudo nacional á la medalla extraña y se la tornará

volucion, antes tan aplaudida, ahora caida en descrédito, no ha introducido ninguna innovacion saludable en la constitucion política de la Francia. *¡Quam mutatus!*

Para probar que la revolucion francesa no ha producido un solo sistema de gobierno, hablamos de sistemas racionales, practicables, bastaria echar una ojeada á las naciones que ahora ensayan el régimen constitucional representativo. Todas, sin excepcion alguna, imitan la Inglaterra. En Bélgica y Piamonte hay cámara alta y cámara baja, responsabilidad ministerial, etc; y asimismo en España, Prusia, Holanda, Suecia, Portugal, Baviera y demas estados subalternos de Alemania. Esto es bien sabido y es de maravillarse de que M. Villemain, el primer literato de Europa, venga ahora á decir la extraordinaria novedad de que los citados paises deben sus constituciones al ejemplo y al modelo de la Francia! (V. La tribune moderne, tome II, IV préface).

La revolucion de 89 es el suceso mas terrible y memorable de la historia moderna, acaso de la historia de todas las épocas. Sepultó la vieja Europa, feudalismo, derecho divino, aristocracia, mil males, mil abusos: ¿qué ha creado? La duda, el desquiciamiento, el caos político. Semejante à Satan, la Revolucion tuvo un inmenso poder destructor y ningun poder creador. La Francia de hoy no tiene gobierno de derecho divino, es verdad; pero no tiene gobierno alguno estable. La república de 93 fué confusion, el Imperio fué absolutismo, la Restauracion fué tregua, la monarquía de Julio fué ensayo, la segunda república fué desvarío y locura, el segundo imperio es castigo y desengaño. En todo esto no hay sistema ni ideas: hay falta de todo sistema y de toda idea fija: hay esa rotacion funesta de la anarquía y del despotismo á que lanzó á la Francia la revolucion de 89. Es posible que la Revolucion produzca en el porvenir algunas saludables reformas: hasta ahora es solo una desgracia, una terrible leccion!

medalla propia, nacional. Tal es la idea capital de la imitacion política, idea que mereceria el nombre de pueril si no la hubiesen aceptado inteligencias eminentes, idea que debia ser calificada de absurda si no hubiese sido funesta.

La constitucion inglesa es la expresion exacta del pensamiento, de la historia, de la naturaleza física, de las costumbres, de todas las faces, en una palabra, del pueblo británico. Esa constitucion está escrita, es cierto, pero está escrita en otros caracteres que los ordinarios. No está grabada en bronce, como las leyes de las Doce Tablas, ni en papiro, ni en pergamino, ni en papel: se halla escrita en la historia, en las tradiciones, en las costumbres. Cada una de sus páginas es un hecho trascendental, una invasion, una conquista, una revolucion. Semejante á las leyes de Israel, dadas á Moisés por Dios en el monte Sinaí, la constitucion inglesa ha sido inspirada en el misterio y dictada por una lengua de llamas. El sajon, llevando á Inglaterra su individualidad fuerte y dominante, su independencia, su carácter reflexivo y sombrío, el sajon, conquistador posterior al romano, llevó en sus venas, en su sangre misma la primera página de la constitucion británica. En cierto modo dictó esta base fundamental: « habrá en este pueblo el instinto del individualismo, el ódio á la absorcion, el sentimiento predominante de la personalidad, el horror del absolutismo. » El danés, posterior al sajon, introdujo la segunda página y fundó el sistema de la administra-

cion de justicia. Ese pueblo comercial en su piratería, regular y ordenado en sus despojos, justiciero por conveniencia, fué el fundador del jurado, es decir, de la justicia de este mundo, sensata mas que moral, oportuna mas que pura, justicia admirablemente adecuada á un pueblo que debia ser comercial, industrioso y libre. El normando escribe la tercera página: fué él quien llevó á Inglaterra el feudalismo, la division de la soberanía entre rey y vasallos, el privilegio del noble, el poder del castillo, echando así los cimientos de una aristocracia que estaba llamada á ser la intermediaria entre el rey y el pueblo: aristocracia que se mantuvo siempre enemiga del absolutismo de los descendientes de Guillermo, de los Plantagenets, de los Tudores, de los Estuardos, y que despues, cuando el poder real se hubo debilitado y engrandecido el poder del pueblo, se ha mostrado la aliada fiel del monarca y de la monarquía. El sajon, el danés, el normando, hé allí los fundadores de la constitucion inglesa. Ellos sembraron el gérmen de la independencia individual, de la justicia popular, de la aristocracia intermediaria y moderadora: las luchas, las revoluciones posteriores, la Magna Charta, la tragedia de Cárlos I, el destronamiento de Jacobo II, las infinitas dificultades subalternas que precedieron ó siguieron á esos conflictos supremos, no han hecho sino reformar, mejorar ó perfeccionar la obra ya levantada por los primitivos artífices. Ninguna generacion puede legitimamente aspirar á la gloria de haber constituido

á la Inglaterra : ningun hombre ha hecho en ese pais las funciones de un Solon ó de un Licurgo. Los siglos, la lucha, la paciencia, la fé, el dolor, el sacrificio : hé allí los legisladores de la Gran Bretaña, los solos autores de su constitucion.

Corresponde á la Inglaterra moderna el honor de haber completado y hermoseado la fábrica construida por la vieja Inglaterra. Es sin duda seguro que la obra de los sajones y normandos habria degenerado, habria quizá perecido si sus descendientes, indignos de ser libres, se hubiesen entregado al despotismo abdicando el derecho de gobernarse y hacer sus leyes. Pero la Inglaterra moderna, léjos de repudiar la herencia legada por la antigua, la ha cuidado y cultivado con pena infinita : cada generacion ha señalado su tránsito por una obra de mejoramiento. Los estadistas del siglo XVII depuraron la constitucion de los abusos que en ella habia introducido el absolutismo vergonzoso de Henrique y de María y la arbitrariedad gloriosa de Isabel; redujeron las prerogativas reales, y para formar el justo equilibrio de los poderes, distribuyeron los despojos de la Corona entre la Cámara de los lores y la Cámara de los Comunes. La revolucion de Cromwell no fué obra de creacion ni de destruccion: fué obra de restauracion. Fué el castigo de la tiranía de los Tudores y de los Estuardos, y el restablecimiento de la autoridad del Parlamento y del pueblo. La segunda revolucion (de 1688) tuvo por objeto ménos una reforma política que una pasion religiosa y una nece-

sidad de buena administracion. En ese tiempo se organizó el gobierno interior, la responsabilidad ministerial, las funciones bien delimitadas de las cámaras y del rey: desde entónces data la abolicion del monopolio, de la venta y tráfico del trabajo, de la industria, de los empleos: de aquella época data tambien el sistema colonial de Inglaterra en América y en la India. La revolucion de 1688 fué por excelencia administrativa y organizadora. En el siglo XVIII y en la mitad del XIX, es decir, desde Guillermo III á nuestros dias la constitucion inglesa, sin abolir ni introducir una página ha cambiado acomodándose admirablemente á la marcha del tiempo, á las necesidades de una sociedad industriosa, activa, ilustrada y cada vez mas democrática.

Sin que nadie se aperciba, sin tocar al monumento, siempre venerable, la constitucion inglesa ha reconocido la existencia, poder y supremacía de la prensa, gigante formidable que todo amenaza; ha elevado la cámara de los Comunes, representante de la democrácia, á la suprema direccion de la política, de la guerra y de las industrias; ha ensanchado el sufragio y dado un puesto en la legislatura á todas las ciudades improvisadas por el genio del trabajo; ha reducido el poder de la cámara alta, ahora cliente y servidora de la cámara baja; ha operado, pues, una reforma fundamental sin haber alterado durante un solo dia el reposo de la nacion ni comprometido jamás la preciosa causa del órden y de la libertad.

Tal es ese monumento admirable que se llama constitucion inglesa.

¿Es posible imitarla? ¿Hay estudio ¡qué decimos! hay siquiera mediano sentido comun en esas vergonzosas parodias de los legisladores franceses, españoles y sur-americanos? ¿Qué decir de esos ridículos catecismos de política inglesa á que se dá el nombre pomposo de constituciones? ¿Cómo es posible dar á pueblos revolucionados, sin precedentes favorables, diseminados en el desierto, enemigos de la autoridad, indiferentes á la ley, sin ilustracion ni industria, una organizacion política que no es sino el reflejo del individualismo en el ciudadano, de la armonía en la opinion, de la inteligencia práctica en la nacion, de todas las virtudes políticas, sociales, individuales? Causa en verdad asombro la ceguedad con que se imita una obra fuera de toda imitacion, la mas local, la mas peculiar de las creaciones de un pueblo. Transplantar á Francia, España ó Sur-América la constitucion de Inglaterra no es ni mas ni ménos absurdo que trasladar al francés, español ó sur-americano el alma de un inglés. La constitucion inglesa es el alma misma de Inglaterra, su inteligencia, su voluntad, su pasion, sus deseos, sus esperanzas, su fé. La constitucion inglesa es la palpitacion diaria, instantánea, del corazon del pueblo inglés: ella revela su elevacion, su orgullo, su vida doméstica, su independencia, su amor de la justicia, del trabajo, su incomparable patriotismo.

Lo que pretenden los publicistas de la imitacion

contraría no solamente las leyes de la razon sino tambien las leyes supremas de la naturaleza, de la divina Providencia. El operario disipado é inhábil no puede recibir la recompensa del operario inteligente, tenaz y virtuoso: el pueblo indolente, vicioso é inculto; el pueblo que vive pidiendo al sol una parte de su vestido, un abrigo, y que halla en la pereza las delicias de la opulencia; la sociedad que aspira á morar arrimada al estado como la yedra á las rocas, parásita, doblegada, servil; el hombre que no siente bullir en su alma y en su corazon el móvil poderoso de la personalidad, del yo individual: esa sociedad, ese pueblo, ese hombre, decimos, no tienen derecho á pedir á la Providencia el bien supremo de una constitucion libre, regular, amparo del órden y de los derechos de la nacion. El solo modo de tener la constitucion inglesa es el de parecerse á la Inglaterra, conquistar, no sus dominios — un pequeño pueblo puede ser libre — sino sus virtudes, sobre todo estas dos virtudes capitales: el trabajo y el respeto á la ley. Esto es lo que el hombre de bien y el publicista honrado han de decir á los pueblos latinos: este es el solo apostolado digno y fecundo. Hacer constituciones al precio de un óbolo, catecismos de 50 páginas parecidos á las barajas, y tan uniformes como las barajas, es sentar plaza de visionario ó de charlatan, de engañado ó de engañador, plaza ridícula cuando no criminal. Ni le seduzca la gloriola de legislador: es mas legislador hoy dia el hombre que fabrica un buque ó que cultiva un campo que el autor

de una llamada constitucion que no constituye, de una carta fundamental que nada funda, parodia pretensiosa y banal!

Es preciso separar del espíritu de los publicistas latinos la idea tan vana y tan perniciosa de que la constitucion de un pueblo es una mera creacion de la inteligencia. Si tal fuese, ya todas las naciones del mundo serian tan felices y bien gobernadas como Inglaterra y Estados-Unidos. El que fundió el primer cañon los fundió todos. El que hizo la primera locomotora hizo todas las locomotoras. Pero el pueblo que forma una constitucion, no forma sino una constitucion, la suya, su reflejo, su retrato. Por una ley de la Providencia el bien físico es susceptible de molde y es transmisible, mientras que el bien moral, fruto de la virtud y del sacrificio, es propiedad exclusiva é individual de quien supo merecerlo. Puédese legar la fortuna, palacios, diamantes, jardines, tesoros: no es posible legar el saber, el reposo del alma, los deleites de una conciencia tranquila. Igual ley de equidad y de justicia rige á las naciones. El inventor aleman ó italiano da su obra al mundo: el ciudadano virtuoso, el estadista eminente de Inglaterra deja á su sola nacion el provecho de sus esfuerzos ó de su genio.

Cuando se piensa en estas leyes supremas de la naturaleza, es de maravillarse del intento tan poco sensato como poco justo de arrebatar á los pueblos laboriosos, cultos, amantes del órden, las instituciones que deben á sus esfuerzos, para transplantarlas á las

naciones desprovistas de las condiciones y virtudes que supone un buen gobierno. Este comunismo político es tan contrario á la razon como el comunismo industrial. En efecto, ¿no es lo mismo pedir para Nápoles, pueblo de lazarones, indolente, inculto, abyecto, las instituciones que posee Inglaterra, la nacion mas moral, juiciosa, rica y libre Europa, que pedir para un hombre vicioso y holgazan la fortuna y el bienestar de un hombre laborioso, económico y virtuoso? La imitacion es un verdadero comunismo: es la pretension irracional de nivelar lo grande y lo chico, lo justo y lo injusto, el trabajo y la pereza: es la supresion y olvido de las leyes morales y físicas del mundo. Choca tanto á la mente que una nacion degenerada y abyecta aspire al bien que disfruta un pueblo grande, noble y lleno de virtudes políticas y sociales, como repugna al sentido comun que la Providencia recompense tan bien al criminal como al justo, ó que la naturaleza remunere del mismo modo al operario inteligente y tenáz que al operario perezoso é inhábil. M. de Maistre ha dicho: «cada pueblo tiene el gobierno que merece,» y si bien muy duro este axioma es muy verdadero. Hay para las naciones, así como para los individuos, una justicia severa é implacable. Esta justicia tiene en una mano la libertad, el órden, la prosperidad, premios inestimables que discierne á los pueblos sensatos, cultos y laboriosos: y en la otra mano el absolutismo y la anarquía, desapiadados castigos de la abyeccion y de la indolencia. Es preciso

someterse á esta lógica fatal, ó si quiere, á esta suprema justicia del cielo. El pueblo ruso, grosero, semisalvaje, supersticioso, no puede ser regido por otro sistema que el absolutismo puro. El Czar es la creacion de la necesidad: en Rusia ha de haber Czar porque si no lo hay se tendrá el cáos, la dispersion, el estado nómade, la carencia completa de gobierno. En Alemania el gobierno es el reflejo del pueblo: inteligente, patriota, sábio, pero indiferente á la libertad. La familia germánica parece haber endosado á sus príncipes el derecho de regirse: allí el absolutismo es histórico, racional, en cierto modo legítimo. En la España, la Francia y la Italia, pueblos sacudidos por infinitas revoluciones, demasiado cultos para dar ámplia acogida al absolutismo puro, no tan favorecidos como para tener instituciones libres, en esos paises, decimos, es ineficaz y defectuosa toda forma: vacila el despotismo, vacila la monarquía constitucional, vacila la república. El vicio radical de estas sociedades es la duda, la incertidumbre: el vicio radical de sus gobiernos no puede ser sino la duda, la incertidumbre. Su gobierno es la rotacion brusca y perniciosa de todos los gobiernos, ó mejor dicho, la falta absoluta de gobierno. Son hoy despóticos porque fueron ayer republicanos: serán mañana anarquistas porque son ahora despóticos. En estos desgraciados paises los sistemas opuestos se suceden y se reproducen por la fuerza de la lógica y de la justicia: Fernando genera á Mazzini, Mazzini genera á Fernando, en Nápoles. Ledru-Rollin y

Proudhon crean á Napoleon III, Napoleon III crea á Proudhon y á Ledru-Rollin, en Francia: el 2 de Diciembre viene del 24 de Febrero; la barricada debe su orígen á la ordenanza, al golpe de estado. En España el partido polaco produce al republicano, el moderado extremo al extremo progresista. Espartero reemplaza á San Luis, Narvaez toma el puesto de Espartero; la camarilla crea el pronunciamiento y el pronunciamiento crea la dictadura primero, despues la camarilla. La duda está en el corazon de la sociedad, la duda está tambien en el gobierno del estado. La incertidumbre castiga á la incertidumbre ¡ Cuán verdadero es el pensamiento de M. de Maistre!

No porque la constitucion inglesa sea inimitable hemos de pensar que su estudio es inútil, mero placer del entendimiento. Si no podemos hallar en ella un modelo, podrémos á lo ménos hallar un ejemplo digno de meditacion, una leccion saludable. La constitucion inglesa no es un molde, pero es una medida. Ella gradua la suma de sacrificios, de virtudes públicas é individuales, los esfuerzos, todas las condiciones que requiere la posesion de un gobierno libre, regular y progresivo. Su estudio atento é inteligente es la ciencia política mas sábia y mas fecunda; ciencia práctica, positiva, extraña á la teoría, deducida solamente de la experiencia, este único legislador de las naciones.

La constitucion inglesa demuestra estas pocas pero fundamentales verdades.—

El gobierno de una sociedad no es efecto de la

ciencia ni del entendimiento de los sábios: es un hecho histórico, tradicional. Platon es capaz de escribir un libro admirable de política, su República: la experiencia, las generaciones, el esfuerzo contínuo y paciente son los solos hábiles á formar la constitucion de un estado.

La libertad absoluta es una ilusion. El bien que la Inglaterra posee y á que se da el nombre de libertad, es por el contrario el respeto al derecho y al deber: el individuo no absorbe al individuo, el parlamento no tiraniza á la opinion, el soberano no domina á la nacion. El gobierno inglés está fundado en el respeto mútuo, en el deber. Es un contrato por el cual los ciudadanos, las autoridades, los poderes supremos, las industrias, el trabajo, todos los hombres y las instituciones, todos los elementos morales y materiales de la sociedad, se obligan á protegerse, estimarse y defenderse recíprocamente. En Inglaterra hay derecho porque hay deber: esta es la sola manera de fundar un gobierno. La sociedad que pretende deducir el deber del derecho sienta una pirâmide sobre la cima y concluye por donde debiera comenzar.

La constitucion inglesa prueba que la sola reforma posible y benéfica es aquella que modifica y no altera. Para que un pueblo admita una novedad es necesario que la innovacion descanse sobre la historia y la tradicion y se ampare en cierto modo bajo la proteccion de la ley ó costumbre que corrige. La Inglaterra destronó á los Estuardos, y nunca se mostró mas apa-

sionada del trono. Hizo la emancipacion de los católicos jurando amor y adhesion sin límites al protestantismo. Aumentó el poder de la cámara baja sin reducir los honores y privilegios concedidos á la nobleza. Por fin, en nuestros dias acaba de abolir las inhabilidades políticas de los judios en nombre de la civilizacion, del cristianismo, del espíritu y de la caridad del Evangelio. Esta manera de reformar es profunda, eficaz, la mas sábia, la sola útil.

La constitucion inglesa demuestra que las leyes supremas de un estado libre han de constar en las costumbres mas bien que en un código fijo y escrito. Han de ser un código vivo y en cierto modo encarnado en el cuerpo mismo de la nacion. La constitucion que está sujeta á estudios y tiene iniciados, comentadores é intérpretes, no es buena constitucion. Es preciso que el deber y el derecho se hallen confundidos en la inteligencia y en la conciencia del pueblo, formen parte de su existencia, de su voluntad, de sus hábitos, de su vida. El que desee saber lo que son las instituciones inglesas no examine libros ni teorías: interrogue á los hombres, y ellos, no los libros, le dirán los derechos, prerogativas y deberes anexos á la condicion de inglés. Cada habitante culto de Inglaterra es un curso vivo de ciencia política constitucional: su juicio propio, su individualismo, el convencimiento de sus garantías, la conciencia de sus obligaciones, la idea dominante de su yo, la prerogativa incuestionable que cree ejercer cuando da su opinion y juzga: hé allí la teo-

ría completa de la constitucion inglesa. Como reside en el pueblo, esta constitucion cambia, se modifica, se limita, ó se ensancha sin que lo conozca el pueblo mismo, á cuyas pasiones é intereses se asimila.

La constitucion inglesa prueba que no hay sistema alguno bueno si no descansa en los principios fundamentales de la justicia y del trabajo. Consiste la justicia política en dar á cada hombre, á cada clase de hombres, á los instintos, á las buenas pasiones, á todos los elementos, en suma, de la sociedad, los derechos que les corresponden. El absolutismo es la absorcion del pueblo y la democrácia pura es la absorcion de los grandes talentos y virtudes, de las altas situaciones de la sociedad. Ambos gobiernos son injustos y por esto provocan una implacable lucha. La constitucion inglesa es la república de que habla Aristóteles, es decir, el gobierno de todos, mientras que, como dice ese filósofo, la democrácia es tan solo el gobierno de la mayoría. En Inglaterra no hay hombre, no hay pasion ni interés legítimo que no tenga cabida. La igualdad legal consagra el sentimiento de la justicia pública; los honores y distinciones satisfacen los deseos de una meritoria y honesta ambicion. En esa constitucion hay, así como en el corazon humano, un resorte democrático y otro aristocrático.

El trabajo ó sea la actividad creadora de la sociedad, fecunda y fortifica las instituciones inglesas. En la antigüedad la libertad debió ser pobre: en el siglo XIX la libertad ha de ser rica. En otro tiempo la in-

digencia fué una condicion de la república perfecta: ahora la miseria es la precursora del absolutismo. En la sociedad moderna la independencia individual política demanda la independencia individual de fortuna: el esclavo de la pobreza es ya un semi-esclavo del despotismo. Si el inglés mantiene intacto y puro su sentimiento de individualismo es porque su industria le da un hogar, una posicion, una existencia. En Inglaterra el empleo público es mas bien carga y funcion de ciudadano que oficio ó medio de existir. En los estados de la Europa actual la miseria es mas corruptora que lo fuera la opulencia en las repúblicas de Grecia y de la primitiva Roma. La Esparta del siglo XIX debe ser la mas rica, no la mas pobre de las repúblicas.

II

DE LA INFLUENCIA LATINA. — FRANCIA.

La Francia representa ahora á la familia latina.—Causas de su grandeza y de su vitalidad.—La influencia francesa es meramente intelectual. —La Francia es nacion artista : su pasion por la forma.—Injusticia de los historiadores franceses hácia los antiguos representantes de la influencia latina, España é Italia.—Influencia de la Francia durante el reinado de los Borbones.—Falta de sistema de los estadistas franceses.—Los dos Napoleones : grandeza de sus fuerzas, pequeñez de su política.—Influencia política de la Francia, alternativamente revolucionaria y absolutista.—Peligros de la imitacion francesa.—Los franceses, malos imitadores de las instituciones inglesas, son peores modelos para las instituciones de España y de América.—Causas que explican la circulacion y popularidad de las teorías francesas en los paises latinos.—La España y la América española.—Su porvenir.

La Francia es ahora la gran nacion de la familia latina.

A medida que la Italia ha ido perdiendo su independencia y que la España ha dejado arrebatar una á una sus conquistas, la Francia, encerrada en su territorio, siempre en lucha, nunca dominadora, nunca vencida, ha logrado robustecer sus fuerzas y consumar la obra grande y difícil de su unidad. Así, cuando todas las

naciones latinas han caido, unas quizá para siempre, otras para levantarse despues de un largo sueño, la Francia se muestra en pié, poderosa, exuberante de vida y con un inmenso porvenir en expectativa.

La Francia tiene hoy treinta y seis millones de habitantes, de los cuales no hay uno normando, borgoñon, breton, marselles ni bordeles: todos son franceses, miembros iguales é idénticos de esa entidad colectiva que se llama la nacion francesa. Este es un bien supremo y que no posee estado alguno de Europa: las grandes potencias no son sino la amalgama mas ó ménos violenta y por ello mas ó ménos frágil de una multitud de nacionalidades subyugadas por una nacionalidad mas fuerte.

La Francia tiene quinientos mil soldados y una escuadra inferior tan solo á la de la Gran-Bretaña. Esta inmensa milicia no se halla compuesta, como la de Austria, Rusia é Inglaterra, de fragmentos desiguales y enemigos: es una espada de una sola pieza, que templa un fuego único, el amor á la gloria. En Austria, por ejemplo, el soldado húngaro subyuga al italiano, el italiano milita en Bohemia, el bohemo tiraniza á la Iliria, el aleman los domina á todos. Pero en Francia el golpe del tambor no tiene mas que un eco: á su llamamiento obedecen los infinitos miembros que forman el ejército de la nacion.

Explican esta admirable unidad de la nacion francesa dos hechos de igual importancia si bien de muy

distinta naturaleza, á saber, su homogeneidad y su poca expansion.

En efecto, la Francia es el solo pueblo de Europa que tenga 36 millones de habitantes dominados tanto por una ley política, como confundidos por una ley superior de asimilacion: todos ellos hablan la misma lengua, casi todos creen en la misma fé: reconocen por suya la historia y la tradicion de la patria comun; su pensamiento, su voluntad, sus esperanzas se hallan regulados, como el alma del individuo, por un sistema armonioso y permanente. ¿Cómo ha logrado la Francia consumar así la obra de su unidad? ¿No es su historia idéntica á la de las demas naciones cristianas? ¿No ha debido pasar, semejante á la España ó á la Inglaterra, hoy tan distintamente constituidas, por los mismos grados y periodos de la historia :—la conquista romana, el feudalismo, el poder de la Iglesia?—Los historiadores filosóficos de nuestra época han explicado satisfactoriamente las causas de la organizacion peculiar de la nacion francesa.

Fué la Francia el pais donde quedó mas profundamente marcada la huella del romano. Cuando éste perdió sus conquistas dejándolas libres ó bien presa de los bárbaros, era ya la Francia una nacion civilizada y constituida con la firmeza y hábil combinacion de su modelo, Roma. Bossuet ha dicho: « La Francia es una monarquia fundada por obispos, » y tambien, pudiera agregarse, por las leyes y tradiciones del imperio romano. En el siglo v habia ya una Francia y no

existia todavía una Inglaterra ni una España. La Alemania y demas paises del norte eran regiones desconocidas y pobladas en su mayor parte por naciones salvajes.

Esta unidad romana opuso al feudalismo un estorbo invencible y lo forzó en cierto modo á modificar su sistema de fraccionamiento territorial y político. Desde los tiempos de Clovis hubo en Francia un rey, es decir, un principio de gobierno y de nacionalidad; y si este rey no fué siempre poderoso ni considerado, al fin era rey, centro de reunion de todos los que aspiraban á formar una nacion. Era en Francia el rey lo que una comunidad recien establecida y á la cual se concede el derecho de adquirir y de heredar y lo que es mas, el deber de no enagenar: el rey fué pues una especie de mano muerta que llegó á acumular en su favor todos los despojos del feudalismo:—el feudo sin sucesor, la soberanía extinguida, el castillo cuyo título cancelaba la sublevacion del vasallo ó la conquista del rey.

Ha de notarse tambien que el feudalismo frances no negó jamás al rei ó gefe supremo las mas importantes prerogativas de la soberanía. El señor feudal era entonces á la Francia lo que es ahora un estado á la confederacion anglo-americana; era, por decirlo así, un feudalismo federal que reconocía y respetaba el principio de la nacion. Muy otro era el sistema de la España, repartida durante toda la edad-media entre varios reyes extraños y tan independientes entre sí

como lo fueran los califas de Bagdad y los emperadores de Bizancio. En Alemania el feudalismo no reconocia, como en Francia, un gefe permanente por su derecho hereditario y dinástico : el emperador era su creacion y por ello el servidor de sus pasiones y de sus intereses.

Estas y otras causas, hoy bien comprendidas y explicadas por la historia filosófica, han hecho de la Francia la mas una y la mas homogénea de las naciones modernas. Agréguense las luchas de la monarquía con la nobleza, los esfuerzos de un Luis XI, el vigor incomparable de Richelieu, este gran genio de la Francia, el reinado absolutista pero grandioso de Luis XIV: operarios unos de la gloria, otros del poder, operarios todos de la unidad de la nacion francesa. A ellos se debe el éxito que de ordinario ha coronado las armas de este pueblo, y lo que todavía es mas, á ellos se debe el carácter ménos desastroso de sus reveses. Cuándo los franceses vencen y conquistan, reforman fundamentalmente el mapa de Europa : hacen y deshacen reinos, crean ó destruyen nacionalidades. Si cambia la fortuna y les amaga la invasion ó la conquista, el vencedor se contenta con humillar á la Francia y no se atreve á desmembrarla. Ni la paz de Utrecht que fué tan funesta á Luis XIV, ni la paz de Viena que derribó á Napoleon y echó al suelo su gigantesca fábrica, ambas celebradas en época de extrema angustia, despojaron por eso á la Francia de su territorio natural é histórico. ¿Temíanse por ventura los esfuer-

zos del patriotismo frances? No: ese patriotismo no fué nunca el mas noble y el mas puro, y en el tiempo á que aludimos fué despreciable. El amor á la patria es en el frances un sentimiento de arte y de imaginacion, ó mero cariño que tiene á su suelo y á su clima; y como tal, los reveses le apocan tanto como le embriagan las victorias. Contuvo al vencedor el solo temor de dejar una causa perenne de conflicto y de guerra mutilando ese todo tan unido y tan compacto que se llama la Francia.

Otra causa que explica la preponderancia, y si podemos decir, la supervivencia de la Francia á la vez que se debilitan ó mueren otras naciones latinas no mas antiguas, algunas mucho mas modernas, es que la nacion francesa ha tenido sobre el mundo una influencia meramente intelectual, mientras que la España, por ejemplo, transmitió á los pueblos que conquistó no solo su espíritu sino tambien sus fuerzas, su sangre, su vida misma. Fuera de Francia no hay Francia: fuera de España hubo y hay todavia una España viva, que viajó y se trasladó á la América. El frances es batallador y no conquistador : invade, vence, domina algun tiempo, muy poco tiempo, y luego vuelve á su pais. Así es tambien su influencia social y política en el mundo : nunca ha podido fundar en América ni en Asia una comunidad marcada por su sello. Su influencia es puramente intelectual : sabe transmitir á los hombres de otros paises sus sistemas, las agitaciones mismas de su alma, sin lograr jamás influir sobre la

constitucion real y material de los pueblos. El libro es el agente, el viagero, el colonizador de la Francia. Los romanos construyeron vias monumentales para trasladarse á sus conquistas; los españoles y los ingleses han viajado y colonizado por medio del buque, puente que anda y que salva los mares : el frances ni construye vias ni construye buques : hace libros y á ellos confia la gloria, el poder y la expansion de su nacionalidad. Leibnitz ha dicho: «la Francia es la China de Europa,» expresion tan exacta como profunda. La nacion francesa es la mas inmóvil, la mas apegada al suelo, la ménos viagera del mundo. No cierra sus puertas, como la China, al extranjero y por el contrario lo acepta, lo halaga, lo favorece; pero, semejante á la China, vive entregada á sí misma y no aspira á fundar fuera de su territorio sociedades que ensanchen y perpetúen su nacionalidad. España é Inglaterra, Portugal y Holanda, Venecia y Génova, cada una segun su poder, han sembrado en todas las regiones del mundo sus hombres, sus tesoros, sus artes, su gloria: y algunas, como la España y la Inglaterra, han llegado á formar naciones ya grandes ó que serán grandes en el porvenir. Pero la Francia, expansiva tan solo en ideas, no ha podido crear una comunidad segun su imágen y semejanza: dominó en América y en Asia durante mucho tiempo y perdió sus conquistas en algunos años de mala fortuna. Posee ahora un vasto territorio en Africa, al cual consagra la mas bella porcion de su ejército, sus tesoros, su mayor diligencia, sin

lograr por ello ni poblarlo ni civilizarlo. Argel es todavía, acaso lo será siempre, una colonia militar, mero campo de disciplina y de guerra, plantel de generales y de buenos soldados.

La Francia es sin duda una gran nacion, guerrera, inteligente, artista, pero le falta, si podemos expresarnos así, la facultad generadora; es una nacion estéril, inhábil para la maternidad. La España ha perdido su poder, la Inglaterra lo perderá algun dia: quedarán su memoria y su gloria vivas y palpitantes en la inteligencia y en el corazon de sociedades que son sus hijas, sus creaciones, las herederas de su lengua, de su religion, de sus costumbres, de su historia, de su alma misma. ¡Quien no vé en la América del Sur y en la Australia la simiente de futuras Españas é Inglaterras!

La unidad por una parte, y la falta de expansion por otra, tales son en nuestra opinion las causas que explican la vitalidad de la Francia. Esta nacion es avara de su sangre, de sus tesoros, de sus facultades: se resiste á obedecer la ley providencial de la reproduccion de los pueblos y parece como preferir la prolongacion de su existencia á la satisfaccion inmensa de crear y echar al mundo una familia de naciónes hijas de sus entrañas y de su amor. La Francia confia su memoria al libro, á la historia; no ha formado sociedades que puedan perpetuarla en su existencia misma: así, cuando desaparezca del mundo, la ciencia hará, para reconstruirla en abstracto y comprenderla, lo que hacen

ahora los anatomistas á fin de conocer los animales antediluvianos cuya especie está perdida. El elefante de ahora da á conocer al elefante que Dios creó en el quinto dia; pero no existe un megaterio ó un mastodonte que den á conocer lo que fueron estos animales sin prole. ¡La Francia será nacion fósil, sin familia, perdida en el diluvio de la historia!

Antes de tratar de la influencia francesa nos parece oportuno volver la vista hácia los antiguos depositarios del poder y fuerzas de la raza latina, la España y la Italia.

Los escritores franceses hacen en el terreno de la literatura lo que sus generales en el terreno de la conquista: despojan al vencido y se apoderan de su mérito. La gloria agena hermosea su historia así como adornan sus museos las creaciones de artistas extraños. Esta es una injusticia sin excusa ni razon, siendo la Francia rica de glorias y debiéndose respetar en los libros, ya que no es posible en la vida real, la propiedad de los pueblos decadentes ó vencidos.

La Francia aspira á reunir en sí misma todas las glorías de la familia latina; se da por restauradora de las ciencias, inventora de las artes; se cree la defensora de los principios de humanidad y de justicia; origen y centro de todo progreso, de toda luz. Antes de la revolucion no habia ideas ni doctrinas liberales en la Europa meridional; sin la restauracion del Catolicísmo, abolido por esa Revolucion, la Iglesia Católica no existiria hoy; sin el Código civil, la España y

la Italia se hallarian regidas por las leyes bárbaras de la edad-media; sin la maquinaria de prefectos y gendarmes, no habria buena administracion en ninguna parte. Sin la Francia no habria, en suma, ilustracion, humanidad, religion, ciencia ni gobierno regular en la familia latina. Así se expresan los mas eminentes escritores de ese pais. Será pues necesario creer que la Francia es la defensora de la religion y de la filosofía, de la monarquía y de la república, del absolutismo y de la libertad, de todo lo opuesto y de todo lo incompatible. La vanagloria francesa quiere atribuírselo todo, hasta lo malo, pues que siendo frances lo malo dejaria de ser malo ó seria calamidad universal.

Es sin duda muy cierto que la Francia ha hecho mucho en servicio de la fé, de la ciencia y de la humanidad, ¿son por eso suyas las mayores y mejores glorias de la familia latina? ¿No habia repúblicas italianas cuando la Francia yacia bajo el cetro absoluto de los Capetos? ¿No habia Córtes en España ántes de que en Francia fuese permitido hablar de libertad y del derecho de discusion? ¿No eran lenguas formadas y espléndidas el italiano y el castellano cuando el francés se encontraba todavía en mantillas y era tenido por dialecto de bárbaros? Y pasando á un órden de cosas superior, preguntarémos: ¿á quién se deben los tres hechos mas grandes de la historia moderna, á saber: el renacimiento de las letras, la conquista de América y la defensa de la cristiandad contra el poder otomano?

¿No pertenece á la Italia el primero? ¿No corresponde á la España la gloria de los otros dos? En cuanto al catolicismo, todo el mundo sabe que Carlos V y su pleyada de generales; Felipe II, auxiliado de los Alba, los Doria, los Parma, fueron, no los reyes de Francia, sus héroes y sus defensores. La España se arruinó por haber sobrellevado ella sola una carga comun á tòdas las naciones católicas. Entre tanto la Francia se engrandecia — y esto es bien sabido — trahicionando á la Iglesia á fin de recoger los despojos del español, Francisco I acariciaba á los turcos á tiempo que Cárlos V los combatia en defensa de la cristiandad; Richelieu protegia á los protestantes cuando el duque de Oliveres arruinaba á su pais en defensa del Papa. Mazarino besaba las regicidas manos del protestante Cromwell á la sazon que los tesoros de América y la mas noble sangre de España corrian á torrentes, y en servicio de la Iglesia, por los campos de Alemania. ¡ Y la Francia se dice la *hija mayor de la Iglesia !* ¡ Y los franceses se dan los honores de haber salvado la cristiandad, el catolicismo !

Un dia que Voltaire se hallaba escribiendo en el palacio de Postdam, alguien, entrando, le preguntó ¿qué hacia? «Labo, respondió, la ropa sucia del rey de Prusia.» Este sarcasmo, dirigido á los escritos de Federico, está hecho por un francés para los franceses. Su talento así como su pasion son por la forma, el ornato exterior, el embellecimiento de la creacion agena. Lo que Voltaire era para Federico, lo es la Francia

para con las naciones extrañas. Se apodera de su pensamiento, lo engalana y bajo una nueva forma lo presenta como propio. Han arrebatado á la Inglaterra sus ideas y reformas de gobierno, y se dan por creadores de la ciencia política; han torturado la historia moderna á fin de envilecer las glorias españolas, las conquistas de América y de Europa, y se imaginan que por vilipendiar al vencedor se amengua la humillacion del vencido. Han labado, como diria Voltaire, las creaciones poéticas de los Calderones y Moretos, y se atribuyen los honores del mejor teatro moderno, del mas original. Han hermoseado las teorías filosóficas y los descubrimientos científicos de los alemanes, ingleses é italianos, y se creen los reformadores de la ciencia. Los franceses tienen por excelencia el genio de la palabra, de la expresion, del ornato: describen, ilustran, popularizan admirablemente las creaciones de otros pueblos: esto, y su propia historia, por sí misma muy gloriosa, debieran bastarles. Es tan injusto como poco sensato desfigurar la historia de la Europa para lisonjear la vanidad de su solo pueblo á expensas de las glorias de otros pueblos y de la honra comun de la sociedad cristiana. Montesquieu decia. «Voltaire no escribirá jamás una buena historia; semejante á los monges, no piensa en su asunto sino en el interés de su órden.» Así son los historiadores franceses: escriben para su convento, la Francia, y olvidan, vilipendian ó torturan las hazañas agenas que les ofenden ó que favorecen á sus rivales.

Hemos creido justo revindicar en favor de las naciones latinas caidas, la España y la Italia, las glorias de que pretende despojarlas el patriotismo francés. Ahora que la patria de Cortés y de Colon se hallan ó débiles ó sometidas á un poder extraño, ahora ménos que nunca debiera arrebatárseles sus pasadas grandezas, su solo consuelo!

A juzgar por la poblacion, riquezas, poder militar y capacidad industrial de la Francia, era de esperarse que tuviese sobre los demás pueblos una influencia tan grande como la Inglaterra. Pero, á mas de lo que ya se ha dicho, la nacion francesa adolece de un vicio radical en su constitucion, á saber, la absorcion del pueblo en el individuo que gobierna. En Francia el príncipe ó gobierno acumula en sí todos los poderes y todos los honores: absorbe á la nacion, la domina, la tiraniza; hace de su inteligencia la luz única, de su voluntad la sola ley, de sus pasiones la pasion general. Si el príncipe es débil é incapaz, la nacion carece de personalidad. En Francia todo rey inteligente y poderoso es un Luis XIV y dice: «el estado soy yo;» y lo es de tal suerte, que durante su vida el estado prospera y tiene prestigio y gloria en el extrangero. Muere, y el estado con él se sepulta hasta que la Providencia envia otro soberano de génio que da vida al exánime cadáver. No sucede lo mismo en Inglaterra. Allí el estado es siempre el estado: nunca pierde ó abdica su personalidad y su soberanía. El príncipe ó gobierno lo ilustra y no lo tiraniza; lo sirve, no lo domina;

refleja y no absorbe su poder y su gloria. El grande hombre, cualquiera que sea su brillo y popularidad, no alcanza jamás á hacerse superior á la ley ni á subyugar la opinion. Pudo Marlborough ser despojado del mando cuando todavía se oian los ecos de Blenheim; Wellington, el vencedor de Napoleon, el ídolo del pueblo inglés, Wellington fué ultrajado el dia que se mostró ménos hábil político que diestro general. En los paises de la raza anglo-sajona no hay individualidades superiores á la ley y á la nacion: el rey es un principio de gobierno, el general ilustre un útil y obediente operario de la fortuna pública. Nunca ha sido tan grande la Inglaterra como en tiempo de Jorje III, rey demente. En Francia este príncipe habria trasmitido su mal á la nacion entera. La demencia coronada habria dicho: « el estado soy yo! »

Así la influencia política de la Francia se halla en relacion de su poder militar y del prestigio de su gobierno. De donde se duduce que esa influencia es variable como la suerte de la guerra, instable como su gobierno mismo. En tiempos de Luis XIV, en la primera mitad de su reinado, el gobierno de Versalles ejerció un poder absoluto en los consejos de Europa, y dictó la paz de Nimega (1678). Disminuyóse su prepotencia y el Austria y la España lo forzaron á firmar el tratado de Ryswyk (1697). Al fin del reinado de Luis XIV Francia, enflaquecida por las derrotas, sin prestigio en su gobierno, dominado entónces por confesores y mugeres, perdió las conquistas y la influencia adquiri-

das durante medio siglo de prosperidades, y firmó la paz de Utrecht (1713). En un solo reinado la Francia aspiró todos los perfumes de la gloria y sufrió toda la vergüenza de la humillacion. Fué jóven cuando Luis XIV era jóven; vieja y débil cuando Luis XIV llegó á la vejez y á la debilidad. El carácter de su influencia fué pues personal, no nacional. En esa misma época la Inglaterra se engrandeció cuando reinaba el gran Guillermo III, y aumentó su poder cuando reinaba la reina Ana, princesa limitada, sin prestigio en Europa, sin poder real en su propia monarquía ¡tan grande es la diferencia, tan distinta es la suerte de los pueblos que abdican y de aquellos que guardan siempre su personalidad y el ejercicio de su poder!

Durante casi todo el siglo XVIII la influencia política y diplomática de la Francia fué de poco valor, casi nula. La Francia fué, como Luis XV, corrompida, escéptica, indiferente á la gloria; se mantuvo inmovil en presencia de los grandes cambios de pueblos y de estados. Durante este largo sueño la Inglaterra fundó su imperio colonial, apareció en el mundo el coloso ruso, se formó la monarquía prusiana, cayó la Italia á los piés del Austria, pereció la Polonia. En ese siglo sufrió la raza latina mas que en todas las épocas anteriores á Luis XIV y posteriores á Carlomagno. ¡Tales fueron los resultados de un reinado de sofistas y de mancebas! Luis XVI, enemigo de unas y de otros, dió moralidad al gobierno y alcanzó á rehabilitar la influencia francesa, ya que no la influencia de

la familia latina. Creó los Estados-Unidos, obra brillante hecha para humillar á la Inglaterra. ¡Lastimoso error! Los Estados-Unidos, lanzados al mundo por la Francia, depositaria de los destinos de la raza latina, son hoy el honor de la Inglaterra, el terror de la raza latina misma. El gobierno francés desconoció entónces, desconoce siempre su mision en el mundo. Sus consejeros, presumidos filósofos, pretendidas sibilas del porvenir, ignoran lo que sabe un mercader de Lóndres, que la Europa es mas bien el teatro en que luchan los dos grandes gigantes latino y sajon, que una miserable liza de príncipes y de soldados aspirantes. Un *yankee* cualquiera tiene, por su instinto de odio al español dueño de la mitad de la América, al italiano católico, al francés, representante hoy del poderío latino, un yankee cualquiera tiene, decimos, mejores y mas exactas ideas de la política universal que los doctores de la Sorbona y los letrados de la Academia. Ni el inglés ni el americano se engañarán jamás en sus planes: marchan fijos y tenaces á un solo fin, á la preponderancia absoluta de su raza, de su lengua, de sus ideas, de su religion. La política francesa no ha tenido jamás esa, al parecer grosera, en realidad profunda, filosofía del inglés y del americano. Ha malgastado sus esfuerzos sin plan, sin principios, segun la pasion ó el interés del momento, y como ignorando que la familia latina siente una pasion perpétua, su engrandecimiento, y tiene un interes perenne y absoluto, su preponderancia sobre la familia sajona.

Napoleon léjos de corregir agravó el error y los males. Este hombre, nacido por decirlo así de las cenizas de César y destinado á rehabilitar la patria del gran romano, á poner el mundo latino en la grandeza de los Cárlos V y de los Felipe II, perdió su génio y la ocasion incomparable de desplegarlo; erró su mision y contradijo las miras de la Providencia. Estaba llamado á reorganizar la Italia, darla unidad é independencia, y la fraccionó como una presa vulgar, destinada á dotar los príncipes de su familia. Mas sábia fué sin duda su política para con España; pero el mal éxito, las faltas cometidas, la noble tenacidad española, le determinaron pronto á abandonar su bella y primitiva idea. En 1811 Napoleon no pensaba ya como en 1808. En esta época quiso reconstruir y regenerar el imperio de Felipe II; en aquella quiso desmembrarlo adjudicando á la Francia las provincias del Ebro, es decir, la España guerrera é industrial, Aragon, Cataluña, paises bascos. Esta era una España sin brazos y sin piernas, mutilada, débil, nula. Miéntras que trataba así la España y la Italia, fundaba en Alemania y en Holanda monarquías latinas, mascaradas y no imitaciones de la Francia, obra de la violencia, efímeras y temporales como la suerte de las armas. Napoleon quiso hacer del Elba y del Rin, arterias de la Alemania, ríos franceses; de Hamburgo y de Amsterdan, puertos por donde solo la Alemania y la visita la Europa, puertos franceses. Napoleon, que debiera haber pensado solo en organizar bajo su poder la familia latina, amalgamó

un frágil mosaico de estados y de príncipes alemanes cuyo protector se declaró. Todo cayó al suelo. El coloso sajon, un momento abatido, se alzó poderoso y derribó á su opresor. ¡Singulares errores del génio! Volvemos á decirlo: un mercader de New-York ó de Liverpool habria tenido ideas mas profundas y filosóficas acerca de la política de Europa, de la lucha de las razas, y de la mision providencial é histórica de la Francia.

Parece que los políticos franceses no abrigasen otro designio que el brillo de su propio pais, sin ocuparse del provecho que pudieran sacar de los momentos de prosperidad. En cuanto á la raza latina, cuyo vigor y poderío absorbe, la Francia la trata como esposa divorciada, indigna de participar del incremento de su influjo. Tan poco se ocupa de ellas fuerte, como cuando débil y abatida. Hoy dia Luis Napoleon es el soberano mas poderoso y afortunado de Europa. ¿Cuáles son, preguntamos, los resultados de su soberbia situacion? ¿Combina el gabinete francés algun plan ingenioso y trascendental? ¿Trata de salvar á la Italia del yugo sajon? ¿trata de engrandecer á la España? ¿trata de asegurar la independencia é integridad de las repúblicas latinas de América, tan amenazadas por la democrácia anglo-sajona? No, Luis Napoleon no abriga tales designios. Vive ocupado, como el ánciano y débil Luis Felipe, de acallar tal ó cual clamoreo republicano y anarquista; se arrima, como Cárlos X, á la sombra absolutista de

rusos y austriacos. Tales miserias dán lástima y despojan los grandes hombres de su aureola, los grandes puestos de su prestigio fascinador. ¿Valia la pena de haber destruido el socialismo; de haber aniquilado el sistema parlamentario, pobrísimo sin duda en sus hechos, al ménos grande en la palabra y en los pensamientos; valia la pena de hacer á la Rusia una guerra de Titanes, abatirla, arrebatarla su cetro y empuñar la espada del terrible Nicolás; valia la pena de hacer sombra á la Inglaterra ponerla á la espalda, humillarla: todo, para celebrar festejos en las Tullerías, pasar revistas en el campo de Marte, hacer casernas con nombre de palacios y de monumentos, poner bozal á la prensa, flagelar á los académicos, maltratar á los repúblicanos, hoy bastante insultados y envilecidos; disputar á la Suiza su derecho de asilo, aconsejar absolutismo al rey de Bélgica, aconsejar liberalismo al rey de Nápoles, pedir restricciones y severidad de leyes á la libre y noble Inglaterra?—¡Qué grandeza de medios! ¡qué pobreza de miras! Augusto para ganar el poder, Augústulo para ejercerlo! Y sin embargo Luis Napoleon es un grande hombre, el coloso de nuestra época, el maquinista mas hábil de la diplomácia europea. Su mezquindad de miras viene ménos de su propio corazon que del corazon de la Francia, de la falta de precedentes que lo guien, de la presencia, por el contrario, de hechos tradicionales que lo esclavizan á una política vacía y sin elevacion ni ideas.

Se ve que la influencia política de la Francia tiene

sus épocas de alta y de baja, segun sea el éxito mas ó ménos duradero de sus triunfos, la gravedad de sus reveses. Vemos tambien que en los dias de su influencia la Francia no sabe cultivarla y sacar partido en favor de su porvenir y del porvenir de la raza latina. La Francia, semejante á los hombres de gran talento y de pequeño carácter, hombres no raros, lo notamos de paso, en ese pais, se contenta con deslumbrar, recoger aplausos, aspirar los mas suaves perfumes de la lisonja, dejando á un lado y como cosa despreciable el provecho sério, la ganancia sólida y durable. Esta es pequeñez de miras y falta de prevision. Así como un gran corazon ansía por ensanche y expansion y aspira, si místico, á las dulzuras inefables de un mundo misterioso y superior, si mundano, á los goces de una ambicion audáz y al éxito de miras difíciles y enérgicamente disputadas, así tambien una gran nacion, para merecer el nombre de tal, debiera procurar el bien de los pueblos decadentes, oprimidos, abrir á la humanidad una senda mas anchurosa, un porvenir mas bello. Si fuese permitido calificar á las naciones como á los individuos, por géneros y sexos, deriamos que la Francia es del sexo femenino; nacion muger, vana, elegante, hermosa, amante del placer, indiferente al porvenir. No tiene, como Roma, nacion viril por excelencia, la energia y tenacidad del carácter, ni, como la Inglaterra, un génio sombrío, una musculatura hercúlea, pasiones calladas pero irresistibles.

Para que una nacion alcance á poseer una influencia

considerable sobre las otras, es preciso que ponga en armonía el triple poder de su política, de sus ideas y de sus costumbres. Así el hombre confirma la doctrina, el hecho viene como ejemplo y en auxilio de la idea, y el gobierno, hecho armado, idea con sable en mano, asegura el camino á los unos y á las otras. Cuando esta rara y preciosa armonía existe, el individuo se halla presente en el gobierno, el gobierno se encuentra representado por cada individuo, las costumbres reflejan individuo y gobierno. ¿Qué es un americano, por ejemplo? democrácia, positivismo, trabajo. No se dice « hay americanos demócratas, positivos, industriosos, y hay otros absolutistas, ideólogos, parásitos.» Luego en los Estados-Unidos hay uniformidad de costumbres, identidad de ideas, conviccion universal de la bondad del gobierno. Ese pueblo no puede ménos de ser feliz y bien regido en el interior, enérgico y poderoso en su influencia exterior.

En Francia, la política, las ideas y las costumbres son tres enemigos mortales que alternativamente dominan ó son dominados, sin cesar jamas su repugnancia, sin terminar jamas su lucha. Y cosa singular al parecer, lógica en el fondo, esos tres enemigos no hacen la paz al salvar la frontera de la Francia: llevan afuera su anarquía y se baten donde quiera que haya franceses ó influencia francesa.

Las ideas francesas tienden á la libertad, á la igualdad civil y política, á la abolicion y desprestigio de los títulos de nobleza, á la ruina total del feudalismo.

Segun las doctrinas el gobierno ha de ser el reflejo del pais, el eco fiel de la opinion, liberal, justo, enemigo de privilegios; ha de dejar á cada hombre su individualidad, á cada municipio su esfera de movimiento, á la nacion entera el derecho de discutir y de hacer la ley.

Tales son las ideas en Francia. Así se piensa en las academias y en las calles, en los salones de la aristocracia y en el hogar del pobre; así se escribe en los libros que hacen los sábios y en los diarios que lee el pueblo. Entre tanto, ¿cuáles son las costumbres? ¿hay armonía de hecho y de ideas, de pasiones y de convicciones? No, el francés ama en la realidad la aristocracia que detesta en principio, hace gran caso de títulos y de blasones; le gusta muchísimo llevar armas en su carruaje, cintas y placas en su traje. En el pueblo de las plazas no ménos que el pueblo de los salones, el hombre de títulos recibe miramientos y aspira un incienso especial, suyo, nunca ofrecido al plebeyo. La muchedumbre vestida de paño y seda rinde homenaje elegante al duque á la vez que la muchedumbre vestida de jerga, cuando no desnuda, se disputa por las calles el honor y la felicidad de ver pasar á un príncipe, honor que crece, felicidad que aumenta, si la rueda del carruaje ó las patas del caballo del príncipe rozan y acarician su plebeyo y andrajoso ropaje. Prueba esto que existe en la costumbre el culto de los títulos, la idolatría de las grandezas individuales, por mas que la ilustracion demuestre la

vanidad de los unos, la pequeñez de las otras.

Hallándose de este modo constituida la sociedad francesa, su gobierno, hecho á su imágen y semejanza, es una perpetua contradiccion ó mejor, una rotacion interminable de las costumbres y de las destrinas. Cuando la idea vence y logra poner en silencio instintos y tradiciones, la constitucion de la Francia nos presenta en el poder un cuadro hermoso de verdades, de deseos, de esperanzas. Entronízanse en axioma la libertad, la igualdad, todos los derechos del hombre, todas las garantías del ciudadano. Hay entónces autoridad responsable y limitada, elecciones populares, cámaras, prensa libre; no hay títulos, privilegios, parásitos de córte ni de estado. Pero las costumbres, mas poderosas que las doctrinas, comienzan luego á minar la débil fábrica, la atacan, la derriban. Quedan abolidas la libertad y la igualdad; suprímense por inútiles los cuerpos deliberantes; reaparecen los títulos y los blasones; calla la prensa; abdica el individuo en favor de su aldea, la aldea en favor del departamento, el departamento en favor del gobierno, el estado en favor de un hombre. Desaparece la obra de la inteligencia y de los libros y toma su lugar la obra del tiempo, de las costumbres, de la tradicion — el absolutismo.

La influencia universal de la Francia no ha podido escapar á las alternativas de su propia historia, á las contradicciones de su propia sociedad.

En 1793 la Francia, gobernada por las teorías li-

berales de sus filósofos y académicos, fundó en principio el sistema republicano y prometió á los pueblos oprimidos su auxilio moral y aun su cooperacion material. Vino Napoleon, cayó la República; y esa Francia, antes seductora de los pueblos, los dominó ó prestó socorro á sus dominadores.

En la primera de estas épocas influyó en el mundo la Francia intelectual y doctrinaria; en la segunda, la Francia tradicional y de las costumbres.

Durante el gobierno humanitario de Luis XVI el gabinete de Versalles contradiciendo, como ántes lo hemos notado, su mision histórica, dio su amparo á la república naciente de los norte-americanos. Durante el gobierno reaccionario de Luis XVIII, el gabinete de Versalles entorpeció, en cuanto pudo, el reconocimiento de las ya emancipadas repúblicas hispano-americanas.

Fundó la Francia en una parte la república, trató de sofocarla en otra parte. Francia elemental en los Estados-Unidos, Francia histórica en Sur-América.

La Revolucion propagó en el mediodia de Europa la llama de la libertad y de la emancipacion de los pueblos. La Restauracion, siguiendo instintos mas poderosos y obedeciendo á las órdenes dadas por los monarcas absolutos en el Congreso de Verona, prestó al Austria auxilio moral para someter la Italia, prestó á Fernando VII auxilio militar para someter á los liberales españoles.

La Francia de la Academia inspiró lo uno, la Francia real hizo lo otro.

En 1830 y en 1848 la Francia removió los pueblos de Europa y de América, en la primera época en virtud de una revolucion de nacionalidades, en la segunda en virtud de una revolucion social no ménos que de nacionalidades. Italia, Polonia, Bélgica, Hungria, Alemania, América del Sur, la mitad del mundo siguió su inspiracion y aceptó como suyas ilusiones en mucha parte francesas, locales. Por dos años no se oyó hablar sinó de libertad, igualdad, fraternidad, trilogía republicana; de falansterio, derecho al trabajo, reparticion mas igual de propiedades, credo socialista; regeneracion del cristianismo, alianza de la Biblia y de la Enciclopedia, de Cristo y del Papa con los demagogos, teología de los innovadores político-religiosos. Estas doctrinas, absurdas en Europa, lo fueron todavia mas en América, territorio despoblado en que la miseria es sueño de enfermo en los escritos, resultado de la indolencia, en el pueblo.

Llegó el 2 de diciembre, nuevo 18 Brumario que ahogó el desórden en los brazos del poder absoluto. Confundiendo hábilmente lo bueno con lo malo, las sanas doctrinas del régimen parlamentario con la desorganizacion socialista, Luis Napoleon, auxiliado del miedo de los unos, del interés de lo otros, auxiliado sobretodo del cansancio y dudas de todos, asumió en sus manos los derechos del pueblo, la inteligencia, el corazon, el porvenir mismo de la Francia. La tradi-

cion volvió á vencer á la idea. Ocho millones de votos sostuvieron, contra la Academia y demás clases del Instituto, sus oponentes de entónces, hoy todavia rebeldes, que la Francia de las costumbres es mas poderosa que la Francia de las doctrinas, el absolutismo mas fuerte qne la libertad, y la necesidad de existir mas imperiosa que el deseo de existir con bienestar.

La influencia exterior de la Francia siguió, como era natural, el rumbo señalado dentro de su propia sociedad. Luis Napoleon contradijo á la república, el 2 de diciembre borró el 24 de febrero. La república habia propagado con la libertad la anarquía; el imperio sostiene con el órden el poder absoluto. Entonces se alentaba á los pueblos á pedir á sus gobiernos el ensanche de los principios liberales. Hoy Luis Napoleon exige limitacion del derecho de asilo en Suiza, del derecho de publicar en Bélgica y en el Piamonte, del derecho de residir en Inglaterra.

Demuestran estos hechos tanto la influencia poderosa como la influencia funesta de la Francia: nadie podrá disputarla el honor, nadie alcanzará á justificarla del cargo.

Conviene notar que las revoluciones francesas, cualquiera que sea su causa, su intensidad, sus fines, producen unos resultados en Francia y otros resultados muy distintos en los paises sometidos á su influencia. Se ha hecho en Francia lo que se hace en los paises acometidos de pestes periódicas é inevitables: la sociedad ha tomado medidas saludables, conducentes á re-

bajar la intensidad del mal. Tienen los franceses contra las revoluciones el ejército, preservativo de su frecuencia, protector de la independencia nacional, y cuentan, como preservativo de disolucion interior, con las ventajas de un sistema unido, bien combinado y enteramente conforme á la índole del pueblo. Merced á estos dos diques, el torrente revolucionario, semejante, segun la feliz imágen de Luis Napoleon, al desborde de los rios, rebalsa asolador y furioso durante la tormenta y entra despues, manso y contenido, en el cauce artificial. En los instantes de su furia la sociedad se cree amenazada de ruina, muestra todos los síntomas de la agonía, desconfianza, angustia extrema, temblorosa respiracion. Sale á la calle el despojo, escóndense los tesoros, aflígense las industrias, depone el trabajo su dura herramienta. Se dá entonces el arapo el placer de sentarse en cojines de seda ó de correr en dorados coches; toca la mano tosca y callosa los diamantes y las preciosas telas; se deleita destruyendo lo que ha de volver á trabajar con pena infinita; dáse el pueblo el gusto de maltratar al sibarita ocioso, al epicúreo ocupado en halagar sus sentidos; pone á sus piés y como esclavo suplicante al amo de ayer, y se complace en cortar una cabeza altiva ó un cuello admirado por su gracia y su belleza. Agrada á todas las muchedumbres, mayormente á la francesa, hacer de tiempo en tiempo el papel de rey, de general, de aristócrata, de juez y de verdugo, todos los papeles del teatro social. Erasmo comparaba el desenlace de la

Reforma del siglo XVI al desenlace vulgar de las comedias. No es mucho mas sério el fin de una revolucion francesa. Es una inmensa saturnal en que el pueblo rompe por un momento todos los deberes y se harta de todos los placeres;—el ócio, el lujo momentáneo, la venganza, placer de dioses, segun el viejo Homero, y la destruccion, placer, por el contrario, propio de la vil muchedumbre. Sintiendo el cansancio, el hastío de la saturnal, el pueblo se rinde y depone el fusil; rie del miedo que ha causado, y se somete; se arrepiente de su furor y vá por sí propio á ponerse sus antiguas cadenas. Renace la confianza, huye el pánico de los intereses, abandona el terror á las personas. El antiguo gobierno deja al nuevo su puesto, obedece y jura el ejército y toda la Francia confirma la obra de la capital. Tal es una revolucion ordinaria en Francia.

Y esa revolucion, saturnal que fué de la muchedumbre parisiense, mero juguete de ideólogos, salva las fronteras de la Francia, salva, todavia mas, las fronteras de la Europa, llevando como el ángel vengador de la Biblia confusion y dolor en su siniestra carrera. Si la anarquía es cosa de risa en Francia, donde la autoridad, removida un momento, vuelve pronto á su quicio ordinario, en las regiones volcánicas de Italia, en las regiones ya africanas de España, en los desiertos de América, es cosa trágica, sangrienta, interminable. Son esas sociedades apasionadas, tenaces, perseverantes en el mal y en el error. En esos paises la autoridad, debilitada de una parte por la escasez de poblacion

y de otra por la extension del territorio, el pueblo sublevado halla refugio en el desórden y protege sus malas pasiones en los campos, en las montañas. El alboroto que tuvo lugar en las calles y plazas de la ciudad se ampara, si acallado allí, en los lugares que le aseguran impunidad. Todo empeora, todo degenera entonces. El tumultuario se convierte en bandido y el tumulto mismo en guerra social y contra la propiedad; el revolucionario de ideas degenera en revolucionario industrial, en explotador de la fortuna del Estado; el gobierno, ó se hace tiránico con todos y entónces hay confiscacion, destierros, cadalsos; ó prefiere transigir y acomodarse al estado de los hombres y de las cosas, en cuyo caso el gobierno es una lotería escandalosa, un despojo bajo el sello del estado, en que cada cual se confiere un título, un honor, un puesto, una renta. En viniendo las cosas á tal punto, el espíritu público y el patriotismo desaparecen del estado: se convierte para unos en egoismo rapaz, y para otros, los hombres de bien, toma los síntomas de una pasion sombría, desesperada, imposible de satisfacer. Ya nadie piensa en teorias, en ideas, en sistemas. Dejó de existir la revolucion y vino en su lugar la anarquia de hombres y de cosas, la confusion, el descalabro social! Tales son en los paises latinos los resultados de las doctrinas revolucionarias de la Francia!

Dejando, por odioso, inconcluso este cuadro de la revolucion en los paises de la raza latina —y el lector español y el lector americano podrán decir si está ó

no aminorado—volverémos á ocuparnos de nuestro asunto, de la influencia francesa.

La Francia política y militar ha dominado en diferentes épocas varias porciones de la familia sajona. Pasó esa dominacion, y el pueblo recobró sus tradiciones, sus ideas, su personalidad nacional. Fué la Bélgica provincia de la República y del Imperio, asociada naturalmente á sus vaivenes de poder y de reveses. Cayó el Imperio y la Bélgica se reconquistó á si misma, así en el sentido social como en el sentido político. Hoy ese pais se halla libre, próspero, en órden, al lado de la Francia esclava. La Holanda, la Westfalia y gran parte de la Alemania han sufrido idénticos males, logrando al fin repararlos, darse un sistema propio, nacional é histórico. La Holanda de nuestros dias es la de siempre, nacion pequeña, pero grande en su industria, su riqueza, su consideracion en el mundo.

¡Cuán diferente es la conquista doctrinaria de la Francia! Se apodera del corazon y de la inteligencia, dominacion por su naturaleza larga, difícil de combatir, casi imposible de vencer; seduce á las imaginaciones con el prestigio de lo bello; á los hombres de bien por medio de esperanzas virtuosas y humanitarias; á los demagogos con el cebo de una riqueza fácil, de una elevacion poco costosa. Si una batalla basta á emancipar del yugo político, ninguna victoria alcanza á libertar un país del predominio intelectual. Este, semejante al mónstruo de la fábula, saca fuerzas de sus reveses, se endereza cuando parece mas abatido,

alza soberbia su cabeza cuando se la creia derribada y saltando. La Francia invadió la España con quinientos mil soldados que fueron vencidos, muertos ó expulsados por el patriotismo y el orgullo nacional. Esa misma Francia ha invadido con sus ideas la inteligencia y el corazon de los españoles, y en cincuenta años de lucha, de ensayos desgraciados, de una triste y aun funesta experiencia, no han logrado todavía expeler de sus almas aquellas tenaces conquistadoras. La España cree siempre en el catecismo de la Constituyente, catecismo renegado, como falso y alucinador, por los franceses mismos. La América del Sur ama mas y mas los sistemas franceses. Medio siglo de revoluciones y de males inauditos no son, en aquellos singulares Estados, pruebas bastantes contra la brillante teoría de la division de los poderes, garantías individuales, libertad de discusion, gobierno electivo y periódico, guardias nacionales y demas principios de la Constituyente. La América persevera en su ilusoria esperanza de realizar en el desierto y en la oscuridad una tésis puramente académica que no han logrado poner en planta naciones muy cultas y populosas. Y como en esos paises no hay un ejército fiel á la autoridad por el triple vínculo de la ley, del honor militar y de la presencia del enemigo; como no hay tampoco un sistema administrativo enérgico y bien ligado al centro ó eje motor: las ilusiones no tienen contrapeso ni correctivo alguno saludable, se encarnan en los hechos, se apoderan de la vida real y hasta lo-

gran entronizarse en la opinion y en la autoridad. ¿Será pues fácil arrancar un veneno confundido en la sangre y las arterias del cuerpo social? ¿Será fácil expulsar ideas incrustadas en las inteligencias? — Los sabinos no tuvieron valor para hacer la guerra á los romanos, raptores de sus hijas, pues que hiriéndolos maltrataban tambien su parentela, sus propias afecciones. Los españoles y americanos se han desposado con las ideas francesas; hacerles guerra es hacer daño á su propio corazon, al objeto de su mas intenso cariño. Pero hay casos en que la inteligencia debe acallar las palpitaciones del corazon, iluminarlo con violencia, haciéndole ver un ídolo de bálago en la deidad adorada, una esposa fantástica, infiel, sin decoro ni juicio en esa sabina arrebatada en tiempo de soledad y de viudez absoluta. De nó, esa Dalila traidora los reducirá á la impotencia, los entregará atados al filisteo, es decir, al yankee, terrible filisteo que amenaza abatido gigante latino.

Plutarco nos dice que un sofista ateniense de su tiempo tenia el singular talento de sostener principios en que él mismo no creia y de ganar apasionadas fervorosos en favor de sistemas falsos á sus propios ojos. En las universidades de la edad-media los maestros de controversia ponian al acaso y como mero tema de escuela, tal ó tal tésis; la daban á defender á unos, á combatir á otros. La cuestion, sostenida primero por amor de la disputa, era despues y á medida que se iban encendiendo los ánimos, aceptada con calor y

defendida con pluma y espada. Los revolucionarios franceses hacen ahora en los otros paises lo que el sáfista de Plutarco, lo que el maestro de controversia. Lanzan sus teorías al mundo y se quedan tranquilos contemplando el furor de los combatientes, admirados sin duda de que puras teorías, entretenimiento del ócio académico, hagan tamaño estrago en la vida real. Tienen los franceses el arte de trasmitir sus ilusiones y de hacer durable en otra parte aquello mismo que fué cuestionable, falso y pasagero en su propia casa. Los españoles andan siempre en busca del sistema de equilibrios y contrapesos, hoy desterrado de Francia; los neogranadinos asolaban su república batiéndose por las teorías de la individualidad en la nacionalidad, de la voluntad general en la accion única, de la fé en la democracia y demas extravagancias de los socialistas, á la sazon que estos pobres locos, vencidos y humillados, expiaban sus pecados en las pestilentes playas de Cayena ó callaban sus ilusiones ante la burlesca indiferencia de los pueblos ó el continente muy sério y muy severo de los gobiernos. Otros, mas sensatos, cambiáron á tiempo de rumbo y se ocuparon de cosas honorables y provechosas. El célebre padre Enfantin, por ejemplo, fundador de la secta sansimoniana, banda que pudo llamarse religiosa á haber tenido moralidad, que pudo llamarse política á haber tenido sentido comun, el padre Enfantin, decimos, tan ideal, impalpable, tan invisible en sus teorías sociales, es hoy un honesto, rico y laborioso constructor de ferro-

carriles. ¡Un sansimoniano ocupado de locomotoras, de terraplanes y de carbon de piedra! El picante é ingenioso Erasmo no nos ha dejado un tipo mas cómico ni mas característico de la vanidad sistemática y revolucionaria. ¡Si los pueblos latinos fuesen tan sensatos como el padre Enfantin!

Habiendo hablado de la influencia política y doctrinaria de la Francia, y no siendo de nuestro propósito tratar de sus modas, ramo en que domina como soberana incontestable, permítasenos, para terminar, hacer una digresion que naturalmente demanda esta cuestion. — Si la influencia política de la Francia carece de plan y de buena doctrina; si su influencia intelectual y social extravía y hace mal á los pueblos ¿cómo pueden existir? ¿No hay juicio, no hay criterio en la familia latina? ¿O bien se detracta y calumnia la influencia francesa? ¿Cómo puede concebirse que los pueblos, hoy dia tan ilustrados, dueños de la imprenta, que todo lo circula y lo pone de relieve, incrédulos, incapaces de las ilusiones de de otras épocas, sean sin embargo tan simples, tan incautos, que acepten lo primero que les viene de Francia? ¿Porqué no dan igual acogida á la influencia sajona y anglo-sajona? ¿Porqué no la dan mejor y mas ámplia puesto que, segun se pretende, es la sola benéfica? — Tal es la cuestion. En el capítulo anterior, que trata de la influencia anglo-sajona, hemos dado la explicacion de ese fenómeno. Ahora harémos tan solamente algunas observaciones generales sobre la

influencia de las naciones en los tiempos modernos.

En el estado actual de la civilizacion la influencia de los pueblos se halla, si podemos valernos de una fórmula de física, ménos en relacion de su fuerza real que de su fuerza de afinidad y de cohesion. En la antigüedad las naciones vivian separadas, no se conocian ni comprendian, y si alguna vez llegaban á tocarse, no era, como en los tiempos modernos, para darse la mano y contraer vínculos de amistad y de comercio material é intelectual, cambiar sus adelantos y comunicar su luz; sino para hacerse la guerra, dominarse, esclavizarse. La vida de los pueblos antiguos era aislada, solitaria en suerte, sin expansion su historia. Unos á otros se llamaban bárbaros, dignos de esclavitud, de exterminio, indignos de su sociedad y de su aprecio. Tratábanse entre sí las naciones antiguas al modo que hoy se miran los cristianos de Europa y los gentiles del Asia, chinos, indios, japoneses. Los viage de Herodoto en Egipto, los embajadores enviados por Roma á estudiar las leyes de Grecia, son hechos aislados, casuales y ántes prueban que contradicen nuestra observacion sobre el cáracter celoso y sombrio de los pueblos de la antigüedad. Antes del cristianismo toda nacion era como Israel, sola en el mundo, sin contacto, cuidadosa de la pureza de su raza, de su lengua, de sus creencias. Si hablan de otras naciones es con desprecio y á manera de contraste oscuro de si mismas. Los griegos del tiempo de Alejandro apenas

sabian que habia una Roma, la miraban como pequeña tribu bárbara y codiciosa, y solo llegaron á cambiar de idea cuando vieron las águilas del Tiber descansar su vuelo en las alturas del Acrópolis y sobre los templos de Corinto. Así en nuestros dias los analistas del imperio celeste se han dignado hacer mencion de « ciértos bárbaros estúpidos, hijos de una isla remota y de ideas tan turbias que ora tienen por soberano á un hombre, ora rinden sus homenajes á una muger: » dándose la grave nacion china por muy satisfecha con esta explicacion de los hombres, de la nacion y del gobierno mas grandes de la tierra! En la antigüedad todo analista era analista chino, no ménos conciso, no ménos desdeñoso, no ménos ignorante.

En la Europa moderna, en la civilizacion cristiana, mas vasta que la Europa, los pueblos se conocen y se confunden en la intimidad de una misma familia, se visitan y se estudian mútuamente. En nuestro tiempo no es posible una Israel celosa, un Paraguay solitario, una Grecia desdeñosa del enemigo que se halla á sus puertas. La embajada de los decemviros, hecho raro y curioso en la historia antigua, es hecho vulgar en nuestros dias. Todas las naciones se envian mensageros de estado, filósofos, militares, administradores, con la mision de estudiar las leyes y las costumbres extrañas. Aun sin dejar su gabinete el sábio recorre con el pensamiento y guiado por los libros, los mapas, los diarios, las mas apartadas regiones del mundo. Esto explica cómo una nacion pequeña en territorio

y en poder, influye tanto ó mas que un dilatado imperio. Esto explica el crecimiento y propaganda de las buenas y de las malas doctrinas, la universalidad de la verdad y del error. Semejante á la luz del sol que ilumina, como dice la Sagrada Escritura, á buenos y malos, la civilizacion abre campo y asegura su camino á todos los hombres y á todas las sectas, al apóstol y al impostor, al emisario del bien y al seductor mentiroso.

El desarrollo intelectual de la Francia, favorecido por esta situacion, ha debido tener una grande expansion en todos los pueblos, todavía mayor y mas poderosa en los pueblos que no le oponian los estorbos de su propia superioridad moral y de cultura. La tuvo en la familia latina, no la tuvo en la familia sajona, en donde el bien nace dentro de su propio suelo, sin ser necesario trasplantarlo allí como árbol extraño y de otras regiones mas privilegiadas. Mas en la comunidad de ideas, peculiar de los últimos tiempos, ha de buscarse la clave de esa influencia tan vasta á la vez que tan perniciosa de las ideas francesas. Bálmes ha notado muy bien que si la Reforma hubiese tenido lugar en la edad media, es decir, antes del movimiento de las ideas y de las pasiones, la Reforma, el hecho de mas bulto en la historia moderna, no habria sido sino negocio mezquino y local, semejante, por ejemplo, á la odiosa tragedia de los albigenses. Tal habria sido tambien la suerte de las revoluciones francesas á haber tenido lugar en épocas de ménos

expansion. Habrian sido, no ya, como la Reforma, hechos colosales y de importancia universal, sino, como la guerra albigense, asunto oscuro y sin trascendencia alguna. Los escritores franceses ora cegados por el patriotismo, ora extraviados por la apariencia de las cosas, parecen ver en la universalidad de sus revoluciones cierta elevacion de inteligencia en los hombres, cierta grandeza de miras en las doctrinas. ¡Alucinacion patriótica ó candorosa! Todos los entendimientos superiores se alzan á iguales alturas, y semejantes al águila cruzan con vuelo raudo y audaz el espacio; todas las doctrinas aspiran á fin idéntico, su triunfo absoluto y universal. La diferencia no está en los hombres ni en las doctrinas; está en las épocas, favorables unas, contrarias otras, á la propaganda vasta y rápida.

Al empezar el exámen de la influencia francesa hemos debido señalar la parte histórica de la Italia y de la España en las glorias intelectuales de su ahora mas afortunada rival. Era esta una restitucion justa y necesaria. Concluyendo, nos pareció oportuno recordar ciertas circunstancias generales y favorables al desarrollo de esa influencia. Hay glorias francesas y glorias que pertenecen tanto á la Francia como á la Europa entera. Nadie puede disputar su alta ilustracion, la generosidad de sus pensadores, el carácter expansivo y tan simpático de su sociedad. Nadie pretenderá tampoco negar que esa ilustracion tuvo maestros italianos y españoles; que esos pensadores son de ordina-

rio tan poco prácticos y útiles, como generosos; y que su atractivo simpático extravia tanto como agrada á los pueblos. Es de suyo tan brillante y seductora la nacion francesa, que el escritor debe, si quiere emprender la dura pero honesta tarea de señalar sus errores y defectos, hacer un esfuerzo de razon para acallar el grito de sus propias afecciones.

No contando con la Francia, hoy la gran nacion de la raza latina, no existe, en opinion de muchos, pueblo alguno de esta raza que esté llamado á representar un gran papel en la escena del mundo. La justicia de los hombres, siempre incompleta y apasionada, exagera la grandeza y exagera la miseria: enzalzó en otro tiempo sin medida la gloria de la España y de la Italia, y ahora, viéndolas caidas, se apresuran á declararlas muertas y á cantarles sus funerales.

El príncipe de Metternich ha dicho: « la Italia es una expresion geográfica. »

Los franceses, viageros, escritores ó estadistas, repiten á cada instante: «el Africa comienza en los Pirineos. »

El presidente Monroe ha hecho esta profecía: « la América del Sur está llamada por la Providencia á completar la gran república anglo-sajona.»

De suerte que la Italia, patria de César, la reina del mundo, es ahora un mero término de geografía: la España es tierra africana, desierta, inculta, *ab orbe semota*: y la América del Sur, creacion del genio de Colon, de Cortés y de Pizarro, es una herencia

mas ó ménos próxima de los norte-americanos!

Hay en la existencia de las naciones así como en la vida íntima de los individuos una rotacion misteriosa de prosperidades y de reveses á que el profano da el nombre de fortuna y el hombre pio el de Providencia. El vulgo no comprende estas leyes supremas y falla sobre cada situacion como si fuese eterna é inmutable. Ven ahora á la España débil, oscura, apartada del teatro de la política europea, y exclaman: ¡la España está perdida para siempre! Ven á la Inglaterra poderosa, libre, rica, y dicen: ¡la Inglaterra es inmortal, privilegiada, única en el mundo! ¡ Recuérdese que esa Inglaterra tan grande ahora se halló, ayer no mas, humillada y vendida por el corrompido y débil Cárlos II: recuérdese que la Inglaterra del órden, de la libertad, de la industria, es la misma Inglaterra de la anarquía de las Rosas, del despotismo de Henrique y de la tiranía de Cromwell!

Cuando se medita en la historia de España desde Felipe III á nuestros dias, cerca de tres siglos de mal gobierno, favoritismo, disipacion y régimen despótico, es de asombrarse como los pueblos de la península han podido despertar de su letargo con algun patriotismo, alguna dignidad, alguna ilustracion. Cualquiera otra nacion no habria escapado á la prueba de tan angustiosa tortura. Los pocos años de la dictadura de César bastaron á destruir para siempre la república de Roma. Las victorias de Filipo y de Alejandro disiparon como el humo las libertades y la independencia de

las democracias de Grecia. El triunfo de Henrique VII costó á Inglaterra dos siglos de despotismo. El dicho de Luis XIV: «el estado soy yo» dejó á la Francia trémula y aterrada hasta la mañana del 14 de Julio de 1789. Las disipaciones de ese príncipe arruinaron por un siglo su reino y ocasionaron dos bancarrotas nacionales. En España todo soberano ha sido, hasta Fernando VII, un Julio César dictador, un Henrique despótico, un Luis XIV disipador y arbitrario. Así como ha habido en otros paises una serie de príncipes fundadores, ha habido en España una série de soberanos destructores. Cada cual ha quitado al estado una piedra de sus cimientos: uno sus conquistas, tal sus tesoros, estos su moralidad, aquellos su administracion, todos las libertades y las garantías del ciudadano. Hay quien se admire de la rápida decadencia de la España: nosotros nos maravillamos de la firmeza y solidez de la fábrica cuando pensamos en el número y en el poder de los demoledores. No hablamos aquí de la Francia ni de la Inglaterra, de Rocroi ni de la Mancha, de los reveses de los ejércitos españoles ni del desastre de sus armadas: vencieron á España su gobierno, sus reyes, sus favoritos, no sus enemigos.

No ha habido, despues de los dias de Roma, nacion alguna que haya llamado á la par de la España la atencion de los hombres ni atraido una admiracion ni un ódio mas ardientes: nacion, segun la expresion tan notable de Schiller, temida largo tiempo despues de ser fuerte y aborrecida largo tiempo despues de

ser tiránica. Los que ahora quisieran ver á España sepultada para siempre llevan su furor hasta calumniar su historia, desfigurarla, y cubrirla de vergüenza. Los pretendidos ingenios franceses pintan al español de hoy sentado gravemente en su heredad, ocupado de su reposo, indiferente como un musulman, indolente mas que desinteresado; ó bien, cuando escriben la historia, lo representan asolando los paises que conquistaban, ora lanzando en las hogueras de la inquisicion á los holandeses y flamencos, ora azuzando sus perros contra los indígenas desnudos é inermes del Perú y de Méjico. La época de la justicia no ha llegado todavía para la nacion española. Los antiguos coronaban sus víctimas ántes de llevarlas al sacrificio: la España, menos afortunada, todavía mas desdichada, va al patíbulo de la historia cubierta de ultrajes y de calumnias. ¡Vano propósito! El único juez de las naciones es Dios, el solo que puede penetrar los secretos, el solo que puede medir la escala del delito y del crímen. En vano el historiador inglés se aprovecha ahora de la grandeza de su nacion y del crédito transitorio de su literatura; en vano el historiador francés procura cubrir los reveses de su pais difamando la gloria del vencedor español: un juez mas alto y mas justo decidirá si la nacion española, que conquistó y civilizó un mundo, que salvó á la Europa de la invasion otomana, que defendió el cristianismo contra la incredulidad y la confusion, ha hecho bastante bien para contrabalancear las exageradas crueldades de los Pizarro,

los Alba, los Cortés. La España no temerá presentarse delante del juez supremo al lado de Roma, de Inglaterra, de Francia. La España no ha reducido á rebaños, como lo hiciera Roma, las naciones conquistadas por sus esfuerzos; la España no ha aprobado, aplaudido ni mucho ménos mandado, como Inglaterra, el suplicio de centenares de príncipes y gefes, de millares de súbditos rebelados contra su autoridad. Los escritores extrangeros que calumnian la nacion española, escusando con indulgencia las crueldades de franceses é ingleses, debieran tener presente que la autoridad de Fernando y de Cárlos era impotente mas allá de los mares, mientras que la accion de los gobiernos de Francia y de Inglaterra fué siempre efectiva y poderosa en toda la extension de sus dominios. Pizarro, separado de España por miles de leguas, dueño de sí mismo, de sus hombres, de sus lanzas, Pizarro, rey y amo del Perú, pudo impunemente asesinar al Inca Atahualpa. Pero Hastings y Canning, gobernadores regulares nombrados por el gobierno inglés, sujetos á la vigilancia y á la censura de la metrópoli, no han podido anegar en sangre los campos de la India sin la aprobacion, decimos mal, sin la complicidad del gobierno británico.

Si la nacion española fuese responsable de los crímenes cometidos en América por algunos soldados violentos, nadie tendria tan justo derecho como los americanos, ahora herederos de las víctimas mas bien que de los conquistadores, á quejarse é invocar la

justicia de la historia. Es singular, en efecto, que los franceses y los ingleses, cuya humanidad no alcanza para sus víctimas, vayan á buscar una causa que tiene defensores propios y muy calificados. Hé aquí como juzga la dominacion española en las Indias el primer escritor de América, don Andrés Bello, el amigo de Bolivar y uno de los fundadores de las repúblicas españolas. « La injusticia, la atrocidad, la perfidia en la guerra, no han sido de los españoles solos, sino de todas las razas, de todos los siglos; y si aun entre naciones cristianas, afines, y en tiempos de civilizacion y cultura ha tomado y toma todavía la guerra este carácter de salvaje y desalmada crueldad, que destruye y ensangrienta por el solo placer de destruir y verter sangre, ¿qué tienen de extraño las carniceras batallas y las duras consecuencias de la victoria entre pueblos en que las costumbres, la religion, el idioma, la fisonomía, el color, todo era diverso, todo repugnante y hostil? Los vasallos de Isabel, de Cárlos I y de Felipe II, eran la primera nacion de Europa : su espíritu caballeresco, el esplendor de su córte, su magnífica y pundonorosa nobleza, la pericia de sus capitanes, la habilidad de sus embajadores y ministros, el denuedo de sus soldados, sus osadas empresas, sus inmensos descubrimientos y conquistas, los hicieron el blanco de la detraccion, porque eran un objeto de envidia. Las memorias de aquel siglo nos presentan por todas partes escenas horribles. Los españoles abusaron de su poder, oprimieron, ultrajaron

la humanidad; no con impudencia, como se ha dicho, porque no era preciso ser impudente para hacer lo que todos hacian sin otra medida que la de sus fuerzas, sino con el mismo miramiento á la humanidad, con el mismo respeto al derecho de gentes, que los Estados poderosos han manifestado siempre en sus relaciones con los débiles, y de que aun en nuestros dias de moralidad y civilizacion hemos visto demasiados ejemplos. » (*) El juicio de este ilustre escritor es

(*) Opúsculos literarios, por D. Andrés Bello. La hermosa página que hemos transcrito la tomamos de un artículo crítico del señor Bello acerca de las *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles*, por D. José Victorino Lastarria. M. Quinet ha llamado *eminente* el libro y nosotros, mucho ménos competentes para juzgar del talento, mucho mas competentes para juzgar al señor Lastarria, amigo que nos honra y que admiramos, nosotros, decimos, darémos el calificativo de eminente así al autor como al libro. Lastarria es, despues de Bello,—sábio fuera de paralelo en América, comparable tan solo con las mas altas categorías de la Academia española,—una de las primeras inteligencias de América. Este eminente escritor ha emprendido con igual talento y éxito los géneros mas difíciles, y algunos casi incompatibles: Lastarria es autor del mejor tratado de derecho Constitucional que se haya compuesto en la América del Sur, y asimismo es autor de varios escritos de costumbres (el *Manuscrito del diablo*, *cartas de Lima*, etc.) sobremanera notables por el ingénio, el vigor, el colorido, la pintura de los caracteres, la gracia y el atractivo del estilo. La literatura americana debe tambien á este laborioso y brillante escritor una *Historia constitucional del medio siglo*, rápida pero comprensiva revista de los progresos del gobierno representativo en Europa y en America durante el medio siglo trascurrido; una *Coleccion de discursos parlamentarios*, en la cual se hallará mas de uno digno de Olózaga, de Bravo ó de Valdegamas; y varios otros escritos de jurisprudencia y de

el juicio mismo de la América: la víctima absuelve al culpable, lo disculpa, lo justifica. ¡No tomen pues los historiadores franceses é ingleses la máscara de los americanos para apiadar á los justos y cebar la saña de los detractores de España!

literatura. La Academia española hizo ya justicia al ilustre Bello: ¿cuando la hará á Lastarria? No seremos nosotros quienes depreciemos á los demás autores notables de América: á un Sarmiento, tan fecundo, apasionado, original: talento colosal que se devora á sí mismo y se gasta por falta de templanza y de juicio; á un Pardo, poeta elegante, ingenioso, el digno amigo de Ventura de la Vega y de Breton de los Herreros; á un Arboleda, poeta, orador y publicista; á un Sanfuentes, literato erudito, poeta elegante y de gusto; á un Alberdi, publicista espiritual, sensato, hombre de estado que escribe en lugar de obrar: reconocemos y apreciamos debidamente el mérito de estas y otras ilustraciones literarias de América. Puede ser que alguno aventaje á Lastarria en imaginacion, otro en poesía, tal en la abundancia de las ideas, tal otro en la rapidez de concepcion; pero Lastarria aventaja á todos en el gusto literario, la elegancia de la forma, el método y órden de la composicion, la perfecta posesion del asunto, lo acabado de sus libros, su génio combinador y filosófico, su vasta instruccion.

Y ya que hablamos de escritores americanos y de los honores que pueden recibir de la madre patria, conviene remover del ánimo de los españoles la idea que muchos tienen de la mala voluntad de sus antiguos colonos para con ellos. El señor Campoamor, poeta y periodista distinguidísimo, nos decia un dia: «nosotros nos hemos consolado de la pérdida de América, mientras que ustedes, que lo han ganado todo, no olvidan todavía los viejos agravios.» Justificaban las quejas del señor Campoamor esas declamaciones tan vehementes como de mal gusto con que algunos poetas y académicos acalorados de América entienden solemnizar el dia de la patria, ó sea el aniversario de la Independencia. Sin negar á los españoles el derecho de censurar conducta tan poco fraternal como poco juiciosa, nos permitirémos

Cualquiera que sea el juicio que emitan el extranjero ó la posteridad acerca de la nacion española, ello es cierto que de los grandes hechos de la historia del mundo, á saber, el nacimiento y propagacion del cristianismo, el descubrimiento, conquista y civilizacion de la América, Dios fué el autor del uno y el español consumó el otro.

contarles, á manera de justificacion, una curiosa anécdota. Cierto gobierno de Sur-América envió á Roma una embajada costosa y numerosa destinada á recabar de la Santa Sede, á mas de varios favores, la traslacion de los témporas de Setiembre; «porque, decia el expresado gobierno, en Setiembre no es posible en este pais el ayuno ni siquiera la templanza.» El Santo Padre halló justa la solicitud y trasladó las témporas ¿ Porqué no han de hacer lo mismo los españoles? ¿no ven que es imposible la templanza de la boca, la sobriedad de la imaginacion, en dias de ebriedad nacional, en momentos de saturnal? Cada pais tiene un dia en que se dispensa á si mismo de templanza, de moderacion y hasta de sentido comun : la Alemania, nacion sombria y séria, se vuelve loca el 19 de Octubre, aniversario de Leipsig ; la Inglaterra, tan positiva y orgullosa, recuerda con estrépito y clamoreo fanático el 9 de Noviembre y el 15 de Junio ; los Estados-Unidos hacen un sabat el 4 de Julio , y la España misma, por fin, no es un modelo de juicio ni de templanza el 2 de Mayo. Es preciso ser indulgente con debilidades tan generales. Por lo demas, seria bueno abolir las saturnales con que los pueblos americanos recuerdan su emancipacion : esto era disculpable á la generacion que hizo ó que vió la guerra, no á la que la sabe solo pór el ministerio de la tradicion ó de la historia. Las repúblicas de América debieran imitar la conducta de sus mas ilustres generales, un Blanco Encalada, un Flores, por ejemplos; quienes despues de haber luchado á muerte con los ejércitos españoles. se han reconciliado hasta el punto de llevar cruces é insignias de las órdenes españolas. Si los que hacen la guerra olvidan sus horrores ¡ cuánto mas debieran olvidarlos los que solo sienten un ódio artificial, histórico, ódio ageno y transmitido !

Deben los españoles recordar sus pasadas glorias no tanto para confundir á sus detractores como para alentar su propia nacion, hacerla sentir su dignidad, su nobleza, inspirarla confianza y fé en el porvenir. La nacion española se ha mostrado siempre mas grande en sus infortunios que en sus prosperidades. En tiempo de desgracia y de angustia es cuando esa vigorosa raza ha sabido probar su descendencia del intrépido cartaginés, del formidable romano, del godo conquistador de la Europa y del cántabro nunca domado. Cuando se quieran traer á la memoria las mas bellas páginas de la historia de España, olvídense las conquistas de Granada, de Sicilia, de Nápoles, las victorias de Gonzalo, de Laura, de Pescara: no se piense en las gloriosas luchas trabadas con los franceses y los otomanos; no se invoquen ni aun las hazañas incomparables de Cortés, este Alejandro del nuevo munno, ni las heróicas conquistas de Pizarro y de Valdivia: recuérdese la resistencia de ocho siglos que la nacion española opuso al invasor agareno, ocho siglos de combate, de victorias, de reveses, de fé, de perverancia; recuérdese el levantamiento universal de la península contra las legiones invencibles de Napoleon. Donde otros pueblos hallaron su humillacion y su muerte, encontró España su gloria, su vida, sus mas hermosos laureles. Ese noble pueblo no se ha postrado jamás delante del invasor, ora fuese el árabe bárbaro é infiel, ora fuese el francés culto y civilizador. Luchó con ambos, los venció, los expulsó de su

territorio ó bien los sepultó hasta el último hombre. Lo que ha debilitado, lo solo que pudiera haber relajado el vigor de la nacion española, es el absolutismo inhábil y corruptor, el desgobierno. Las derrotas de España han tenido lugar dentro de los muros sombríos del Escorial ó en los jardines de Aranjuez: allí está su Farsalia, su Waterloo; allí está su tumba. Los Olivares y los Godoy, tales son, no Condé y Napoleon, los autores del desastre de Rocroy y de la indigna abdicacion de Bayona.

En un dia de cólera y de entusiasmo esa noble y desventurada nacion, sabedora al fin del secreto de su ruina, se levanta como un solo hombre, reniega del absolutismo y declara su voluntad firme de gobernarse: impone al soberano una constitucion, reconstruye las Córtes, suprime la inquisicion, reforma las viejas leyes y funda una nueva organizacion política basada sobre el derecho y la opinion. Pero como esta fábrica carece de cimiento, zozobra, se desquicia, cae. El operario empieza de nuevo el trabajo. Consagra su existencia, sus tesoros, su sangre misma al monumento de que espera el recobro de la gloria perdida, del influjo que tuvo en el mundo, del bienestar que le arrebató el absolutismo. La fábrica vuelve á caer, el operario vuelve á emprender su labor. ¡Qué carácter y qué perseverancia! ¡Bien se deja ver en la terrible musculatura del esqueleto lo que fué el gigante que dominó la Europa, saltó el Océano y fué á fundar imperios en un mundo desconocido! La España se halla ahora

en una de sus épocas de reconquista, de lucha: procura expulsar de su territorio, no ya al árabe ó al francés, sino el absolutismo y la corrupcion allí introducidos por las casas de Austria y de Borbon. Llegue España á ser regida por un gobierno nacional, inteligente y popular, y la Europa tendrá una gran potencia de mas y el mundo oirá de nuevo tañer la lira que cantó las glorias de Cárlos y de Cortés.

A juzgar por la situacion, territorio, poblacion, recursos materiales y dotes morales de la nacion española, es de asombrarse cómo se la ha podido relegar al olvido, ponerla á la espalda y hacerla representar en Europa el papel oscuro que corresponde tan solo á un pueblo sin historia y sin porvenir. Si la Prusia es primera potencia ¿porqué no lo ha de ser la España? ¿Es posible comparar el espacioso y fecundo territorio de la península con las pobres riberas del Báltico y los demás trozos de suelo desiguales y desunidos de la monarquia prusiana? En poblacion, la Prusia no aventaja tampoco á la España: ambas tienen 16 ó 17 millones de habitantes. ¿En donde está pues la supremacía de la monarquía prusiana? En el gobierno, en el solo gobierno. Gracias á la economía, órden y habilidad de su administracion, la Prusia puede sustentar trescientos mil soldados, á los cuales debe el voto que posee en el tribunal supremo de la política y de la diplomacia de Europa.

Despues de la Francia la España es, en nuestra opinion, la nacion de Europa que mas descuella por su

unidad. No presenta, como su vecina, un dilatado territorio habitado por una poblacion idéntica, homogénea, poblacion que tiene, por decirlo así, una sola cabeza, una misma lengua: hay, bien lo sabemos, en la naturaleza moral de ambos paises tantas diferencias como en su naturaleza física. Francia es una planicie inmensa cubierta de pobladores que se tocan, se comunican, se hablan y se trasmiten su entusiasmo, sus pasiones. España es pais de montañas, así en el sentido moral como en el sentido material: una muralla separa al hombre del hombre, á la provincia de la provincia. Pero la gloria y la comunidad de historia han llegado á nivelar las desigualdades y á uniformar todos los pueblos de la península. Si en la España material y de la geografía hay cátalanes, castellanos, andaluces, bascos, gallegos, en la España moral y de la historia, la vencedora de Europa y conquistadora de América, todos esos distintivos provinciales desaparecen absorbidos por el gran nombre de Español. Cortés y Pizarro, nacidos en Medellin y en Truxillo, son hijos de España, la inspiradora de su genio, la heredera de su gloria. No se tema que la nacion española llegue á desmembrarse: sus provincias son los miembros de su cuerpo, las facultades de su alma: todas ellas se sirven, se completan y se confunden en un interés comun. Aragon es la tenacidad, Cataluña la industria, Asturias el patriotismo, Castilla la nobleza, la dignidad, Andalucía la imaginacion, Galicia el trabajo La España habla el lenguaje de Castilla, tra-

baja con el brazo del catalan, escribe é inventa con la imaginacion del andaluz y se bate con la espada de todos sus hijos—porque la sola virtud comun á los españoles de todas las provincias es el valor, el heroismo.

Aun á riesgo de pasar por visionarios no tememos expresar nuestro profundo convencimiento y fé en el porvenir de la España. Tiene esta nacion todas las cualidades que llevan á la grandeza, todos los preservativos que evitan la ruina y la conquista, el valor, la perseverancia, el sentimiento de la gloria, el entusiasmo por la religion. ¿Cómo es dable creer moribundo un pueblo que presenta los síntomas de la lozanía, del vigor, de la juventud? ¿Es justo, es sensato aplicar á España las palabras que el emperador Nicolás dijo á propósito de Turquía? ¿Hay paralelo posible entre el corrompido imperio otomano, desorganizado, débil, minado en sus fundamentos, y la monarquía española, desorganizada, es cierto, pero llena de vida, apasionada, noble y grande aun en sus infortunios? ¿Qué semejanza puede haber entre los turcos postrados á los piés de los cristianos y cuya existencia prolonga tan solamente una necesidad del equilibrio europeo, y los españoles, independientes, altivos y dueños indisputables de su territorio?—No es tampoco ni mas oportuno ni mas racional comparar la España á la Italia. Entre ambas naciones no hay mas paridad que la de sus pasadas glorias, las mas grandes, las mas bellas de la historia. Prueban estas com-

paraciones el objeto único de ultrajar á una nacion cuya gloria avergüenza á otras hoy mas felices, ayer sus émulas impotentes y vencidas. ¡Pudieran estas injusticias provocar un saludable sentimiento de orgullo y de cólera en la nacion española!

Es de sentirse sin embargo que los estadistas españoles no se hallen de acuerdo acerca de los medios de regenerar su nacion y darla el puesto que debe tener en la gerarquía de Europa.

La España, dicen unos, ha sido perdida por el absolutismo: la sola libertad podrá rehabilitarla.

La España, dicen otros, ha sido la creacion de los reyes: á los reyes toca levantarla de su postracion. Aguardemos que la Providencia nos envie un Pelayo, un Alfonso, un Cárlos I.

Un tercer partido exclama: la córte y los favoritos han arruinado la patria: es preciso abolir la córte, los favoritos, la monarquía. La república es el porvenir de la España.

Y dentro de estos grandes partidos hay pequeñas fracciones que se inclinan, ora por el elemento militar, ora por el poder civil, ora por la influencia eclesiástica.

De suerte que los partidos españoles se dividen en liberales, monarquistas, republicanos; y se subdividen en militares, civiles, eclesiásticos.

Cuando una de estas fracciones logra aventajar á las otras y se apodera del gobierno, las fracciones rivales, que nunca se hicieron solidarias en favor de la

autoridad, se mancomunan en servicio de la oposicion. De aquí viene el golpe de estado ó el pronunciamiento, la tiranía del gobierno ó la sublevacion del ejército. De aquí el desgobierno, la desorganizacion.

La suprema necesidad de la nacion española, su bienestar, su órden, su futura grandeza, están en confundir todos esos partidos y fracciones de partido bajo el interés comun de la monarquía y del pueblo. Es preciso convencerse de que en la España del siglo XIX el gobierno de derecho divino, el absolutismo puro es imposible, y asimismo la democrácia, la república. En España el gobierno despótico es un anacronismo y la república una ilusion, funesta ilusion. Un hábil estadista ha de aceptar las condiciones que la historia y la naturaleza han impuesto á la nacion española, y léjos de crear dificultades ó provocar los azares de una situacion nueva y desconocida, debiera allanar algunos de los numerosos estorbos que el estado real del pais ó la ambicion de los partidos han opuesto á la organizacion de la patria comun. Añadir una cuestion de dinastía á las infinitas cuestiones de sociedad y de gobierno que ahora se agitan en España, importa tanto como enaltecer la montaña que se trata de nivelar, ó hacer mas escabroso el camino que se intenta recorrer.

Si los partidos que ahora dividen la España no llegan á hacerse fuertes, dominantes; si no alcanzan á atraerse el favor entusiasta de la nacion, es porque esos partidos no son naturales, racionales, lógicos y con-

formes con la situacion del pueblo y las necesidades del pais.

Se engaña quien pretenda gobernar la España segun el mecanismo constitucional y representativo de Inglaterra, tanto ménos si se adultera el sistema que se copia. El pueblo español no puede venerar un régimen que no comprende, ni es hábil para sacar partido de derechos que derivan de los estatutos de una constitucion y no de su propia naturaleza y situacion. En Francia el gobierno inglés ha llevado al despotismo; en España el gobierno inglés conduce á la corrupcion, á la inmoralidad, al completo desquiciamiento.

No van mas acertadamente los estadistas españoles que intentan constituir la península segun las tradiciones del viejo gobierno de Felipe II y de Felipe V, es decir, conforme á las ideas de las dinastías de Austria y de Borbon. En el siglo XIX el absolutismo puede existir y aun ser bueno y benéfico bajo la forma de dictadura, no como sistema. Es posible un Napoleon III, no es posible un Luis XIV. Entre ambos soberanos hay un abismo, un espacio inconmensurable. La existencia de Luis XIV es un hecho natural, histórico, un derecho consagrado por la tradicion, la ley, la opinion: la existencia de Napoleon III es una necesidad transitoria, una medida extrema exigida por la revolucion y la incertidumbre. Lo dirémos sin embozo: la España daria acogida hoy dia á un Napoleon III y no la daria á un Luis XIV. Aceptaria la dictadura guvernativa, inteligente, patriota; endosaria á un genio

elevado y ambicioso sus derechos, su representacion; pero no consentiria jamás en delegar su soberanía en favor de una familia que á cambio de un Felipe II y de un Cárlos III, reyes que han honrado el gobierno absoluto, le impusiese un Felipe III, un Cárlos II, un Cárlos IV, un Fernando VII, soberanos que desempeñaron el gobierno de España como el caballo de Calígula desempeñó el consulado de Roma.

Es singular que habiéndose tantas veces hablado de los temperamentos que pudieran convenir á la actual situacion de la España, no se haya pronunciado una palabra que parece asomar á los lábios de cada español. Esa palabra es la *dictadura*. En vano se empeñan absolutistas, liberales, republicanos, militares, clérigos, administradores, todos los partidos, todos los hombres políticos, en desatar por sí el nudo de la dificultad. En el estado de España un hombre vale mas que un partido, una espada puede mas que el ejército entero, una sola inteligencia será mas hábil que todos los talentos de la nacion. Cuando un pueblo se encuentra despedazado por la guerra civil y los partidos aspirantes, ora gobernado por una camarilla de córte ó de parlamento, ora aterrorizado por el levantamiento de la muchedumbre; hoy dominado por la mitra, ayer por la espada, mañana quizá por el puñal del bandido; cuando una nacion apasionada y generosa ha hecho infinitos sacrificios por darse un régimen digno, justo y benéfico, invocando sucesiamente el patriotismo de todos los partidos y ensa-

yando la virtud de todos los sistemas, sin recoger, en premio de su dura labor, otro fruto que desórden, expoliaciones, injusticias, decadencia, desorganizacion: entónces no hay mas que un medio de salvamento y ese es el de llamar á un ambicioso de genio y de virtud, revestirlo temporalmente de la suma del poder, y endosarle, con los honores, la carga gravísima de gobernar, hacer é imponer la ley, premiar y castigar, conferir honores y levantar patíbulos. No es preciso que el dictador sea rey: por el contrario, el mejor dictador es el hombre solitario, sin familia ni dinastía, aquel que puede imperar transitoriamente. Cisneros, Richelieu, Cromwell, Warwick, Napoleon, fueron dictadores y no fueron, salvo el último, reyes ni fundadores de dinastías. Estos hombres de génio y de ambicion ahogaron en sus brazos poderosos la guerra civil: tuvieron valor y fuerza para apoderarse del supremo gobierno, abolir con la punta del sable los abusos y hacer respetar la ley y la moral pública violando ellos mismos toda ley y toda moralidad. La España necesita un hombre que, semejante al ilustre Cisneros, sepa mostrar sus cañones á los partidos aspirantes y á la muchedumbre tumultuaria; ó bien de un Richelieu bastante osado para dominar la córte, poner bajo sus plantas á los grandes sediciosos y enviar al patíbulo á un Talleyrand y á un Montmorency! Es preciso que ese hombre tenga en una mano la espada y el cetro de la justicia en la otra; que sea vigoroso sin crueldad, dominante sin arbitrariedad, moderado aun en sus

demasías, clemente aun en sus venganzas. Espartero estuvo á punto de hacer en su pais la gran figura de Cisneros. Espartero es bravo, justo, honrado, desinteresado, el mejor de los ciudadanos: fué un Lafayette; pero le faltó génio para ser un Richelieu. Por fortuna de España hay un hombre que parece animado, como decian los antiguos, por el demonio de la ambicion y del génio. En su poder está la suerte de su pais. Si tiene valor para jugar su cabeza, la gloria y el agradecimiento de una grande y noble nacion le aguardan para coronar su audacia y su éxito. ¡Quién sabe si O'Donnell está llamado á ser el nuevo Cisneros de España!

La mas imperiosa necesidad ds los pueblos españoles y sur-americanos no es ciertamente, como tanto y tan mal se ha dicho, la de plantear los mas ingeniosos y por ello, los mas ilusorios sistemas de gobierno, sinó la de organizarse, constituirse de un modo firme, durable, la de moralizar la administracion, hacer respetar la ley, robustecer la autoridad; en suma, la de formar un gobierno. Lo hemos dicho y conviene repetirlo: los dos países americanos hoy pacíficos y prósperos, Brasil y Chile, son precisamente aquellos que mas se han resistido á dar acogida y favor á las bellas pero engañosas teorías de los publicistas y de los filósofos. Se ha logrado allí fundar un régimen regular y sério porque se ha consultado la historia, los hechos, las costumbres, la ilustracion del pueblo.

Si los pueblos españoles llegan á constituirse ¿quién

duda de su porvenir y del porvenir de la raza latina? La familia española habita las mas vastas y mas bellas regiones del globo: dentro de su territorio se hallan los Andes, estos colosos de la tierra; nacen y mueren en sus dominios el Amazonas y el Plata, rios tan grandes como mares: en sus campos se producen todas las plantas y todas las frutas de la creacion; recorren sus selvas las mas variadas y las mas útiles especies de animales; el Océano la circunda por todas partes y parece como protegerla con sus magestuosas olas. Entre las familias cristianas la española es la mas numerosa, despues de la inglesa y de la alemana: hay en el mundo mas de cuarenta millones de españoles y no hay igual número de franceses, de italianos ni de rusos. Si esta raza guarda su territorio y se propaga en proporcion de sus recursos y de los bienes que la ha dispensado la Providencia; si alcanza á fundar gobiernos mas ó ménos libres, mas ó ménos imperfectos, pero al ménos gobiernos que aseguren la paz y permitan cierta actividad y movimiento á los pueblos; si las artes y las letras, que cultivó en otro tiempo con tanta gloria, vuelven otra vez á florecer con la grandeza y la paz, sus inspiradoras: la familia española reaparecerá con esplendor en el mundo y hará ver que los Cortés y los Cárlos, los Gonzalo y los Pizarro, los Cervantes y los Calderones, los Murillos y los Velazquez, los Vives y los Mariana han dejado en pos de sí sucesores dignos de perpetuar las glorias de su espada, de su musa, de su paleta y de su pluma!

III.

DE LA ALIANZA ANGLO-FRANCESA.

Luis XIV pudo decir : *no mas Pirineos.*—Napoleon III no podrà asimismo decir : *no mas canal.*—Inglaterra y Francia han hecho paz histórica, de muertos, no alianza de actualidad y de porvenir.—Diferencias y repugnancias invencibles entre ambos pueblos y ambos gobiernos.—Exàmen de los resultados de la alianza.—Aplazó y no resolvió la cuestion de Oriente.—¿ Ha consolidado la paz de la Europa ?—Dudas acerca del porvenir.—Antagonismo de los aliados.—En Oriente.—En la cuestion belga.—En la cuestion napolitana.—En la cuestion de los Principados.—Política de la alianza fuera de Europa.—Exagerada importancia de la cuestion china.—Varios problemas americanos.—En América hay otra cuestion de Oriente, mas grave y trascendental.—La alianza ha engrandecido solo la persona y el gobierno de Napoleon III.—Fragilidad del predominio de la Francia.—La liga del Norte no està destruida.—Una revolucion volverà à rehacerla, quedando la Francia aislada.—Inglaterra : los reveses de Crimea prueban no la degeneracion, sino la dislocacion de sus fuerzas y poder.—Verdadera grandeza de la Inglalerra, el órden, la libertad, la industria.—Hipótesis sobre la decadencia de la Inglaterra.—La Europa quedaria incompleta, huérfana la libertad.—La Inglaterra es el ejemplo y el modelo de la Europa.

Hemos visto que las dos naciones representantes del poderio y fuerzas de las dos grandes razas rivales, tienen en la Europa y en el mundo una mision distinta y aun diametralmente opuesta. Marchando siempre

paralelas y siempre enemigas, su existencia histórica ha debido ser, y ha sido en efecto, una lucha permanente, tenaz y sangrienta. Entre la Inglaterra y la Francia, es decir, entre anglo-sajones y latinos, la guerra no es tan solo un choque de ejércitos y de escuadras, un combate del sable con el sable, sino una lucha de hombre á hombre, de idea á idea, de religion á religion, de raza á raza. Vulgarmente se cree que entre ingleses y franceses, por el hecho de hallarse tan vecinos de territorio como distantes en el carácter, la guerra ha debido ser constante y odiosa. Hay algo mas en el fondo. Ingleses y franceses son los cuerpos avanzados de las huestes latinas y sajonas. Sus límites son tanto demarcaciones nacionales como demarcaciones de razas. El estrecho de Calais divide dos mundos, el mundo sajon y el mundo latino. Así, franceses é ingleses fueron siempre, y son hoy, defensores de sus propias razas no ménos que defensores de sus propias naciones.

¿Es posible confundir esas dos naciones en un principio ó en un interés comun? ¿Puede haber un principio ó un interés comun entre ellas? ¿Es posible una alianza anglo-francesa, íntima, cordial, durable? — Tal es la cuestion que se han hecho los publicistas y los diplomáticos, cuestion al parecer resuelta por el tratado de 1854 y la guerra de Oriente. Y decimos al parecer, porque, en nuestra opinion, la cuestion no está zanjada ni es dable zanjarla.

Pudo Luis XIV decir: « desaparecieron los Píri-

neos, » cuando la Francia y la España contrajeron una alianza dinástica, de pueblo y de nacion. Vióse en aquel tiempo á españoles y franceses confundir sus sentimientos, sus ideas, sus pasiones. Versalles se hizo ceremoniosa, grave, devota: Madrid dió ámplia acogida á las modas, á la galantería, á la gracia y soltura francesas. Entre ambos pueblos no habia mas diferencia que el idioma, cosa que se aprende, y el sello extranjero, que se olvida. En lo que constituye la personalidad individual y nacional, el carácter, las ideas, las creencias, españoles y franceses pensaban y sentian de un modo idéntico. En Versalles y en Madrid el Papa era el vicario de Cristo y el Rey el ungido del Señor: en Madrid y en Versalles el absolutismo era de derecho divino, santo é incuestionable. En ambas córtes habia favoritos corrompidos y fanáticos perseguidores: en ambas habia cortesanos dóciles; en ambos paises habia pueblos humillados y sin voz ni voto en la cosa pública. Así, tradiciones, ideas políticas, costumbres, licencia, abusos, todo conspiró á formar la alianza franco-española y hacer verdadero el dicho: « no mas Pirineos. »

¿Puede así mismo decir Luis-Napoleon: « desapareció el estrecho? ¿Llegará la Inglaterra á confundirse con la Francia en una intimidad de sentimientos y de ideas? ¿Lóndres será Paris? ¿Paris será Lóndres? ¿Ambos pueblos se estiman y se comprenden? ¿Ambos gobiernos se conocen y se asimilan? No, pueblo, gobierno, soberano, constitucion, ideas, cos-

tumbres, tendencias, todo es opuesto entre Francia é Inglaterra. La alianza íntima y cordial es imposible. Si entre los individuos el contraste produce la armonia y aproxima los caracteres mas distintos, entre las naciones el contraste es repugnancia, odio, antipatia extrema.

Tan lejos de haber intimidad entre la Francia y la Inglaterra, la alianza, sobre la cual descansa esa supuesta intimidad, ha sido hecha á tiempo que ambas naciones se hallan mas distantes de entenderse y de estimarse. ¿Quiénes son los amigos de la alianza? — Luis-Napoleon, soberano absoluto; sus ministros y sus generales, enemigos de la Inglaterra libre y parlamentaria. ¿Quiénes son los enemigos de la alianza? — Los estadistas caidos de la Restauracion y de Luis-Felipe, los partidarios del régimen constitucional, los imitadores de la Inglaterra. Admiran unos á la Inglaterra y rechazan la alianza; la quieren mal otros, y buscan esa alianza. Los académicos y los publicistas, los Guizot, los Thiers, los Montalembert, hacen himnos en honor del gobierno inglés, y le vuelven la espalda; los absolutistas, soldados ó cortesanos, maldicen de la constitucion inglesa, de su parlamento y ministerio, y le dan la mano, brindan y se baten juntos. De modo que ambos aliados se tratan no ya como amigos, estimándose mútuamente, sino como cómplices que se acusan ó se excusan. La Inglaterra libre parece avergonzada de hacer causa comun con la Francia imperial y absolutista. Luis-Napoleon

padece en su orgullo de dictador viéndose en amistad y alianza con un gobierno que discute, dá publicidad á todo, cae ó se levanta á impulsos de la opinion y bajo el imperio de la ley.

La prensa de Europa, ora inspirando á la opinion, ora recibiendo sus inspiraciones de la opinion misma, ha olvidado esos hechos tan graves y trascendentales, é imaginádose que la alianza anglo-francesa era sociedad íntima, franca y cordial. En esta como en tantas otras ocasiones el pueblo no discurre ni juzga : arrebátanlo el entusiasmo, las apariencias pomposas, la novedad fascinadora. Luis-Napoleon fué á Londres, en dónde lo aclamó una inmensa y entusiasta poblacion : luego, se dice, Luis-Napoleon, su gobierno, su absolutismo, son aceptados por la Inglaterra. La Reina Victoria tuvo en Paris un triunfo sin igual : diéronla revistas, paradas, bailes; los cortesanos se pusieron de hinojos para besarle sus manos; el pueblo le ofreció el mas ruidoso homenaje de sus pulmones : luego, se agrega, la Reina Victoria, su gabinete, su gobierno parlamentario, son aceptados por la Francia. Y mientras que la muchedumbre se daba sin reservas á su pueril entusiasmo, los diarios, ansiosos de explotar la necedad universal, exageraban la importancia y el alcance profundo de esas visitas. Hacian ver que desde los tiempos de Enrique VIII un rey de Inglaterra no se habia dignado visitar á un rey de Francia, salvo el caso de Jacobo II, soberano prófugo y sin cetro ni corona. En la época de Luis-Felipe la jóven reina de

Inglaterra habia ido á Eu. En la época de Luis-Napoleon fué á Paris. En 1840 la Inglaterra entregó á la Francia los restos mortales de Napoleon I° : en 1855 la Inglaterra, representada por su reina, fué al Hotel de los Inválidos á derramar una lágrima de arrepentimiento, á invocar el perdon del difunto cautivo. Diarios y opinion, muchedumbre de calles y muchedumbre de salones, se mostraron satisfechos de la expiacion, y creyeron que por haber quitado de enmedio un recuerdo penoso, un ódio no desahogado, ambas naciones habian de vivir en adelante en estrecha y cordial alianza. En 1858, solo tres años despues, hemos visto hasta qué punto era firme esa amistad y durable ese entusiasmo. El pueblo de Lóndres, el mismo que arrastró el coche de Luis-Napoleon, ha cubierto de aplausos al defensor de los asesinos de ese mismo Luis-Napoleon. Lo que prueba que el entusiasmo no funda nada: por el contrario, es propio de su naturaleza el cambio de ídolos, la variedad de las pasiones y de los objetos sobre que recaen. Si la alianza no cuenta con otras garantías que los aplausos cambiados, las fiestas mútuas, algunas lágrimas derramadas sobre la fosa del enemigo sepultado, algunos granos de incienso ofrecidos al amigo vivo y poderoso, la alianza pasará y terminará tan pronto como se disipe el humo de los festines, se enjuguen los llantos de ternura y se desvanezca el aroma de las lisonjas. El destino de los pueblos es tanto mas sério que un idilio sentimental y vaporoso.

Se ha creido que la guerra de Oriente, confundiendo en un mismo cuerpo los ejércitos aliados, adunando las miras de los gobiernos y de los pueblos, habia reconciliado para siempre la Inglaterra y la Francia. Los enemigos encarnizados de ayer eran hoy compañeros de gloria y de intereses en el campo, sócios íntimos en los consejos. Citábase á lord Palmerston, el autor de los tratados de 1841, estadista que procuró reducir la Francia á potencia de segundo órden, convertido ahora en fiel aliado, mas aun, en panegirista fervoroso de Luis-Napoleon, de su gobierno y de su nacion. ¿Qué prueba este cambio? ¿Que lord Pálmerston era en 1841 enemigo sistemático de la Francia y que en 1855 era un apasionado admirador? No, prueba que lord Palmerston fué en ambas ocasiones ministro inglés, es decir, depositario de los intereses y de las pasiones de la Inglaterra, intereses y pasiones que pedian hostilidad en 1841 y alianza en 1855. En ambas épocas este célebre estadista fué aplaudido y mantenido en su puesto. Ahora que se ha engañado sobre el alcance de la alianza, creyéndola aun existente, íntima y ligado el pueblo inglés con Luis-Napoleon, la opinion le probó, derribándolo, que mas le hubiera valido renovar la política de 1841 que continuar la política de 1855. La verdad es que la alianza no existe ya: nació con la guerra, feneció con la paz. La insolencia de Menschikoff la formó en Constantinopla; la habilidad de Orloff la disolvió en Paris. A un accidente debió su orígen, á otro accidente debió su fin.

Seria preciso desconocer el carácter y tendencias de franceses é ingleses para imaginar que la alianza, obra frágil del acaso, llegase á ser una sociedad íntima de naciones y de gobiernos. Habia en tiempo de Luis-Felipe, en la época misma de los negocios de Siria, en la posterior y no ménos irritante cuestion de los casamientos españoles, mas armonía de ideas y de sentimientos que no la hubo en los dias de Alma y de Inkermann. La Inglaterra libre no puede amar la Francia imperial y absolutista, protectora de todas los tiranías, enemiga de todas las libertades. Luis Napoleon, cualquiera que sea su disimulo, deja ver el ódio que alimenta contra la Inglaterra parlamentaria y constitucional, su reproche, su vergüenza, su remordimiento. La alianza fué una necesidad, no una eleccion; y si el emperador Nicolás hubiese sido mas hábil y lisonjero con Luis Napoleon, ó ménos exigente con el gabinete inglés, otra habria sido la alianza, otros los destinos del Oriente y de la Europa. Es indudable que Napoleon III habria preferido una segunda entrevista de Tilsitt, una nueva conferencia de Erfurt, en donde los dos czares de la Europa hubieran podido entenderse en silencio, sin dar cuenta á la opinion ni temer los clamores de una asamblea, á tratar con la Inglaterra, pais en donde todo se discute y en donde el absolutismo no goza fueros ni inmunidades. Habrian tal vez alcanzado á formar una alianza íntima, ya para despojar á tal ó tal pais decadente, ya para sofocar el nacimiento ó el desarrollo de los ideas liberales. Y esta

alianza podia ser firme y durable. No así la anglo-francesa. Cualquiera que sea la excusa del absolutismo de Luis Napoleon, y la anarquía se la ha dado amplísima, y su genio lo ha hecho brillante, nunca dejará de ser absolutismo, es decir, lo opuesto á las leyes, á las ideas, á la vida misma de los ingleses. Uniéronse Luis Napoleon y la Inglaterra á la manera que se unen los socios de una compañía industrial, llevando un objeto en vista, huyendo de un peligro comun, halagados por una ganancia, como lo era, para una, la de abatir un poder amenazante, y para el otro, reducir un orgullo largo tiempo próspero y abusivo. Obtenido el fin, quedó la compañia disuelta y sin razon de existir: disolvióse, en efecto, en la cuestion de Nápoles, cuando Inglaterra pretendió castigar el absolutismo del rey Fernando, y la Francia, poco escrupulosa en esa materia, se negó á convertir en hostilidad el amago. Disolvióse en la cuestion de los Principados, que la Francia protegia bajo un punto de vista desinteresado, y la Inglaterra, deseando contraer nuevas y mas favorables amistades, sostenia bajo otro punto de vista, el del Austria. Disolvióse sobre todo en una cuestion anglo-francesa, la de los refugiados, cuya expulsion pidió Luis Napoleon y dignamente negó el Parlamento inglés.

Y ahora que la alianza anglo-francesa no existe sino como un recuerdo histórico, nos preguntaremos: ¿qué hizo y qué pudo hacer? ¿cumplió sus promesas tan pomposas y solemnes? ¿realizó alguna de las espe-

ranzas que, á fin de interesar en su favor la opinion universal, hiciera concebir á los pueblos y á los gobiernos? ¿fué esa alianza un bien ó un mal para la Europa? ¿fué un bien ó un mal para los aliados mismos? — Tales son las cuestiones á que da lugar ese grande hecho, cuestiones que la historia ha de convertir en acusaciones si, como lo creemos, llegase á resolverlas en un sentido negativo.

Es general en Europa la opinion de aquellos que juzgan la guerra de Oriente como un mero aplazamiento de la cuestion otomana, no como una conclusion satisfactoria. No puede la alianza anglo-francesa legítimamente atribuirse los honores de haber resuelto un problema difícil, de haber removido una causa permanente de zozobras y de guerra. Fué batida la Rusia y no fué salvada la Turquia. Cayó Sebastopol, pero Constantinopla no se levantó de su postracion. Dejó el Sultan de hallarse á la merced del Czar, sin levantarse por eso ni ponerse en pié, firme y seguro. La guerra de Oriente produjo resultados puramente negativos: impidió y no hizo. Resolvió la cuestion por la espalda, si es permitido decirlo así. Veamos si la alianza anglo-francesa ha dado en otras regiones frutos mas ciertos y preciosos.

De 1854 acá no cesan los publicitas y hombres de estado del occidente de sentar cada dia este grave axioma: «en habiendo alianza anglo-francesa la Europa puede trabajar en paz, dormir tranquilos los gobiernos y marchar la civilizacion por su senda de pro-

gresos y de bienes.» Palabras son estas sin duda muy hermosas y fascinadoras. Sométanse por un momento al exámen y á la crítica, que acaso hay en ellas mas música que sentido, mas retórica que verdad.

La Europa yace hoy en ese estado de somnolencia que sigue y que precede á los grandes sacudimientos. Han hecho armisticio los gobiernos y los pueblos, las ideas y los intereses: todos los hombres, todos los partidos de algun valer parecen haber consentido en la tregua, unos para reposar sus fatigadas fuerzas, otros curando sus heridas, otros por fin fabricando sus armas. Ni el absolutismo se da por contento de sus victorias, ni los revolucionarios se creen tan agoviados por sus desastres. El mas mediano agorero alcanza á entrever las luchas del porvenir; el mas novel piloto llega á imaginar que una brisa ligera, no un vendaval, bastará á reunir las nubes dispersas que han de producir la futura tormenta.

¿Qué hay de estable en Europa? ¿Hay un principio firme y no disputado en el gobierno? ¿Tienen las clases de la sociedad una esfera fija de movimiento, es decir, un código de derechos y de deberes? ¿Saben los retrógados hácia qué época se ha de volver? ¿Saben los progresistas hácia qué punto se ha de marchar? — La Europa es un caos de tinieblas y de zozobras: el pasado es odioso y no tiene prestigio; el porvenir es ilusorio, vago, inquietante; la actualidad es dolorosa, á veces insoportable. Si se consultan los deseos de los gobiernos y de los pueblos, unos y otros responden de

una manera negativa : nadie sabe á lo que aspira, porque todos ignoran los medios de realizar sus esperanzas. Los pueblos no quieren tiranía, guerras, impuestos excesivos; no quieren privilegios, monopolios, injusticias; no quieren parásitos, soldados, mendigos: todo lo cual comprende nada ménos que el conjunto del edificio social hoy existente. Los gobiernos no quieren discusiones, exámen ni ideas libres ; no quieren cambios ni novedades; no quieren asonadas ni revoluciones: todo lo cual encierra los elementos de la futura fábrica social y política. Para satisfacer estas ánsias del odio y del sufrimiento, los gobiernos no tienen mas que un medio, la fuerza; los pueblos mas que un recurso, la revolucion. Entre ambos no hay término medio posible : ó sucumbe el gobierno en favor de la anarquía, ó sucumben los pueblos en favor del absolutismo. Alternativa en verdad muy triste y que viene á ser á los pensadores de nuestro tiempo lo que fueron las rocas del Péloro á los tímidos navegantes de la antigüedad.

En ninguna época de la historia, ni en el siglo v en que los bárbaros asolaron la Europa, ni el x en que se creyó en el fin del mundo, ni el siglo xvi, tiempo de extraordinaria conmocion, en ninguna de esas épocas, decimos, ha habido un desquiciamiento tan vasto y profundo como en la Europa de nuestros dias. En el siglo v la sociedad se salvó asida del cristianismo y de la Iglesia. En el x, pasadas las zozobras que causara la aprehension de una catástrofe universal, volvieron

los pueblos á su antigua quietud. En el XVI, el Catolicismo y la Reforma, fatigados al fin de batirse, dueño el uno de sus conquistas, segura la otra en sus dominios conservados, depusieron sino sus odios al ménos sus armas. En esos diferentes períodos de su historia la Europa sufrió sin duda mucho, pero llegó á reposarse bajo el amparo de un principio salvador. La religion la protegió contra la barbarie; la autoridad, representada en ese tiempo por la monarquía, la defendió contra la revolucion. ¿Cuál será el áncora á que pueda asirse la Europa actual? ¿la religion? — Es dudoso: la religion tiene hoy un dominio muy débil en la sociedad, muy escaso influjo en los gobiernos. En nuestra época la religion ha sido declarada negocio íntimo, asunto de conciencia privada. No porque pensemos, como algunos creen ó afectan creerlo, que el influjo de la Iglesia, bueno y legítimo en los tiempos semi-bárbaros de la edad-media, ha debido ceder al influjo de la civilizacion moderna; sino porque la religion, mejor comprendida hoy, se eleva mas arriba de las pasiones y de los intereses puramente temporales. Hallándose la sociedad europea alternativamente sometida al poder del absolutismo ó de la revolucion, el Evangelio, no ménos enemigo del uno que de la otra, se aleja del campo de la accion, se declara neutral, y se limita tan solo á aconsejar moderacion á los gobiernos, la paz y el respeto de la ley á los pueblos. Tal es la posicion de la Iglesia en la gran liza que ahora tienen trabada los viejos intereses y las nuevas ideas. Favorecen este sis-

tema de aislamiento y de prescindencia las miras y aspiraciones de cada uno de los beligerantes : el absolutismo, celoso de toda autoridad, sea popular aristocrática ó eclesiástica; sea que venga de Dios ó que dimane del pueblo, el absolutismo no quiere dividir con la Iglesia la menor de sus ganancias, la huye, la aisla. Y por su parte la revolucion, no hallando en ella un aliado útil, dispuesto á lanzarse en aventuras, ni un cómplice dócil y resuelto á justificar sus abusos, la revolucion naturalmente reniega de la Iglesia. No será pues la religion el ángel tutelar de la Europa del siglo XIX : sabrá consolar, como siempre, los infortunios individuales, y acaso no podrá, como en otro tiempo, curar radicalmente los sufrimientos sociales.

¿ Y se ha de esperar del principio monárquico lo que no es dable aguardar del principio religioso? ¿ Qué es la monarquía de derecho divino cuando carece de prestigio el derecho divino? Un hecho artificial, sin apoyo en las conciencias, sin raices en los entendimientos. La monarquía es hoy un árbol seco, sin sávia ni vida, sujeto con puntales; mantenido en pié á esfuerzos de los que disfrutan de su sombra. No vive de su propia existencia; de tal suerte que cuando llega la tormenta y el miedo dispersa á sus escasos sostenedores, el viejo tronco zozobra, declina, cae. La publicidad, la opinion, el exámen, han quitado al principio monárquico su prestigio y sus misterios; y sin prestigio ni misterios no hay monarquía como no hay religion posible. ¡ Cosa singular ! la civilizacion ha hecho

todo por destruir la monarquía y nada por fundar la democracia. Ha persuadido á los pueblos de la vanidad del derecho divino; ha examinado, mas aun, ha negado los derechos de un rey y de una dinastía al gobierno de las naciones; y á mas de propagar estas ideas, bastantes por sí solas á minar en sus cimientos la monarquía, pone de relieve y divulga los vicios y las ridiculeces de los reyes y de las córtes. ¿Podrá tener los caracteres de la santidad y de la infalibilidad un sistema cuya maquinaria se ve y se palpa, cuyas miserias están patentes ante todos los ojos, cuya debilidad proclama cada soldado que lo sostiene, cada bayoneta que intimida á sus enemigos? ¿ Podremos creer ungido y superior á los demás hombres á un monarca cuya vida íntima está en la boca de todos, en las trompetas de la prensa, en las lenguas de fuego de la opinion? No, la publicidad y la discusion han derribado á la monarquía. Existia incólume y fuerte cuando el soberano era un personaje sobrenatural á los ojos del pueblo y solo hombre á los ojos de los cortesanos, muy serviles ó muy interesados para que llegasen á revelar la pequeñez y miserias del amo. Hoy el soberano está presente ante cada súbdito: lo ve éste obrar, lo examina, lo juzga, lo desprecia si es hombre despreciable, lo estima si es hombre estimable. La publicidad ha puesto un telescopio á cada ojo. Vénse ahora claros los objetos antes desapercibidos y fuera del alcance de la vista. Un aldeano cualquiera lee hoy, al través de la prensa y de la opinion, la vida de los

palacios tan bien como Arago leyera, sirviéndose del telescopio, el curso y movimiento de los astros. Cada cual ha podido escudriñar el firmamento monárquico, medir la distancia y proporciones del soberano y de sus satélites, y someterlos todos á la apreciacion y á la crítica. ¡ Por cierto que el firmamento monárquico no ha ganado mucho en ser conocido !

Para que la monarquía mantenga su prestigio ha de hacer cada soberano lo que los emperadores bizantinos cuando daban audiencia. Paseaban á los solicitantes por innumerables salones en cada uno de los cuales habia un personaje cubierto de oro y diamantes sentado en un espléndido trono. Ninguno era el emperador, todos eran siervos del emperador. De manera que en llegando al soberano, los ojos del solicitante iban ya turbios, su inteligencia y su corazon embargados, trémulo su cuerpo: quedábanle apénas fuerzas para postrarse á sus piés y rendir un mudo homenaje á ese dios fabricado por los hábiles con la tela de los necios. Este ceremonial, introducido en el Bajo imperio por los persas, eficaz entonces, bueno durante la edad-media, no del todo malo en los dias de Luis XIV, seria hoy una comedia ridícula y fastidiosa. Asoma ahora el hombre al traves del manto de púrpura, de los títulos pomposos y de los telones pintados de la escena monárquica. Todo soberano es hoy por deber y por necesidad lo que el emperador Juliano fué por grandeza de alma y orgullo de filósofo: un hombre que manifiesta sus miserias, descubre su fealdad y tira al

suelo la máscara de príncipe que tapaba su rostro y el manto purpúreo que desfiguraba su cuerpo. Y con ese manto y esa máscara cayó la monarquía, sistema fundado en ficciones de virtud y en ficciones de poder. En el siglo XIX vale el trono lo que vale el soberano: Luis Napoleon, por ejemplo, es un grande hombre á quien se da el título de emperador, y Fernando de Nápoles es un lazaron con cetro en mano. Ni le quita al uno su condicion de proscrito y de prófugo que tuvo ayer, ni le da al otro su condicion de hijo de la familia soberana mas antigua é ilustre. Sus súbditos y toda la Europa los juzgan por lo que son, sin que la régia magestad alcance á fascinar los ojos ni á entorpecer las lenguas. Es, pues, indudable que la monarquía ha perdido su prestigio y sus misterios: es posible que se mantenga aun por largo tiempo, gracias á la fuerza que la protege, al miedo de los que la obedecen, al interes de los que la explotan; gracias sobre todo á la dificultad de fundar en esta vieja tierra de Europa esa preciosa forma de gobierno, la república, que, semejante á la fuerza y á la belleza delos individuos, parece pertenecer tan solo á la juventud de las naciones. Hará la necesidad que la monarquía sea durable, pero la sola necesidad no bastará á hacerla santa y respetable ni á darle el carácter, que en otra época tuvo, de un principio que aquiete los espíritus y ponga en quício á las sociedades conmovidas y dislocadas.

No hallando en la religion, tal como hoy influye, ni en la monarquia, tal como la ha hecho la civilizacion

moderna, los principios salvadores de la paz ¿en dónde hemos de buscar esa decantada seguridad de los gobiernos, esa tranquilidad tan firme, como se dice, de los pueblos? ¿qué ha hecho la alianza anglo-francesa en servicio de la paz futura de Europa? ¿cuáles son sus medidas, sus combinaciones, sus preservativos tan saludables y eficaces? Porque hoy se están callados los socialistas y no hay barricadas en las calles de las capitales; porque los gabinetes dormitan en calma al parecer seguros del dia de mañana; porque los ferro-carriles y vapores siguen sin tropiezo su marcha, caminan sin temor los viageros y circulan sin mayor peligro los capitales: ¿dirémos que todos los problemas están resueltos, firmes en sus tronos los reyes, libres para siempre los pueblos libres, siempre esclavos los pueblos esclavos? Si tal se cree, se abriga una lastimosa ilusion. La alianza ha hecho con la Europa lo que hizo con la Turquía, salvarla un dia, dejando al porvenir, y como carga superior á las fuerzas y á la inteligencia de los contemporáneos, la resolucion ó siquiera el progreso de los grandes problemas sociales y políticos.

Por mas que digan los partidarios de la alianza, es indudable que la Europa se halla hoy al borde de un abismo y como durmiendo sobre un volcan: una chispa puede abrasarla, y será esa chispa la que prenda en el arma de nuevos Pianori y Orsini, ó bien la que arroje esa atmósfera de odios y de sufrimientos que rodea á todos los gobiernos. La alianza, supendiendo momenta-

neamente la marcha liberal de la Inglaterra, dando alientos á la Francia para entorpecer dentro y fuera de ella el desarrollo de las instituciones libres, la alianza, haciendo, decimos, esos males, no ha logrado ni afirmar el absolutismo ni siquiera contener el espíritu revolucionario. Muy al contrario, el absolutismo tiembla y la revolucion se ve asomar al traves de las bayonetas. No porque la Francia haya vuelto atras y colocádose al principio del siglo, repitiendo el 18 brumario, el imperio, las batallas, las revistas, el silencio de la palabra, la sumision general, la entronizacion de la fuerza; ha de paralizarse por eso la marcha irresistible del tiempo y de las ideas. Bien lo sabe Luis Napoleon, y probó que lo sabia cuando en una ocasion solemne, el bautizo de su hijo, fiesta que pudo legitímamente ensanchar las esperanzas del padre y dorar las previsiones del soberano, tuvo sin embargo bastante sensatez para pensar, bastante magnanimidad para decir: « este niño reinará si Dios le benedice y si la Francia lo acepta. Otros como él nacieron reyes y fueron despues proscritos. » Estas palabras son tan cuerdas como bellas, y revelan en el Emperador un pleno conocimiento de su situacion y una gran desconfianza en el porvenir. Dios sin duda ha de bendecir al niño, pero es mas que dudoso que la Francia acepte al futuro soberano.

Así pues el imperio, tal como lo interpreta su autor, es una dictadura pasagera, una tregua de partidos, no habiendo estabilidad en la dinastía ni trasmi-

sion segura de la corona. La alianza, sus victorias, la paz gloriosa á que dieron lugar, no han fundado cosa alguna dejando á la Europa siempre al borde del abismo. Y si esta es una verdad confesada por Luis Napoleon, el mas interesado así como el mas hábil apreciador de la cuestion, ¿quién intentará ponerla en duda? ¿Hay sinceridad en los ministros ingleses cada vez que dicen, y lo dicen muy á menudo: mientras dure la alianza la paz de la Europa no corre peligro alguno? ¿ó es esta una mera frase oratoria, un disimulo de gabinete?

Cualquiera que sea la sinceridad de la alianza entre la Inglaterra libre y la Francia imperial, y esa sinceridad, á nuestro juicio, es muy cuestionable, nunca llegarán á hacerse solidarias de causas enemigas y contradictorias. La Inglaterra sigue inalterable en el camino del órden y de la libertad: la Francia marcha alternativamente por los rumbos opuestos de la revolucion y del gobierno absoluto. Y como ambas son naciones poderosas, expansivas, ambas sostienen y propagan en el extrangero las ideas que reinan dentro de ellas mismas. En este sentido la alianza seria absurda, imposible. Seria una lucha tenaz y violenta, no una íntima union. Habria un doble antagonismo de influencias, ora en el poder y alcance de esas influencias, ora en su direccion y fines. Ahora, por ejemplo, en 1858, la Francia destruye la obra de 1848. Y es harto probable que en 1868 derribe lo fabricado en 1858. ¿Cuál será la politica de la Inglaterra en estas

dos épocas? ¿querrá hacerse revolucionaria en un caso, absolutista en el otro? ¿consentirá la Inglaterra libre y parlamentaria en unirse á la Francia imperial con la mira de atar en Europa todas las lenguas, poner en reposo todas las plumas liberales, cerrar los parlamentos y convertir las ciudades en casernas? ¿es esta una mision digna de un pueblo grande y que ha dado tan hermosos gages á la libertad? ¿podria emprenderla aun en nombre y so pretexto de la paz de la Europa? No, nunca; y entonces ¿á qué quedaria reducida la alianza? ¿cuáles serian sus frutos? — Supóngase, por el contrario, que hemos llegado á 1868 y que los socialistas de ese tiempo vuelvan á ponerlo todo en turbio, no solo las nociones ordinarias de gobierno, siempre controvertibles, muy dudosas ahora, sino los principios primitivos de la sociedad misma, la propiedad, la familia, la religion, respetados por los ideólogos y los visionarios de todas las épocas: ¿cuál seria la política de la Inglaterra aliada de la Francia? ¿se prestaria á revolucionar el mundo y sembrar en todas las regiones las extravagancias socialistas? No, tampoco: la juiciosa Inglaterra aborrece esas incalificables doctrinas, ilusiones pueriles cuando se las examina, atentados criminales cuando llegan á encarnarse en el hecho. No habria acuerdo posible, y la alianza, si existia, romperiase en el momento.

Se ha creido, y al parecer con una razon tan sencilla y poderosa como el cálculo matemático, que la influencia unida de Inglaterra y de Francia pesaria

de tal modo en la balanza de la política, seria tan enérgica é irresistible, que el mundo marcharía sumiso y próspero por la senda que para su bien le señalasen esos dos guias tan cultos é inteligentes. Y así podria ser, en efecto, si hubiese armonía y lógica en los consejos de ambas naciones. La Europa tendria, como en los tiempos fabulosos de Saturno, una nueva era de paz y de felicidad. Ni los tiranos vejarian á los pueblos, ni los revolucionarios comprometerian los inapreciables bienes del órden. Formarian ambas naciones el tribunal que resolviese, en última alzada, las miserables querellas de vanidad ó de interés, causas hoy dia de guerras tan estériles como calamitosas. Quedarian, pues, realizadas las bellas utopias de los filósofos ingleses y franceses: habria entre los dos paises la misma armonía de ideas humanitarias que existe entre sus ideólogos, los Saint-Pierre y los Tomas-Moro, los Hugo y los Cobden.—Porque los filósofos y los humanitarios de todos los paises, semejantes á los ruiseñores, recorren el mismo diapason y cantan en tono idéntico, en todas las épocas del mundo.

Mas como esta Arcadia venturosa no es dable en nuestro tiempo, y en cambio hay muchos intereses opuestos, grandes pasiones rivales, miras y tendencias peculiares de cada nacion, la alianza, lejos de impulsar y dirigir con acierto la marcha de las sociedades, le pondria por el contrario nuevos y mas penosos obstáculos. Suele ser el odio en las naciones, así como en

los individuos, una pasion mas exigente é impetuosa que el amor; y el deseo de entorpecer el desarrollo de una idea enemiga de ordinario prevalece sobre el deseo de fomentar el desarrollo de una idea amiga. La Francia no diria á la Inglaterra: dejadme libre la senda del despotismo, sino—renunciad á vuestra propaganda liberal y constitucional. Y la Inglaterra pediria, en sentido inverso, la misma cosa. Ambas se atarian los brazos antes que permitirse el mútuo ejercicio de su influencia: una y otra se neutralizarian, se pondrian atajos y limitaciones reduciendo de este modo, asi en bien como en mal, el poder de expansion tan legítimo y natural á un gran pueblo. Esa alianza que estaba llamada á duplicar la fuerza de las dos naciones, en realidad las disminuia, las anulaba. Y esta seria una calamidad en la situacion actual de la Europa. Si la Francia queda con los brazos atados, no dejará por cierto de existir y de prosperar el absolutismo, dominante hoy y poderoso en todo el continente. Pero si la Inglaterra abdica su derecho, pudiéramos decir, si olvida su deber de proteger los pueblos libres, ahora raros y débiles, y las ideas generosas, perseguidas por las ideas retrógadas, armadas éstas, no aquellas, de sable y bayoneta, la Europa y la civilizacion perderian muchísimo. No pueden los aliados cambiar insignificancia por insignificancia, ya porque su mútuo aniquilamiento contraria los fines de la Providencia, que no sin intencion los hizo poderosos, ya porque la insignificancia de la Francia no haria tan grave daño al des-

potismo como lo causaria á la libertad la insignificancia de la Inglaterra.

Si se estudia con algun detenimiento la historia de la alianza anglo-francesa, se verán confirmadas por los hechos las ideas que acabamos de emitir. En casi todas las combinaciones diplomaticas la Francia y la Inglaterra se pusieron trabas mútuas, en vez de darse la mano y obrar de consuno. Véase, por ejemplo, la guerra de Rusia. Habia dos medios de hacerla: ora levantando las nacionalidades oprimidas, suceso que habria causado tan grande júbilo al mundo como grave embarazo á la Rusia: ora haciendo una guerra de gabinete, de dinero y de soldados, guerra ruinosa y de mezquina consecuencia, pero sin peligro para el poder absoluto. ¿No es seguro que la Inglaterra habria preferido el primero de estos medios? ¿No es el que mas conviene á sus ideas y á sus intereses? ¿No era un título de gloria para todo inglés el decir con legítimo orgullo: la Inglaterra levantó de su fosa á la Polonia sepultada viva? Y dejando aparte esta consideracion tan importante, ¿no convenia mas al gabinete británico hacer una guerra de intriga y de subsidios, semejante á la de Holanda en la época de Felipe II, á la de España en tiempo de Napoleon I, ambas tan prósperas y gloriosas? ¿No era el peor de los partidos emprender una campaña formal al lado de los franceses, mas numerosos, mas aguerridos y que naturalmente habian de tomar el rango directivo é iniciador? Pues bien, la Inglaterra aliada de la Francia

cedió, por no infundir pavor á Luis Napoleon, lo que debia á los intereses de la libertad, que son los suyos propios. Sofocó la alianza el entusiasmo de la nacion inglesa, poderoso siempre que se trata de levantar un pueblo noble é indignamente abatido. Así las fuerzas anglo-francesas se consumieron en la vana tentativa de animar un cadáver, la Turquía, cuando pudieron dar la mano y poner de pié á una nacion viva, la Polonia.

¿Se quiere otro ejemplo? Allí está en la cuestion de los Principados. Por un momento los aliados proyectaron su union, y tal fué, en efecto, la ópinion de lord Clarendon y del conde Walewski en el Congreso de Paris. Era esa una medida justa, pues la ánsiaban las poblaciones rumanas, en principio dueños de darse una forma cualquiera de gobierno; era tambien acertada y muy política, pues la union, duplicando las fuerzas de aquellos pueblos, los ponia á cubierto de la invasion, ó á lo menos en el caso de no solicitarla como un medio extremo de salvamento. Por lo demas, habia llegado el tiempo de acabar con la iniquidad del poder otomano sobre poblaciones cristianas amantes de su independencia y si no fuertes, lo bastante para sacudir la desfalleciente tiranía turca. La política europea, la causa de la cristiandad, el interés inmediato de los principados, todo militaba en favor de la union: ¿qué razones tan importantes vinieron á entorpecerla? Ninguna, si se exceptúa tan solo el antagonismo de la Francia y de la Inglaterra, la una aspirante á aumen-

tar su crédito y su valimiento en Oriente, la otra, celosa cada vez mas del prestigio de su rival. Atribúyese al Austria el mérito de haber desbaratado las combinaciones que acerca de Valaquia y Moldavia ingeniaron en Paris los plenipotenciarios ingleses y franceses; pero es claro que el gabinete de Viena habria perdido ruegos, intrigas y amenazas, á no haber venido en su auxilio la política celosa é inconsecuente de lord Palmerston. Defendiendo en axioma la causa de la justicia, los aliados empezaron por decir á las poblaciones rumanas: «Reunid vuestros consejos, y si quereis la union, nosotros, que hemos tomado las armas en favor de toda causa nacional y generosa, nos apresuraremos á cumplir vuestros deseos. Se hará esa union, y se hara bajo nuestro amparo.» Así se expresaron lord Clarendon y el conde Walewski en el Congreso de Paris; así hablaron lord Palmerston en la tribuna de Wenstminster y Luis Napoleon en sus arengas al Senado y Cuerpo legislativo. ¿Cuál ha sido el resultado de esas promesas tan solemnes?—Es bien sabido y bien triste: juntáronse los divanes, proclamaron la union, y la Inglaterra, cegada por su antagonismo, y la Francia haciendo á su turno concesiones á la desconfianza y á los celos: ambas, en suma, trabadas por su mútua rivalidad, abandonaron la causa que ellas mismas habian promovido y alentado con el calor de sus promesas. ¿Es ésta, preguntamos, la fuerza poderosa é irresistible de la alianza anglo-francesa? ¿Es esta la política que ha de abrir al mundo una senda

anchurosa y guiarlo con sabiduría y justicia?

Véase ahora á los aliados en Italia y en Bélgica. Bien quisiera la Inglaterra bombardear á Napoles tanto para castigar la sorda enemistad del rey Fernando durante la guerra de Oriente, cuanto para dar á la nacion napolitana, tan duramente maltratada, una ocasion oportuna de levantar la cabeza é imponer mejores condiciones de gobierno á su soberano. Pero Luis Napoleon no acepta sino la mitad del programa: como soberano absoluto quiere lo contrario de lo que pretende como aliado. Su sistema político neutraliza su sistema diplomático. No se ha de olvidar que Luis Napoleon es aliado de Inglaterra en fuerza de las circunstancias, aliado de los monarcas absolutos por carácter, tendencias, intereses. Conocia el rey de Nápoles esta clarísima situacion, y por eso contestó insolencia á insolencia, consejo á consejo, seguro de que uno de sus enemigos habia de parar los embates del otro, seguro de que Luis Napoleon habia de contener á lord Pálmerston y al Parlamento. De suerte que la alianza, en vez de favorecer al pueblo napolitano, lo ató mas y mas al poste del absolutismo; y lejos de dañar al rey Fernando, aumentó su poder y su insolencia, dándole delante de la Europa la opinion de hábil y delante de su propio pais la opinion de fuerte. Y ni esa fuerza era real ni esa habilidad incuestionable: su verdadera fuerza le venia del antagonismo de los aliados; su habilidad consistia únicamente en ver lo que estaba claro y como de bulto,

es decir, la falta de conformidad de sus enemigos.

En la cuestion belga la alianza anglo-francesa no hizo mejor figura ni mostró mayor vigor ni concierto. Consintió la Inglaterra en que Luis Napoleon amagase á un gobierno constitucional y libre á cambio de las amenazas que lord Palmerston iba á hacer á un gobierno absoluto. Mas como la politica activa exige por su naturaleza amplia libertad en el que la ejerce, suma tolerancia en el que la permite, libertad imposible entre rivales, tolerancia imposible entre absolutistas y liberales, los aliados volvieron pronto á la politica pasiva, á la inaccion, al anonadamiento de sus fuerzas. Quedó desatada y siempre hostil la prensa belga, y tan esclavo como ántes el pueblo napolitano.

A juzgar por las fascinadoras promesas de los partidarios de la alianza, su influencia bienhechora salva los límites de la Europa y protege en todas las regiones del globo la causa de la justicia, de la paz, de la civilizacion. Los anglo-franceses se batieron en las lejanas tierras de Petropauloski : bátense ahora, y siempre en servicio de la buena causa, en las remotas playas de la China. Es sin duda un hecho propio para arrebatar á los apasionados y seducir á los débiles, el de tremolar hoy en las torres de Canton, izados por la mano de la victoria, los pabellones de la Inglaterra y de la Francia. La opinion europea, fascinada por una especie de miraje, cree ya divisar los castillos de porcelana de Pekin y acuarteladas en ellos las tropas invasoras; se imagina ver á los sábios de Europa es-

tudiando los secretos de la sabiduría china, tan antigua, tan impenetrable al extranjero; y en tanto que estas ilusiones de ciencia y de poesía halagan á los profanos, seduce á los humanitarios y á los propagandistas la ilusion de convertir aquellas inmensas poblaciones gentiles á la fé del Evangelio. Tal es el cuadro de la imaginacion, y no es dable negar su colorido ni su belleza. ¿Cuál es el de la crítica fria, el de la verdad desnuda? Bien mezquino, bien pálido, ciertamente. Enviaron los aliados á la China, imperio de una poblacion no inferior á la de toda la Europa, una miserable escuadrilla y un ejército que en Europa no alcanza á componer la dotacion de un mero general divisionario. Y la China no es el Méjico de los Aztecas, y el comodoro Seymour no promete sin duda un nuevo Hernan Cortés. No es razonable atribuir á los aliados el pensamiento de hacer conquistas imposibles ó de fundar imaginarias colonias. Quiere la Inglaterra vender sable en mano su opio; la Francia se propone, segun ha dicho su órgano oficial, el Monitor, amparar bajo las águilas imperiales la propaganda de sus misioneros católicos. ¡Raro comercio el que se hace con la bayoneta en una mano y la mercadería en la otra! ¡Singular propaganda aquella que va con el Evangelio en los labios y la espada al cinto! La cuestion china, vista tal cual es, despojada de declamaciones y ropajes oratorios, es un mezquino negocio de mercaderes y de capuchinos, poco decoroso para los aliados y poco honroso á la Europa cristia-

na y civilizada. En Inglaterra el Parlamento protestó contra las inicuas matanzas de los europeos y de los indefensos habitantes de Canton, que ocasionara la ridícula querella de las Lorchas. Sus mas sábios y dignos jurisconsultos, los Brougham, los Lhyndurst, han puesto en duda, decimos mal, han condenado el tráfico del ópio, veneno vendido sin remordimiento por mercaderes codiciosos, comprado sin conciencia por poblaciones que, faltas del pan de cada dia, ahogan desapiadadamente en la cuna á sus hijos recien nacidos. ¡Extrañas y odiosas aberraciones de la guerra! En unas regiones se bombardean las ciudades, se bloquean los puertos á fin de impedir que el pan entre á dar la vida; en otras regiones se asola y se mata á fin de lograr que el veneno entre á dar la muerte! No se dé pues aire de humanidad y de civilizacion á una querella de traficantes, contraria á toda nacion de humanidad, enemiga de la verdadera civilizacion. Dígase lo que se quiera, ello es cierto que la guerra de China es negocio de ópio y de té, causa de mercaderes y de ébrios, no de filósofos ni de humanitarios. En cuanto á la Francia, que no vende ópio y compra poco té, dominanla en cambio otros dos narcóticos morales que nunca dejaron de arrebatarla y de hacerla perder los sentidos—el entusiasmo y la novedad. Se daria por contenta de haber enviado á China algunas fragatas y unos cuantos soldados, si el baron Gros y su embajada de anticuarios, artistas y pintamonas, llegasen á ver y reproducir en libros y grabados las ma-

ravillas de Pekin; si el mandarin Yeh viniese á ponerse de hinojos y sacarse gravemente sus zapatos delante de Luis Napoleon. Luis XIV impuso á la ilustre república de Génova esta singular y burlesca alternativa: ó será destruida hasta los cimientos, ó vendrá el Dux á rendir homenaje á mi augusta persona. Y Luis XIV era, como él lo decia, la Francia misma, nacion de aventuras, pueblo andante, vanidoso como una muger, sensible como un artista. No es para ella guerra inútil aquella en que el soberano cogió alguna gloriola ó aumentara de una página brillante su historia, ó diera el argumento de un cuadro de lisonjeros recuerdos.

Si la alianza anglo-francesa ha hecho poco en las playas de China, nada hizo en las regiones de América. Y no fué ciertamente porque faltasen allí graves intereses de actualidad, gravísimos intereses de porvenir. Hay en América tres cuestiones palpitantes y de inmensa importancia para el viejo así como para el nuevo mundo:

1ª ¿Absorberán los anglo-sajones á los latinos? — Cuestion de raza.

2ª ¿Arrojará la América independiente á la Europa colonial?—Cuestion de economía, de alimentacion, de riqueza.

3ª ¿Amenaza la democrácia anglo-americana el prestigio político y social de las monarquías de Europa?—Cuestion de equilibrio y de gobierno.

Los Estados-Unidos presentaban á los aliados en embrion, pero embrion que mañana ha de tomar

su verdadera forma y naturaleza, el conjunto de las mas sérias complicaciones de la Europa actual. Serán Rusia en su crecimiento y ansia de conquista; serán socialismo en su propaganda contra las monarquías y las aristocracias. El sultan moribundo es la América hispano-lusitana, y el mar Negro es nada ménos que el vastísimo Océano que en todas direcciones circunda el mundo de Colon. La cuestion americana será en el porvenir la dilatacion de la cuestion de Oriente: y será lucha universal, terrible, definitiva. Amenaza la democracia americana no solamente á tal ó tal soberano: los amenaza todos; su anhelo de conquista no mira á este ó aquel pais: tiende á la dominacion territorial de la América, marítima y comercial del mundo. A principios del siglo habia en los Estados-Unidos no mas de cinco millones de habitantes: ahora hay veinte y seis. No se sabia entónces lo que era ferro-carril y comenzaba á dejarse entrever la aplicacion del vapor á la mecánica; surcaban sus rios solitarios unas cuantas barcas; zarpaban de sus puertos unos pocos bajeles. Hoy tiene tantos ferro-carriles y buques de vapor como toda la Europa; su comercio y capitales equilibran, sino aventajan, el comercio y capitales de la Inglaterra misma. Siguiendo en esta escala de progreso, y nada podra evitarlo, en cincuenta años mas los Estados-Unidos tendrán, aun no contando con adquisiciones territoriales, casi seguras, ni con poblaciones extrañas, hoy errantes y desdichadas y que mañana querrán tal vez seguir el

rumbo próspero de las Trece estrellas, tendrán, decimos, setenta ú ochenta millones de habitantes y mas riquezas, industria y poder que la Europa entera de nuestros dias. Y lo que es mas, nótese bien, en aquel pueblo no existe la terrible lepra del proletarismo, gangrena de este viejo mundo; ni la plaga de ejércitos inmensos siempre en pié, mal irremediable porque trae su orígen de un vicio orgánico en la formacion de las sociedades europeas, el feudalismo; ni la carga de deudas colosales siempre en aumento: no hay allí, como en Europa, parásitos de corte y de sociedad ni clases destinadas por tal ó tal pretexto á una existencia inerte, corrompida y corruptora. Así pues si en este viejo mundo una nacion de veinte y seis millones de almas comprende una mitad de mugeres, y un cuarto de parásitos, llámense soldados, lacayos ó mendigos, en los Estados-Unidos hay una mitad de mugeres y una mitad de hombres, verdaderos hombres, cuya virilidad no ha debilitado la miseria ni desarmado la tiranía: todos operarios útiles, todos ciudadanos libres en la paz, todos enemigos formidables en la guerra. Léase un censo de los Estados-Unidos y compárese á un censo europeo, el que se quiera, por cierto el mejor; y se verá que la inmensa distancia del Océano es la menor de cuantas separan á una nacion del viejo continente de la república anglo-americana. Juzgar á los Estados-Unidos segun la escala de dimension de los países de Europa importa tanto como ignorar del todo su vida, sus fuerzas, el territorio en

que sitan, las leyes que los gobiernan. Un almanaque nos dirá: tiene la Inglaterra 500 buques de guerra y 200 mil hombres de ejército; en los Estados-Unidos hay apenas sesenta ó setenta naves militares y 12 mil soldados. Pues bien, la grande y poderosa Inglaterra no quiere entrar en querella con ese pueblo desarmado: pues bien, la España, débil hoy, pero brava siempre y á mas dueño de 100 mil hombres de ejército, no desea otra cosa que estarse en paz con esa Union al parecer tan flaca, en realidad tan formidable. Porque en llegando el momento del conflicto pondria el coloso en juego todas sus fuerzas, su milicia, su marina mercante, y sobre todo los recursos infinitos del patriotismo y de la libertad. ¡Cuál será el poder de los Estados-Unidos así que lleguen al grado de desarrollo que les aguarda al fin del siglo, mañana!

¿Qué ha hecho la alianza anglo-francesa por contener dentro de límites mas moderados ese inmenso crecimiento? ¿Qué ha hecho la Inglaterra por proteger sus intereses americanos, por servir su propio porvenir europeo y universal? ¿Qué ha hecho la Francia en favor de la familia latina, agonizante y próxima á sucumbir en Méjico y Centro-América, débil y amagada en la América meridional? ¿No son contados los dias de vida que restan al Canadá, á las Antillas españolas, inglesas, y con mayor razon á las de las otras potencias de Europa? ¿No son contados los dias de Méjico y de los Estados Centro-Americanos? ¿Creen por ventura los aliados que la existencia

de esos paises no importa gran cosa á la Europa, hallándose la víctima tan léjos; nada al mundo, siendo esos países dignos, segun se dice, de su suerte? Esto no es creible. Cualquiera que sea la situacion de la América española y la indiferencia con que la miren los gabinetes de Europa, es indudable que su integridad interesa á europeos y americanos, á todos los que tienen algo que temer del crecimiento excesivo de los Estados-Unidos. Si la alianza no se ocupó de tamañas cuestiones fué por ser una mera compañía con destino fijo y único, conviene á saber, el negocio otomano, no una noble sociedad de influencias y de poder en favor de la justicia y del derecho.

Echase de ver que si la Inglaterra y la Francia hubiesen querido proteger á la América española, ora haciendo tratados generales de integridad semejantes, por ejemplo, al de Paris, ora negociando convenciones parciales, como las que amparan á tantos estados de Europa, Bélgica, Suiza, etc., habrian hallado en las repúblicas amenazadas una calorosa acogida de simpatías y de agradecimiento. No se crea que por hallarse aquellos países en continua revolucion, deja de haber inteligencia para comprender sus intereses, entusiasmo y nobles pasiones para servirlos. La Europa trata á la América española como si fuese region berberisca, poblada dé semi-salvajes fastidiosos é inquietos. No existen para ella los bienes de la república cristiana y civilizada, el derecho de gentes, el beneficio de los tratados, las nociones generales de

justicia, ni los favores de una opinion poderosa y de ordinario aliada de los débiles. A los ojos de la Europa las repúblicas españolas son meros puestos de comercio, cuyo código de leyes se limita á tres capítulos: 1° poner á venta las mercaderías; 2° nombrar cónsules que legalizen la venta; 3° enviar buques de guerra que aseguren el cobro de lo vendido. El tratado de Paris incorporó al Sultan en la familia real de Europa; incorporó á la Turquía en la república civilizada; pues—se decia con mucha formalidad—un soberano turco al fin es un soberano, una nacion musulmana al fin es una nacion. Sea. ¿Cuándo se hará el tratado que incorpore á las repúblicas hispano-americanas en la familia de los pueblos cristianos y civilizados? ¿Cuándo se hará un pacto en que se siente el principio de su integridad como cosa de justicia y de conveniencia universal?—Supóngase que un Walker inglés ó francés vaya hoy á invadir á Esmirna, Trebizonda, cualquiera de las ciudades indefensas, que no son pocas, del imperio otomano: ¿lo dejaría obrar la Europa? ¿Permitiria á un aventurero, un gefe de condottieri, no ya militares, como los del siglo xv, sino mercaderes, como son los condottieri de este tiempo, alistar bandidos y prófugos de penitenciaria para una expedicion de robo y de violencia? Es seguro que nó. Y si las mezquitas, los serrallos, los mercados de carne humana de Esmirna y de Trebizonda cuentan con defensores fervorosos, ¿no los habrá en favor de los pueblos cristianos que los europeos fundaron en la Amé-

rica del Sur? El europeismo, permítasemos esta expresion, no ha de ser una pasion ó un interés material cuyos límites sean los del suelo. La Europa es un continente moral al que pertenecen de derecho no solo los hombres y las cosas de este lado del Atlántico, sino tambien los hombres y las cosas que hoy llevan el rótulo de americanos, pero que en realidad son europeos de esencia y de naturaleza. Hay poca justicia y poco entendimiento en dar á los turcos, por el hecho de pisar suelo europeo, favores é inmunidades que se niegan á los cristianos, por el hecho solo de morar en tierra americana. La alianza estaba llamada á corregir este grave error de juicio, y es harto singular que durante su existencia, de 1853 á 1856, se hayan cometido los peores ultrajes que jamas sufriera la América española:—los atentados de Walker. ¿A qué quedan pues reducidas las promesas de lord Palmerston en el Parlamento, y las de Luis Napoleon? ¿qué mira universal y justa han proyectado? ¿en dónde está esa proteccion tan decantada en servicio de los débiles, esos obstáculos puestos á la violencia de los fuertes?... ¡*Words!* ¡*Words!* palabras, nada mas que palabras, como decia Hamlet.

Mas de una vez han tratado las repúblicas hispano-americanas de formar una liga que las una entre sí y las ponga á cubierto de los embates de la democracia anglo-sajona. Recien emancipadas, cuando todavía humeaban los campos de la guerra, pensaron en un plan de alianza, y de ese pensamiento nació el Con-

greso de Panamá. Por desgracia, entónces, como ahora, como mañana, no quisiéramos decir, como siempre, los nuevos Estados se hallaban sumidos en un abismo de confusion; y ocupados de la grande obra de hacerse libres y ricos, no tuvieron tiempo para pensar en hacerse fuertes contra la agresion extrangera. Semejantes á las falsas devotas de que habla Swift, las cuales, por tratar mucho de religion no les quedaba un momento para decir sus preces, las repúblicas de la América española pierden en pura polémica sobre constitucion y gobierno el tiempo que debieran dedicar á la fábrica del gobierno y de la constitucion. Cerróse pues el Congreso de Panamá y dispersáronse los plenipotenciarios sin haber llevado á cabo cosa alguna de provecho. Mas tarde, Chile y el Perú invitaron á los demas Estados á tentar un nuevo plan de union. Si bien éste, como el anterior, no pasaron de meros planes, uno y otro prueban á lo ménos que el pensamiento de la liga existe y que nunca ha dejado de ser el *desideratum* de los pueblos y de los gobiernos. En cuanto a los publicistas y pensadores hispano-americanos, no hay uno que no haya reconocido la importancia y la necesidad de la union, en la que fundan esperanzas tal vez un poco ilusorias, pero buenas y honestas. ¿Porqué se han malogrado esos ensayos? ¿porqué no han llegado á realizarse, y al contrario, han llegado á desacreditarse los proyectos sugeridos á impulsos de una realidad tan palpable, de peligros tan fuera de cuestion? Sencillísima es la

respuesta. La América es muy vasta y muy despoblada : no hay contigüidad de ciudades ni de hombres, no hay contacto social íntimo, y de esto viene, no solo la dificultad de formar la union general de los estados, sino tambien la dificultad de gobernar y de mantener la paz. Son allí las provincias tan grandes como los reinos de Europa, y la poblacion de las repúblicas no superior á la de una capital europea de primer órden. Ningun estado hispano-americano, salvo solo Méjico, tiene la poblacion de Lóndres. En la América del Sur las ciudades fueron puestos militares desparramados en el desierto por los conquistadores españoles. Son hoy puntos de reposo diseminados, á la manera de los oasis de Arabia, de jornada en jornada y como para servir de alojamiento al viagero. En América el gobierno anda á caballo y en perennes excursiones. Vive caminando y desfallece ó perece de cansancio. Entre una ciudad y la ciudad inmediata hay un desierto en la autoridad así como hay un desierto en el territorio: con la poblacion espiran el progreso, la civilizacion, el gobierno; con el desierto empiezan el desórden y la barbarie. Los españoles del siglo XV, colonizadores tan inhábiles como heróicos conquistadores, se empeñaron en adquirir la mas vasta extension de territorio, sin cuidarse de que cuanto mas diseminaban la poblacion tanto mayor seria la dificultad de constituir un gobierno regular, firme y estrechamente unido.

Esta situacion de las cosas hace en América dificilísimo el gobierno é imposible la union de los

rentes estados. Si llegase á formarse un tratado de mútua garantía y solidaridad territorial, ¿cuál seria la fuerza material y la fuerza moral que garantizase su existencia y su duracion? Si un estado se rebelaba, ¿quién podria llevarlo al buen camino? Si el extrangero atacaba las costas del Atlántico, ¿cómo podrian marchar en su socorro las poblaciones mediterráneas, sitas á centenares de leguas, y las ribereñas del Pacífico que las separan millares? ¿hay amparo eficaz á dos mil leguas de distancia? ¿lo hay posible, no decimos eficaz, cuando no se tiene una marina mercante ni militar? Supóngase, lo que no deja de ser bien hipotético, que hubiese concierto de ideas entre todos los estados hispano-americanos, las mismas pasiones, idénticos fines; queremos imaginar la desaparicion del espíritu local, allí muy poderoso: la amistad franca de pueblo á pueblo, de gobierno á gobierno, de hombre á hombre; la identidad de su sistema político, de hacienda, de legislacion civil y de toda especie: y aun así seria ilusoria la union eficaz y estable de esas repúblicas. Dejarlas reducidas á sus propias fuerzas es lo mismo que entregarlas á la conquista inevitable de los Estados-Unidos. No pueden ellas luchar con un agresor tan fuerte y perseverante, un enemigo que inspira temores á las potencias mismas de Europa.

Mas si la union hispano-americana no pasa de ser ilusion de enfermo mientras no cuente con otros elementos de mayor consistencia, seria una verdad, una realidad, el dia que las potencias de Europa interpu-

siesen su poderosa influencia. Sin los aliados, la Turquia habria sido presa de la Rusia : con los aliados, la América española no corre peligro de ser la presa de los Estados-Unidos. Se dirá que no hay igualdad de situaciones, siendo la Turquía un imperio europeo vecino de las principales potencias, mientras que la América del Sur es una region distante y casi sin contacto con el viejo mundo. Se alegará que la ruina del imperio otomano era inminente y funesta á la Europa, cuando la ruina de la América es remota en el tiempo, fuera de paralelo en la importancia. Es cierto. Pero si hay desemejanza de situaciones, ¿no hay tambien una gran diferencia de medios? ¿exige el salvamento de la América española una flota de cincuenta naviosy un ejército de 200 mil hombres? ¿necesita acaso su proteccion el millon de pesos diario que, segun se ha dicho, costaba á los anglo-franceses el sitio de Sevastopol? ¿les impondria la América, como lo hizo la Turquía, la carga de nuevos impuestos y de colosales empréstitos? Es indudable que nó. Pide la América á los aliados su proteccion moral mas bien que su proteccion militar; su alianza diplomática, no guerrera. Quiere ser inscrita en le libro de oro de los estados europeos; quiere que los tratados la declaren persona jurídica, mayor de edad y dueño legítimo de sus posesiones: le importa sobre todo la proclamacion muy clara y muy alta de esos principios, la cual implica naturalmente la calificacion de violencia y de robo contra todo amago de conquista. Esto es fácil, hacedero, justo.

Esto no costaria una libra á la Inglaterra ni un soldado á la Francia. Los principios no son fuerza, pero contienen é imponen respeto, á la manera que el crédito, sin ser oro, compra y paga. La alianza de la razon y de la justicia es á la diplomacia lo que el crédito es al comercio y á las industrias : una ganancia fácil, un provecho barato y sin zozobras.

Y no se crea que esta seria una garantia ilusoria. Cuando un gran potentado opina, manda en el hecho; así, cuando una poderosa nacion declara un principio, le da cuerpo y fuerzas. Es claro que si la América española establece la doctrina de su propia integridad, no pasará de ser esa doctrina una letra muerta, cosa de libros y de academias; mas si la Francia, dueño de 500 mil soldados, y la Inglaterra, reina del océano, reconocen la verdad y la justicia de la doctrina en cuestion, la aceptan como suya y la incorporan en su propio derecho, en el acto asumirá el carácter de verdad armada, de justicia con sable en mano. Véase un ejemplo. En 1852 M. Webster, aspirante entónces á la presidencia de los Estados-Unidos, hoy reo de la historia, dió á entender á los armadores de Nueva-York que el huano del Perú era *res nullius*, lo que en lenguaje diplomatico quiere decir que á nadie pertenece y en el lengaje positivo significa que pertenece tan solo á los fuertes. Amparados por esta declaracion de un ministro eminente y á la vez gran jurisconsulto—dos titulos sin duda muy bellos que no alanzan á valer el de hombre de bien—los mercaderes

de Nueva-York enviaron sus buques á Chincha con no mayores escrúpulos de los que hubieran tenido ordenando a sus dependientes extraer tal ó tal fardo de sus propios almacenes. Y en pos de los buques del despojo marchaban los buques de la violencia: las Trece estrellas iban, por decirlo así, iluminando el rumbo de esos argonautas de la rapiña. En tal situacion ¿ qué podia hacer el gobierno peruano? ¿ rechazar y castigar á los invasores? ¿ó se dejaria por el contrario arrebatar su incuestionable propiedad? ¿ó bien debia invocar la justicia y el interés de los poderosos? La prudencia supo aconsejar este último partido, y su pleno éxito no tardó en justificarlo. El gobierno peruano demostró al gabinete inglés, entónces presidido por lord Derby, sus títulos á la posesion y goze exclusivo de las huaneras; probó, y esto era mas del caso, que aquellos tesoros eran la mejor garantía de los bonos ingleses, amenazados de baja, talvez de completo descrédito, si los anglo-americanos llegaban á apoderarse de Chincha. Tanto la justicia como la conveniencia determinaron á lord Derby á dar ámplia razon al gobierno peruano. Huyeron los invasores, volvió M. Webster de su error, y Chincha fué salvada.

Persuádase la Europa de que toda la América hispano-lusitana es una isla de Chincha codiciada por los anglo-americanos; toda la Union una compañía de ardores audaces y poco escrupulosos, pues domina entre ellos la idea de que la Providencia les ha adjudicado la propiedad del nuevo mundo. Persuádanse los estadis-

tas europeos de que sus intereses comerciales son crédito de la bolsa de Lóndres, á que sirve de caucion la integridad del territorio hispano-americano. Bien pudo hacer la alianza de las dos grandes potencias marítimas lo que ya habia hecho la sola Inglaterra. Lord Palmerston y Luis Napoleon se hallaban tan interesados en declarar el suelo americano propiedad legítima é incuestionable de la familia que lo ocupa, como se hallara lord Derby en declarar á Chincha propiedad indisputable de la república que la posee, el Perú.—Y no se crea que Chincha es una presa insignificante, fácil de abandonar por ser poco digna de retener. Encierran aquellas isletas mas tesoros que los bancos reunidos de Inglaterra y de Francia; de tal suerte que si se pusiese en subasta ese monton de huano y al lado suyo toda una mala república hispano-americana, monton de revoluciones y de miserias, por cierto que la república no seria el lote mas envidiado.—

La alianza anglo-francesa no ha resuelto pues ninguna de las importantes cuestiones que se agitan allende el Atlántico. En su interes de europeos, debieron asegurar Cuba á la España, el Canadá y las Antillas á la Inglaterra, á la Francia sus restos coloniales. En su interes de potencias de primer órden, debieron poner obstáculos al crecimiento de los Estados-Unidos, tan desmedido y tan amenazante no solo de la América hispano-lusitana, sino tambien de la Europa misma. En su interes comercial, debió la Inglaterra proteger á la América meridional, hoy su cliente, su deudora,

hablemos claro, su presa: mañana tal vez cliente, deudora y presa de los Estados-Unidos. En su interes histórico y de raza, debió la Francia dar la mano á los latinos de ultramar, sus imitadores, sus amigos naturales, sus protegidos ante la civilizacion y la Providencia. Hacer esto ó parte de esto hubiera valido mas que declamar en las tribunas pomposas arengas en favor de la justicia y de la humanidad. Fué la alianza un espléndido fuego de artificio, con fábricas de caña, castillos de cohetes, detonaciones asustadoras de niños, y mucha, muchísima humareda. Vino una brisa que despejára la atmósfera; desparramóse la muchedumbre atraida por la fiesta, y entónces se dejó ver el frágil y burlesco esqueleto causa de tanto ruido y de tamaño pavor!

Cuando lord Palmerston decia á la Cámara de los Comunes, en 1855: «es un magnífico espectáculo el que ahora presenta la alianza de dos naciones poderosas, largo tiempo enemigas mortales, y cuya rivalidad forma la parte mas considerable, la mas brillante, tambien la mas sangrienta, de la historia moderna» lord Palmerston decia mas verdad y hablaba con mas exactitud de lo que pensaba. La alianza ha sido en efecto un magnífico espectáculo, y nada mas. Esa guerra de Titanes trabada en los campos de Crimea, terminada sin haber zanjado ninguna dificultad y aplazando tan solo el problema de Oriente: ¿fué otra cosa que magnífico espectáculo? Actores fueron los ejércitos y las escuadras, Sevastopol la escena, espec-

tadores todos los pueblos del mundo. Hubo en la boca de cada cañon un alambre eléctrico que trasmitia sus detonaciones á todos los oidos, llevando así las esperanzas ó las zozobras á los corazones. Durante un año entero se vió á la Bolsa, el espectador de mas importancia, el mas hábil, el mas atento, temblar de emociones, ya lívida de espanto ó ya alegre de esperanzas. El tres-por-ciento no durmió en el curso de doce lunas. El alambre eléctrico estaba como pegado á su oido y ora le daba el desvelo febril y triste del miedo, ora lo sumia en ese ensueño fantástico y dorado con que sabe halagar la fortuna. Luis Napoleon y los ministros ingleses no desampararon un momento el teatro: el uno, amagado por la espada de Damocles, que habia de soltarse al primer desastre sobre su cabeza decapitando de un golpe emperador é imperio; amenazados los otros de la furia popular, que se ponia en combustion tan luego como se sonrugia la noticia de un descalabro. El socialismo, por último, lanzado del teatro, se pegaba á las rendijas de donde divisaba, como podia, al desenvolvimiento de la escena y se disponia á arrojarse sobre actores y espectadores en el momento oportuno. Tal fue la guerra de Oriente: tal fué el sitio de Sevastopol: espectáculo magnífico en que tomaron parte los ejércitos, los gabinetes, el absolutismo y la revolucion. Viólo con indiferencia el filósofo y con horror el hombre humano, pues á los ojos del uno fué carniceria estéril, y á los ojos del otro fué matanza deplorable.

Déjese la escena trágica de Sevastopol y se verá en cualquiera otra parte el mismo espectáculo de la alianza anglo-francesa; pero no ya magnífico sino mezquino y hasta pueril. No son actores los ejércitos y las escuadras, los mariscales y almirantes, hombres de hierro y de fuego: son actores los diplomáticos, los cortesanos, los declamadores de tribuna y de prensa, los artistas, los lacayos de palacio. No fué magnífico, por ejemplo, el espectáculo de los negocios napolitanos ni el de los asuntos de Valaquia y Moldavia. No fué tampoco cosa muy grande el espectáculo del Congreso de Paris en que el águila del Jardin de Plantas fué el único personaje elevado que figurara en la escena. Allí la alianza hizo y deshizo, formó proyectos y contraproyectos, fulminó anatemas contra el Papa, el rey de Nápoles, la prensa de Bélgica y los corsorios de los Estados-Unidos, sin llegar por eso á reformar la Santa Sede, ni á intimidar los gobiernos de Bélgica y de Nápoles, ni mucho menos á conseguir el desarme de la poderosa democracia trasatlántica. En cuanto á las visitas imperiales y reales, ¿quién les ha de dar, salvo los cortesanos de Paris y de Lóndres, el título de magnífico espectáculo? No se escribe hoy la historia, á la manera de los viejos tiempos, siguiendo paso à paso la marcha del príncipe, estudiando su vida íntima, sus gustos, sus penas, sus ilusiones de lo uno y de lo otro, ni haciendo protocolo de sus visitas hechas ó pagadas. Si Alejandro viviese hoy no haria llevar ciertamente un diario

público de su existencia íntima, especie de biblia real que edificaba en otra época à los pueblos y que ahora no hallaria lectores ó los hallaria escépticos y muy taimados. En el siglo XIX lo que no es grande no es histórico.

Ya que hemos examinado la naturaleza y resultados de la alianza anglo-francesa, tal como nos la presentan los hechos, la historia, no como la adornan los oradores y los publicistas, convendrá ántes de terminar, echar la vista á la situacion particular en que ha dejado á la Francia y á la Inglaterra.

¿Quién ha recogido los despojos de la Rusia; la Francia, la Inglaterra, ambas, ninguna ó solo el emperador Luis Napoleon?

Tal es la cuestion.

En el estado actual de la Francia y de la Europa no es posible confundir la causa del emperador Luis Napoleon con los destinos del pais que gobierna temporalmente. Por una ley de la historia, ley que tambien puede llamarse providencial, el bien que un soberano absoluto hace á veces á una nacion es pasagero y durables, muy durables los males. Cárlos V y Felipe II fueron soberanos que colmaron de gloria al pueblo español, gloria que, derivada de su genio y fortuna, se desvaneció pronto quedando por mucho tiempo, no quisieramos decir para siempre, los vicios de su gobierno tiránico, exclusivo, desmoralizador. Salvo el código civil y el régimen administrativo, ambas obras secundarias en la vida y gobierno de

Napoleon, ¿qué otros legados útiles hizo á la Francia? El, que á su vuelta de Egipto preguntaba al Directorio: ¿qué habeis hecho de esa nacion tan próspera y grande? — no habria sabido contestar al juez supremo que pide cuenta y condena al genio, cuando se le interrogara sobre el uso de su prodigiosa inteligencia. Lo cierto es que el gobierno absoluto no funda sino el poder transitorio de la nacion y la gloria personal, transitoria ó permanente, del soberano. Los triunfos de Crimea, los tratados de Paris, los homenajes infinitos rendidos á Luis Napoleon serán, á causa de la instabilidad de su dinastía y del carácter de su gobierno, perdidos tan luego como muera, ó caiga: tan luego como desaparezca de la escena política.

Es indudable que la Francia representa ahora el primer papel en el teatro del mundo: ha crecido en el doble sentido de su propia elevacion y de la decadencia de la Rusia, su enemiga, del desprestigio de la Inglaterra, su rival. Paris es el centro de la diplomacia europea, el tribunal á que acuden los débiles y los fuertes. Luis Napoleon es el mas grande de los soberanos, como monarca; el primero de los políticos, como negociador: tiene de Luis XIV aquella grandeza que arrastra á los débiles y seduce las imaginaciones; tiene de Richelieu el genio positivo, profundo y oportuno que sabe sacar partido de hombres, cosas y situaciones. Napoleon I fue un verdadero Júlio César, Napoleon III es un verdadero Augusto, es decir, pertenece á la clase de aquellos hombres de estado que

sin ser los mas grandes en su genio y concepciones, son los mas hábiles para conocer y explotar las innumerables miserias que forman esa entidad tan respetable que llaman gobierno. Aunque *emperador de ocasion*, segun la expresion de Hugo,—nuevo Chateaubriand del nuevo Napoleon—, todos los reyes del derecho divino, los Ausburgos, los Borbones, los Romanoff, los Brunswick, le rinden homenaje y le ofrecen su mas puro incienso.

Entre Luis Napoleon y el pasado, hay una revolucion: entre Luis Napoleon y el porvenir, hay un abismo. Tácito nos dice que Augusto legó el cetro del mundo á Tiberio, hombre vil y abominable que su protector no pudo ménos de conocer, con el cálculo, apenas creible, de aislar su gobierno entre las calamidades del pasado y las tiranías del provenir. Tal es la situacion que el curso de las cosas ha formado en beneficio de Luis Napoleon. Su vida es un bien, una necesidad, la vida misma de la Europa pacífica y en órden. Esto lo saben los soberanos que lo halagan y los revolucionarios que lo temen. Dice una leyenda que Neron no pudo derribar de un golpe, como él lo queria, la cabeza de Roma, pues Roma no tenia una cabeza; pero el socialismo puede cortar la cabeza de la Europa, pues la Europa la tienesobre los hombros de Luis Napoleon.

Ha llegado este hombre extraordinario á identificar su existencia con la suerte de su pais y la de todo el continente, fortuna que cupo á esas

pocas creaciones de la Providencia ó de la necesidad que vemos de cuando en cuando en la historia. Grande es su talento, mayor su fortuna, sin que ese talento superior ni esa rara fortuna sean por ello los principales operarios de su elevacion. La debe, mas que á todo, á las ituacion de la Europa: caos que fué ayer, caos que será mañana. Los soberanos absolutos lo temen como poderoso, lo odian como rival; pero se agrupan á su alrededor y lo proclaman el gefe y el protector de monarcas y monarquías. Y lo que es mas, el socialismo y la revolucion lo dan á conocer como su solo obstáculo, su carcelero desapiadado. Agréguense á este cuadro el colorido de las victorias de Oriente, el brillo del Congreso de Paris, las visitas y homenajes de los principales soberanos de Europa, el boato de la corte imperial, Paris, las Tullerías, sus fiestas, su lujo : cosas todas de inmenso prestigio en la muchedumbre de seda no menos que en la muchedumbre de jerga; y se tendrá una idea de la elevacion prodigiosa de Luis Napoleon.

Pues bien, esto mismo que constituye la grandeza del Emperador, revela tambien la flaqueza del imperio, la debilidad de la Francia. Parece que los soberanos exageran de propósito los homenajes rendidos á una prepotencia temporal. Luego ha de emanciparlos la desaparicion de Luis Napoleon y con ella el advenimiento de una monarquía sin vigor ni crédito, ó de una revolucion democrática ó social. Napoleon III es mas dictador que monarca: es emperador y no imperio:

debió á su nombre el subir las primeras escalas del poder; alzóse al trono á impulsos del pavor que causaba la anarquía; y su talento, legítimamente recompensado por el éxito y la victoria, le dió el primer puesto en Europa. Esta singular situacion no se repite todos los dias. Si á la muerte de Luis Napoleon ha de haber, como todo dispone á creerlo, una revolucion en Francia, tendrá esa revolucion una tendencia contraria á la que hizo inevitable el golpe de estado y su lógico resultado, el imperio. En 1848 los excesos de la libertad trajeron el poder absoluto, y la elevacion de Luis Napoleon. En cayendo éste, ó muriendo, los excesos del poder absoluto traerán el ánsia de la libertad, y con ella la anarquía. En Francia, una sucesion de familia es tan dificil como una sucesion de partidos, y de esto es causa la dificultad de fundar allí un sistema cualquiera regular y estable. La historia justifica demasiado estas desconfianzas. En 1830 vino al suelo la dinastía legítima de los Borbones: ¿porqué no se llamó al hijo de Napoleon?—Porque la revolucion de Julio fué hecha en virtud de un principio de libertad. En 1848 cayó la monarquía parlamentaria y constitucional: ¿porqué no se llamó á la dinastía Borbon? —Porqué esa revolucion, comprometiendo los mas preciosos intereses del órden, hizo necesario un nombre, como el de Napoleon, que llevaba consigo el prestigio del poder, de la gloria, tambien el de la fuerza. Hay en las revoluciones una lógica inflexible. Semejantes á las mareas del Euxino, que en épocas corren fijas

hácia el Bósforo ó hácia la laguna Meótide, la revolucion ora conduce la sociedad al poder absoluto, ora la impele á la anarquía y á la confusion. El Océano tiene acciones y reacciones: las revoluciones tienen su flujo y su reflujo.

M. Troplong, presidente del Senado, dijo con mucha razon, en cierta arenga, que el imperio era la consecuencia de la república; y para probarlo citó á Roma, nombre grande y venerable bajo cuyo amparo ¡cosa singular! se ponen absolutistas y liberales, tiranos y tribunos. No dijo, sin duda por ser entónces inoportuno y estar reservado para los futuros Troplong, que la república ó sea la revolucion, es tambien la consecuencia inevitable del imperio ó sea del régimen del sable: verdad que pudo comprobar por la historia de Roma, la de Inglaterra, la de la Francia misma. La Europa entera tiene la conviccion ó el instinto de esta suprema lógica: aparece al pueblo bajo la forma de un misterioso encadenamiento, y toma para los hombres de estado el aspecto de un hecho demostrado, de un cálculo de números. A los ojos de todos, estadistas y vulgo, el poderío inmenso de Luis Napoleon es una dictadura transitoria, sin precedentes ni sucesion, sin dinastía ni sistema. Y por eso cuando los soberanos y los pueblos rinden sus homenajes á la Francia, para unos rival odiosa, para otros potencia temible é invasora, parecen decirla lo que el emperador Enrique al Papa Gregorio: «á Pedro y no á tí:» es decir al emperador

Luis Napoleon y no á la Francia; al hombre, no á la nacion. Porque pueblos y gobiernos saben que el poder de un soberano, por mas grande que sea, es movedizo y pasagero, y no inspira los temores que infunde la fuerza permanente de un pueblo.

Oimos con frecuencia á los partidarios del imperio y de la alianza:—el tratado de Paris de 1856 destruyó el tratado de Viena de 1815; la alianza de 1854 borró la santa alianza de 1818; la guerra de Oriente disolvió para siempre la liga absolutista de rusos, austriacos y prusianos.—¿ Hasta qué punto son verdaderos estos hechos? ¿hay una causa de perenne hostilidad entre el Austria y la Rusia? ¿es difícil que vuelvan á estrechar sus antiguas relaciones?

La liga del Norte debió su causa transitoria á un interés político y de equilibrio, la guerra contra Napoleon I, que pronto terminó; y su causa permanente, á un interés de monarquía y de gobierno, á saber, el de guardar intactas los doctrinas del derecho divino y combatir, espada en mano, las opuestas doctrinas del derecho constitucional. Basta establecer este punto de partida para medir la importancia y la duracion de la liga del Norte. En la Europa de nuestro tiempo las dificultades de territorio y de conquista, promovidas por esta ó aquella potencia ambiciosa, son insignificante al lado de los conflictos que suscita la revolucion social y política, aspirante á apoderarse no ya de una fortaleza, de una ciudad indefensa ó de una provincia oscura y mal gobernada, sino de todo el continente,

de los tronos, de los gobiernos, de los pueblos. Léase la historia de los últimos cuarenta años y se hallarán innumerables revoluciones internas por cada complicacion diplomática. Vemos en el trascurso de ese tiempo solo tres ó cuatro querellas europeas, tales son la guerra de Turquía en 1829, el levantamiento de la Grecia, la cuestion egipcia en 1840, apéndice de los sucesos anteriores; y por último, la guerra entre belgas y holandeses, protegidos unos por la Inglaterra y la Francia, amparados los otros por la liga del Norte. Al lado de estas mezquinas disputas están las revoluciones de España y de Nápoles, que ahogó el Congreso de Verona; la terrible explosion de Julio, cuyas llamas incendiaron toda la Europa; y la revolucion de 1848, suceso tal vez el mas grave del siglo XIX. Este pasado nos muestra claro el porvenir. La guerra territorial y de conquista no es de nuestro tiempo. Ha venido en su lugar la lucha interna, de pueblo y de gobierno, de la libertad y del absolutismo como la llaman los oprimidos, del órden y de la anarquía como la apellidan los reyes y sus gobiernos: lucha que es de todo eso, en verdad, pues la libertad degenera en anarquía y el órden degenera en despotismo.

Siendo tal el estado de las cosas, ¿cómo es dable creer que el Austria y la Rusia, ambas absolutistas, ambas opresoras de nacionalidades, no se unan en el acto al primar asomo de revolucion? ¿sacrificarán el mas vital de sus intereses, cual es el de su propia conservacion, al encono producido por las complica-

ciones de 1854 ? ¿ por castigar al Austria, se castigará la Rusia á sí misma? ¿ por despojarla de la Hungría, ansiosa de libertad; de la Italia, aspirante tenaz de su independencia, llegará hasta comprometer su magnífica conquista de Polonia? No es posible imaginarlo. Los gobiernos tienen sin duda grandes pasiones, pero son pasiones de cabeza, no de corazon, llamadas intereses. Si el interés demanda olvido, olvidan; si exige rencores, escarban en el pasado á fin de ensañar los ánimos. Hemos visto ayer que mientras la Inglaterra y la Francia, que nunca fueron Pílades y Orestes, se decian ternuras y lisonjas sin cuento, la Rusia y el Austria, que nunca fueron güelfos y gibelinos, se lanzaban sendas injurias y anatema. El interés es un prisma que nos muestra los colores mas halagüeños, y esos colores ni son blancos ni son rojos : son lo que el ojo apetece en el momento dado, rojos hoy como la sangre, blancos mañana como el estandarte de la paz. No se alucinen los que creen rota y destruida para siempre la liga del Norte. Un pequeño conflicto la ha suspendido: una revolucion, cosa que no es conflicto ni es pequeña, volverá á anudarla. El odio es mas bien elemento que móvil de gobierno. Si la Francia pudo olvidar la humillacion de Waterloo, con mayor razon perdonará la Rusia la política ingrata y desleal, como se la llama, del gabinete austriaco.

Cuéntase que en un momento de enfado el emperador Nicolás dijo : « Juan Sobiesky y yo somos los mas necios reyes de la Polonia: él, por haber salvado á

Viena; yo, por haber salvado al Austria.» Es posible. Consuélense empero los manes de Sobiesky y de Nicolás : no serán ellos los solos reyes necios de Polonia: lo serán tambien otros, lo serán todos, pues si es necedad que la Rusia proteja al Austria, es necedad necesaria, elevada á la categoría de sistema político y permanente. Defendiendo Sobiesky á Viena amenazada por el visir Kara Mustafá, defendió en el hecho á la Polonia y la cristiandad amenanzadas del poderío otomano. Protegiendo Nicolás al Austria amagada de húngaros y de italianos independientes, protegia al mismo tiempo á la Rusia, amagada de polacos ansiosos de su libertad. Si María Teresa despojó mas tarde á su antiguo patrono ; si el emperador Francisco José, sostenido en el trono por el Czar, se inclinó despues al partido de los anglo-franceses, ambos tuvieron para justificar su ingratitud la razon que tuvieran Sobiesky y Nicolas para justificar su proteccion,—el interés, la necesidad de existir.

Hoy que Luis Napoleon mantiene encarcelada la revolucion y que desempeña las funciones de la Santa Alianza, el Austria y la Rusia pueden, sin comprometer sus intereses mas importantes, cambiarse injurias y mostrarse rabiosas. Ambas rinden sus homenajes al dictador de la Francia, al que envian sus decoraciones militares y nobiliarias, cartas imperiales perfumadas, príncipes-correos que las lleven; ambas solicitan entrevistas, especie de arena en que luchan las sombras, los rumores, el miedo ; buenas á infun-

dir pavor á los meticulosos y poner en celo á los rivales: de ordinario sucesos insignificantes, de mero aparato. El vulgo, extraviado por las apariencias, engañado por los diarios, eco de la opinion en los paises libres, mentirosos de oficio en los paises despóticos, el vulgo, decimos, cree ver del todo destruida la liga del Norte, próximas á declararse la guerra el Austria y la Rusia, y cimentada perpetuamente la preponderancia de la Francia y de su emperador. Pues bien, esa fábrica tan espléndida pende de un hilo muy débil. Mas temprano ó mas tarde Luis Napoleon ha de ser figura de la historia, y sea que termine su carrera el dedo santo de la Providencia, ó sea que la corte la mano de un asesino, la Europa, falta de un guia hábil y poderoso, volverá ciertamente á su antiguo camino. Habrá una liga de potentados absolutistas compuesta de la Rusia, el Austria, la Prusia: habrá, como satélites de esos astros luminosos, una muchedumbre de régulos mas ó menos amenazados, y alrededor de ellos los cuerpos errantes del sistema europeo. Esta no es cosa que puede suceder ó no suceder: es cosa cierta é inevitable. Gobiernan al mundo moral leyes de afinidad y de equilibrio no menos fijas que las del mundo material; y tan difícil seria impedir la union del absolutismo como quitar al iman su atraccion natural é irresistible. La Francia es ahora el centro, la piedra de toque de la política europea, ¿ porqué? — porque, si es permitido decirlo asi, Luis Napoleon es el soberano que tiene mas fuerte imanacion de absolutismo y atrae

hácia sí los cuerpos mas ligeros. Ponedlo aparte y veréis á los monarcas agrupados al rededor del Czar. Volveria la Francia á su antiguo aislamiento: si parlamentaria, perderia la confianza y la amistad del Austria y de la Rusía, enemigas de la discusion; si republicana, no tendria la amistad ni la confianza de nadie en Europa, pues la Europa vino al mundo monárquica, como el Africa vino negra y esclava, como la América, vírgen de la creacion, parece destinada á la democracia.

Creemos, pues, que la alianza y sus triunfos han engrandecido la figura de Luis Napoleon y afirmado en el trono sinó su dinastía al ménos su persona : mas no creemos que la alianza haya aumentado en mucho la grandeza verdadera de la Francia ni asegurádola un prestigio duradero en la política de Europa.

Y la Inglaterra : ¿ qué fruto ha sacado de la alianza? ¿ha ganado ó, por el contrario, ha perdido poder y prestigio?

Antes de reponder á esta cuestion, conviene hacer una reflexion general y apuntar un hecho notable.

La alianza, que es por su naturaleza una mútua declaracion de debilidad, es siempre perniciosa á aquella potencia que cede en favor de su asociada el rango directivo é iniciador. ¡ Cosa singular ! las naciones se hacen grandes por si solas: declinan y caen cuando protegidas. La historia de España es una perenne confirmacion de este hecho á primera vista paradógico y aun falso. La enemistad de los Moros, de los Franceses, de

los Turcos, de los Italianos; la enemistad universal la hizo poderosa : la amistad de la Francia la humilló y la redujo al puesto de segunda potencia. Citaremos un ejemplo célebre, y digno de meditacion. En la guerra llamada de sucesion, la Francia asumió el manejo supremo de la guerra y de la política franco-española. Tuvo el gabinete de Madrid la debilidad de abdicar lo que en ningun caso y bajo ningun pretexto ha de ceder jamás una nacion, su personalidad, el derecho ó mejor, el deber de conducirse á sí misma, bien ó mal. Luis XIV, ya viejo y débil, dominado un oido por el confesor, seducido el otro por una devota, incapaz de gobernar sus propios estados, Luis XIV, decimos, dispuso sin embargo á su antojo de las fuerzas y recursos de la inmensa monarquía española. Bien sabidos son los accidentes y los resultados de esa deplorable guerra. Perdió la Francia una y otra batalla: la batieron Eugenio y Marlborough, la venció hasta el duque de Savoya. La España en tanto se mantuvo digna de sus antiguas glorias y de su noble patriotismo. Fué su pueblo, mas que las tropas de Berwick y de Vendôme, el que desbarató el ejército auxiliar inglés y sentó definitivamente en el trono á Felipe V. Los franceses ganaron la batalla de Almansa, pero los españoles fueron los solos que ganaron la victoria de la dinastía Borbon. Vino la paz de Utreckt; ¿ y cuál fué la posicion que se dió á la monarquía española? Héla aquí : castigó la Europa sobre sus espaldas las locuras de Luis XIV y la derrotas de los ejércitos franceses.

Perdió la España muchas colonias en ambas Indias: en Europa, la Inglaterra se introdujo en su propio territorio; se apoderó el Austria de los Paises Bajos españoles, de Nápoles y otros dominios italianos; y hasta el duque de Saboya se dió el placer de hacerse rey á expensas de la corona de Felipe II. El Congreso de Utreckt fué el remate en pública subasta de la monarquía española. Enriqueciéronse todos sus rivales y enemigos; y la Francia, su aliada, origen de la guerra, causa principal de sus reveses y mal fin, la Francia salió de la angustia á muy poca costa. Se dirá: ¿que hubo mas, deslealtad en el gabinete de Versalles, ó inhabilidad en el gabinete de Madrid? No queremos ni nos importa saber si hubo mucho de lo uno y de lo otro. El error capital de la España consistió en entregar á la Francia la direccion de la guerra y de la diplomacia, en endosarle, por decirlo así, su representacion y sus derechos. Si la alianza hubiese tenido éxito, es seguro que la Francia lo habria tomado para ella sola: fué desdichada, y la España, asociada únicamente en pérdidas, pagó la deuda comun. Este memorable ejemplo nos basta. Seria inútil presentar el de la guerra de los Estados-Unidos, en la cual la España hizo papel tan brillante recogiendo en premio un trozo de rio en la América del Norte; y las guerras del Directorio y del Imperio, de funesta memoria en los anales de la monarquia española. La sombra de la Francia fué mortal á la España. ¡ Edificante ejemplo para los futuros aliados !

No fué tal sin embargo para la Inglaterra. Su gobierno cometió en la guerra de Oriente el error que fuera tan funesto á la España del siglo XVIII: abdicó en favor del Emperador Napoleon la direccion suprema de la diplomacia y de la hostilidades, y en castigo ha sufrido mucha humillacion y pérdida de prestigio.

Empezó el gabinete inglés su carrera de reveses en el momento mismo que quiso hacer una guerra continental en union de la Francia.

La Inglaterra es un gigante marino, y semejante al Leviathan de la Escritura, solo se mueve y se rebulle poderoso en el Océano.

La guera de Rusia no era la guerra de la Península. Un recuerdo de éxito y de orgullo extravió á la Inglaterra. En 1808 el gabinete inglés fué el alma de la revolucion hispano-lusitana: armó las poblaciones, organizó sus esfuerzos, y su genio militar y político iluminó el cáos en que habian dejado á los pueblos la cautividad del soberano español, la fuga del monarca portugués, la desaparicion de los gobiernos de Madrid y de Lisboa. Fué entónces la Inglaterra protectora y guia hábil; España y Portugal hicieron de elementos puramente materiales. La Inglaterra caminó por sus piernas y se batió con sus brazos: fué cabeza de esas naciones huérfanas y decapitadas por la invasion extrangera. Y como los espaldas y los brazos son operarios al servicio de la cabeza, la España y el Portugal fueron operarios al servicio de la Inglaterra. Absorbió ésta el fruto de su trabajo, y sus glorias.

Bien pudo el gabinete de Lóndres, de ordinario tan hábil apreciador de sus intereses, distinguir el aliado de 1854 dél aliado de 1808. Entre ambos habia ese abismo inmenso que separa el elemento de la inteligencia, la fuerza del cálculo, el cuerpo del alma.

Al lado del ejército frances, el mas aguerrido, el mejor organizado, el mas brillante de Europa, el ejército inglés no podia tomar la posicion directiva que tuvo al lado de los campesinos españoles y portugueses. Lo Inglaterra hizo mal en desembarcar en Crimea: salió de sus bajeles poderosa y se entumeció al pisar el suelo. Fué Neptuno sin carro ni tridente: fué ballena barada y ahogada por la atmósfera de tierra.

Prestar á la Francia sus buques y sus tesoros era lo mismo que edificar un pedestal que la enalteciese. En la guerra de Crimea uno de los aliados, la Inglaterra, hizo de caballo de batalla, y el otro, la Francia, de ginete audaz y victorioso.

Contribuia á agravar esta situacion la diferencia inmensa que separaba á los aliados en la forma de su gobierno. Si la libertad es el mayor de los bienes de la paz, el absolutismo es el menor de los males de la guerra. Aliados el parlamento inglés y Luis Napoleon, éste, no aquel, debió ser el general en gefe. Porque el axioma: *qui cito dat, bis dat*, está hecho para la guerra.

La alianza militar de la Inglaterra y de la Francia fué la alianza imposible del Leviathan y del leon: en el mar, habríase el leon tornado asno y ahogádose lue-

go: en tierra, el Leviatan no supo caminar, falto de aliento y de vida.

Si los enemigos de Inglaterra se imaginan que este noble pais ha degenerado, se engañan lastimosamente: lo que se cree degeneracion es solo dislocacion. No degenera el poderoso bajel inmóvil por falta de agua. No degenera la locomotora extraviada del riel.

Cualquiera que sea el daño que causara esa dislocacion, y no lo juzgamos tan intenso como lo dicen los envidiosos, ni tan trascendental como lo desean los absolutistas, es innegable que momentáneamente ha rebajado en Europa el crédito de la Inglaterra y aumentado el de la Francia. Por temor de una pérdida distante y casi ilusoria, la nacion inglesa hizo una pérdida muy positiva é importante. Temia el patriotismo británico que la preponderancia de la Rusia, amagando á Constantinopla, amenazaba en el hecho sus conquistas de la India, poniendo así en conflicto sus intereses comerciales, su propia consideracion y porvenir. Lo aterró un falso pánico, y se apresuró á pedir el socorro de la Francia á la cual entregó sus flotas y ejércitos, sus derechos de primera potencia, y lo que es peor, sus deberes de pueblo libre. Por no perder una colonia ¡qué decimos! por el solo miedo de verla amenazada, la Inglaterra abdicó en favor de la Francia su importancia y su honor, en favor del Emperador Napoleon la direccion de la politica y de la guerra. Consintió en enviar un ejército á las playas de Crimea al lado y, por decirlo así, bajo la tutela del ejército

francés; prestó sus buques á los soldados imperiales para que tomasen á Bomarsund é hicieran tremolar en suelo ruso el pabellon tricolor; dispuso que sus almirantes y generales fuesen á recibir inspiraciones en Paris, y de boca del Emperador; sufrió, por fin, que su aliado reuniese un congreso en la recámara de su palacio y pusiese término á la guerra á tiempo que el Leviathan iba á desplegar en el Océano, su elemento natural, sus prodigiosos fuerzas, y cuando el águila imperial iba á mojarse las alas y cortar su vuelo en las húmedas llanuras del Báltico. ¿Es esta, preguntamos, la Inglaterra del bloqueo continental, de Trafalgar y de Waterloo? ¿es este el gabinete del gran Pitt? Sí, es la misma: decimos todavía mas: es mas poderosa, rica y patriótica que la Inglaterra del primer Napoleon. Consiste la diferencia en haber seguido entonces la política que la convenia, y ahora, mal aconsejada por el miedo, haberse turbado, caminar á tientas y tropezar no por débil, sino por ciega.

Si cada guerra ha de tener un nombre, llamándose unas de sociedad, otras de religion; tales guerras de mugeres, cuales de gigantes; estas de bárbaros, de paladines aquellas, habia de darse en Inglaterra á la de Oriente el nombre de *guerra de ciegos*. ¡Cosa increible! ¡En la Europa del siglo XIX, en plena luz, una guerra de ciegos! Y tal fué, á no dudarlo, la que comenzó en Sinope y acabó en Paris. Ofuscáronse los representantes del pueblo, ministros, generales, almirantes, diplomáticos; ofuscóse la Inglaterra entera,

que se batió en las tinieblas sin conocer armas ni terreno, sin ver el rostro del enemigo, ni tener idea exacta del objeto en disputa. Se hallaba ciega cuando para proteger á Constantinopla, ya protegida por Silistria victoriosa, creyó necesario enviar á Oriente un ejército poderoso. No veia su interés poniendo ese ejército al lado y bajo la sombra de las tropas francesas. Y luego que abrió los ojos y se convenció de que Constantinopla estaba salvada, la Inglaterra y tambien, esta vez, la Francia, emprendieron la aventura de Sebastopol á ciegas, sin conocer la plaza ni sus fuerzas, sin darse cuenta del número de los enemigos. La expedicion del Báltico fué á un piélago de tinieblas. Sir Charles Napier lleva la mas poderosa flota que haya armado la Inglaterra, superior en mucho á la de Trafalgar, con el designio, segun decia él mismo Napier, de tomar primero á Cronstadt y lanzarse despues sobre Petersburgo; y esta flota queda parada en alta mar, ociosa, pues el almirantazgo británico, el mas sábio geógrafo del Océano, olvida que el Báltico es poco profundo en las costas de Rusia. Otra tiniebla : el gabinete inglés hace la guerra, segun afirmaba todos los dias lord Palmerston, en servicio de la libertad y de la civilizacion, lo que es oscurísimo de entender tratándose de una lucha emprendida en alianza de Napoleon III, soberano absoluto, en favor de Abdul-Mejil, sátrapa circunciso y hombre de serrallo, y contra el czar de Rusia, el patrono de la Santa Alianza : guerra que mantuvo los pueblos cristianos en la esclavitud otoma-

na y muchas nacionalidades en la esclavitud moscovita. Ceguedad fué, en fin, y la peor, la que extravió á la Inglaterra cuando por temor de reducir su influjo en Teheran y ver zozobrar sus dominios en Delhi, aventuró y redujo el influjo de Lóndres y de San James en la política de Europa. ¡Funesta ceguedad, en efecto! Gracias á ella se debe que Napoleon III, tan hábil cazador en tinieblas, haya sacado de la Inglaterra y en beneficio de su gloria personal, tanto provecho como en otro tiempo sacara en favor de su poder de la ciega turbulencias ocialista. Así, Hugo, iluminado por el ódio no menos que por el talento, ha podido decir: « mas daño hizo á la Gran-Bretaña la amistad de Napoleon el Chico, que la enemistad de Napoleon el Grande, » lo que, pese al ilustre poeta Hugo, no es ciertamente de un hombre chico.

Esta pasagera caida de la influencia inglesa ha producido, no es posible negarlo, cierta satisfaccion general en los pueblos extrangeros, cansados unos de admirar un ejemplo inimitable, zelosos otros, los absolutistas, de una nacion protectora de la libertad y aliada natural de los paises aspirantes á darse otras instituciones que el ya gastado régimen del sable y del derecho divino. El vulgo entero de Europa entreabria sus dientes y lanzaba sarcasmos de hiel á cada ofensa que sufria la noble Albion: el absolutismo rebosaba de júbilo en tanto que los hombres de inteligencia y de corazon, que reconocen la Inglaterra como una segunda patria, gemian en silencio. Celebraba la mu-

chedumbre los triunfos de los franceses bajo todas las formas de divulgacion, conversaciones, diarios, tribunas, donde quiera que habia una boca de odio que hablase á un oido de envidia ; no tanto, bien entendido, por ensalzar á los franceses, pues ellos lo saben hacer bien, como por deprimir el legítimo orgullo británico. Tomando el odio la máscara de pensador grave y sentencioso, decia: «llegó á la Inglaterra su dia. Ha degenerado, no ama la guerra ni sabe hacerla : la industria y las riquezas han entibiado su ardor belicoso y apocado su patriotismo. Despues de Canes, Cápua: despues de Waterloo, Sebastopol. Va á caer la moderna Cartago!» Pues bien, esa Inglaterra espirante doma hoy con mano de hierro la terrible rebelion de la India. Esa Inglatetra sin patriotismo ha quitado del gobierno á su favorito, lord Palmerston, y lanzado el reto á su aliado, Luis Napoleon, no ya, notadlo bien, por una afrenta sino por un tímido amago á sus privilegios de nacion libre.

No se engañen los envidiosos ni los partidarios de la monarquía absoluta : la Inglaterra está viva, fuerte, rica de las riquezas de la libertad, de la industria y del trabajo, apasionada y entusiasta como nunca. Si ha perdido gloria, no ha perdido la fuerza que la recobra, el patriotismo que la ansía, la libertad que la hace pura y provechosa. Ha sucedido á la Inglaterra lo contrario que á la Francia: su gobierno sufrió desprestigio, la nacion sabrá sacar fuerzas de su herida, útil experiencia del ejemplo. Mañana desaparecerá de la es-

cena Luis Napoleon, se vestirá de luto el despotismo, de gala y fiesta la libre Inglaterra. Si el caos del pasado y del porvenir engrandece la ya brillante persona de Luis Napoleon, el órden y la libertad, que no son caos, afianzan la grandeza nacional del pueblo inglés. La Inglaterra es la sola nacion de Europa que ve en el porvenir, y lo ve hermoso y consolador. ¿Hállase acaso ligada, como la Francia, á la frágil existencia de un hombre? ¿está, semejante al Austria, al borde del abismo que le abren las revoluciones de ideas y el levantamiento de las nacionalidades? ¿ tiene, al modo de la Rusia, una Polonia esclava y oprimida, una aristocracia turbulenta, una inmensa poblacion que avergüenza á su gobierno, si ignorante, y lo amenaza si llega á ilustrarse? Cuando se quiera medir la importancia de la Inglaterra, no se la ha de aplicar, como á las monarquías del continente, la regla mezquina de tal accion ganada ó perdida, de mas ó ménos territorio, de mayor ó menor número de ilustraciones individuales. Muy otra es la escala de sus dimensiones. Encuéntrase la Inglaterra en Europa en una situacion parecida á la que los Estados-Unidos tienen en el mundo, fuera de comparacion, solitaria por ser muy grande, excepcional, única. En efecto, póngase en paralelo su patriotismo y el mas acrisolado patriotismo extrangero, y éste aparecerá pálido y flaco. Colóquese su gobierno parlamentario al lado de las reuniones de estado, de los consejos áulicos, del oficinismo mas perfecto del Continente, y se hallará que tan pobre

maquinaria en nada se parece á la grandiosa fábrica del régimen constitucional. Compárense á la industria, comercio, navegacion, á las riquezas de Inglaterra, los bienes análogos de la nacion mas favorecida, y las cifras nos probarán que toda la Europa no es mas rica que la sola Inglaterra. Calcúlese, enfin, no ya sobre el mérito respectivo del gobierno, del crédito y de las riquezas, sino sobre su mayor ó menor duracion, sobre las garantías de existencia ó los peligros de ruina, y veréis que la estabilidad, sin contar con otra ventaja, bastaria á dar á la nacion inglesa el primer lugar en la familia europea. Tal es la verdadera, la única escala de dimension á que se ha de someter la Inglaterra; y segun esta escala, sus proporciones son ciertamente gigantescas. Aplazen pues los envidiosos sus profecías, el vulgo sus clamores, su necia alegría los libreas bordados del absolutismo, que la Inglaterra está viva, poderosa y libre.

La ha de llegar sin duda el dia profetizado por Lord Macaulay : por fortuna de la Europa y del mundo, todavia han de trascurrir muchos siglos antes de que el Neo-Zelandes vaya á escarbar las ruinas de San Pablo y de Westminster. Mucho ha hecho esa gran nacion, pero le queda mucho que hacer en la carrera que le ha marcado la Providencia. Fórmese la hipótesis de su caida, y se verá que sin la Inglaterra la Europa queda trunca, la civilizacion sin cabeza, huérfana la libertad.

Supongamos que ese noble pueblo ha descendido

al nivel de la España, Inglaterra que fué durante los siglos XVI y XVII; desorganizado en el interior, sometido á la influencia alternativa ó combinada de los extrangeros: hoy víctima del despotismo, mañana de la anarquía; supongamos que en llegando ese caso, ya débil y sin recursos, dejase escapar una á una sus colonias sembrando así en todo el órbe, al modo de la España, su desorganizacion y su malestar: pues no es lo mismo echar al mundo un hijo mayor de edad, bien criado y laborioso— los Estados-Unidos—que soltar á la vaganza un huérfano pobre y enfermizo— la América del Sur; imaginemos que el Támesis y el Severn vuelven á ser rios solitarios, surcados, como el Tíber de hoy, por tal ó cual barca en vez de ser, como son, y fué en otro tiempo el Tíber, la arteria de un gran pueblo, el camino de la industria y de las riquezas del mundo; supongamos, para condensar la hipótesis, que Inglaterra vuelve á los tiempos de la conquista normanda en pobreza, á la época de las Rosas en anarquía, á la de Enrique VIII en absolutismo, á la de Carlos II en inmoralidad —:

¿Cuál seria la situacion de la Europa?

En cuanto á nosotros, tenemos el firme convencimiento de que esa situacion seria deplorable.

La Inglaterra es á la Europa lo que el faro al navegante en mar borrascoso: punto luminoso que señala el rumbo y muestra las playas de salvamento. Y esta no es figura de retórica: la Europa entera se halla en viage y en viage tormentoso, la sola Inglaterra ha lle-

gado al puerto. Marchan los pueblos del Continente en busca de un principio en el gobierno, de una autoridad en la ley, de un contrapeso entre las diferentes y hoy enemigas clases de la sociedad. ¿Qué es la monarquia absoluta, ahora triste amparo de los gobiernos y de los pueblos? — Un mero hecho consumado en tanto que la revolucion de las ideas ó el arranque de las pasiones no lo torne teoría cuestionable, lo discuta, la rechaze. Luego la Rusia y el Austria, refugiadas en el derecho divino, no se hallan por esto libres de naufragio. En Francia el gobierno y la sociedad andan á tientas y con muletas, como verdaderos paralíticos que son: ora se protege la una en el miedo de la otra, ora tiemblan y se desquician ambas. Y la Rusia, el Austria y la Francia son las naciones mas regulares del continente. En Inglaterra, solamente en Inglaterra, existe un gobierno de hecho y de teoría, fuera de cuestion, fundado en la magestad del pasado, en los intereses de la actaulidad, en las esperanzas mismas del porvenir; gobierno que tiene en su favor la opinion de los muertos y la opinion de los vivos. Unicamente allí hay una sociedad sentada en su quicio natural y si no perfecta, á lo menos organizada teniendo enfrente su defectuoso modelo, el hombre. En esa sociedad hay gloria y títulos para los ambiciosos, justicia en favor de los débiles, obstáculos á la insolencia del fuerte, libertad é independencia al uso de todos. A este reconocimiento y satisfaccion de los instintos del hombre, todos los cuales se reflejan

en la sociedad, se debe en Inglaterra el admirable equilibrio y armonía de las clases entre sí y de todas ellas con el principio de autoridad. Su fábrica política está fundada en el contrapeso de los intereses y el libre desarrollo de las pasiones generosas, ó como dice Bacon, en las axiomas medios, *axiomata media*, de la ciencia del gobierno.

Si la Inglaterra desaparece, se ha dicho, faltará una flor en la corona de la libertad; habrá un diamante de ménos en la monarquía, una roca de mas en el Océano. No perderia la Europa los inapreciables y por fortuna imperecederos progresos ganados en los tiempos modernos ; subsistiria la imprenta, ó sea la rápida locomocion del espíritu; el vapor, ó sea la rápida locomocion de la materia. Habria siempre ferro-carriles, telégrafos, bajeles llevados en alas del vapor. Las ciencias, hoy tan adelantadas, no habian de tornar á su infancia, ni las artes, tan florecientes en el siglo XIX, habian de retroceder á los tiempos primitivos.

Todo esto habria sin duda en Europa y en el mundo. ¿Por ventura constituyen esos progresos el desarrollo perfecto ó al menos el adelantamiento mas precioso del hombre y de la sociedad? ¿Han logrado consolidar los gobiernos y contentar á los pueblos? ¿Puede la Europa dormir tranquila sobre sus laureles? Sin negar ni el mérito ni el alcance de aquellos progresos, los juzgamos sin embargo limitados y de un carácter relativamente subalterno. Son elementos del bien y no el bien mismo. Entre ambas entidades hay

esta inmensa diferencia, que el bien es siempre tal, honesto, puro, benéfico, y el elemento así sirve la causa santa como la causa inicua, la verdad como la mentira Los elementos materiales son al porvenir de la Europa lo que el talento es á la verdad y á la virtud : un resorte precioso que ya la entorpece ó la ataca si se halla en poder del hombre malo, ó la abre fácil y anchuroso camino si se encuentra en poder del hombre bueno. Y así como el talento no es verdad, los ferro-carriles, telégrafos, naves de vapor, etc., no son, en el sentido filosófico, bienes absolutos. Véase, por ejemplo, el telégrafo. Todos están de acuerdo en la explicacion de su naturaleza física; pero ¿qué es el telégrafo en su naturaleza moral? ¿tiene una definicion fija y precisa? No, en los pueblos libres es á la vez la boca y el oido de la libertad. Trasmítense por su medio las palpitaciones de una sociedad animada, independiente y dueño de su propio movimiento. ¿ Qué es el telégrafo en una monarquía absoluta? Exactamente lo contrario : es un esbirro eléctrico, un espia alado, una bayoneta que vuela no solo en pos del criminal verdadero sino de aquel, mal llamado tal, que tuvo la desgracia de desagradar al amo. En semejantes paises el telégrafo ahoga instantáneamente la idea en la boca del pensador libre, la palabra ó la accion del ciudadano independiente. Así pues esta invencion, orgullo y maravilla del siglo, es un elemento material que hace caminar con la velocidad del rayo el pensamiento del orador inglés y con no menor rapidez los úkases del Czar y los mandatos

de prision de Luis Napoleon. El vapor es al transporte de los hombres y de las cosas lo que el telégrafo al transporte de las ideas: es un gigante que presta sus poderosas espaldas al apóstol y al soldado, al pan del pueblo y al cañon del tirano. Hacen estos elementos en la civilizacion algo de parecido al rol de los elefantes en las batallas de la India: arrojan su pesada mole sobre el enemigo del que lo guia, sea ese enemigo el inglés culto y libre, sea el estúpido cipayo.

En cuanto á la ilustracion, hoy general en el continente, es claro que la caida ó la extrema decadencia de la Inglaterra no dejaria al viejo mundo en tinieblas. Pero la ilustracion toma cuerpo de verdades sociales y politicas en la sola Inglaterra. Allí ilumina á cada cual la senda de su marcha, le muestra sus derechos, le señala sus deberes. En el resto de Europa la luz anda desparramada y sin corriente fija, ya abrasando los corazones, ya extraviando las inteligencias. No nos alucine el grande aparato de los discursos académicos, de los diarios, de los libros impresos por millones. Mas ciencia de gobierno hay en un tendero de Lóndres que en un doctor de Jena, y mejor entiende y practica la libertad un elector de Manchester que un publicista de la Sorbona.

En Europa hay dos clases, ambas muy conocidas y muy distintas, de hombres ilustrados : unos se llaman filósofos y son calificados de visionarios; otros se dicen estadistas y son denominados explotadores sin fe y sin virtud. Descontentos los primeros del estado actual

de la sociedad y del gobierno, piensan que el mundo marcha de muy antiguo por un falso rumbo; investigan el pasado mas remoto, los tiempos primitivos mismos, y quisieran reformar en sus fundamentos la familia humana. A esta clase pertenecen las mejores inteligencias de Europa, los Lamennais, los Prudhon, etc., todos los republicanos y los filósofos radicales. Estos hombres han puesto en voga la utopia y hecho del delirio mas ó ménos poético de su enfermiza mente un sistema político que aspira á tomar cuerpo y parecer cosa seria. Son de ordinario escritores simpáticos, como lo es una dorada esperanza, arrebatadores, los mas generosos, tambien los mas locos de los hombres. Enfrente de ellos están los escritores de inteligencia sin alas, de corazon helado. Desconfiando éstos de las ilusiones, desesperados del mejoramiento del hombre y de la sociedad, toman el mundo tal como lo hallan, lo ridiculizan, lo explotan, lo desprecian. Tienen siempre en su boca un sarcasmo porque nunca posó en sus corazones una esperanza virtuosa. Rien de las miserias sociales como algunos atacados del cólera rien de la muerte. Para ellos la política y el gobierno son, no ciencias de doctrinas y verdades, sino artes de mañas y expedientes, cuyo secreto está en atraer á los fuertes, intimidar á los meticulosos, engañar á los simples, castigar severamente á los novadores y fautores de trastornos. A sus ojos el mundo es una comedia en que el hábil hace risible al crédulo, y el buen vividor explota al hombre honesto y puro.

Para estos políticos hay solo un principio, la fuerza; un solo sistema, vivir; un solo fin, su reposo y placeres.

Ahora, quítese de la escena de la política europea la familia de los utopistas y la familia de los escépticos, y es de temer que quede muy despoblada y solitaria. ¿Podrá hacerse del resto el cuerpo de operarios ilustrados y probos que gobiernen y administren las sociedades? ¿seria ese el cuerpo mas inteligente? ¿seria el mas poderoso? Es seguro que nó.

Hay, pues, en la Europa continental tanta luz, si se quiere, como en Inglaterra; pero no hay práctica en unos y falta la virtud y la fe á los otros. Los revolucionarios son hombres de cabeza de fuego; los absolutistas son vivientes del dia, de corazon yerto, incrédulos de su propio sistema, hombres que solo fian del expediente que elude ó de la fuerza que ahoga los problemas sociales. La Inglaterra ha logrado resolverlos de un modo racional, justo, benéfico: su existencia próspera y gloriosa es un consuelo para la humanidad y un ejemplo para la Europa.

IV.

DE LA SOBERANIA TEMPORAL DEL PAPA.

El Papa-rey.—La soberanía temporal del Papa conviene al catolicismo. — Del gobierno pontificio. — Injusticias de sus censores.— Carácter democrático del gobierno pontificio.—Desorganizacion y miserias de los estados romanos: ¿puede hacerse responsable al Papa?— Exámen de esta cuestion.—Conclusion.

Como quiera que se juzgue la existencia de un estado eclesiástico, sea como un hecho político ó como una necesidad del catolicismo, ello es que tiene un rango, el primero en nuestra opinion, en la gerarquía de la república europea. El estado apostólico es una creacion particular de la civilizacion cristiana. Si en la historia hallamos muchos casos en que la tiara y la corona orlan una sola cabeza, no es porque el sacerdote sea príncipe sino porque el príncipe es sacerdote. Inmensa es la diferencia. El príncipe sacerdote es un soberano como todos los otros: centro y fuente del poder, generalísimo en su palacio, almirante sentado en el trono, juez supremo que no juzga, pontífice, en fin, que delega en un pontífice inferior los

deberes del culto. Esta acumulacion de poderes es meramente simbólica, y tiende, en el hecho, á dar respeto á la autoridad, inviolabilidad al monarca. En ese sentido ejercia Neron, el sanguinario Neron, las mansas y sagradas funciones del sacerdocio. Asi tambien las reinas de Inglaterra y de España, madres de familia, asumen hoy en principio los duros cargos de la suprema judicatura y del supremo generalato.

Muy otro es el sacerdote príncipe. No solo ejerce en teoría los poderes y funciones de su situacion sino que se identifica con su situacion misma. Si el príncipe absorbe al hombre, el sacerdote absorbe al hombre y al príncipe. Estas tres dignidades quedan reunidas en una sola cabeza, á la que dan una magestad incomparable, santa como la religion, inviolable como la púrpura, simpática como la humanidad. Ellas forman al Papa, soberano mas alto que ninguno en su grandeza, mas que hombre en su poder, siervo de los siervos de Dios, segun su propio y noble título, en sus deberes. El Papa manda con la autoridad del autócrata y vive en la humildad del mas oscuro súbdito; reina como emperador y muere como monge, sin dejar el cetro á sucesores de familia, sin legar siquiera un patrimonio, una heredad modesta. Es hombre y no tiene esposa ni hijos; es rey y no tiene corte ni dinastía. No trae su autoridad del nacimiento, como los reyes; de la fuerza, á la manera de los conquistadores; del favor popular, al modo de los magistrados repu-

blicanos. Ni ha de nacer en tal territorio ni hablar tal lengua. La virtud lo eleva, la cristiandad lo escoge: conságralo el cielo.

Tal es el sacerdote príncipe que se llama el Papa. A su lado, los soberanos que acumulan la doble autoridad del principado y del sacerdocio, y á quienes pretenden algunos compararlo, son figuras mediocres, meras creaciones de la casualidad, fugaces como el tiempo, variables como los intereses y las pasiones de los hombres. La Reina de Inglaterra ejerce hoy esas dobles funciones, pero la pérdida de la corona llevaria consigo la ruina de su frágil tiara. El Czar de Rusia se ha decretado á sí mismo, por via de úkase, los honores del sumo sacerdocio: la Europa, no ménos que sus súbditos, ven solo en él al soberano temporal, fuerte de la fuerza, no fuerte de la santidad de su puesto. Este papa obra de úkase se arrodilló, no ha mucho, ante el Papa verdadero, siendo uno el poderoso Nicolas, el otro el anciano y débil Gregorio XVI. Y no hizo el Czar cosa nueva ni maravillosa. De estos ancianos han sido súbditos sumisos y reverentes los Constantinos, los Teodosios, los Carlo-Magno, los Carlos V, los mas grandes soberanos de la historia moderna. Ellos y sus imperios desaparecieron: el anciano siempre está vivo. Llegará su fin al Czar y á la Rusia: vendrá el dia en que, segun la profecía de Lord Macaulay, el habitante de Nueva-Zelandia irá á buscar en las orillas del Támesis los arcos rotos de Westminster y de San Pablo: el anciano no habrá

muerto, sino que reinará en un imperio inmenso y tan durable como el mundo.

No está de mas recordar estos hechos y poner de relieve la mision histórica y divina del pontificado, á los ojos de los políticos que afectan considerar al Papa como un capellan de San Pedro ó un principillo mitrado de Roma. Los industriales de la época imaginan que por no ser el Papa hombre muy entendido en ferro-carriles ni saber cultivar del mejor modo la campiña romana, ya no tiene razon de existencia y se halla de mas en la familia coronada de Europa. En opinion de tales mercaderes el soberano pontífice debiera encerrarse en su capilla, ocupándose de salmodias y letanías, en tanto que ellos, hombres del siglo, se darian la pena de plantar remolachas en el Monte Palatino, derribar y explotar el Coliseo, hoy ruina improductiva; poner en pública subasta los restos del Foro y del Capitolio; reemplazar, en fin, los admirables monumentos del cristianismo, San Pablo, San Juan de Latran, el Vaticano, por fábricas de tejer ó de refinar. Semejantes industriales son mas bárbaros que los bárbaros mismos de Atila y de Alarico : devastaban estos de puro ignorantes, y aquellos de puro avaros, linaje de barbarie tanto mas odioso.

Enemigos del pontificado son tambien los mal llamados republicanos de Italia y en general de toda Europa. Quisieran hacer de Roma, hoy la capital del mundo católico, un oscuro municipio democrático, sin fuerzas para defenderse, sin riquezas, ni industria, ni

ilustracion, sin todo y lo solo que forma la base de una república. Si ese caso llegare, y Mazzini y su banda lograsen destronar de nuevo al Papa, Roma perderia su prestigio y su valer en el mundo á cambio solamente de anarquía y mucha miseria. Roma sin Papa es cuerpo sin vida ni alma. Roma no trabaja ni ha trabajado nunca. Vivió en otro tiempo de despojos: vive hoy de las ofrendas de la cristiandad religiosa y artista. En un dia no se ha de reformar un estado de cosas fundado por los siglos, ni la república ha de ser la chispa de Prometeo que dé aliento á la materia inerte é insensible. La república romana seria lo que ya fué en tiempo de Rienzi, desórden, confusion; lo que fué ayer en manos de Garibaldi y Mazzini, anarquía, asesinatos impúnes, destruccion de monumentos. Someteríala á su antojo el austriaco, el frances, el napolitano mismo, viniendo así á ocupar el solio de San Pedro un mandon tudesco, un soldado frances ó un lazaron napolitano ¡Singulares sucesores de los Trajanos y de los Gregorios!

Son de suyo tan poco sensatas las ilusiones de los revolucionarios y los planes de los industriales, que es de asombrarse como se ocupa de unos y otros la Europa juiciosa. Hay algo mas sin duda. Hay protestantes ingleses, luteranos alemanes, cismáticos rusos, interesados en probar que la soberanía temporal del Papa es cosa imposible, principio que, en su opinion, llevaria consigo el enflaquecimiento de la soberanía espiritual. Quisieran ver al Papa destronado y débil,

hechura de un príncipe y como tal, Papa local, no católico, semejante al patriarca de Constantinopla, ántes capellan de los emperadores bizantinos, ahora juguete de ese juguete de la Europa llamado Sultan. Quisieran hacer del soberano de doscientos millones de súbditos reverentes y sumisos, una familia de prelados rivales, impotentes y risibles. Cada nacion católica tendria el suyo, lo pondria en liza con el vecino; se excomulgarian los unos á los otros, haciéndose así permanente aquella triste situacion finalizada por el concilio de Constanza. Entonces el rey de Aragon tenia su papa, Benito XIII; Bolonia protegia otro papa, Juan XXIII; Roma, por último, rendia sus homenajes á un tercer papa, Banifacio IX, ¡ Hasta el tiranuelo de Rimini aspiró á formar pontífice de su hechura y devocion !

No es de maravillarse que mantengan semejantes proyectos las potencias enemigas del estado apostólico, amenazadas como se hallan de la propaganda cada vez mas eficaz, del prestigio siempre creciente de las doctrinas católicas. Ha debido la Inglaterra soportar en nuestro tiempo la reconstruccion de la prelatura romana dentro de sus propios dominios; vé con pena la Alemania protestante el desarrollo y crecimiento de la familia católica, á la vez que la debilidad de la familia protestante: la Rusia misma, protegida por la ignorancia, aliada de toda mala causa, y por las bayonetas, aliadas de las causas dominantes, malas ó buenas, la Rusia reconoce que no es tan fácil el absolutismo reli-

gioso como el absolutismo político y militar. El Papa, amigo de todos, es considerado por esos gobiernos disidentes como un enemigo tenaz, un invasor afortunado que importa contener, y si es posible ahogar, en el centro de su poder, en Roma. Y á este fin ponen en juego los clamores de los socialistas, que ellos detestan, y las aspiraciones de los visionarios, que ellos desprecian. Así el gabinete inglés y la prensa de Lóndres han estado azuzando á los revolucionarios piamonteses y hecho creer á M. Cavour que es un eminente estadista porque oprime obispos, despoja conventos y da al mundo el escándalo odioso de un estado católico en guerra con el catolicismo, de un gobierno italiano enemigo de Roma, de un rey ungido rival del Papa. Así la Inglaterra pidió y logró obtener del Congreso de Paris, presidido por la Católica Francia y celebrado en su propia capital, una irreverente y ofensiva mercurial contra la Sede Apostólica y su gobierno, agravio sin razon ni excusa, consentido por Napoleon III en un mal momento, reparado luego que la reflexion, el decoro y la conciencia disiparon el humo de los festines y de las lisonjas. Si protestantes y cismáticos han de complacerse en ofender al Papa, no ha de ser la Francia, hija mayor, como decia M. Waleswki, de la Iglesia, la procuradora oficiosa y servil del odio ageno. Mas católica y mejor política, el Austria, á pesar de su cortesanía tradicional para con rusos é ingleses, se negó dignamente á ser el eco de la pasion cismática y anglicana. Y no se crea que el gobierno francés carc-

ce de decoro y de justicia. Cególo únicamente su furor absolutista. Consintió en que la Inglaterra agraviase al Papa, gefe del catolicismo, á cambio de que le permitiese amagar á la Bélgica y demas paises libres, naturalmente protegidos por la nacion inglesa. El odio á la libertad hizo olvidar al uno su amor á la religion católica; el odio á la religion católica hizo olvidar al otro su amor á la libertad. En la cuestion de las intervenciones, así como en la cuestion de los corsarios y neutrales, el Congreso de Paris fué una mera liza de asechanzas y artimañas: tendiéronse lazos al catolicismo, á la libertad, á la poderosa y desarmada república de allende el Atlántico. ¿Y quiénes fueron cogidos en la red? Los plenipotenciarios, solo los plenipotenciarios. Asumieron en palabras el rango de dictadores europeos, universales, faltándoles aliento, en el hecho, hasta para castigar la desdeñosa enemistad y desobediencia del rey de Nápoles.

No tomando en cuenta las opiniones desacreditadas de los socialistas ni los planes de las sectas enemigas, parciales, insidiosas, hostiles por su naturaleza: los políticos, los publicistas, los filósofos, todos los hombres que hacen ó escriben la historia, consideran la soberanía temporal del Papa como una preciosa institucion en favor del catolicismo y en honor de la Europa. No es esta opinion de convento ni de sacristía. Es opinion de gabinete, de parlamento, de academia, de donde quiera que haya hombres ilustrados y de alguna prevision. No es solo defendida por Mon-

talembert, Falloux, Bálmes, Donoso-Cortes y tantos otros ilustres abogados de la soberanía temporal: es opinion de Guizot, hombre en que el genio es tan penetrante como para ver al través de la preocupacion sectaria y protestante; de Thiers, Voltaire del siglo XIX, escéptico, helado, pero Voltaire estadista, sensato y amante por razon de lo que no ama por fé y verdadero amor. Recuérdese que fué republicana, ó llamada tal, la asamblea francesa que aprobó la expedicion del general Oudinot y que aconsejó al gobierno de Luis Napoleon la restauracion del Papa Pio IX. Y esa asamblea no era un capítulo de capuchinos, sacristanes ni carmelitas, sino parlamento de los hombres mas sabios, mas independientes, tambien los mas escépticos de Europa. Celebraba sus sesiones en Paris, Babilonia del siglo, la ciudad de la diosa Razon: no las celebraba en la Trapa de los ascéticos ni en la Tebaida de los místicos solitarios.

La prensa inglesa exclama todos los dias: « si los franceses salen de Roma por una puerta, el Papa huirá por otra. Caerá al suelo su soberanía temporal y no se levantará sino como hoy se sostiene, por el extrangero. » Es posible. Pero ¿qué probaria el hecho? ¿Por ventura se pretende persuadir al mundo que la soberanía temporal del Papa es una calamidad para los Estados romanos, la Italia, la Europa? ¿Serán los ingleses, súbditos de reyes, los mas encarnizados enemigos de una monarquía tan legítima y antigua? ¿Serán los ingleses, aristócratas de clase ó de princi-

pio, los que deseen el triunfo de Mazzini y de sus desalmados secuaces? ¿Serán los ingleses, hombres honestos, laboriosos, libres, cultos y amantes del arte, los que han de arrastrar el carro victorioso de una banda que sostiene el asesinato cuando escribe ó habla, asesina cuando puede, destruye monumentos, estátuas, cuadros, bibliotecas, todo cuanto hay de apreciable á los ojos del hombre de bien y del hombre culto? ¡No! nadie, tanto menos la Inglaterra, nacion de órden y de libertad, podrá desear con sinceridad el destronamiento del Papa en favor de los demagogos italianos. Si hubiese en Roma y en los Estados de la Iglesia partidos sensatos, patriotas dignos del nombre; si la poblacion fuese ilustrada, rica y tan amante como capaz de gobernarse á sí misma: entónces habria razon para legitimar una revolucion en el órden de cosas hoy sostenido por las grandes potencias católicas. Pero ese caso no existe, ni llegará jamas: no porque juzguemos imposible el progreso de los Estados romanos, sino porque teniendo lugar ese progreso, el gobierno del Papa seria naturalmente próspero y brillante. El gobierno refleja y no constituye al pais. El Papa es un hombre, nada mas que un hombre, en su carácter de soberano temporal: no es gobierno, no es nacion. Si la poblacion de Roma prefiere alargar la mano al extrangero generoso ántes que ocuparla en asir con orgullo el arado ¿por ventura es del Papa la culpa? Y si esa poblacion mendiga no tiene, como es de rigor, coraje para asir,

no ya un arado sino una herramienta mas pesada y mas dura, el fusil, ¿será por que el Papa la ha envilecido? Si en los empleos administrativos hay abusos y se cometen extorsiones ¿el Papa ha de ser responsable? Hay mendigos y cobardes; hay abusos y extorsiones donde quiera que el gobierno no es fuerte, poderoso el principio de autoridad, severa la opinion, bien dotado el funcionario, laborioso y bien ocupado el pueblo. La Europa contiene hoy en su territorio cincuenta y mas estados; América, la mitad de ese número: no hablamos del Asia ni del Africa, colocadas en otra situacion, y fuera de paralelo. Pues bien, ¿cuántos son los estados bien gobernados? Muy pocos. Hélos aquí: Inglaterra, Alemania, Francia, Holanda, Bélgica, en Europa; Estados-Unidos, Chile, Brasil, en América. En los demas hay anarquía, confusion, ó abusos, y no hay — notadlo bien — no hay Papa ni funcionarios eclesiásticos. Ayer no mas se hizo liquidacion de un camino de hierro ruso, emprendido bajo la vigilancia de un gobierno que se creia fuerte y que se sabia absoluto, y se halló que la mitad de los caudales apuntados en el papel habian quedado en poder de los empleados. — Inútil seria multiplicar ejemplos odiosos, ofensivos y que solo prueban la evidencia.

Basta sentar como un hecho que los estados bien gobernados son excepciones, brillantes, respetables, dignas ciertamente de imitarse, pero que atenúan, por la razon misma de ser excepciones, la

responsabilidad que se hace recaer sobre paises y gobiernos menos afortunados.

Tan lejos de ser por su naturaleza abusivo y funesto el gobierno pontificio, es, no tememos afirmarlo, un régimen superior, en su *esencia y principios*, á todas las formas de la monarquía, salvo solo las admirables combinaciones de la constitucion inglesa. El Papa, soberano pacífico, no se halla, como el resto de los monarcas, en la necesidad de arruinar al pueblo por mantener en pié numerosos ejércitos, flotas, arsenales, fábrica de armas y demas elementos de guerra. Los Papas belicosos no son del siglo XIX. Hoy Julio II y Alejandro VI se habrian visto forzados por la opinion, tan austera, y por los gobiernos, tan zelosos ahora de su influjo y prerogativas, se habrian visto obligados, decimos, á dejar el sable y tomar la Biblia, leer mucho á los Santos Padres y poquísimo á Maquiavelo. En este siglo la tiara no inspira temores de conquista; ni la religion, mejor comprendida, aspira á ensanchar sus dominios sable en mano.

El Papa no tiene familia. El nepotismo de la edad media acabó con la edad media. No existe ni puede existir hoy. Los innumerables viageros que van todos los años á contemplar la magestad del culto católico en Roma, han podido ver la sencillez y modestia del Papa y de su familia: el uno, superior á todos los tronos; la otra, igual á todas las familias, sin rango, ni honores, ni riquezas. Este es un bien inestimable, propio de la república, desconocido en las monarquías de

Europa, en las cuales el sistema político y los respetos debidos al soberano y su real linaje exigen miramientos infinitos, negociaciones penosas, alianzas dinásticas contrarias á las simpatías ó á los intereses del pueblo, grandes dotaciones, puestos eminentes conferidos á talentos muy mediocres, y tantos otros abusos. En nuestros dias hemos visto á la Inglaterra, ó mejor dicho, al gabinete inglés, remover el continente en busca de buenas colocaciones para los Coburgos. Luis Felipe puso en peligro la paz del mundo arrastrado por el deseo, natural en el padre, peligroso en el soberano, de dar esperanzas de trono á uno de sus hijos. Luis Napoleon, excusándose y pidiendo perdon á sus súbditos por haber tomado una buena y bella muger por esposa, alegó, á fin de justificar esta singular falta, la ventaja importante de pertenecer la emperatriz á una familia extrangera, sin aspiraciones á ennoblecerse, siendo ya noble; ni á ocupar un puesto en el estado, no siendo francesa. — El Papa no tiene parentela. Su pueblo es su sola familia.

El Papa no tiene corte, centro de lujo, de intrigas, de corrupcion. No da fiestas ni pasa revistas; ni lleva en pos de sí esa muchedumbre de lacayos bordados, de libreas con rentas, que exige el ritual consagrado de las monarquias ordinarias. En el Vaticano no hay guarda-ropa, guarda-diamantes, grandes y pequeños cazadores, escuderos mayores y menores, reyes de armas, alconeros, y demas títulos góticos legados por la edad media, hoy ridículos á los ojos del que los

juzga, odiosos al bolsillo del que los paga. La Roma del siglo XIX no es la Roma del siglo XV : el tren del Vaticano no es el tren de Avignon.

El Papa ha recobrado en toda su pureza los caracteres evangélicos de los primitivos pontífices, caracteres algo borrados —mucho ménos sin embargo de lo que imagina el odio protestante—durante ese naufragio de la moralidad y de la civilizacion llamado edad media. La vida íntima del ilustre Pio IX es tan sencilla y austera como la de un humilde monge ó la de un virtuoso cura de aldea. Semejante á Cisneros, y en mas alta posicion que Cisneros, Pio IX castiga la grandeza de su puesto y bajo el manto de púrpura parece ocultar la tosca saya del cartujo. Tal es el pontífice reinante. Recuérdese la gravedad y pureza de Pio V; la mansedumbre del sabio Benedicto XIV; la humildad de Pio VI; el heroismo tranquilo y virtuoso de Pio VII. ¿ Tiene trono alguno de Europa soberanos mas ilustres y que mas honren la púrpura? — Y no se diga que en tiempo de aquellos Papas se habia establecido, como ha sucedido mucho mas tarde, solo en nuestro siglo, cierta decencia y moralidad desconocidas en los siglos anteriores. Contemporáneos de Pio V fueron los Valois de Francia, príncipes de odiosa memoria ; de Benedicto XIV lo fué Luis XV, el sátrapa de su época ; y en tiempo de los Pio VI y VII vivieron Maria Luisa de España, Carolina de Nápoles, Jorge IV de Inglaterra, soberanos tachados de inmoralidad en una época á que la historia no dará ciertamente la calificacion de severa.

Sin ser el gobierno pontificio rigurosamente democrático, habiendo en el poder un soberano vitalicio, no un magistrado alternativo, participa, no es dable negarlo, mas que ningun gobierno de Europa de las mayores ventajas del sistema democrático. Del Papa abajo, cardenales, ministros, legados, embajadores, obispos, miembros de Congregacion, todas las altas funciones, en fin, del órden eclesiástico y del órden político, deben ser conferidas al solo mérito.

El *right man in the right place*, axioma tan querido de ingleses y norte-americanos, ó sea el reconocimiento de la capacidad y de la virtud, es tambien el axioma primordial de la Iglesia y del gobierno pontificio. La Iglesia fué siempre democrática, y el Estado apostólico, regido por el Papa, ha debido participar de los beneficios del gobierno espiritual. Modestísimo fué en verdad el origen del gran Pio V, de Benedicto XIV, de Pio VI y de casi todos los soberanos pontífices. Juan Mastai, hoy Pio IX, es hijo de una casa de condes, título de poder en otro tiempo, ahora título de mera vanidad. En el siglo XIX los Médicis, los Farnésios, los Colona, no tienen ni pueden ganar influjo en el Sagrado Cónclave. Ya para siempre pasó la época en que se hacia cardenal á un duque de Lerma, ministro secular de la poderosa monarquía española; á un duque de Guisa, niño que llevaba un nombre ilustre, pero fastidioso al rey de Francia. Hoy la púrpura cardenalicia no es regalo de ministros ni cosa de niños. Ha recobrado su antigua pureza y es-

plendor. Forman el Sacro Colegio hombres eminentes por su virtud, por su sabiduría, uno que otro hijo, pero hijo honesto y meritorio, de una casa de príncipes. Hay un clérigo Bonaparte, protegido por el doble poder del trono y del nombre de Napoleon, y no es mas que clérigo, y clérigo al servicio doméstico del Papa. Y, notadlo bien, una division francesa ocupa á Roma; Napoleon III es el amo de la Francia, íbamos á decir, el amo de la Italia. En tanto que aquel príncipe-clérigo reviste su pobre sotana, asumen la púrpura oscuros pero virtuosos capuchinos, sábios modestos, hijos de su talento y de sus vigilias, y que al nacer no fueron por cierto mecidos en las faldas de una duquesa. Los Mais, los Mezzofanti, los Wiseman, tan ilustres en la literatura contemporánea, no eran personajes del almanaque de Gotha: debieron su elevacion á su solo merecimiento.

Ya que no es dable negar que el gobierno pontificio es democrático en la provision de los empleos y dignidades, se dirá: ¿lo es tambien en la discusion de la cosa pública? ¿en dónde están las cámaras, comicios, clubs y demás lugares del debate político?—A esta cuestion responderémos con otra cuestion. ¿En dónde se discute hoy la cosa pública, si se exceptúa la sola Inglaterra? ¿arrojarán la primera piedra al gobierno pontificio los rusos, los austriacos, los franceses, los italianos? ¿en cuál de estas naciones hay parlamento libre, prensa sin trabas, palabra independiente, elecon popular? ¿ha de darse el nombre de asamblea li-

bre y digna al Cuerpo Legislativo de Francia, verdadero cuerpo cuya alma forman la inteligencia y la voluntad de Napoleon III? ¿merece llamarse parlamento esa arena de disputa que en un dia de capricho formó en el Piamonte Cárlos Alberto, y que vendrá al suelo al menor soplo de un rey audáz y emprendedor? ¿tienen fé los españoles en sus Córtes, cosa venerable en la historia, no muy venerable hoy dia? Y si en la Francia tan civilizada y rica el pueblo no es todavía capaz de discutir sus propios negocios; si el español, tan noble, altivo, tan amante de su independencia individual como de la nacional, aun no alcanza á reunir los elementos que demanda el régimen parlamentario: ¿habrá buena fé, habrá sensatez en exigir milagros de la indigente y poco ilustrada poblacion romana? ¿reclámase el gobierno constitucional por amor de esa poblacion ó por odio á la soberanía temporal del Papa?—Afectan algunos creer que el pontificado y el absolutismo son hermanos gemelos, socios inseparables. Este es un error ó una calumnia. El soberano de Roma es semejante al soberano de cualquier otro estado, de Inglaterra ó del Japon: absoluto, si el pueblo no sabe ni quiere gobernarse: constitucional, si la nacion tiene la voluntad y la aptitud de discutir sus negocios y darse sus leyes. Si el Papa acepta en los graves negocios de la Iglesia esas asambleas de controversia llamadas Concilios; si no resuelve medida alguna sin prévio dictámen del consistorio ó senado espiritual; si en las cosas mismas de reserva pontificia pide su opinion á

los doctos: ¿tendria repugnancia en deliberar sobre los negocios temporales? ¿ó se cree que el mismo hombre es liberal, sensato y justo aquí, arbitrario y violento allá? ¿hay en el Papa dos caracteres opuestos, dos tendencias enemigas, dos fines contradictorios? No, ciertamente. No hay dos hombres, hay dos situaciones: la del Vicario de Cristo, gefe de una iglesia poderosa, á cuyo servicio se hallan innumerables personas de fe, de talento, de nobles y entusiastas pasiones; la del soberano temporal, gefe de un estadillo pobre, atrasado, á cuyo servicio se hallan funcionarios de escaso espíritu público y de mas escasa ilustracion. Nadie desea mas que el Papa mismo la regeneracion de los estados romanos; y si se duda de esto, á lo menos se ha de creer en la sinceridad del gobierno pontificio cada vez que aspira á emanciparse de la onerosa proteccion de franceses y austriacos. No es menester la linterna del filósofo mágico para penetrar deseos que saltan del pecho á la cara, aspiraciones íntimas que asoman del corazon á los labios. Siempre que la prensa de Lóndres dice, y lo dice mucho: «el Papa se deja estar, el Papa es enemigo de su pueblo;» la prensa de Lóndres miente y calumnia. Cuando el Congreso de Paris escribió en sus protocolos: « conviene que el Papa gobierne con justicia y acierto, se emancipe del extrangero y haga feliz á su pueblo, » el Congreso de Paris apuntó una injuriosa necedad, simpleza en verdad muy grande y que el águila cautiva del Jardin de Plantas,

á tener su libertad y vuelo audaz, se abria negado á firmar con su noble pluma. —

En la mente del Congreso de Paris, Papa y Sultan eran la misma cosa. Convino en su existencia, á condicion de declararlos menores de edad y someter su existencia á la tutela de los grandes poderes. Papa y Sultan fueron llamados á comparecer ánte el pretendido tribunal de la diplomacia : ambos fueron juzgados, ambos amonestados, ambos absueltos como un mal inferior tan solo al mal de su desaparicion. ¡Asimilacion en verdad monstruosa y profana ! Pretender que la soberanía del Papa es una fábrica de convencion, gobierno parásito arrimado á la pared de la potencia vecina ; asemejarlo á la Turquía, estado diplomático, liza de zelosos, terreno de disputa mientras llega el tiempo de convertirlo en terreno de despojo : equivale á ignorar completamente la historia de la Europa y las condiciones de la república cristiana y civilizada.

Desde Carlo-Magno á los dias en que vivímos todos los tratados, todos los documentos públicos de Europa han reconocido la existencia del estado apotólico y declarádolo un hecho, un bien, una necesidad. «Sea, dicen algunos políticos del dia : la soberania temporal del Papa fué todo eso; pero le ha pasado su tiempo. En las ideas del siglo XIX un soberano de mitra y sotana es cosa imposible.»

Asi lo fué, recordadlo bien, en todas las épocas. La soberania temporal del Papa ha de ser siempre sin-

gular, excepcional, única. En la edad-media se pudo decir y en efecto se dijo: «ahora no hay mas que una autoridad legítima, la del noble que manda sobre el plebeyo, la del conquistador sobre el conquistado. El Papa, soberano electivo, elevado por el pueblo, de ordinario plebeyo, siempre enemigo de la fuerza y de la violencia; el Papa no es pues soberano de este tiempo.»

Mas tarde, en los dias del absolutismo puro de los Felipe II, de los Luis XIV, bien pudo exclamarse: «Hoy no es dable, ni legítimo, ni racional, sino el gobierno de derecho divino, en que el rey es el centro de toda autoridad, y su persona y dinastía propietarios absolutos del pueblo y del territorio. El Papa, soberano electivo, sin cuna ni familia, sujeto á la ley del Evangelio y á la voz de la cristiandad; el Papa es pues un magistrado republicano, un revolucionario en el trono.»

En el siglo XIX, por fin, época notable por el furor y moda de parlamentos, comicios y clubs, se dice gravemente: «hoy no hay autoridad buena y legítima sino aquella que el pueblo elige y que, aun elegida por el pueblo, ha de hallarse sometida á la incesante vigilancia de los parlamentos, á la incesante controversia de los diarios. El Papa no satisface tales condiciones: luego el Papa no es de este tiempo.»

El Papa no es de ninguna época y es de todas las épocas. Siempre está fuera de la moda, siempre está dentro de la razon y de la justicia. Es casi pueril discutir sobre formas de gobierno con un soberano que

ha visto nacer, prosperar, declinar y caer todas las formas y todos los sistemas. El Papa es el historiador mas fiel, el testigo, por decirlo así, de los gobiernos y de los pueblos. Lo ha visto y lo ha observado todo, sin hacer jamás causa comun con los actores, hombres y pasiones, de cada época. El tiempo cambia su ropaje, su forma externa y material, sin poder alterar el sello de permanencia y de santidad que Dios le puso al crearlo. Llámese como se quiera, monárquico, teocrático, ó republicano, su poder, con tal que el poder exista, le dé honor, le asegure independencia, lo ponga á cubierto de las pasiones y miserias de cada siglo y le permita ejercer con dignidad y eficacia los deberes de su divina mision. Luis Napoleon dijo en una proclama á las tropas: «el Papa es mas que un hombre.» Ya la historia de Europa habia dicho á los pensadores y á los hombres de estado: el Papa es mas que un soberano.

INDICE

PROLOGO DEL SR. BELLO,

ENCARGADO DE NEGOCIOS DE CHILE EN FRANCIA.

LIBRO PRIMERO.

UNIDAD DE LA EUROPA.

I

DE LA UNIDAD POLITICA.—EL EQUILIBRIO.

Páginas.

Lucha de la unidad política con las fuerzas locales.—El baron y su superior feudal.—Rivalidad de los grandes vasallos con el rey ó poder central.—Victoria del Estado.—Resultados políticos del feudalismo.—Facilitó las conquistas sarracenas.—El feudalismo perdió á la Francia en el siglo XIV.—La centralizacion del poder militar y del poder político es la causa principal del engrandecimiento de la España.—El feudalismo perdió à la Polonia.—Debilita hoy la Alemania.—Del equilibrio europeo: su orígen.—Es anterior al tratado de Westfalia.—En cuatro siglos la Europa ha sufrido la preponderancia de cuatro distintas naciones.—Opiniones acerca del Equilibrio.—Es una garantia de paz y de progreso.—Ejércitos permanentes.—Carácter

Págs.

histórico de los ejércitos permanentes.—Sus servicios à la causa del pueblo.—Han destruido el feudalismo.—Hipótesis sobre su desaparicion.—Volveria la tiranía local.—Otro argumento contra el Equilibrio: la sujecion de las nacionalidades.—Falsas apreciaciones.—El Equilibrio es la mejor garantía de las nacionalidades débiles y amenazadas.—Tercer argumento: la intervencion.—La intervencion es una necesidad independiente del Equilibrio.—Lo que fué en otro tiempo: intervenciones dinàsticas.—Lo que es hoy: intervenciones de ideas y de grandes intereses europeos.—Reflexiones generales. 1

II

DE LA UNIDAD RELIGIOSA.—EL CRISTIANISMO.

Verdadero terreno de las cuestiones religiosas.—Lucha del principio cristiano y de la pasion de secta.—La secta arriana.—El cisma de Oriente.—Causa del mezquino resultado de las cruzadas, la rivalidad sectaria.—La Reforma.—La civilizacion y todos sus bienes están vinculados à la causa del cristianismo, no de tal ó cual secta.—La tolerancia.—Sus servicios en favor de la unidad europea.—En el siglo XIX la persecucion es un interés político enmascarado con la pasion religiosa.—La tolerancia es la ruina del espíritu de secta.—Unidad futura del cristianismo en la religion católica.—Bajo qué condiciones.—La Iglesia Católica no ha de confundir su causa con la del Estado.—El libre exámen.—En la situacion actual de la sociedad la libre discusion es un hecho consumado, y que es preciso aceptar.—El libre exámen es bastante poderoso à destruir el espíritu de secta, no lo bastante á minar la Iglesia Católica. 68

III

DE LA UNIDAD INTELECTUAL Y MORAL.—LA OPINION.

Influencia de la Opinion en las sociedades modernas.—Su orígen.—La Opinion no dimana ahora de la conciencia individual, del criterio de un pueblo, ni aun del sentido comun ó criterio

Págs.

universal. — Lo que llamamos sentido comun es una ficcion cuyo verdadero nombre es el de sentido *europeo* ó *cristiano*.— Fuentes de la Opinion: el cristianismo. La filosofía cristiana ha dado á la Opinion sus bases y principios generales, su moralidad y su universalidad.—Exageraciones peligrosas.—De la publicidad.—La imprenta no es publicidad.—Epocas de la prensa. —La prensa libre es una condicion de la sociedad actual.—En donde no hay un órgano legítimo de publicidad se crea uno falso y pernicioso: el rumor en lugar de la prensa libre.— Leyes contra la prensa, su ineficacia.—Jurados.—En los países despoticos el jurado es una protesta perenne del pueblo contra el gobierno.—Del diario y del diarista.—Su aversion á la paradoja.—El diario corrige la ilusion propagada por el libro.—Un gobierno inteligente ha de permitir que la paradoja se produzca y se desacredite por sí misma.—Exageraciones sobre la publicidad de la vida privada.—Lo que era entre los antiguos.—En el siglo XIX la publicidad es un correctivo saludable de la vida privada.—Del diario anónimo.—Para que la prensa sea sensata, útil, verídica, ha de ser anónima.—El publicista que firma no representa á la Opinion.—En las naciones donde la ley impone la firma, hay grandes diaristas, no hay grandes diarios: ejemplos. Publicistas franceses, diarios ingleses. El TIMES: su poder, su gloria. El TIMES es el historiador diario de la Inglaterra y del mundo.—Diarios del Continente.—De las academias como órgano de la Opinion.—Porqué los cuerpos sabios no influyen sobre el pueblo ni forman la Opinion.—De los parlamentos.—El parlamento Inglés es un asamblea europea, universal.—Resúmen de los bienes que ha hecho la Opinion á la unidad y á la civilizacion de la Europa. 117

LIBRO SEGUNDO.

AGENTES DE LA CIVILIZACION EUROPEA.

LATINOS Y ANGLO-SAJONES.

Págs.

CARACTERES DE LAS RAZAS PREPONDERANTES. 249

I

DE LA INFLUENCIA ANGLO-SAJONA.—INGLATERRA.

Unidad del individuo, de la sociedad y del gobierno en la nacion inglesa.—Consecuencias.—Con el inglés viaja la Inglaterra.—Ojeada á los paises sometidos á la influencia de la Inglaterra y de la Francia.—Causas que detienen el crecimiento de la influencia anglo-sajona en las naciones latinas.—Falsas apreciaciones.—Terror que infunde el genio conquistador de los anglo-sajones.—La influencia pacífica es un preservativo de la invasion armada.—Influencia política de la Inglaterra.—En la revolucion inglesa está toda la reforma política y social mas tarde hecha en Francia por la Constituyente.—Rectifícanse los juicios de los historiadores y publicistas franceses sobre el mérito respectivo de ambas revoluciones.—Los sistemas políticos de la Francia son meras imitaciones del gobierno inglés.—Monarquía inglesa de Luis XVIII y de Luis Felipe.—El gobierno inglés es inimitable.—En qué se puede imitar con fruto á la Inglaterra. 257

Págs.

II

DE LA INFLUENCIA LATINA.—FRANCIA.

La Francia representa ahora á la familia latina.—Causas de su grandeza y de su vitalidad.—La influencia francesa es meramente intelectual —La Francia es nacion artista: su pasion por la forma.—Injusticia de los historiadores franceses hácia los antiguos representantes de la influencia latina, España é Italia.—Influencia de la Francia durante el reinado de los Borbones.—Falta de sistema de los estadistas franceses.—Los dos Napoleones: grandeza de sus fuerzas, pequeñez de su política.—Influencia política de la Francia, alternativamente revolucionaria y absolutista.—Peligros de la imitacion francesa.—Los franceses, malos imitadores de las instituciones inglesas, son peores modelos para las instituciones de España y de América.—Causas que explican la circulacion y popularidad de las teorías francesas en los paises latinos.—La España y la América española.—Su porvenir. 342

III

DE LA ALIANZA ANGLO-FRANCESA.

Luis XIV pudo decir: *no mas Pirineos.*—Napoleon III no podrá asimismo decir: *no mas canal.*—Inglaterra y Francia han hecho paz histórica, de muertos, no alianza de actualidad y de porvenir.—Diferencias y repugnancias invencibles entre ambos pueblos y ambos gobiernos.—Exámen de los resultados de la alianza.—Aplazó y no resolvió la cuestion de Oriente.—¿Ha consolidado la paz de la Europa?—Dudas acerca del porvenir.—Antagonismo de los aliados.—En Oriente.—En la cuestion belga.—En la cuestion napolitana.—En la cuestion de los Principados.—Política de la alianza fuera de Europa.—Exagerada importancia de la cuestion china.—Varios problemas americanos.—En América hay otra cuestion de Oriente, mas grave y trascendental.—La alianza ha engrandecido solo la persona y el gobierno de Napoleon III.—Fragilidad del predominio de la Francia.—La liga del Norte no está destruida.—Una revolucion

Págs.

volverá á rehacerla, quedando la Francia aislada.—Inglaterra: los reveses de Crimea prueban no la degeneracion, sino la dislocacion de sus fuerzas y poder.—Verdadera grandeza de la Inglaterra, el órden, la libertad, la industria.—Hipótesis sobre la decadencia de la Inglaterra.—La Europa quedaria incompleta, huérfana la libertad.—La Inglaterra es el ejemplo y el modelo de la Europa. 461

IV

DE LA SOBERANIA TEMPORAL DEL PAPA.

El Papa-rey.—La soberanía temporal del Papa conviene al catolicismo. — Del gobierno pontificio. — Injusticias de sus censores.—Carácter democrático del gobierno pontificio.—De sorganizacion y miserias de los estados romanos: ¿puede hacerse responsable al Papa?—Exámen de esta cuestion.—Conclusion. 478